



IMPEDIMENTA

JIRÍ WEIL

Vida con estrella

Traducción de Patricia Gonzalo de Jesús





Vida con estrella



JIRÍ WEIL

*Traducción del checo a cargo de
Patricia Gonzalo de Jesús*



IMPEDIMENTA



.....

VIDA CON ESTRELLA

—Růžena —dije—, la gente a estas horas está sentada frente a la mesa puesta. Sobre la mesa hay jarrones con flores, los platos tintinean y los cuencos de sopa humean. Comienzan a comer: cortan la carne con sus cuchillos y la pinchan con sus tenedores, se limpian los labios con las servilletas y beben cerveza. Luego, a estas horas, seestean, beatíficos, en todas partes, en los restaurantes y en sus hogares.

Růžena no podía contestarme: no estaba en la habitación, no estaba en absoluto conmigo. No sabía qué había sido de ella. Hacía ya tiempo que no la veía. Tal vez no estuviera siquiera sobre la faz de la Tierra, tal vez ni siquiera hubiera existido nunca.

Pero yo hablaba con ella. Tenía que hablar con alguien. Me estaba preparando la comida en una estufilla cilíndrica. Hacía frío, pues la estufa no llegaba a caldear la buhardilla. Las puertas y ventanas no encajaban; en vano había tratado de sellarlas con calcetines viejos. Dos veces había deshollinado ya el conducto. Estaba cansado, lleno de mugre y desesperado. Tenía hambre y era la hora de comer.

—Růžena —dije—, ahora la gente bebe café solo. Bueno, quizá no sea café del bueno, pero al menos están sentados al calor de la lumbre después de un buen almuerzo, y yo me estoy congelando, Růžena, y me muero de hambre.

La buhardilla estaba repleta de hollín, puede que de la estufilla, o puede que de los cigarrillos que fumaba. Me los liaba con sucedáneos de hierbas. Se trataba sobre todo de hojas de frambueso y fresal, pues no podía fumar lúpulo porque me daba sueño y dolor de cabeza.

—Růžena, ahora la gente se enciende un cigarro, exhala nubes de humo y escucha la radio. Ya ha pasado un buen rato desde la comida y están deseando que llegue la merienda. Pronto mojarán panecillos en el café con leche. ¿Cuánto hace que no como un panecillo?

Tenía que hablar con alguien. Estaba solo, completamente solo en aquel desván gélido, hediondo y ahumado. Tenía que reavivar otra vez el fuego.

Soplé las ascuas, temeroso de que la lumbre se apagara de nuevo. Me quedaban pocas cerillas y me encontraba en una casucha de las afueras vestido con unos pantalones de deporte mugrientos. Junto a la estufilla se extendía el colchón; en la pared, en una hornacina, estaban colgados mi abrigo y mi único traje.

Había quemado la cama y el armario. Había quemado todo lo que se podía quemar, porque no tenía carbón y porque no les quería dejar nada. No se quedarían con nada mío, ni siquiera con los calcetines viejos con los que sellaba las ventanas y las puertas ni con las cortinas con las que me había fabricado un paño para el suelo ni con los muebles que ya se había tragado la estufa. Aún no sabía qué hacer con el colchón: en algún sitio tenía que dormir y pasaría frío si me echaba directamente sobre el suelo. Tampoco sabía qué hacer con el palanganero, porque, como era de madera maciza, no me alcanzaban las fuerzas para cortarlo. También tenía una plancha de mármol, que había tirado al jardín con la esperanza de que se rompiera, pero no se había roto y estaba aplastando la hierba. Me había propuesto quemar el colchón tan pronto como intentaran hacerme algo. Luego tendría que apañármelas para destrozar asimismo el palanganero, y ya solo me quedaría entonces una vieja mesita de café desvencijada. Sí, no la había quemado deliberadamente, aunque habría resultado muy fácil, pues estaba hecha de unas endebles varas de bambú. La mesita de café debía quedarse. Cuando vinieran a confiscar los muebles, encontrarían solo paredes agrietadas, una buhardilla vacía, una estufa rota y, en medio, la mesita de café. La única pieza del mobiliario que no servía para nada sería la soberana del cuarto.

—Růžena —continuó la charla—, no me estás escuchando. Se ve que a estas horas andas zurciendo o cogiendo puntos de las medias. Seguramente estás pensando en una película que has visto. Es una tontería de película, Růžena: no merece la pena que pienses en ella. Es una película checa de amor y de no sé qué velo azul. Vi los carteles y enseguida me pude imaginar toda la historia. Luego también vi unas imágenes en un escaparate. Una señorita entrada en carnes actúa en un papel doble: a veces se ríe y a veces llora.

»Sería mejor que me aconsejaras cómo cocinar la comida en la estufilla. No hay manera de que arda la lumbre, mira. La verdad es que siempre has sido juiciosa, siempre has sabido apañártelas. “Huye, Pepík”, me decías. “Vas a tener muy mala vida: no ves que no te tienes más que a ti mismo y la gente así

lo pasa mal en tiempos difíciles...”

No huí. Me asustaba atravesar la frontera. No tenía a nadie que fuera conmigo, estaba solo y nadie me podía aconsejar. Tenía miedo de que me pillaran en la frontera. No sabía cómo manejarme en un país extranjero.

Soplé el fuego y miré al techo: había allí un cerco de humedad, una mancha enorme que crecía sin parar, y a veces, durante las lluvias torrenciales, se hacía gotera. Estaba en el punto donde el tejado se había deteriorado. Conocía bien el lugar, pues yo mismo había roto las tejas en verano con un hacha. Estaba a solas en casa y quería que se desmoronara. Quería verla en ruinas antes de que se me torcieran las cosas. Pero en otoño, cuando empezó a gotear de mala manera, el asunto se puso feo, lo mismo que en invierno, cuando se amontonaba la nieve en el tejado.

Bueno, no había manera de que hirviera el agua. Había metido dentro huesos, huesos grandes, buenos. Tuve que partirlos con el hacha para que cupieran en la olla, y también logré rascarles bastante carne, con la que pretendía preparar un guiso. Hacía mucho tiempo que no comía carne y tenía unas ganas locas de probarla. Me imaginaba hincándole el diente a un trozo de cerdo: su corteza crujiente que se me desharía en la boca. O le pegaría un mordisco a la ternera: sería un gran pedazo y todo mío. Pero no tenía tarjeta de racionamiento para carne ni dinero para comprarla de estraperlo. Tampoco sabía quién podría vendérmela. Salía a comprar sangre, pues eso sí me estaba permitido. Con ella cocinaba sopa. Era al menos algo parecido a la carne.

Al mediodía llegué a la carnicería. La sangre ya se había vendido, porque no veía por ningún lado en el tajo la olla esmaltada azul. Sin embargo, me quedé; tal vez le quedara un poco por ahí. Agarré la lechera y esperé.

—Señor Halaburda —dije—, ¿no le habrá quedado algo de sangre?

—La vendí toda esta mañana —respondió el carnicero. Estaba cortando una carne con muy buena pinta. La miré con ansia: una hermosa carne roja. ¿Cómo sabría, vuelta y vuelta? Sí, eso sí que sería un bistec. «Antaño también yo comía de esos», me decía. «Señor, la de bistecs que habré comido...»

Allí estaba, papando moscas en la tienda, mirando cómo el carnicero cortaba tajadas y repartía porciones. No sabía qué iba a cocinar mañana. Había confiado en conseguir sangre. Si hasta tenía ya lista la cebada perlada. No iba a comerme la cebada a palo seco... Y, sin embargo, ¡cuántas veces la había comido! Pero ahora no podría tragar ni un grano, después de haber estado

esperando la sangre con tantas ganas.

—Señor Halaburda —dije con voz ronca—, ya sabe que no me está permitido ir de compras por la mañana, pero me gustaría tanto comprar sangre...

—¿Sabe qué? Le venderé huesos. Puede hacerse una sopa con ellos.

Los huesos me alegraron el día. Me dije que me prepararía una comida de gala. Eran huesos grandes, hermosos, de los que pendían trozos de carne.

Me fui a casa, guardé los huesos y me puse a cortar leña: debía preparar algunas astillas. Me había estado guardando un tablón largo y seco de la cama; me había durado mucho. Lo golpeé unas cuantas veces con el hacha. Entretanto, se me helaban las manos pues los dedos asomaban de los viejos guantes de lana. No obstante, siempre me agenciaba algunas astillas.

Después me senté pegado a la estufa. Levanté la olla del agua, pero ya no me quedaba ni gota: la había gastado al lavarme las manos renegridas y no me quedó más remedio que ir al surtidor. Rompí el conducto del agua en verano, poco después del destrozo del tejado. Aquella vez me dije que a la gente quizá no le importara vivir en una casa derruida, pero que no querrían vivir sin cañerías. Seguro que no. El agua caía al suelo. Sin duda se derramó mucha agua, pero aquella no era mi casa y no era yo quien pagaba la factura.

Cogí un cántaro y me acerqué al surtidor, en la esquina de la calle. Estaba cubierto de hielo, así que los pies me resbalaban, las manos me ardían al agarrar la palanca, el agua salía despacio y a regañadientes... Pero ¡ajá!: a pesar de todo logré llenar el cántaro. Lo arrastré, el agua gélida me salpicaba las manos. Debía calentarla en la estufa.

—Růžena, son las dos y media y aún no tengo la comida. Tenía tantas ganas... Por la mañana bebí aguachirle con pan; después me partí una rebanada de queso acartonado. Me levanté tarde, ya sabes que debo levantarme tarde porque hace frío en el cuarto. En el aserradero me prometieron que me guardarían algo de leña, pero cómo traga madera la estufa, y no hay manera de que arda el carbón.

Recordé que aún me quedaba el armazón del somier de alambre de la cama. Bajé corriendo al sótano. Si por un casual el fuego se apagaba, debía tener leña a mano. Claro está, el hacha acumuló unas cuantas mellas al deslizarse por los alambres. Pero, cuando regresé, la lumbre aún no se había extinguido. Añadí algo de leña y solo entonces el agua comenzó a hervir tímidamente. Sentado

junto a la estufilla, iba entrando en calor. Sabía que, una vez se apagara el fuego, tumbado sobre el colchón en mi saco de dormir, sujetando un libro con una sola mano, leería. Después, cuando los dedos se me entumecieran de frío, sacaría la otra mano. Leería hasta que se me cerraran los ojos y luego dormiría mucho, mucho tiempo.

Sin embargo, a veces me costaba conciliar el sueño. Daba vueltas en el saco, me asaltaba el miedo, me ahogaba, me entraban ganas de gritar de terror. Todo eso cuando temía que vinieran a buscarme.

O se me pasaba por la cabeza que me llamaban a la oficina de la comunidad¹ y me mandaban a trabajos forzados. Ya había estado una vez en el alistamiento. En aquella ocasión no me habían mandado, pero esa sí que lo harían, para salvar su propio pellejo, pues tendrían que ir ellos mismos si no enviaban a alguien. Aunque pesara cincuenta y un kilogramos, daba lo mismo... Ellos estaban sentados en su oficina, bien caldeada, y les importaba un bledo lo que le ocurriera a Josef Roubíček, antiguo empleado de banca, porque siempre había habido y siempre habría Roubíček para dar y tomar.

No podía dormir, así que intenté leer, pero las letras se embrollaban, temblaba de frío y de miedo. Habría deseado que estuvieras conmigo, Růžena, en aquel instante. Dormíamos juntos en la amplia cama turca cuando venías de visita, y por la mañana preparabas el café, me lo traías. ¡Qué bien olía entonces el café y cómo crujían los panecillos! Te sentabas a mi lado, lo bebíamos juntos y después encendía un cigarrillo y haraganeaba largo rato en la cama mientras tú te aseabas en el baño. Seguro que ahora ahuyentarías mi miedo.

Me comí la sopa de huesos y vacié el tuétano. Trocéé en la sopa el pan duro. Y el guiso de carne me supo a gloria, a pesar de haber hecho la salsa sin grasa y a pesar de que no había ni rastro de carne. Como tenía una colilla de un cigarrillo de verdad, la mezclé con las hierbas y me lo fumé con gusto. Había entrado en calor. Me olvidé de todo. Sabía que estaba en casa. Se me hicieron agradables las paredes desnudas; me quedé prendado del cerco húmedo en el techo en aquel preciso instante, pues también él era aún mío.

—Gracias, Růžena —dije—. Te agradezco la compañía. Ha sido una buena comida y he entrado en calor. Fue buena idea que me enseñaras a cocinar en la cabaña.

Růžena no contestaba. Sentado a oscuras, no me apetecía levantarme y girar

el interruptor. Entre las tinieblas resplandecían las ascuas incandescentes en el interior de la estufa. Mientras las contemplaba, me fumaba las hierbas con las que había mezclado la gruesa colilla.

II

Aquel día había soñado con un bosque. Caminaba durante largo, largo rato con Růžena por el bosque. No conocíamos bien el camino, no teníamos mapa, pero nos daba lo mismo: andábamos y nos reíamos. En algún lugar tenía que estar la linde del bosque. Pero el sendero desapareció súbitamente, el bosque se oscureció, ya no podíamos divisar el sol. Me acometió la angustia de que no íbamos a salir jamás de allí. Tiré la mochila y me tumbé sobre el musgo. Růžena se inclinó sobre mí. Me reprochaba algo. No lograba entenderla bien: decía algo sobre unas cazuelas y una olla. Yo no recordaba ninguna olla, ni las cazuelas, y le dije que su amiga Máňa la estaba traicionando, que iba contando chismes sobre ella.

—¡Růžena! —grité—, tú no me quieres.

De repente allí estaba la olla de la que hablaba Růžena. Era de cobre, todo resplandeciente. En tiempos había visto una semejante en casa de mi abuela, cuando era pequeño. Quise arrancarla de la pared. La marmita era gigantesca; se irguió sobre las patas y caminó derecha hacia mí. Růžena se esfumó y yo me quedé en el bosque a solas con la olla. Las piernas se me habían petrificado, la olla avanzaba. Ahora se había transformado en un gran tambor. Alguien lo golpeaba con vehemencia y bramaba, puede que fuera el mismo tambor el que gritaba. Entonces, como si tal cosa, se desvaneció, y yo comencé a despabilarme. Oí, esta vez consciente, que alguien voceaba mi nombre al otro lado de la puerta: «¡Rou-bíček, Rou-bíček!». No logré salir de inmediato del saco de dormir, por lo que la voz siguió vociferando. «Debe de ser alguien que tiene derecho a vociferar así.» Me escabullí del saco y, al fin, me levanté de un brinco para abrir la puerta. Llevaba un pantalón de deporte, de modo que no hacía falta que me vistiera.

—Así que es usted Roubíček —dijo el hombre que se encontraba en el umbral—. Ya puede uno desgañitarse... ¡No tiene ni timbre! ¿Estaba usted dormido o qué? Aquí tiene una citación de la comunidad.

—Por favor, caballero, ¿no sabrá usted qué quieren de mí?

—Yo reparto el correo.

No estaba vestido más que con los pantalones de deporte y tenía frío. Bajé corriendo por las escaleras, mirando la citación por el camino. Me habían citado a las nueve. Ya no iba a poder calentar agua para el café, ni iba a poder entrar un poco en calor frente a la estufa. Tendría que lavarme con agua gélida y salir yerto a la helada. No me apetecía quitarme los pantalones porque estaban calientes, pero debía asearme. El agua resquemaba. Corté una rebanada de pan y de aquel queso acartonado.

—Si tuviera un termo —me dije—, podría haber calentado ayer el agua y hoy podría confortarme el estómago con algo. Así sería más agradable viajar a Praga en tranvía.

Iba temblando de frío en el vagón de remolque del tranvía. Caminé de un extremo a otro hasta que se vació el vagón, y entonces comencé a patear. Como llevaba los calcetines agujereados y unos ligeros mocasines de verano amarillos, se me habían entumecido los pies. Tenía tanto frío que me lloraban los ojos. Deseé poder al menos fumarme un cigarrillo, pero no me quedaban. No podía liarme uno de sucedáneo. Tampoco podía entrar a calentarme a un bufé del centro, porque en todas partes había carteles de «prohibida la entrada».

Me apresuré por las calles, deleitándome en la idea de que las oficinas estarían caldeadas. Recorrí los pasillos en busca de la persona que me había citado. Se trataba de un edificio de cuatro plantas, lleno de gente que iba de acá para allá, arriba y abajo, por las escaleras, que se apiñaban en los corredores y que esperaban ante las puertas. Montaban bullicio y correteaban de un lado a otro. Ninguno de ellos fue capaz de indicarme la puerta en la que me habían dado cita; todos andaban haciendo diligencias, malencarados y hoscos. Parecía que me miraran con hostilidad porque había llegado una persona más a pedir y querer algo que, en consecuencia, los demás no recibirían. Subí a la cuarta planta, tras un grupo de gente que corría a algún sitio. Pensé: «Esta gente sin duda se dirige a la misma oficina que yo». Pero se detuvieron frente a una ventanilla y vi cómo, allí, recogían unas tazas de té y lo removían con una cucharilla atada a un cordón. Me puse a la cola y esperé a que me tocara la vez.

—Deme un té —le dije a la oronda señora que lo vertía de una gran olla. Junto a ella estaba un hombre que me recorrió de arriba abajo con mirada penetrante.

—¿Sección? —chistó.

No supe qué contestar. No tenía ni idea de qué era eso de la sección. Solamente quería sucedáneo de té, caliente, sin azúcar, para quitarme el mal sabor de boca.

—¿No entiende? ¿En qué departamento está empleado?

—No estoy empleado aquí. Quería un poco de té.

—Eso es lo que trato de decirle: esto es un bufé solo para empleados.

Las personas que estaban detrás de mí me empujaban impacientes para que me marchara. Me quedé allí de pie, sin saber qué hacer, contemplando la gran olla de té, que humeaba que daba gusto, y tragándome la espesa saliva.

—Muévase de una vez —me increparon.

Me aparté y observé a los que me habían gritado: tenían buen aspecto, rezumaban celo funcional, se arremolinaban junto a la ventanilla como si cumplieran una importante tarea.

«Sí, son funcionarios. Alguien me dirá dónde está la puerta correcta.»

Elegí a uno que sorbía el té con parsimonia y que parecía lo suficientemente veterano, y le mostré la citación.

—Debe ir usted al segundo piso. Allí está el registro. ¡Pero si está escrito en la primera planta! ¿Es que no sabe leer?

Me planté frente a la puerta del segundo piso. Había allí una verdadera multitud de gente. Pensé en la palabra «registro». No me gustaban nada los extranjerismos, siempre resultaban hostiles. Había rellenado ya multitud de formularios y respondido a enormes pilas de preguntas. Siempre sonreía sin saber bien qué responder a «¿de qué vive usted?». ¿Y si yo mismo no sabía de qué vivía? Una vez escribí «del subsidio», aunque no era cierto porque en realidad no recibía subsidio de nadie, así que en el último cuestionario me limité a responder: «Así».

Las personas situadas tras de mí en la cola andaban taciturnas, hablando entre sí en voz baja. Pregunté al de al lado cuánto había que esperar aún.

—Este proceso dura una eternidad. Y después todavía debe ir a Střešovice.²

Střešovice era la palabra que más temía. Se trataba de la oficina en la que uno quedaba a merced de la inquina. Era una oficina por la que se caminaba de puntillas. Muchos de los que habían entrado allí no regresaron, y los que habían regresado yacían...

Tenía hambre, pero me había olvidado de ella; tan solo persistía aquel

amargor en la boca. Esperé en silencio.

—Růžena —me dije—, te he esperado así tantas veces... Te he esperado así, en silencio. A pesar de que no sabía si acudirías, te esperaba. Sabía que vendrías de buen grado si podías, porque me amas. No veía nada de lo que sucedía a mi alrededor mientras te esperaba. Si estaba completamente solo en aquella calle, o si caminaba gente a mi alrededor, o si circulaban los tranvías... Solo al llegar tú se ponía todo en movimiento, y yo divisaba los escaparates de las tiendas y a los transeúntes, escuchaba el traqueteo del tranvía y los bocinazos de los cláxones.

La fila avanzaba lentamente. Admitían a tres personas por cada tres que salían. Me esforzaba por olvidarme del sórdido pasillo y del cansancio.

La primera vez que vi a Růžena fue una Nochevieja. No tenía compañía alguna. Había quedado con František Stejskal, que se sentaba junto a mí en el banco, en salir a algún sitio. Recorrimos muchos locales, y en todos nos sentábamos un rato y bebíamos algo. No estábamos borrachos en absoluto, solo algo alegres, sin embargo no sé cómo llegamos a Pokorný. Era una mezcla de bar y sala de baile donde tocaban un jazz horrendo, pero tenía una atracción: un violinista que se echaba el violín por encima del hombro y lo tocaba de espaldas, que se tumbaba en el suelo y lanzaba el violín para cogerlo al vuelo. A la gente le encantaba.

Aquello estaba atestado. No me apetecía quedarme, pero František avistó a un conocido y nos sentamos a su mesa. Me dijo que se llamaba Jarka Pospíchal. Junto a él estaba sentada una muchacha. František me la presentó como la esposa de Jarka, Růžena. La observé. Quise decirle algo agradable. Yo estaba achispado y ella era alta y esbelta. No tenía aspecto de mujer casada para nada, sus ojos eran vivarachos.

No presté la menor atención a Jarka Pospíchal, que estaba como una cuba. Me enteré de que también era empleado de banca, pero de una pequeña caja de ahorros. Yo estaba mirando a Růžena cuando Jarka, como si nosotros no existiéramos, se puso a parlotear. Y no le hice ni caso, pues yo solo tenía ojos para la señora Růžena.

—Bailemos —dijo como si nos conociéramos de toda la vida. Nos embutimos en medio de aquel gentío. Debido a la cantidad de asistentes, tuvimos que arrimarnos mucho el uno al otro. La cabeza me daba vueltas. En mitad del baile, le dije:

—La quiero, Růžena.

—¡Y yo a usted!

Por cómo lo dijo, sentí que era la verdad; no podía decir lo contrario.

—Avance —me gritó alguien desde atrás. Y solo entonces vi que ante mí había un hueco, que estaba de nuevo en aquel sórdido pasillo y que de nuevo podía sentir aquella amarga sequedad de boca. Di unos cuantos pasos y me apoyé en la pared. Vi semblantes verdosos y aviesos. Estaba otra vez solo.

Eché una mirada a mi alrededor. Imposible descansar los ojos en nada, ya que ante mí solo estaba el sórdido pasillo y, en la puerta, un cartel que, la verdad, era incapaz de leer. No quería mirar a aquella gente.

Regresamos entonces de la pista de baile algo encendidos, pero František y Jarka no se fijaron en nosotros.

—Růžena, está usted casada —dije.

—¿Acaso importa?

—Es usted de pueblo —comenté sin saber por qué.

—¿Porque tengo manos toscas?

—No, no quise decir eso —empecé a balbucir y ella se echó a reír.

—En cualquier caso, tiene razón: soy de pueblo. Jarka y yo fuimos a la misma escuela.

Dije que yo era de ciudad, pero que siempre había estado solo. Le conté mi vida entre la baraúnda de la sala y la música: cómo mi tío y mi tía me habían acogido, cómo me reprochaban cada céntimo y cómo se deshicieron de mí en cuanto pudieron, procurándome un puesto en el banco.

Růžena callaba. Yo no sabía si le interesaba lo que le estaba contando. Cuando se puso en pie, nos cogimos de la mano. Luego acabamos en una tasca de mala muerte frente a una sopa de callos y un café solo. Era ya de madrugada. La parroquia allí reunida bebía cerveza. Tuvimos que sentarnos a su lado. Había entre ellos un acordeonista. František y Jarka miraban como pasmados el suelo bajo la mesa, dando cabezadas sobre los vasos.

Růžena y yo nos sentamos juntos sin decir nada. Quise explicarle que todo aquello era un despropósito, pero se me fue el santo al cielo y preferí quedarme callado. Era una mañana gris. Cuando nos despedimos, las aceras estaban embarradas y caían goterones de los tejados. Observé a Růžena marcharse con Jarka. Me quedé de nuevo solo. Despacio, regresé a casa.

—Es su turno. —Me empujó alguien desde atrás.

Entré por la puerta y entregué la citación al funcionario.
—Roubíček, Josef —leyó este despacio—. Tome asiento.

III

Debía responder a unas preguntas. El funcionario dictaba las respuestas a la mecanógrafa. Fue un largo interrogatorio, pues los formularios parecían no acabar nunca. De pronto, sin embargo, dejé de sentir miedo y me entraron ganas de reír ante tanto esfuerzo malgastado, despilfarrado en un don nadie como Josef Roubíček, que no le importaba un bledo a nadie. Ahora era alguien importante, hasta demasiado importante, y querían saber hasta la última minucia sobre él, lo medían y lo pesaban, sacaban a la luz su pasado.

—Listos —dijo el funcionario—. Mañana vaya a las 9:50 a Střešovice. A la hora en punto: ni un segundo más ni menos.

Ya no tenía frío, tenía hambre. Era casi mediodía. No sabía muy bien a qué venía aquel interrogatorio interminable. Pregunté:

—¿Podría decirme al menos qué significa todo esto? Vivo en las afueras, y no me entero de nada. ¿Qué me va a pasar?

—Yo tampoco lo sé y, aunque lo supiera, no me está permitido decirle nada. Órdenes de arriba. Se trata de un censo concerniente a emigración.

Así que me iban a trasladar. No tenía ninguna objeción. Encantado de mudarme a cualquier parte, aunque no sabía qué podría hacer. No sabía hacer nada más que estar sentado frente a una mesa y sumar partidas. Con gusto emigraría lejos de la estufa, quemaría el colchón y enrollaría el saco de dormir. Me iría a otro país.

No me apetecía salir del edificio a la calle. Sabía que debía hacer un largo viaje en tranvía y que, una vez en casa, tendría que volver a encender el fuego. Siempre tardaba un buen rato en entrar en calor y cocinar la comida. Tenía ante mí medio día completo y no sabía qué hacer con él. Estaba cansado y, sin embargo, convencido de que no iba a dormir, porque estaría pensando en Střešovice.

Bajé las escaleras despacio. Estaba ya cerca de la salida cuando alguien me llamó por mi nombre. Conocía a Karl Wiener. No, no era siquiera un conocido, ya que solo nos habíamos cruzado unas cuantas veces en reuniones

de empleados de banca. Trabajaba en un banco de postín y andaba la mar de ufano. No me caía bien, pero entonces lo saludé amigablemente, pues así tenía excusa para entretenerme un poco en el interior del caldeado edificio.

—No puedo decir que se le vea bien... Pero ¿quién tiene buen aspecto en los tiempos que corren?

Miré a Wiener. Llevaba un abrigo raído, iba sin corbata y por debajo del abrigo le asomaban unos pantalones sin planchar. En los pies, unas botas de piel. No obstante, todo era de buen material y su cara tenía un tono sonrosado.

—¿Qué hace usted por aquí?

Se lo expliqué. Me dirigió una mirada extraña.

—Bueno, qué se le va a hacer. Igual es para bien. Aquí uno nunca sabe qué hacer. Piensas que fulanito es espabilado y luego hace una tontería. O se mete en un embrollo y resulta que ese embrollo es precisamente su única escapatoria. En cualquier caso, debo serle sincero: ninguno de esos funcionarios quiere ir a Střešovice. Mandan allí a gente como usted, sin ningún enchufe. Bueno, a mí no me van a meter allí, pero me enviaron a Lípa.

Sabía bien lo que era Lípa, un campo al que también habían querido mandarme a mí.³

—Y Ruda Fantl se ha matado.

—¿Cómo que se ha matado? —dije. Fantl, empleado de una empresa de exportaciones y amigo de Wiener, tenía mucho dinero. Él mismo me contó en tiempos que solía ir con él en coche al campo.

—Pues se mató él mismo. Perdió los nervios. Le concedieron un visado para América del Sur, ya le habían dado todos los permisos, y entonces estalló la guerra. Se tomó cianuro y punto final.

—¿Es bueno el cianuro?

—Lo mejor que hay. Actúa como un rayo.

Estábamos de pie junto a la entrada y la gente caminaba a nuestro alrededor, arriba y abajo. En la portería se amontonaba una multitud. La gente hacía preguntas al portero, que respondía a gritos desde la ventanilla.

—Ese sí que es un buen empleo, el de portero. Sentado al calor y gritando a la gente. Pero también es el primero en encajar los golpes cuando vienen. Vamos a sentarnos a algún sitio.

—No tengo dinero. —Me quedaban solamente un par de coronas que debía

guardar para el tranvía y para el pan.

—No se preocupe: yo invito.

Nos sentamos en una taberna cercana al edificio. No había más que mesas de cocina sin mantel y unas sillas toscas. En la puerta se podía leer: «Permitido». Estaba llena de gente arremolinada en torno a las mesas. Miraban temerosos por encima del hombro a su alrededor y se revolvían inquietos en sus sillas. Wiener pidió sopa y patatas con salsa. La comida no era buena, pero yo estaba famélico y en la taberna se estaba caliente. Parecía que Wiener conocía a muchos de los clientes, cuchicheaba con ellos. Pesqué un fragmento de la conversación:

—En el cementerio tienen gansos.

Estaba tan agotado y tenía tanto sueño que no entendí cómo habían llegado los gansos al cementerio, pero me daba igual, porque al menos estaba sentado al calor, adormilado. Ni me había dado cuenta de que Wiener no estaba ya en su sitio.

—¡Despiértese! —me empujó—. No puede dormir aquí, ni tampoco quedarse mucho tiempo sentado. Ya he pagado, marchémonos.

Le di las gracias y me despedí de él.

—Aquí tiene dos cigarrillos para el camino.

Eran auténticos, verdaderos cigarrillos.

En casa encendí el fuego y me preparé un café. Había comprado un sucedáneo de salchicha. Parecía un salchichón. No sabía de qué estaría hecho. Los de la tienda me dijeron que de cangrejo de río, y otros, por el contrario, que de levadura y que por eso no tenían intención de comprarlo.

Esta vez no podía hablar con Růžena: era como si estuviera demasiado lejos. Me la habían espantado y ahuyentado en aquella sórdida oficina, mientras deletreaban mi nombre y me sacaban años y números inútiles. Me puse entonces a charlar con la Muerte.

Sentado entre cuatro paredes desnudas junto a la estufa rota, comía pan malo y picadillo de cangrejos de río. Habían llegado de algún lugar de China. No me quedaba ya nada. Me habían mandado a aquel lugar y ya no tenía a dónde ir. Pretendían arrebatarme incluso aquella habitación vacía con goteras. No querían siquiera permitirme que durmiera en suelo raso o que leyera más de diez veces aquellos mismos libros. Me arrastrarían a un país extraño y allí quizá me matarían. No creía que nos permitieran vivir. La gente apiñada en la puerta

estaba asustada. Wiener, de hecho, sintió lástima por mí. Por lástima me invitó a comer, por compasión me dio los cigarrillos. «Querida mía, ¿es difícil morir?» Se lo habría preguntado a Růžena, pero se habría reído de mí. De todos modos, no quería hablar con Růžena. ¿Con quién hablaba?

—Hablo contigo. ¿Quién eres tú? Te llamo y, sin embargo, no te veo. Y también eres mujer. Pero me gustaría, por fin, de una vez, dormir en paz. ¿Logras tú, terrible desconocida, dormir dulcemente? ¡Habla! Me he encerrado entre estas cuatro paredes y, aun así, me quieren sacar a rastras de ellas. Por eso me interrogaron y anotaron todo. Tal vez piensen que también tú gustas de partidas y cuentas. Pero ¿y si me fuera contigo sin su ayuda, sin su salvoconducto? ¿No tienes para mí un anillo de compromiso de cianuro? ¿Y si me tragara el anillo de compromiso y me quedara aquí, a las mil maravillas, echado en mi saco de dormir? ¿Y si dejara de ser Josef Roubíček? ¿Daría al traste con su contabilidad? No, no lo haría. Tirarían mi expediente. Me sacarían por nuestras estrechas escaleras. Me incinerarían o enterrarían. Pero no tengo nada: ni cianuro ni el anillo de compromiso de Růžena ni el tuyo, tú, extraña... mujer. ¿Cómo podría conseguirlos? ¿Qué fue lo que dijeron? Sí, está aquí, está aquí, en Praga...

Llevaba ya un buen rato hablando con mi comadre, pero era una compañía muy poco atenta.

—Ese país —me decía— será un país en el que brille el sol todo el día. Me pasearé por las calles de su ciudad, por hermosas tiendas repletas de productos. El dependiente frente al mostrador se dirigirá a mí: «Venga conmigo, señor Roubíček. Escoja. Aquí tenemos de todo: jamón, auténtico café en grano, trajes de paño inglés, cigarrillos Memfisky y fresas bañadas en chocolate». Yo, sin embargo, me pasearé frente a todo eso indiferente. No, no necesito ya nada. Tengo de todo en mi precioso apartamento con muebles metálicos, calefacción central y cuarto de baño. Tengo prisa por llegar a mi cita con Růžena y no puedo entretenerme. Me espera a las 9:50 en punto. Sí, como mucho compraré flores, envueltas en papel de seda, y las llevaré como ofrenda. «Ese es Roubíček», escucharé susurrar a la gente. «¿Qué Roubíček? Pues ya sabe, el director del banco, un importante financiero. ¿Es que no ha oído hablar de su gran proeza en la bolsa?» Me sentaré con Růžena en el asiento acolchado de mi automóvil, gritaré despreocupado al chófer. «¿A dónde vamos, Pepík?», me preguntará Růžena. «Al mar, a Francia. Pasaremos

por París para que te compres allí todo lo que necesites.»

No había manera de que saliera aquella imagen. Fui incapaz de recrear al Roubíček adinerado y los bulevares de París. Vi Střešovice y rostros bestiales con uniforme.

Pasé mucho tiempo dando vueltas en el saco hasta que concilié el sueño.

Me desperté temprano; aún no había amanecido. Encendí la luz y comencé a preparar el desayuno. Debía viajar a Střešovice y estar allí a las 9:50 en punto, como había dicho el funcionario. «Le asigno una hora tan tardía —dijo—, porque vive usted lejos, pero más le vale estar allí a las 9:50 en punto, de lo contrario tendrá un problema.»

Me resultaba imposible tragar el café solo o el paté de cangrejo chino, aunque sabía que tendría que esperar un buen rato en Střešovice y que, sin duda, me entraría hambre. Así que encendí un cigarrillo. Era uno de los que me había dado Wiener. El día anterior había tenido la tentación de fumármelo, pero me lo reservé para la mañana, antes de ir a Střešovice. Me quedé plantado frente a un gran chalé. Era un chalé como cualquier otro y, sin embargo, era distinto. De pie en la calle, nadie decía nada, ni siquiera susurraba. Se me entumecieron las piernas de esperar tanto tiempo frente al portón. Divisé al guardia, despatarrado, junto a la puerta. Miraba como a través de nosotros, pero sabíamos que nos estaba vigilando. A la izquierda había un garaje. Había oído hablar de ese garaje: allí encerraban a los que querían pegar una paliza. Estábamos en la calle, cerca del garaje.

En aquel instante salía Růžena a comprar. Me la imaginé caminando con sus botas de fieltro y su bolsa de la compra. Sonreía a la helada, con los ojos entornados.

—¿Ves, Růžena? —dije—. Ahora aguardo hasta que me trasladen. Aguardo ante este horrible edificio sin saber lo que harán conmigo dentro. Pero no quise huir contigo al extranjero.

En aquella ocasión estábamos sentados en la terraza de un restaurante a las afueras de la ciudad. Růžena dijo:

—Hacemos las maletas, Pepík, y nos marchamos. De algún modo nos las apañaremos.

—¿Y de qué viviremos allí? Moriremos de hambre en tu extranjero. ¡Pero si yo no sé más que sumar partidas en el banco y no hablo ninguna lengua!

—No importa, Pepík. De alguna manera subsistiremos. ¿De qué tienes

miedo? Pero si nos queremos...

Tuve miedo. Allí abajo, a nuestros pies, se extendía la ciudad. Había nacido allí, conocía casi cada una de sus calles, tenía allí mi cafetería, mi cine, mi estanco y mi quiosco de prensa. No me apetecía marcharme al extranjero.

—Pero, Růžena, no puede ser.

—Estoy segura, Pepík. No sé cómo quitarte el miedo. Piénsalo. Si no, lo nuestro no va a ningún lado. Jarka no se quiere divorciar y tampoco puedo abandonarlo, pues ya sabes cuál es la relación entre nuestras familias. Soy de una ciudad de provincias donde todo el mundo se conoce.

Me enfadé porque Růžena había dicho que tenía miedo. Y lo tenía, pero no quería reconocerlo.

—Pero si huimos será lo mismo.

—No, no lo entiendes. Si huyo, pues huí, como si se me hubiera tragado la tierra, mientras que si viviera contigo en Praga...

No entendía y no quería entender a Růžena. No quería marcharme al extranjero. Yo mismo no sabía qué debía hacer. Nos queríamos, pero teníamos que vernos a escondidas. Era demasiado difícil mantener todas esas evasivas, triquiñuelas y mentiras continuas. No era una vida cabal, especialmente porque nos queríamos.

—¡No hablaremos más de ello, pero un día lo lamentarás!

Me asusté, pensé que Růžena quería dejarme. Ella lo intuyó.

—No, no voy a dejarte. Pero ¿y si tuviera que hacerlo...?

Después me besó y lo olvidamos todo. Fuimos bajando a la ciudad por callejuelas sinuosas. Nos parábamos para besarnos. Dejamos de hacerlo cuando llegamos a las calles iluminadas.

Ahora, aquí, no hacíamos más que esperar. Se abrió el portón. Nos precipitamos al patio, donde nos metía prisa un empleado de la comunidad con un brazalete amarillo. Avanzamos de buena gana, porque estábamos congelados, pasando de largo el garaje, hacia la entrada trasera, pero allí tuvimos que detenernos otra vez. Entregamos las citaciones y el empleado con el brazalete amarillo fue dejando pasar a la gente según el turno de horas y minutos. Ahora estábamos aún más encogidos de frío. Nos encontrábamos ya en el edificio, el garaje a tiro de piedra. En el patio había un hombre de uniforme que nos observaba.

Empezó a nevar.

IV

Los copos de nieve me caían sobre el cuello. Reinaba el silencio, nadie pronunciaba palabra. Hacíamos cola frente a la puerta. Tras ella se encontraba el empleado del brazalete amarillo que nos permitía el paso, de tres en tres, según los horarios establecidos.

Me tocó el turno a las once. Estaba helado y embotado. El empleado con el brazalete amarillo me indicó que pasara a la oficina. Había allí sentadas más personas con brazaletes amarillos. Las mecanógrafas tecleaban raudas en las máquinas de escribir. Tuve que responder a una serie de preguntas: los formularios eran aún más largos que los que rellenaron conmigo en la oficina de la comunidad. Hablaba en voz baja y el repiqueteo de las máquinas interrumpía mis palabras. Todos murmuraban y caminaban como sobre una fina capa de hielo. No había guardias, a no ser que estuvieran escondidos en la casa. Eran invisibles; podían entrar en cualquier momento a la oficina.

Luego nos agujonearon para que camináramos hacia una gran sala. Había allí mucha gente sentada frente a distintas mesas. Yo fui de una mesa a otra.

—Joyas —me ladró un empleado.

—No tengo —dije.

—Oro —gruñó otro.

—No tengo —dije.

—Depósitos —me espetó entre dientes el tercero.

Caminé de uno a otro. Me preguntaron por hipotecas, seguros de vida, inmuebles, cuentas bancarias, letras del tesoro, acciones, bonos. Se trataba de activos que conocía del banco, pero ahora me resultaban irreales y absurdos ante su pretensión de que yo los tuviera.

Atravesé la sala respondiendo a todo con un «no tengo». Las personas frente a las mesas no me miraban. Aunque quizá no fueran siquiera personas, sino más bien autómatas, cada uno repitiendo cientos de veces una única pregunta. Tenían ante sí formularios y en ellos tachaban o anotaban algo. No estaba seguro de estar dando la respuesta adecuada al repetir una y otra vez «no

tengo», pero verdaderamente no poseía nada, aparte de un reloj, un reloj de níquel de lo más corriente. Sin embargo no preguntaron por él. Llegué junto con los demás a una puerta cerrada. Ante ella, de nuevo, otro empleado con brazalete amarillo. Tuve la impresión de que ante esa puerta la angustia era aún mayor, porque observé que incluso el empleado tenía miedo. Fuimos pasando de uno en uno. Al entrar me encontré con un hombre de uniforme sentado frente a una mesa aislada por un panel de madera. Con las piernas cruzadas, miraba fijamente la pared de enfrente. Tuve que darle el formulario que habían completado conmigo a un traductor. El traductor se lo entregó.

El hombre del uniforme me miró como si no me hubiera visto antes. Me dio la sensación de que me miraba mucho y con acritud, como para grabar mi figura en su memoria. Posó el documento en la mesa y lo selló. Luego me dijo malhumorado: «*Fertig*».⁴ Salí del chalé por una puerta distinta, me apresuré junto con otros a la parada del tranvía, me senté en el vagón de remolque. Escuché otra vez el habla humana, el habla cotidiana, y me llegaron las palabras: «Hanka está estudiando para ser modista, Friczek está aprendiendo a tocar el saxofón». Eso decían las personas que habían estado conmigo en el chalé, y todos estudiaban o querían estudiar algo. Hablaban del tema con entusiasmo y emoción, como si su vida dependiera del estudio.

Me sentía entre ellos como un paria, pues yo no estudiaba ni tenía intención de estudiar nada. Hablaban de ebanistería, zapatería, jardinería, de todo tipo de oficios que desempeñaban o se disponían a desempeñar. Los envidiaba, porque en algún lugar lijarían un tablón o soldarían una olla, mientras que yo no sabía hacer nada y ni siquiera si sería capaz de aprender.

—Pepík, eres un verdadero manazas —solía decirme Růžena—. No sabes ni clavar un clavo.

En ocasiones me vi obligado a hacer todo tipo de cosas, cuando fue necesario: dirigir canoas, encender fuego con dos piedras... También aprendí a cocinar. Sin embargo, sabía que otros lograban hacerlo mejor que yo. No, no fue un gran trabajo en absoluto.

Las personas con las que había estado en el censo se fueron bajando después, uno tras otro, del tranvía. De todos ellos, yo era el único que quedaba en el vagón. Viajaban allí sentados otros pasajeros que charlaban de cosas diferentes, leían el periódico. No les presté atención. Era casi mediodía. Todos se apresuraban a sus casas, pero yo debía considerar, considerar con empeño, que

nevaba. Deseé que parara, pues la nieve era mi enemiga.

Tenía que limpiar la acera frente a la casita en la que vivía, porque los gendarmes recorrían las calles midiendo a ojo de buen cubero hasta dónde debía llegar el espacio que se había de rastrillar. También habían aprendido a gritar.

Tenía una vieja rasqueta de madera que había que recomponer constantemente y una escoba gastada. Si nevaba todo el día y se formaban montones de nieve, iba a resultar muy difícil rastrillarlos después. Sobre todo cuando me asomaban los dedos por los guantes harapientos y me rugía el estómago.

¡Y qué iba a hacer con aquella hambre! En tiempos, Růžena me solía reprochar que era incapaz de hincarle el diente a una rebanada de pan como Dios manda, que era demasiado tiquismiquis, pero eso no era del todo cierto. Pensaba en la comida únicamente cuando era buena de verdad, de lo contrario ni me fijaba: leía el periódico durante la comida y en ocasiones no me percataba en absoluto de lo que estaba comiendo.

Pero ahora que había llegado el hambre había empezado a pensar en comida y a acechar las tiendas de comida. Me paraba frente a las carnicerías que antes pasaba por alto sin mucho miramiento para contemplar los pedazos de carne cruda.

Por todas partes había carteles, incluso en los restaurantes en los que servían patatas con salsa, incluso en las tiendas, incluso en las bodegas. ¡Hasta el hambre había aprendido a gritar! Caminaba con ella, midiendo la habitación con mis pasos, pero ella era más perseverante.

No obstante, después se fue calmando poco a poco, como si se hubiera acomodado en mi interior, así que a ratos me dejaba en paz. Yo estaba débil. Quizá amara la debilidad, quizá quisiera verme humillado. Pero no estaba negociando con ella. Me bastaba con que guardara las formas. Temía despertarla.

Sabía bien que pediría la palabra en cuanto empezara a rascar la nieve, pues no le gustaba que trabajara. Solo quería que estuviera tumbado tranquilamente, que no me moviera y que no la despertara de su letargo.

De repente estaba otra vez con Růžena en una nava en las montañas. Una ventisca de nieve nos azotaba el rostro. Avanzábamos con dificultad debido al ímpetu del vendaval. Růžena tenía la cara enrojecida, curtida por el viento, y

los copos de nieve se le derretían en el rostro. Habíamos salido abrigados de la cabaña. Nos atamos los esquíes en el cobertizo. No había ni un alma en la nava. Hacía un tiempo de perros, pero queríamos salir. Besé a Růžena en la cara empapada. Con su traje de esquí, tenía una figura hermosa, esbelta. Se rio cuando, al besarla, le sacudí la nieve, que le fue a parar al cuello. Yo también me reí. Avanzábamos con dificultad, el viento venía de frente. Entramos al bosque jadeando. Reinaba el silencio. Descendimos y nos reímos al coger velocidad. Nos detuvimos ya abajo, junto al hotel. Nos deshicimos de los esquíes y pataleamos un buen rato para sacudirnos la nieve. Pedimos un café y comimos unas enormes rebanadas bien untadas de mantequilla.

—Pepík —dijo Růžena—, ¿no crees que sería bonito si estuviéramos siempre juntos como estamos ahora, con los rostros al sol, trepando por la ladera y descendiendo al valle? Para trampear este par de días le he tenido que contar a Jarka que me iba a la montaña con Máňa. ¿Y si Máňa regresara antes y Jarka se la encontrara? ¿Qué nuevo embuste tendría que inventarme? A veces pienso que Jarka no se traga ni una sola de todas las mentiras que le cuento sobre modistas, amigas y viajes para visitar a familiares. Está todo de lo más manido; lo puedes encontrar en cualquier novela. A lo mejor Jarka tan solo finge que se lo cree, se obliga a creerlo; si no, tendría que decidirse a hacer algo, y parece que no está por la labor.

—Růžena —respondí—, ¿qué más da eso con tanta nieve a nuestro alrededor?

La nieve frente a mi casa era indómita y tenía que luchar encarnizadamente con ella. Se me helaban las manos pese a estar bañado en sudor por el esfuerzo. Era oscura, mugrienta y viscosa. Tenía que pelearme con ella para retirarla de la acera. El hambre empezaba a rugir. Deseé que comenzara el deshielo para que la nieve se transformara en barro chapoteante, pero el frío aumentaba por minutos y yo debía limpiar.

—Esa acera no es lo suficientemente ancha —indicó el guardia—. Debe tener el mismo ancho que la de sus vecinos. —Se echó la mano al bolsillo con mirada significativa. Sabía que en él guardaba una libreta—. Y, además, mire: aún le queda una barbaridad de nieve. Esto tiene que estar limpio. ¡Menuda chapuza!

No contesté. No tenía sentido discutir con el guardia, pues yo no tenía derechos. Lo sabía, y el guardia también. Pisoteó con sus pesadas botas la

nieve sucia que yo debía rasquetear con la pala. ¡Plof, plof, tin, tin!

Aquella vez, con Růžena, estuvimos bailando en la cabaña con nuestras pesadas botas de esquí. No estábamos nada cansados, a pesar de que habíamos tenido que trepar hasta la cima de la montaña a oscuras. Caminamos y nos deslizamos por el sendero trillado agarrándonos a las ramas. Estábamos deseando cenar. Pedimos un coñac y un café solo. Bailamos un rato al ritmo de la música que sonaba en la radio. Felices, nos olvidamos de todo. Y afuera, blanca, se extendía la nieve. Las ventanas del pasillo estaban empañadas cuando subimos por las escaleras al cuarto caliente. Y después estuvimos echados hasta bien entrada la noche. Mientras el viento presionaba las contraventanas, nosotros, recostados, abrigados, sonreíamos entre las mantas.

—Růžena —dije—: esta noche, la más hermosa de todas, es nuestra. El viento golpea las contraventanas, pero no puede alcanzarnos. La nieve se arremolina y sepulta el tejado. Nosotros, sin embargo, estamos a resguardo, en una cama caliente, echados uno al lado del otro.

—Sí —respondió Růžena medio dormida.

Luego nos quedamos dormidos. No nos estorbó ni el viento ni la nieve. Dormimos abrazados. Nos despertamos cuando ya había luz. Alrededor de la cabaña, montañas de nieve. ¡Plof, plof, tin, tin! «¡Por hoy es suficiente!»

Aunque estaba exhausto, aquella noche, después del trabajo, fui incapaz de conciliar el sueño. No podía dejar de pensar en Střešovice. Cuando lo conseguía, me despertaba enseguida y empezaba a rumiar lo que había firmado, a qué venían tantas preguntas, los sellos con los que el hombre de uniforme había marcado mi expediente. No me cabía en la cabeza que tanto esperar, tanto ensuciar cuartillas, tanto sonsacar, no tuviera sentido alguno, pero era incapaz de adivinar cuál. Me devanaba los sesos en balde. Aquellos individuos del chalé se habían afanado demasiado con Josef Roubíček: no parecía que fuera a librarme tan fácilmente, una vez emborronado tanto papel. De algún modo debía pagar el papel y el ahínco, pero, dado que yo no tenía nada de lo que se esperaba de mí (efectos, depósitos, oro), ¿con qué podría compensar la pérdida de tiempo? Puede que con mi mísero cuello.

Después ya no fui capaz conciliar el sueño en absoluto. Tampoco podía leer. Temía que comenzara a nevar otra vez y que tuviera que barrer la nieve por la mañana. Y como no hacía más que dar vueltas en el colchón sin lograr dormir, como seguramente me dormiría de madrugada, era evidente que me levantaría

tarde, cuando la nieve estuviera pisoteada, cuando estuviera sucia y viscosa, y entonces tendría que rasquetearla con una pala que no hacía más que desengancharse del mango.

Aquella semana nevó sin parar. De cuando en cuando la nieve se derretía para después volver a congelarse de nuevo. Tenía las manos llenas de callos. Estuve encerrado en casa, sin salir a ningún lado, porque la nieve no dejaba de caer y yo a duras penas daba abasto para limpiarla.

Poco a poco me fui olvidando de Střešovice y de sus formularios. No volví a recibir ninguna citación, pero vino un enviado de la comunidad con orden de llevarse los instrumentos musicales y la máquina de escribir.

Yo no poseía instrumentos musicales; no sabía tocar ninguno. Escribía a lápiz porque hacía tiempo que había vendido la pluma estilográfica, una pluma de calidad, de la marca Waterman.

Más tarde vino otro enviado reclamando trajes y tejidos. Otro, por su parte, quería abrigos de piel y microscopios. Siempre querían algo de mí, pero yo no tenía nada.

De nuevo vino un enviado con el cometido de recordarme que no me estaba permitido vender ni regalar nada; que debía ser consciente de que mi propiedad no me pertenecía; que, de hecho, no era más que el gestor de mi último atuendo, el que llevaba puesto, y de unos zapatos gastados. Gestionaba esos objetos y se me pagaba con su uso. ¡Ya ves! Me había equivocado al pensar que no iban a prestarme atención. Me agazapé entre aquellas paredes agrietadas y me resguardé del frío en el saco de dormir. Únicamente quería dormir, no saber ni escuchar nada. Pero no paraban de pedirme cosas. Así como así. Se me había prohibido circular por determinadas calles en diferentes días: por algunas no podía transitar los viernes; por otras, al contrario, los domingos; por algunas debía pasar rápido y sin detenerme en ningún sitio. Mezclaba los nombres de las calles y de los días. Algunas calles ni siquiera las conocía. Imaginaba que un día pasaría por casualidad por una calle llamada Hermelínová y que, como salido de la nada, aparecería de un salto un guardia que me encerraría, porque la calle Hermelínová estaría en la lista más actualizada de calles prohibidas, que yo aún no habría leído. Se me había

ordenado que no visitara los parques, pero era consciente de no saber diferenciar bien qué era parque y qué no. Había caminos bordeados por arboledas que podían ser considerados jardines, por los que tampoco debía pasar.

Me habría gustado ser un animal. Por las ventanas de la buhardilla veía a los perros jugando en la nieve, veía a un gato arrastrándose despacio por los jardines colindantes, veía a los caballos bebiendo libremente el agua de los cubos, veía a los gorriones volando hacia donde les venía en gana. Los animales no tenían que romperse la cabeza con las calles por las que les estaba permitido transitar.

Aquel año estaba deseando que llegara de una vez la primavera. Estaba cansado de tener que limpiar nieve y cortar leña sin parar. Recibía cada vez más circulares con nuevas prohibiciones. Me enteré de que no podía acudir a las subastas de arte ni montar en barco de vapor; no podía ir de caza ni comer carne de cerdo. Me esforcé por comprender la nueva normativa y tenerla siempre en mente. No tenía ni idea de cómo cumplirla; tampoco sabía, en algunos casos, cómo podía infringirla. No tenía intención de disparar perdigones y no podía comer carne de cerdo, porque no tenía cupones de carne. Pero tal vez al llegar a la tienda el señor Halaburda me dijera:

—Aquí tiene usted carne de cerdo, señor Roubíček. ¿Qué pieza prefiere? ¿Le apetecen unas chuletas? ¿O solomillo? ¿Qué tal algo más magro?

—Tengo prohibida la carne de cerdo —respondería yo indeciso.

—¡Ah, el caballero está a dieta! —diría el señor Halaburda—. Pues tenemos unos estupendos higadillos. ¿O quizá ternera?

No, nunca tendría semejante conversación con el señor Halaburda, pero puede que me vendiera huesos otra vez. Los huesos todavía no estaban prohibidos. No, los huesos no estaban prohibidos.

Le di muchas vueltas a la circular sobre el transporte en tranvía. Viajaba en tranvía cuando tenía que ir al centro de la ciudad. Era algo de lo más corriente. Me montaba en la parada y pagaba el billete al cobrador. A veces pasaba el revisor comprobando los billetes. Yo siempre tenía billete; jamás me habían multado. Sí que solía saltar del tranvía en marcha. En una ocasión me caí de bruces y me rompí las gafas. En el interior del tranvía estaba colgado, junto a letreros de anuncios, el reglamento del viajero. Nunca lo había leído.

Ahora tendría que ir a pie, lo cual a veces era un espanto, porque vivía lejos,

en las afueras. Lo peor, al regresar, era que en algunas ocasiones nevaba, con lo que se me empapaba el abrigo ya raído, y en otras me resbalaba por el hielo. Siempre se complicaba la cosa cuando volvía, pues tenía que trepar un buen trecho de la colina para atajar un poco. El camino estaba plagado de socavones, por lo que alguna vez me había hundido en un montón de nieve, calándome los zapatos y los calcetines. Además, me costaba mucho sacar los pies de la nieve. Estaba muy cansado y, para más inri, hambriento. Me parecía que jamás fuera a llegar a la puerta de casa. Después no podía tumbarme y descansar, porque tenía que encender el fuego y cortar leña.

Una vez subí con Růžena por una calle serpenteante, con huecos de tapias y solares entre los edificios, mal iluminada. Era la primera que nos veíamos después de Nochevieja. Tan solo caminamos largo rato por las calles, pero éramos felices. Me arrimé a Růžena sin saber qué decir.

—Soy una persona de lo más vulgar, Růžena, y trabajo en un banco.

Fue una tontería, pero no se me ocurrió nada mejor. Caminé junto a ella, rozando su abrigo de piel. La calle estaba fría y oscura. Cogí a Růžena y la aupé contra mí, de modo que quedó a mi misma altura. Nos estuvimos besando mucho tiempo, hasta que Růžena, la primera, volvió a la realidad.

—Se ha hecho tarde. Debo marcharme a casa.

Así que nos pusimos de nuevo en marcha, cogidos del brazo, sin demasiada prisa, porque nos parábamos cada dos por tres. Sin embargo, no podíamos hacerlo durante mucho rato, pues Jarka, por lo visto, solía quedarse en vela esperando a Růžena.

Acompañé a Růžena a su casa. Se trataba de un edificio de nueva construcción entre casitas y solares. Tenía un aspecto amenazante, imponente, en la noche cerrada, cuando solo podía discernir su silueta.

—Siento que vayas a tener que volver a casa a pie, Pepík. Ya te dije que no hacía falta que me acompañaras.

Nos cogimos de la mano, pero no nos besamos. Růžena temía que alguien del edificio pudiera vernos. Nos despedimos a altas horas de la noche.

—No importa, Růžena. Llegaré perfectamente a casa.

Yo vivía en el extremo opuesto de la ciudad. Aceleré el paso al caminar; estaba contento. Entré en calor de lo rápido que iba. Las casas se esfumaban en la oscuridad, como sombras. Ni siquiera me daba cuenta de si me cruzaba con gente, aunque entreoí algunas voces aquí y allá. Me reía en voz baja, para mis

adentros. No tenía que mandar a mis pies que caminaran, caminaban rápidos por la dura acera, se deslizaban por el hielo sin resbalar. Pensaba en Růžena, en cómo nos habíamos besado entre árboles desnudos, en caminos cubiertos de nieve. Růžena siempre me llevaba por el camino más largo, con mi mano asida a su brazo. Subíamos las empinadas calles y descendíamos a los apacibles valles de la ciudad. Me soltaba en cuanto pisaba el centro. Había allí todavía muchas ventanas iluminadas. En las calles los vendedores de periódicos voceaban los nombres de los diarios, me pareció que algo estridentes e insistentes, puesto que era ya tarde y tenían poca esperanza de vender sus periódicos a los últimos transeúntes y borrachos. No compré el periódico, no quería saber nada de las novedades. Estaba esperando que me agarrara otra vez del brazo en las callejuelas tranquilas y oscuras, una vez que atravesáramos el centro de la ciudad. Y así llegué con Růžena hasta su casa y allí me despedí por fin de ella. Sabía que era ya de madrugada.

Era tarde y tenía prisa por llegar a casa. Había estado de visita en casa de mis tíos. Iba a verlos de mala gana, pero, aun así, me acercaba hasta allí de vez en cuando, porque podía entrar en calor y me daban una infusión y pan con paté. A cambio, debía escuchar su jeremiada.

—Hemos perdido esta guerra —no paraba de repetir mi tío—. Van a matarnos, seguro.

—Nos lo han quitado todo —se lamentaba mi tía—, todo lo que habíamos ido ahorrando para la vejez durante tantos años. ¡Nos hemos convertido en unos pordioseros! —gritó—. ¡Unos pordioseros!

—¿Y por qué no nos ayudan esos ingleses y americanos tuyos? —me recriminó mi tío. No sabía por qué debía yo responder por ingleses y americanos. Si ni siquiera sabía inglés...

—A ti no te va mal —dijo envidiosa mi tía—. Tú no tenías nada, así que no pudieron quitártelo. Pero nosotros somos pordioseros. ¡Pordioseros!

Mientras bebía una infusión amarga y mordisqueaba el pan con paté, mi tío me soltaba reproches. Claramente, pretendían que defendiera a los ingleses y a los americanos, o que dijera que me iba peor que a ellos, pues así podrían indignarse y lamentarse todavía más. Me abotargué, dejé de escuchar sus palabras. Tan solo oía un rumor, trémulo, quejumbroso. Sabía que mi tío y mi tía seguían lamentándose, haciendo reproches y acusaciones. Tal vez yo fuera el culpable de que Dinamarca no quisiera luchar.

Arrullado hasta el sopor por aquellas voces chillonas, iracundas, el calor me hizo entornar los ojos y empezar a dar cabezadas. Me desperté cuando mi tío gritaba:

—¿Y Rusia? ¿Tu Rusia? ¿Por qué no manda tanques?

—Tuve que darles el anillo del tío Poldi y el caldero de cobre de la tía Roza. Nos lo han arrebatado todo. Somos pordioseros. ¡Hasta el molde para los bizcochos! —Lloraba mi tía.

Adormecido, respondí:

—No teníais que haberles entregado el caldero. Deberíais haberlo enterrado.

Recordé el caldero, sabía algo de aquel caldero, pero no tenía que haber dicho nada. Mi tío y mi tía se pusieron como basiliscos.

—¿Es que nos deseas la muerte? Nos matarían por el caldero de marras. Sabes de sobra que necesitan el cobre para la guerra.

—Siempre supe que no tenías ningún apego por la familia. Eso es lo que a ti te gustaría, que nos asesinaran por un caldero.

Volví a caer en el letargo. Puede que incluso me quedara dormido, porque pegué un respingo en la silla cuando mi tío me dio un empujón y me vociferó al oído:

—No te quedes aquí sentado como un pasmarote. Coge el portante y vete pitando a casa. Son las seis, y a las ocho debes estar ya allí.

—No tengo reloj —respondí—. Vendí el de níquel la semana pasada. Solo tengo el viejo despertador en casa. Funciona si lo pones de lado. Pero tienes que saber cómo colocarlo.

—No me vengas con historias sobre el despertador y vete a casa. No puedes quedarte aquí a dormir. ¿Acaso no sabes que pasan revista a las casas? ¿Querías que pesara sobre tu conciencia nuestra muerte?

—Márchate, Pepík —dijo con sorprendente contención mi tía—. Aquí tienes un bollo para el camino. Te queda un buen trecho. Vas a tener que apurarte si quieres llegar a tiempo.

Al salir de la casita me sorprendió la helada. Empecé a temblar y a tener escalofríos, seguramente por estar tan amodorrado y vencido por el calor. Me obligué a caminar rápido, pero las piernas no me obedecían, pues se me habían entumecido después del largo reposo. La calle estaba como desierta. No era tan tarde, pero la gente corría hacia sus hogares. Sin un rayo de luz, tuve que acostumbrarme a la oscuridad. Me resbalé en el bordillo de la acera y

por poco no me caí a la calzada. Me choqué contra un desconocido que, a su vez, para desquitarse, me pegó un empujón. Me aparté de un salto hacia la pared de un edificio e intenté huir. Temía que me denunciara a los guardias.

—Idiota —me dije—, si está todo como la boca del lobo. Las casas y las calles están a oscuras. Nadie puede saber lo que eres. Puedes ser un oficinista, un diligente oficinista, como Dios manda, que regresa del banco en el que ha estado sumando asientos. Regresa a su hogar, donde lo espera su familia. Está cerca de casa... Un par de pasos más y subirá por la cálida escalera. Se limpiará los zapatos con cuidado en el felpudo, se quitará el abrigo en el vestíbulo y se calzará las pantuflas. Su esposa ya lo está esperando con la cena caliente.

Ojalá me hubiera acompañado Růžena, pues ella tenía vista de águila. Siempre encontraba los tréboles de cuatro hojas, mientras que yo era incapaz. Solía dárme los para que no me pusiera triste. Sin embargo, no quería arrastrar a Růžena por la calle, con aquella helada y aquella oscuridad. Tendría que sostenerme si trastabillaba y sería una carga demasiado pesada para ella. Me entraron ganas de silbar para acallar la oscuridad y el pánico, pero me dio miedo. Poco a poco me fui habituando a las tinieblas y cogí suficiente velocidad. Dejé de sentir escozor en las orejas y frío en los pies.

Había entrado en vigor una ley por la cual no me estaba permitido asomarme a la calle después de las ocho de la tarde. Nunca había sido puesta por escrito en una notificación policial. Jamás se me había hecho entrega del aviso. Andaba simplemente de boca en boca, sustentada con ejemplos. Durante mucho tiempo no supe de aquella norma, pero en cierto momento escuché rumores acerca de ella.

Se me estaban congelando otra vez las orejas cuando llegué a la orilla del río. Aunque desde el agua soplaba un viento gélido, me gustaba caminar por la ribera porque me guiaba por el río helado: podía discernir su blancor en medio de la oscuridad. Podía vislumbrar también las farolas agonizantes e ir midiendo el camino en función de ellas. Designaba una y me citaba con ella. Decía: «Muy pronto estaré junto a ti». Luego, cuando la dejaba atrás, me disculpaba: «No, no eras tú. Mi farola es otra que está al final de mi camino. Disculpa, es que todas os parecís tanto...». Mientras anduve jugando con las farolas todo fue bien, ya que cada dos por tres encontraba una a la que burlar. Sin embargo, a la última la embauqué de mala manera, y me salió caro. Estaba ya avanzando por el puente. Era la última farola del puente, pero de ningún

modo la mía, pues aún debía trepar una barbaridad hasta la cima del monte para llegar a casa. Cuando estaba dejando atrás esa última farola, riéndome de que estuviera allí tontamente plantada y aguardando, mientras yo silbaba, me resbalé en un terraplén y caí rodando. No, no era profundo y aterricé solo sobre nieve. No obstante, me calé entero, pues tuve que gatear por la nieve para volver arriba y sudé de lo lindo.

Pese a todo, finalmente logré alcanzar la cima del monte. Entonces avancé raudo. Estaba ya cerca de mi casa. Llegué a la calle principal justo cuando el tranvía hacía su última parada y se apeaba la gente.

—Veis —me dije—, justo acabo de bajar yo también del tranvía. Sí, he viajado con vosotros, pero no os habéis dado cuenta porque iba de pie en la plataforma. Ahora regresaré a casa y, como todo está a oscuras, no os percataréis de que voy hecho un adán ni de que del abrigo me cuelgan carámbanos.

VI

Las cosas se me complicaron con la llegada de la primavera. Había goteras en las paredes de la casa y se formaba un gran charco en el suelo que tenía que limpiar con un trapo. Todo estaba húmedo, hasta mis manos, hasta el saco de dormir. Recibía periódicamente circulares con prohibiciones. Una vez incluso vinieron a echar un vistazo a la casa. Llegaron en coche, entraron de golpe al piso, no me dirigieron la palabra. No tuve que mostrarles nada: enseguida vieron la grieta que partía la casa en dos, repararon en las tejas que rodaban por el suelo y en las ventanas apedreadas con los marcos combados. A mí ni me miraron. Uno de *ellos* soltó un impropio en su idioma, y entonces se subieron al coche y se marcharon. Divisé los rostros de los habitantes de las casas vecinas ocultos tras los visillos. Oteaban esperando un espectáculo distinto. Sin duda pensaban que me iban a llevar. Llovía, y el automóvil salpicó la acera de barro. La casa se quedó llena de huellas de botas militares enlodadas. Salí a la puerta para contemplar cómo revivía la calle, cómo la gente volvía a salir de sus hogares y se apartaba de las cortinas. Respiré el fresco aire primaveral bajo la lluvia. Sabía que esta casa no tenía el menor interés, que iba a vivir en ella hasta que vinieran a buscarme una última vez. Agarré el balde y fui por agua al surtidor. Un placer poder levantar la palanca; un placer que el brazo aún me perteneciera y que pudiera moverlo, arriba y abajo. Se acercó al surtidor una vecina. Posó el jarro en el suelo, miró a su alrededor para comprobar que no había un alma en la calle. Entonces se inclinó hacia mí y me espetó:

—¿Qué querían? ¿Han venido a buscarle? ¿Cuándo vendrán de nuevo?

—No sé —respondí. Mi balde ya se había llenado y el agua se estaba desbordando.

—Vendrán por usted otra vez —dijo—. Los van a meter a todos ustedes en barcos y, cuando los barcos estén en alta mar, los barrenarán y entonces se ahogarán. Ese es el plan que han ideado. Lo sé de buena tinta. Me lo ha contado la señora Francl. Su primo trabaja de chófer para *ellos*, así que debe de

saberlo. Y yo estaba pensando que nos vendría de perlas su casita. Mi marido la repararía, encementaría la grieta y pondría tejas nuevas en el tejado. Mi marido, cuando regrese del servicio... Le gusta mucho hacer ese tipo de chapuzas...

—La casa no es mía —contesté—. Pregúntele al chófer.

Arrastré el cubo hasta casa.

Me preparé una infusión y me metí de nuevo en el saco de dormir. Contemplé el enorme cerco de humedad en el techo. Me pareció que adquiría forma de barco. Pensé en el barco del que hablaba la vecina. Vi las velas, tensas, e inspiré el fresco aire marino. Las olas se elevaban impetuosas, inundando la cubierta, donde yo, aovillado, miraba el mar. Era inconmensurable: no tenía fin, no había tierra a la vista. Escuché cómo abajo, en la cala, hacía su trabajo un berbiquí. En breves instantes el agujero sería ya lo suficientemente grande para que, despacio, el barco se fuera a pique: primero la popa; la proa asomaría todavía un buen rato sobre la superficie, hasta que se cerraran las aguas. Yo, por mi parte, me aferraría a cualquier tablón. El mar estaría en calma y yo navegaría solo por el océano. Aguantaría mucho en el tablón, puesto que estaba acostumbrado a pasar hambre. Y después me encontraría un gran barco a vapor. Me subirían a cubierta, en una camilla, me acomodarían en un camarote níveo y me darían leche condensada. Me dormiría escuchando el runrún de la maquinaria. Me dormiría pensando que al día siguiente saldría a la cubierta del vapor a darle la mano a todo el mundo. Pero antes de zarpar debía pensar en Růžena.

Subí al tercer piso y llamé a la puerta. Me dio la impresión de que no había nadie en casa, porque no salían a abrir. El piso rebosaba de la actividad previa al almuerzo: se podían oír portazos y oler los aromas de la cocina. Pensé que Růžena tal vez no estuviera en casa y por un momento me sentí aliviado, pues así tendría una excusa para marcharme. Me disponía a tocar el timbre una vez más cuando se abrió la puerta.

—Pasa, Pepík —me dijo. Llevaba puesto un delantal y chinelas—. Estoy haciendo la comida, tendrás que hacerme compañía. Siéntate en un taburete y observa. —Cortó la cebolla en la tabla y la frió en una sartén—. Debe dorarse, Pepík —se rio.

Tenía el rostro colorado de estar frente a la cocina de gas y también por el sofocante olor del sofrito de cebolla que ascendía hacia su cara.

—Me gustaría besarte —dije.

—Ahora no puedes. Espera a que acabe de cocinar. Mejor cuéntame algo para pasar el rato.

—Te quiero —dije. Sentado en el taburete, contemplaba a Růžena: observaba sus manos, miraba su boca y sus ojos. Me levanté entonces de un salto y empecé a besarla.

—Tienes que marcharte a casa ya —dijo Růžena—. Jarka llegará en un santiamén.

Salí del edificio. No me apetecía viajar en tranvía, quería estar solo y pensar en Růžena. Había poca gente en la calle a mediodía. Caminé por calles apacibles. Sería hermoso sentarse a una mesa puesta y comer la comida preparada por sus manos. En aquel momento se me pasaron las ganas de almorzar en un restaurante cualquiera, pese a que tenía hambre.

Salí despacio del saco de dormir, pues debía cocinar algo. El hambre había hecho acto de presencia, aunque me había mantenido tumbado y quietecito, sin decir ni mu. No tenía nada más que agua, sal, unos trozos de pan duro y margarina. Me hice pues una sopa con cortezas de pan y me la comí con una cuchara, directamente de la cazuela. Después, bajo la lluvia, salí a comprar. Al caminar hacia el portón del jardín, vi cómo brillaban sobre el suelo embarrado y aguazoso unas briznas de hierba. Quería comprar queso magro y un sucedáneo de longaniza, pero en su lugar me decidí por semillas de verduras. Tenía una pala, una azada y una laya. No importaba que nunca en mi vida hubiera trabajado en un huerto. No importaba que mis plantas fueran a ser, seguramente, deslucidas y canijas. Serían mis plantas, cultivadas con mis propias manos.

Estuve roturando durante días un trecho del patio. Estuve sacando las piedras, dividiendo eras. Eché un vistazo a las de los vecinos y me di cuenta de que mis bancales eran sinuosos, una birria, pero no tenía cuerda ni nadie que me aconsejara. Hice hoyos con un palito para plantar las semillas. Me incliné sobre la tierra untuosa y respiré la humedad. En aquellos momentos, me sentía a las mil maravillas. Iba cada día a observar cómo las plantitas rasgaban la tierra, cómo trepaban poco a poco. Me agachaba, arrancaba las malas hierbas y recogía guijarros. Iba a coger agua y me alegraba si llovía.

Por aquella época llegó a mi casa el gato Tomáš. Ya lo había visto antes a menudo, deslizándose por el jardín. Ahora, cuando estaba yo sentado en el

patio, inclinado sobre mis plantitas, siempre se sentaba junto a mí. Se quedaba allí un buen rato hasta que me erguía y, entonces, se volvía a marchar. Estaba demacrado y era suspicaz: al parecer no pertenecía a nadie, por lo que la gente lo ahuyentaba y le lanzaba lo que tuviera a mano, puesto que, cada vez que me levantaba de golpe, se apartaba de un salto y se escondía entre la maleza. Lo llamé Tomáš por ser tan desconfiado.

Solíamos sentarnos juntos. Cuando descansaba le contaba cosas sobre Růžena. Fui a visitarla una vez que estaba de vacaciones en una aldea perdida en las montañas. Íbamos a bañarnos al arroyo y luego nos echábamos durante un buen rato al sol en una ladera. Estábamos solos. Subíamos a las montañas, preparábamos sopa en un hornillo de alcohol, caminábamos por el bosque y, a veces, nos tumbábamos en el talud de la vía del tren, mucho, mucho tiempo, y esperábamos a que pasaran los vagones llenos de gente para mirar las ventanillas iluminadas. Le hablé a Tomáš acerca de los prados por los que vagábamos, acerca de las cabañitas de madera en cuyos porches nos sentábamos cuando estábamos cansados.

—No confías en mí, Tomáš —dije—. Te han molido a palos, así que ¿cómo podrías pensar en la felicidad? Pero la felicidad existe, Tomáš. Es solo que ahora intentan convencerme de que ni existe ni jamás existió. Recuerda, Tomáš, tal vez tú también hayas vagabundeado por el musgo, tal vez también hayas tenido alguna vez un pelaje aterciopelado y no te vieras obligado a buscar basura en las escombreras.

Me giré hacia él bruscamente. Tomáš bufó, pero no se apartó.

—¿Ves, Tomáš? No voy a hacerte daño. Empiezas a confiar un poco en mí. Pero solo a medias. Espera. ¿Cómo explicarte qué es la felicidad? Un tazón de leche para ti, Tomáš, en la superficie flota la nata, y un panecillo untado de mantequilla, hígado crudo, y tumbarse al sol y jugar en un lugar seguro. Todo esto existe, debes creerme.

Levanté la vista del huerto cuando comenzó a oscurecer. Me había entrado frío y hambre. No busqué a Tomáš, pues pensé que se habría colado en el jardín vecino, donde sin duda tenía su guarida, en el cobertizo. Pero cuando abrí la puerta de la buhardilla noté que se me enredaba entre las piernas algo negro.

—Tomáš —pregunté—, ¿por qué de todas las casas has ido a elegir mi buhardilla? Me has entendido mal. Te hablé de alegría y felicidad, pero en

ningún caso en este cubículo. Aquí no hay siquiera ratones, hay goteras en las paredes. No hay un lar, únicamente una estufilla agrietada que no da calor. Tampoco vas a encontrar alimento. Tan solo podría compartir contigo sucedáneos y café solo preparado con bellotas molidas.

Tomáš, a pesar de todo, se había colocado en medio de la habitación, sin ninguna intención de largarse de allí. Se echó tranquilamente en una hornacina, sobre el trapo tirado por el suelo que antaño había sido una cortina. Encendí el fuego, cociné unas patatas y le ofrecí unas pocas a Tomáš, que las aceptó como si tal cosa.

A veces iba a la ciudad para conseguir algo de dinero. Vendía mis libros, dado que no tenía otra cosa que vender. Sabía que no podía venderlos todos porque algunos estaban demasiado desvencijados. Me alegraba que se quedaran conmigo. Cuando regresaba a casa, Tomáš me estaba esperando en el umbral. Jamás se dejaba acariciar, y yo ya ni lo intentaba. No confiaba en las manos humanas.

Mientras ascendía la colina enlodada, hablaba con Růžena.

—Růžena —dije—, he vendido el libro que leíamos juntos para comprar un sucedáneo de longaniza que voy a compartir con el gato Tomáš, al cual no conoces. No será un reparto justo, porque a Tomáš le tocará solo el pellejo, pero reconocerás que Tomáš puede trepar a un árbol para cazar un pájaro o emboscarse junto a una ratonera. Perdona que haya vendido el libro, Růžena. Contenía palabras que disfrutamos entonces, contenía frases que te encantaban. Pasábamos las hojas con impaciencia, temiendo que pronto llegara el final, y sin embargo estábamos en tensión, deseando leerlas. En aquella ocasión, estábamos en una cabaña en el campo. No podíamos salir, porque a nuestro alrededor susurraba la lluvia. Solamente teníamos un libro, así que lo leímos juntos. Siempre ibas unas cuantas líneas por detrás, pero yo te esperaba para pasar página a la par. Nos pasamos todo el día encerrados en la cabaña, tumbados en el catre. La lluvia tamborileaba sobre el tejado. Estábamos muy a gusto bajo la misma manta, leyendo el libro que acabo de vender.

No le conté nada de aquello al gato Tomáš, porque a él no le gustaban los libros. Cuando me metía en el saco de dormir a leer, siempre se acurrucaba junto a mí y golpeaba el libro. En ocasiones me lo había llegado a tirar de las manos. Prefería sentarse conmigo en los bancales, donde se quedaba tranquilo,

sin interrumpir. Me hacía bien cuando de repente brillaba el sol. Me echaba sobre la hierba y miraba la maleza. Veía pinos y estaba en el bosque. Tenía mi propio bosque, aunque me prohibieran poner un solo pie en un ramplón soto. La colina estaba ahora preciosa. Siempre me paraba a descansar allí. Las cabras habían estado pastando la hierba y por la ladera rodaban latas oxidadas y trastos viejos. Me tumbaba en la colina cada vez que regresaba de la ciudad, cuando ya estaba cerca de casa. Me tumbaba en silencio y miraba la ciudad a mis pies, las chimeneas, los embarcaderos, el puente blanco. Observaba a los pájaros sobrevolando la ciudad, seguía sus trayectorias. A veces escuchaba música, cuando la ventana de un chalé de la ladera se había quedado abierta.

Mientras permanecía echado en la hierba, alguien se tumbó a mi lado. Estuve a punto de levantarme e irme. Quería estar solo, pensar en Růžena. Quería estar solo porque no sabía si se me permitía recostarme en la hierba de una colina que se asemejaba a un vertedero, a una escombrera. Pero me sentía demasiado cansado.

—Hace buen tiempo —dijo el hombre. Lo miré. Tenía el aspecto de un obrero de las afueras. Junto a él, una tartera azul. Por lo visto acababa de salir del tajo, subía la colina y se había parado a descansar.

Ya no me daba miedo, pero no tenía ganas de pegar la hebra. No me apetecía hablar con extraños. Ni siquiera sabía de qué hablar con ellos. Quizá solo era capaz de hablar con quienes no me respondían, como Růžena y el gato Tomáš.

—Con este tiempo apetece tirarse al sol después de trabajar.

—No tengo trabajo —contesté. Deseé que rozara con la mano la tartera que andaba dando vueltas junto a él; que la empujara sin querer para que bajara rodando por la colina; que brincara como loca sobre los badenes y se parara en algún punto del camino que conducía a los chalés. Quería estar solo, no me apetecía hablar con nadie. Tenía para mí aquel instante en la colina mientras aún brillara el sol, mientras pudiera estar allí tendido, contemplar la ciudad a mis pies. Aquel instante era mío y quería disfrutarlo a solas. Pero la tartera azul no se movió ni un ápice.

—¿Le ocurre algo? —preguntó el obrero.

—No —respondí—. Nos cazan como a liebres.

—Entonces, ¿qué es lo que pasa?

Nos quedamos callados. Reinaba el silencio. Escuché a lo lejos el chirrido de

una grúa que sacaba el cargamento de un barco. El viento traía de alguna parte tenues acordes de una música.

—Pero está usted vivo —dijo el obrero.

—Estoy solo —contesté—. Tengo prohibidas calles, restaurantes, teatros, cines, jardines.

Volvimos a quedarnos callados. Por fin, el obrero añadió:

—Eso no es nada. Cuando yo estaba desempleado la cosa no era mucho mejor.

—No es lo mismo. —Me faltó poco para gritar—. Se trata de algo distinto. Se lo estoy diciendo: estoy solo, completamente solo. No tengo a nadie, no hablo con nadie. Duermo en un colchón en el suelo y paso hambre. Pero eso no es nada. Eso no me importaría. Puede que haya gente más pobre que yo, puede que duerman en almiars o bajo un puente. Se trata de sus leyes.

—¡Mande sus leyes al carajo!

—Imposible —dije—. Tengo miedo a la muerte.

—Alguna vez tiene que morirse uno.

—No lo entiende. No puede entenderlo. No quiero morir así, como el conejo al que sacan de su conejera. Si he de morir, querría saber por qué. Por ejemplo, de una enfermedad, o atropellado por un coche, o ahogado mientras me baño.

—No, no lo entiendo. Ahora debo marcharme. Puesto que se encuentra tan solo, podría usted visitarme. Vivo allí, en lo alto de la colina, en aquella casita. Viene a verme todo tipo de gente. Solemos juntarnos para charlar un poco.

—Iré en alguna ocasión. Gracias.

El obrero se puso en pie, recogió la tartera y caminó por el angosto sendero hacia la colonia de casas. Yo me quedé allí sentado, mirando cómo desaparecía en el interior de una de las casitas. Me alegró que me hubiera invitado. Era la única persona, desde hacía mucho tiempo, que me había invitado a su casa. Sin embargo, no creía que fuera a visitarlo.

—No, no puede entenderme —me dije—. Él sale cada mañana a trabajar con su tartera, se sube al tranvía, llega a la fábrica, ficha, se planta frente a su maquinaria. No es una vida demasiado alegre, pero es una buena vida, con una tartera azul, horarios de trabajo y el sobre de la paga. No consiste en arrastrarse durante el día y luchar con el saco de dormir por la noche. No consiste en una oficina con garaje y con un guardia plantado en el patio.

Se puso el sol. Comenzó a subir el fresco desde el río. Navegaba por él un carguero a vapor que toaba gabarras estibadas y que emitió un penetrante pitido al aproximarse al puente. Me incorporé despacio y caminé hasta mi casa. Dejé atrás la casita a la que había entrado el obrero; una casa de una planta con un jardincillo en el que verdeaban los parterres. En medio del patio, había un viejo pozo con cabrestante.

VII

—úítese la camisa —dijo el médico—. No, no hace falta que se la quite del todo. Puede simplemente levantársela a la altura de la cabeza.

Estaba de nuevo en una revisión. Esperé de pie largo rato en el sórdido pasillo de la oficina de la comunidad. Después también estuve un tiempo sentado en un banco de madera, cuando conseguí agenciarme un sitio. Desde el pasillo, las puertas conducían a distintos despachos, pero a mí me habían ordenado dirigirme al que se encontraba al fondo, al que tenía el cartel «Primeros auxilios». Por aquel entonces había aprendido a no creermelo ya ni una sola palabra. Sabía que tras aquella puerta había una oficina de reclutamiento desde la que enviaban a gente a las canteras, a las granjas, a las minas y a las pedreras de caolín. No pensaba que en aquella oficina fueran a proporcionarme ningún tipo de ayuda, pero estaba relativamente tranquilo porque sabía que con mi complexión no era adecuado para picar rocas ni para recoger arcilla de caolín con una pala. No obstante, estaba algo acongojado, pues tal vez ya estuvieran todos trabajando o sentados en oficinas; tal vez ya no quedaran más que un par de individuos demacrados por colocar. Así que igual los mandaban, por ejemplo, a excavar arcilla.

—Lo voy a clasificar como un cuatro —dijo el doctor tras examinarme—. No es usted apto para trabajos pesados.

—Gracias —contesté.

—No sé si le servirá de algo. —El médico era un hombre grueso. Los botones de su bata blanca estaban desabrochados, se movía despacio, hablaba con voz ahogada—. Me abochorna tener que hacer esto. Es una vergüenza. Debería estar curando a gente.

—No puedo ayudarle —dije—. No puedo ayudar a nadie. Estoy solo.

Salí a la calle. Tuve que sobreponerme para no vomitar por el hambre. No tenía dinero ni para una hogaza de pan. Los últimos días solo había comido verdura de mi propia huerta. No lograba saciarme con verdura, y cuando comía demasiada, se me hacía un nudo en el estómago. El gato Tomás no

quería ni ver la verdura. Ya no me quedaba nada que vender, pero tenía que sacar dinero de algún lado. Fui a ver si mi tío me hacía un préstamo. Iba ronco y de mala gana, pues sabía que no iba a ser coser y cantar.

Pero tenía un cuatro escrito en un pliego de papel en el que constaban todo tipo de datos sobre mi persona. Tener un cuatro era algo bueno: significaba que no me enviarían a trabajos pesados, que tenía derecho a estar enfermo y a una autorización para un viaje en tranvía que me habían concedido en la oficina de la comunidad. Podía viajar a mi casa en las afueras una vez que mi tío me diera dinero. El permiso era válido para todo el día y precisamente aquel día tenía derecho a circular por el centro de la ciudad. Tener una autorización así era algo grande.

Fui arrastrando los pies por las calles. Tenía que detenerme de cuando en cuando para sobreponerme a las náuseas. Era un cálido día de verano. Veía a la gente subiéndose al tranvía para que los llevara al extrarradio, a las piscinas. Veía las sonrisas satisfechas en sus rostros bronceados. Veía a muchachas con vestidos ligeros ceñidos al cuerpo, con bolsos coloridos. Al rodear el parque vi cómo, sentadas en los bancos, daban de comer a los pájaros. Di el rodeo pegado al parque, dejándome acariciar por las ramas de los árboles. No era una tierna caricia, pero cuando las hojas me rozaban la cara podía percibir el aroma del verdor. Habría preferido tumbarme en casa junto a los bancales. Ya no iba a la colina, pues ahora se reunía allí una multitud; acucillados sobre la hierba pisoteada, jugaban a las cartas. Me dolía la cabeza, estaba muy débil, me tambaleaba, pero aun así debía ir a casa de mi tío, pues tal vez él me daría al menos dinero para el tranvía.

Tuve que esperar un buen rato a que vinieran a abrirme. Sabía que mi tío y mi tía estaban en casa porque tenían miedo de salir a la calle y se quedaban en el piso todo el día. Escuché que alguien se acercaba de puntillas por el pasillo, que, despacio y con precaución, destapaba la mirilla de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz ahogada tras la puerta. Reconocí la voz de mi tío.

—Ábreme. Soy yo: Pepík —dije en voz alta.

La puerta se abrió lentamente. Entré a un vestíbulo oscuro. Al principio no podía ver nada, porque mi tío cerró rápidamente con llave. Solo era capaz de distinguir los contornos de su figura. Por alguna razón, me parecieron demasiado avejentados. Me percaté de que mi tío estaba encorvado, como si

cargara con un gran peso.

Entramos a la sala. La mesa no estaba recogida y había todo tipo de objetos tirados sobre las sillas. Hacía bochorno y la ventana estaba cerrada. El cuarto estaba en penumbra porque habían bajado las persianas. Pero, incluso con una luz tan precaria, pude advertir que el rostro de mi tío estaba macilento, que tenía los ojos hundidos y el pelo alborotado.

—Tu tía está enferma, en cama —explicó mi tío—. No podemos ofrecerte nada.

Ni siquiera me invitó a sentarme. Como estaba agotado, aparté los objetos desordenados (unas madejas y retales) y me aposenté en una silla. Mi tío se quedó de pie. Parecía estar impaciente, deseando que me largara de una vez.

—¡Estuvieron aquí! —empezó a gritar de golpe—. Estuvieron aquí ayer por la tarde. No tienes más que ver el destrozo. Arramplaron con toda la despensa y nos llamaron de todo.

—Nos quitaron el último pedazo de manteca. —La voz estridente de mi tía me llegó desde la alcoba—. Tenía tres kilos de manteca y se la llevaron toda. Cogieron la mermelada y la lata de guiso en conserva que teníamos guardada desde el comienzo de la guerra. No nos queda nada. Moriremos de hambre. Nos han quitado hasta la harina y la levadura.

—¿Es que no hay justicia en este mundo? Ya verás... ¡Ganarán la guerra! Han ocupado ya toda Francia y los ingleses han huido. Una basura, eso es lo que son tus franceses e ingleses. No les da la gana luchar y a nosotros aquí nos tratan como a perros. ¿Por qué no dices nada?

—Toda la vida has sido un desagradecido —berreaba mi tía desde el dormitorio—. Con esto nos pagas el hacernos cargo de ti, haberte dado unos estudios con el dinero ganado con el sudor de nuestra frente. Menos mal que Klára no puede verlo, pues sin duda se revolvería en su tumba.

—Sí —dijo mi tío, ahora ya con voz lánguida y decaída—, te has retratado bien.

Sentado en el borde de la silla, en aquella habitación en penumbra, con tan solo unos rayos de sol abriéndose paso a través de una grieta de la persiana, incliné la cabeza hasta las rodillas para tratar de sobreponerme al dolor de estómago. Habría deseado tenderme en el suelo y taparme el rostro con las manos. Había ido hasta allí por un poco de dinero. Me habría bastado con una moneda de cinco coronas, pero no iba a ver ni un céntimo. Me habría

comprado algo de pan y me habría ido a casa en tranvía. No quería nada más. Tampoco era capaz de decir nada, pues tenía miedo de mover el cuerpo. En la sala hacía bochorno. Sudaba mientras miraba al suelo, a la alfombra polvorienta.

—¿Qué ha ocurrido? —dije al fin.

—¿Es que no te has enterado? Claro, es comprensible... No han estado en tu casa porque les pillan lejos y muy a trasmano. ¡Tú siempre tienes suerte! —me recriminó mi tía a gritos desde la alcoba—. Ayer por la tarde recorrieron la ciudad. Inspeccionaron todas las despensas, se llevaron cuanto encontraron. Hasta la sémola y los copos de avena. Tenía un poco de cebolla y ni eso me dejaron. Y tú sentado tan tranquilo en tu casa, como si tal cosa. Y aún tenemos que estar contentos de que no nos molieran a palos. Al joven Frischman, que vive en la tercera planta del edificio, le partieron dos dientes por no querer darles de inmediato unos botes de mermelada que guardaba en un armario.

—No tengo nada —dije—. No tengo ni cortezas de pan... Solamente me queda el gato Tomáš, y ni siquiera es mío. No podrían haberme quitado nada.

—Así que tienes un gato —volvió a vocear mi tío—. Claro, no se puede esperar otra cosa de ti, más que fanfarroneos y derroche de dinero. No has ahorrado ni un céntimo, y eso que tenías unos buenos ingresos en el banco. Te lo has gastado todo, y ahora encima te agencias un gato, con los tiempos que corren, cuando no tiene uno ni una miga de pan que llevarse a la boca. En definitiva, deberías dejar de venir de una vez por todas. Como si no tuviéramos suficiente desgracia... ¿Es que no sabes que nos puedes traer la ruina con tu gato?

—¿Cómo? ¿Por qué iba a molestaros Tomáš? ¡Si ni siquiera lo conocéis!

—¿Es que no sabes que no nos está permitido tener ningún tipo de animal doméstico?

—Hace ya tiempo que no leo ningún aviso. O los leo y los olvido... ¡Son tantos que no me aclaro con ellos! Y Tomáš no es mi gato. Iba mendigando por las casas, y como en todas lo golpeaban, ahora duerme en la mía. Yo tampoco puedo darle nada, porque no tengo nada. Y si quiere dormir en mi piso, no voy a impedirselo.

—¿Piensas que te van a creer, que vas a poder darles explicaciones? Te encerrarán y después descubrirán en los archivos que somos familiares. Nos ejecutarán, y todo porque su excelencia permite que bajo su techo pase la

noche un gato. Así que o echas al dichoso gato o no vuelvas a poner un pie en esta casa.

No respondí. Tuve que hacer un esfuerzo para levantarme. Me habría gustado al menos descansar, esperar a que pasara aquel dolor opresivo, pero tenía que ponerme en pie, puesto que me estaban echando. No me atreví a pedir siquiera dinero para el tranvía. Era una pequeña suma, y tal vez me la hubieran prestado, pero habría tenido que escuchar más chillidos, lamentos y reproches.

Le di la mano a mi tío y me fui dando tumbos hasta la puerta. Le grité a mi tía un par de palabras más, en dirección al dormitorio, a modo de despedida. Mi tío se quedó de pie en mitad de la sala, mirándome impasible. Aunque había vuelto a sucumbir al decaimiento, no me cabía duda de que en breves instantes volvería en sí y empezaría a vocear.

Bajé las escaleras despacio, cavilando cómo llegar a casa. Tendría que descansar cada cuarto de hora, sobreponerme al dolor y las náuseas. Puede que entonces, de algún modo, alcanzara mi portón. El centro de la ciudad, no obstante, sería un problema, pues no se me permitía atravesar el parque ni sentarme en la acera. Me vería obligado a hacer el camino sin parar hasta la colina. Allí ya podría sentarme, podría darme un respiro.

Me arrastré por las calles, candentes en la canícula del mediodía. Iba pegado a los edificios, pues temía caerme en cualquier momento. Aún tenía ante mí un largo camino y la sensación de que no lo culminaría.

«Me derrumbaré sobre el adoquinado», pensé. «La gente me esquivará indiferente. Pensarán que estoy borracho. Luego alguien se detendrá por curiosidad y llamará a la casa de socorro. Creo recordar que lo leí en alguna de las notificaciones: a ningún hospital le está permitido admitirme.»

Me apoyaba en las paredes de los edificios, intentando hacer memoria por si en alguna de ellas vivía un conocido en cuya casa pudiera descansar y a quien pudiera pedir dinero para el tranvía. No pensaba que fuera a toparme con nadie aquel día veraniego, ya que todos estaban en las piscinas o reposando en casa junto a las ventanas, esperando el frescor vespertino. Y entonces, sin embargo, recordé que, en uno de los barrios que tenía que atravesar para llegar a casa, vivía un compañero del liceo. No lo había visto desde el examen de reválida, pero recientemente me lo había encontrado en la calle. Me llamó. Me reconoció y me invitó a visitarlo. Había sido un pudiente abogado, dueño de

edificios y acciones. Seguro que antes jamás me habría dirigido la palabra. No sabía de qué podía hablar con él durante la visita. Había olvidado la dirección que me había dado entonces; solamente recordaba el barrio. Me devané los sesos intentando acordarme del nombre de la calle que me había dicho. Hasta que al final la recordé y logré también traer a la memoria un número aproximado. ¿Era el siete o el ocho? Daba igual, ya lo encontraría de un modo u otro. Todavía quedaba lejos, pero me hice el firme propósito de lograrlo. Tenía que lograrlo.

Encontré la casa y llamé al timbre. No sé cuánto duró la caminata. Solo sé que en dos ocasiones tuve que esquivar un coche en marcha al cruzar la calle. Quizá también me chocara con los viandantes. Ni siquiera recuerdo por dónde pasé. Tan solo sabía que debía llegar al puente, pues tras él se encontraba el barrio en el que vivía mi compañero de escuela. Se trataba de un barrio acomodado con edificios de nueva construcción que normalmente evitaba cuando iba al centro, porque allí vivían *ellos*. Pero aquella vez no tenía más opción que entrar.

Esperé largo rato frente a la puerta. Estaba ya mentalizado para esperar, a sabiendas de que seguro que también habían estado allí requisando despensas, de que los habitantes del piso se lo pensarían dos veces y cuchichearían entre ellos antes de ir a abrir.

—¡Eres tú! —dijo mi compañero Pavel. Obviamente lo alivió ver mi cara a través de la mirilla—. Pasa, te presentaré a mi esposa Heda y a nuestra hija André.

Pasé al vestíbulo: una alfombra en el suelo, una mesa con cómodas butacas. Abrí la puerta del salón. Me pareció extraño encontrarme de nuevo rodeado de confort y abundancia. Ya me había olvidado del aspecto que tenía un buen piso en el que era posible sentarse en un cómodo sillón con las piernas cruzadas. Había ido de visita a la tenebrosa guarida en la que vivía mi tío, que apestaba a cerrado y a viejo. Había caminado vacilante por la calle bajo la luz del mediodía, entre el hedor y el polvo. Y ahora había llegado a un reino de luz, pulcritud y frescura.

Arrellanados todos en sillones, bebíamos té en tazas de cristal. Contemplé las paredes, en las que había cuadros colgados. Observé las figurillas de porcelana de Sajonia. Removí el té con una cucharilla de plata y le hincué el diente a unos pasteles. Cogí los pasteles a puñados de una fuente porque estaba

famélico, porque no me importaba nada más que aquel instante que se asemejaba a tantos instantes de los viejos tiempos.

—Teníamos que habernos marchado —dijo Pavel—. Fue un gran error. Pero no me apetecía, ¿sabes? Uno se acomoda y es incapaz de tomar una decisión. —Eché un vistazo en torno a la sala—: El ser humano es esclavo de los objetos. —Hablaba con calma y estoicismo, como preparado para cualquier cosa, como si nada pudiera sorprenderlo—. Lo peor, en realidad, es la inactividad, esto de estar sentado mirando al vacío. También tenía fe en el dinero, ya sabes que ganaba mucho dinero... Ahora solo me siento y aguardo.

—¿Qué esperas?

—A que esto acabe con nosotros.

—¿Eso es lo que crees?

—¿Crear? Estoy convencido. No hay ninguna esperanza. Estamos todos perdidos. No nos queda más que mirar y esperar. Es más descansado y no tiene uno que estrujarse los sesos para inventar triquiñuelas de todo tipo. Todo está predestinado. Esto va a ser el fin, ¿me oyes? De veras el fin.

Hablaba en voz baja, con resignación, como debía ser en aquel apartamento con mullidas alfombras y resplandeciente mobiliario cromado, entre adorables bailarinas de porcelana y vasijas de estaño. El reloj de pared acompañaba su voz con el argentino tañido de sus campanillas.

—Tiene usted suerte —tomó la palabra por primera vez su esposa—. Pavel me ha dicho que está usted soltero.

Aquel día todos me repetían la suerte que tenía, hasta mis tíos. Yo, sin embargo, no llegaba a comprender bien dónde estribaba.

—Sí, tengo suerte —contesté. Tenía que hablar de suerte en aquel piso. ¿De qué otra cosa podía hablar?—. Es solo que no quiero morir.

—Hablemos pues de otra cosa. —Heda frunció el ceño—. Cuéntenos mejor qué hace. Pavel me ha hablado a menudo de usted al recordar sus años en el liceo.

Les hablé del gato Tomáš, de cómo trabajaba en mi huerto. Les conté cosas amables y alegres, como Dios manda, dado que estaba sentado en un confortable sillón y cogiendo bollos a puñados, y había que agradecer la hospitalidad en aquel apartamento inundado de luz en cuyas mesas había jarrones con ramos de rosas. Podía uno reírse alegremente hasta de los muebles quemados, hasta del tejado partido, de las cañerías averiadas y de la

estufa rota. Había superado esas cosas. Tal vez aquella fuera la suerte de la que todos hablaban. Mira por dónde, en aquel piso, por primera vez, fui consciente de mi victoria. Todos celebraban mis anécdotas. Incluso André se reía cuando les describía cómo *aquellos* se largaron de mi casucha con un palmo de narices, cómo echaban pestes cuando se metieron en el coche.

—No se llevarán nada —me jacté—. Solo quedará en mitad del cuarto la mesita de café.

Sonó el timbre, estridente y perentorio. Titubeante, Pavel fue despacio a abrir. Nos quedamos sentados junto a la mesa, callados y expectantes por saber qué invitado traería. Me pareció raro no escuchar más que el ruido de la puerta al abrirse, los pasos en el vestíbulo, y ni una sola voz humana. Pavel entró en la sala, y tras él un hombre y una mujer. No dijeron ni palabra. No se dignaron a mirarnos, hacían como si no nos vieran en absoluto. Permanecí sentado junto a la mesa, removiendo turbado el té que ya hacía tiempo que me había bebido. Aquellos dos observaban los objetos, acariciaban los muebles, sopesaban las jarras de estaño, palpaban el tapizado de los divanes. Juzgaban en voz alta y entre sí la calidad y la solidez de cada cosa. Hablaban de cómo reorganizar el mobiliario. Estábamos ya muertos, y ellos habían venido a cobrar su herencia. Pavel los acompañó en silencio hasta la segunda sala y la cocina. Oímos sus voces, alborozadas. Regresaron una vez más a la sala, pasaron a nuestro lado, volvieron a mirar alrededor como si numeraran cada objeto para que no se les pasara ni una por alto.

Seguíamos sentados frente a las tazas vacías. Solo al marcharse miraron hacia nosotros, pero me percaté de que su mirada no se dirigía hacia ninguno en concreto, sino más bien hacia los tazones, las azucareras y las cucharas. Pavel los condujo hasta el *hall*. Se demoraron allí largo rato; quizá estuvieran examinando las butacas y las alfombras. Después escuchamos un brusco portazo.

Pavel entró de nuevo en la sala y se sentó en el diván.

—Sirve té, Heda —dijo—. ¿Tomarás un poco más de té, Pepík?

Bebimos el té en silencio. Pavel añadió:

—Si no fuera por esta cría, todo esto resultaría más fácil. Tienes suerte, Pepík, de no tener familia.

No fui capaz de responder. Sabía que debía marcharme, pero no tenía dinero para el tranvía y no quería mencionárselo. No obstante, debía hacerlo, pues era

ya tarde y no llegaría a pie a casa antes de las ocho, aunque hubiera descansado y pudiera caminar más rápido.

—¿Podrías prestarme algo, Pavel, para el tranvía? —balbucí.

—Claro, no tienes dinero, ¿verdad? —sonrió Pavel. Parecía como si se acabara de despertar. El rostro se le descongeló—. Aquí tienes.

Sacó del bolsillo de la pechera cinco billetes enormes y me los dio.

—Pero si son cinco mil, Pavel, y yo solo necesito algo suelto para el tranvía.

—Aquí tienes calderilla. —Sacó de su cartera una moneda de cinco coronas.

—Pero... —farfullé.

—Cógelo sin rechistar. ¿Es mejor que se lo lleven *ellos*, bobo? ¿No es así, Heda?

—Sí —dijo Heda.

Me despedí, y Pavel me acompañó a la puerta. De pie en la calle, la cabeza me daba vueltas. Tenía dinero, y con él las cosas resueltas durante una buena temporada. «Conque así termina este día. En casa abriré la ventana y respiraré el aire estival. Vendrá el gato Tomáš a pedirme que lo acaricie. Me quedaré mirando por la ventana hasta que oscurezca y luego todavía contemplaré la noche. Pensaré en Růžena. Y, en el bolsillo de los pantalones, cuidadosamente plegado y guardado, me reconfortará este dinero.»

VIII

Estaba sentado con Tomáš en la huerta. Permanecíamos agachados para que no se nos viera desde la calle. La gente podría decir que nos quedábamos tumbados a la bartola mientras todos los demás trabajaban.

—¿Ves, Tomáš? —dije—. No cabe duda de que naciste con mala estrella. Primero te echaban y te apaleaban, y tenías que huir de las pedradas, las latas y los garrotes. Después pensaste que ibas a medrar algo mudándote a mi casa. Pero ni por esas. Hoy me he enterado de que te han declarado animal hostil. Ahora compartirás mi destino, a no ser, claro está, que logres huir de *ellos*. Seguramente les resultaría difícil atraparte, porque tú puedes trepar por los árboles, colarte por los agujeros y saltar los caballetes de los tejados. Tampoco necesitas papeles y no tienes carné de identidad. Pero, de todos modos, no te confíes demasiado: tienen revólveres y fusiles, y eso es muy mala cosa.

Estábamos sentados junto a un arriate en cuyo extremo crecía una flor llamada caléndula. Me gustaba sentarme junto a esta florecilla, aunque no me agradaba su color, amarillo, que me recordaba los brazaletes de los empleados de Střešovice. Tomáš permanecía sentado a mi lado, en la hierba. Tenía mejor aspecto, a pesar de que estaba pelechando. Se había apoltronado, había aprendido a acamarse y rara vez se marchaba a callejear.

—Tengo dinero, Tomáš. ¿De dónde crees que he sacado las patatas y el sucedáneo de longaniza de hoy? Te prometo que conmigo comerás un montón de auténtica carne, porque tengo dinero a espuestas y he de compensarte que te hayan declarado animal hostil sin preguntarte siquiera tu opinión. Únicamente debo enterarme de dónde se consigue carne en el mercado negro. Es muy peligroso y no conozco a nadie. Antes conocía a mucha gente, pero ahora no sé si visitarlos, porque es posible que me echen con cajas destempladas. Tumbados en la hierba y mirando a través de las rendijas de la valla no vemos más que las piernas de las personas. ¿Acaso puedes adivinar por sus piernas qué aspecto tienen? Mejor te cuento mi último encuentro con Růžena. Es una historia triste, así que debo contártela

en este momento y en ningún caso por la noche, porque ahora brilla el sol y la gente se pasea por la acera, porque estamos aquí tumbados, acurrucados, y nadie nos ve.

—Se acabó —dijo Růžena. Aquella vez hacía frío. Estábamos caminando por la orilla. El río estaba congelado. Marchábamos el uno junto al otro porque Růžena se protegía las manos con un manguito—. Ahora ya es tarde. No podemos huir. Además, con los tiempos que corren no podría abandonar a Jarka.

—He perdido por cobarde —dije yo—, porque en la vida te llega el momento de tomar una decisión, y yo cerré los ojos y me tapé los oídos con los dedos. Lo único que supe hacer fue esperar inútilmente. Y aquel momento pasó.

—Te quiero, pero eso no va a servirte de ayuda...

—Nada va a hacerlo, por más que me repita hasta la saciedad que la gente se junta y se separa.

—Aunque te quiera —dijo Růžena—, de todos modos habrá una guerra.

—No me importa la guerra. No sé nada de ninguna guerra. Todo se habrá terminado si jamás volvemos a vernos.

—Te querré siempre.

Caminamos en silencio por la orilla. Růžena aceleró el paso.

—Cojo el tranvía en esta parada. Adiós, Pepík.

—Esta es la historia, Tomáš. De todas maneras, no vas a entenderla. Si tú me pudieras contar historias, serían historias de cosas sencillas, como pelearse en los tejados, trepar a las ramas de los árboles y olfatear la hierba.

Tumbado, pensé dónde podría agenciarme la carne. Concebí planes en los que iba a la taberna a la que me había llevado Wiener, pero me dije que allí no me conocía nadie y que por tanto nadie confiaría en mí. Al único que conocía en aquel lugar era a Wiener, que se había marchado a Lípa. Y entonces me acordé del obrero de la tartera azul con el que me había encontrado en la colina. Se apellidaba Materna y su nombre era el mismo que el mío: Josef. Sabía dónde vivía, puesto que había pasado por su casa; en el patio había un pozo con cabrestante. Podía confiar en él, dado que había hablado conmigo casi demasiado abiertamente. Estaba al tanto de que la ciudad estaba plagada de delatores. Se comportaban de forma extraña y conspirativa, aguzaban los oídos para pescar las frases que la gente intercambiaba en los estancos,

escudriñaban las cubiertas de los libros que las muchachas llevaban consigo para leer en los tranvías. Sabía también que abordaban a los viandantes para sonsacarles si sabían algo nuevo, por si se les escapaba algo que indicara que escuchaban radiodifusión del extranjero. Aún no me había topado con ninguno. Nunca hablaba con personas desconocidas y jamás contestaba si un extraño, por casualidad, me dirigía la palabra. ¿Qué podía contarles de mí a los vecinos? Que vivía en una casucha medio derruida, iba a recoger mis exiguas raciones a la tienda, me llevaba un pote de sangre de la carnicería de Halaburda y llenaba un cubo de agua en el surtidor. Podían, no obstante, haberme denunciado por dar cobijo al gato Tomáš, pero todo el mundo sabía que Tomáš era un vagabundo, que correteaba por los jardines ajenos como un bandido, y sin duda estaban contentos de que hubiera encontrado refugio. No, nadie se iba a tomar a mal a Tomáš. En una ocasión estuvo en mi casa un chivato que quería averiguar si tenía una radio. Le mostré mi buhardilla, revisó la casa de arriba abajo, del sótano al desván, y jamás encontró nada.

—Hay que envenenaros a todos como a las ratas —dijo—. Para las próximas Navidades ya no estaréis aquí.

Me mordí la lengua. Tenía que mordérmela. Sabía que aquel individuo iba buscando sangre, como yo cuando acudía a la carnicería de Halaburda, solo que a él le pagaban por ello. No tenía ninguna intención de ayudarle a recuperar el tiempo perdido. El obrero de la tartera no era, desde luego, uno de estos individuos. Se trataba de una tartera azul, corriente y moliente, para transportar las gachas o el aguachirle. Luego bebería directamente del recipiente en el patio de la fábrica, entre barras de hierro herrumbrosas y escoria.

Entré al patio, atravesé el jardín y llamé a una puerta baja. Vino a abrirme una mujer mayor. Pregunté:

—¿Vive aquí Josef Materna?

—Sí, es mi hijo. ¿Qué quiere de él? Porque si piensa que va a aceptar más trabajo, puede irse derecho a casa. Ya tiene suficiente con el tute de la fábrica.

—No, he venido solo de visita. Me invitó hace un tiempo. ¿Está en casa?

—Sí. Está sentado en la alcoba. Han venido unos amigos.

Llamé a la puerta y entré a un dormitorio diminuto. Había allí una cama grande en la que se habían aposentado dos hombres, una mesita sobre la que estaban desperdigadas distintas piezas metálicas y a la cual habían atornillado

un pequeño torno, y una silla en la que se sentaba Josef Materna.

—Buenos días —dije.

—¿Qué desea? —preguntó en un tono algo cortante. Al parecer estaba confuso y me había tomado por un intruso. Sus amigos me miraron con hostilidad—. ¡Ah, es usted! —recordó—. Ya me acuerdo: estuve hablando con usted allí, en la colina. No pasa nada —se giró hacia los hombres sobre la cama—. Todo está en orden. Siéntese también en la cama, que no tenemos más sillas.

Me senté en el borde de la cama y guardé silencio. No sabía cómo decirle que necesitaba que me consiguiera carne, puesto que había gente extraña presente y tampoco quería sacarlo al jardincillo para que no pudiera vernos la gente de la calle.

—No sé si he venido en buen momento —dije—. Podría pasarme en otra ocasión.

—Siéntese tranquilamente. Estos son amigos míos de la fábrica: este es Franta, y este, Olda. Y usted se llama Josef, como yo, ¿verdad?

Nos quedamos en silencio. Entonces Olda dijo:

—Así que según tú, Pepík, están empezando a sucumbir. Pero ¿acaso no has oído sus fanfarrias? ¿No has visto cómo bravuconea y se ríe el ingeniero Johann?

—Esta guerra la ganaremos nosotros. Es *su* guerra, pero la ganaremos nosotros. Aplastarán a infinidad de gente, sin duda, pero al final, a pesar de todo, venceremos.

Hablaban a la vez, se interrumpían, mencionaban nombres de personas, ciudades y provincias que yo no conocía, se referían a libros de los que jamás había oído hablar. Tuve la sensación de estar de más en aquella jarana. Estaba escuchando palabras acaloradas cuyo sentido no entendía. Eché un vistazo a la habitación y descubrí en el armario una radio, evidentemente fabricada por un *amateur*.

—¿Por qué se queda ahí callado como un pasmarote? —dijo Materna—. No tenga miedo. Estamos de su lado.

—No sé qué contarles. No socializo, no leo los periódicos y no tengo radio. —Y entonces, por fin, me atreví—: ¿Sabe?, yo había venido a pedirle que me consiga algo de carne.

—¿Cómo que carne? Pero si no soy estraperlista, soy cerrajero.

Balbuć que hacía ya tiempo que no comía nada en condiciones, que estaba muerto de hambre, que con los cupones solo conseguía patatas y pan y sucedáneo de achicoria, que providencialmente acababa de recibir dinero y que no conocía a nadie que pudiera procurarme algo de comer.

—Bueno, de acuerdo. Entonces le daré un cupón para carne y mis compañeros también añadirán alguna otra cosa.

—Pero a mí el cupón para carne no me sirve de nada. No me está permitido comprar carne en la carnicería.

—Vale, bien. Deme el dinero y mi madre se la comprará. Se entiende que por el precio oficial.

—¡No puede ser! Saldría usted perdiendo dinero por mi culpa.

Me miró como si no comprendiera. Y entonces se echó a reír:

—No diga tonterías. Ya sé cómo es esto, pero debemos ayudarnos unos a otros. Y le conseguiré también manteca, aunque eso ya de estraperlo. Hay un hombre que suele pasarse por nuestra fábrica, así que lo comentaré con él. Y no hablemos más del asunto.

Empezaron a charlar entonces de la fábrica, de gente que me era desconocida. Hablaban en no sé qué jerga que jamás había escuchado. Como no entendía ni palabra, me puse a examinar de nuevo la habitación. Estaba satisfecho, pues sabía que tendría carne y manteca. Por una vez podría comer hasta saciarme.

—Debo marcharme ya. —Me levanté de la cama—. Tengo orden de estar en casa a las ocho.

—Bueno... ¡Ya que le da tanta importancia a esas estúpidas órdenes...! Pero espere, le diré a mi madre que le ponga algo para el camino. Hoy ha horneado bollos.

—Tomáš —dije—, por lo visto he perdido la costumbre de hablar con la gente. Soy capaz de responder a cuestionarios, pero eso no es nada del otro mundo. Si era capaz de pasar horas con Růžena... Le explicaba lo que ocurría en nuestro banco y lo que veía en la calle; hablábamos de películas o nos contábamos cómo íbamos a huir y cómo nos las apañaríamos en el extranjero, qué comidas cocinaría Růžena; repetíamos palabras en otros idiomas, tal y como las recordábamos de la escuela; y a veces nos recitábamos poemas. Nunca nos faltaron las palabras. Aunque también permanecíamos callados mucho tiempo, y aquel silencio era mejor que nuestras conversaciones. Acabo de pasar un rato con gente, Tomáš, y no he sido capaz de pronunciar una

palabra. Al final solamente he conseguido farfullar que me hacía falta carne y que tenía hambre.

Saqué un mapa zarrapastroso en el que atesoraba fotografías y cartas de Růžena. También guardaba allí algunos de mis garabatos. Anotaba todo tipo de cosas para pasar el rato cuando no podía ver a Růžena y no le podía escribir cartas. Leí mis propias palabras sin poder entenderlas. Eran en cierto modo superfluas. Eran palabras estúpidas. No se parecían en absoluto a las palabras que se intercambiaban en casa de Josef Materna.

—Puede que ya esté muerto —me dije—. Puede que mi cadáver esté flotando en el río, que haya sido arrastrado por la corriente hasta un cañaveral y por una riada de regreso al cauce. Puede que se haya detenido por el camino en la orilla de grandes ciudades y que la gente se haya apartado de él con repulsión por estar amoratado e hinchado; que lo hayan empujado con garfios al río, y que, así, navegue sin parar y no encuentre descanso en tierra. Tal vez solo sea capaz de hablar con los muertos porque tienen un idioma propio, distinto al del resto de la gente, y con los delatores, que aprendieron ese idioma para poder expoliar a los cadáveres. Quizá sea capaz de hablar con Tomáš porque también es una carroña a la que la gente arroja palos y latas para ahuyentarla. Y además hablo con Růžena, que es una sombra, que acaso jamás fuera de este mundo. Evidentemente, la he creado en medio del humo, el hollín y el hedor, mientras daba vueltas y me revolvía toda la noche en el saco de dormir, para que fuera el rayo de luz que cruzara, a través de un resquicio, las tinieblas.

IX

Hizo calor durante el otoño de aquel año. A Tomáš y a mí nos iba bien. Me había habituado a ahorrar y sabía que con el dinero de Pavel me bastaría para una buena temporada. Josef Materna me conseguía carne y manteca, además de algunos cigarrillos. Nadie me incordiaba demasiado. A veces venían mensajeros de la comunidad con nuevos avisos e inspectores de toda ralea. Ya no me generaban tanto miedo. Se me había acreditado como enfermo y disponía de un papel donde se certificaba mi estado, negro sobre blanco. No pisaba el centro de la ciudad. Tampoco sabía a dónde habían trasladado a Pavel. No me estaba permitido visitar a mi tío. El gato Tomáš vivía ahora conmigo. Ya no se marchaba nunca de correrías. Se había convertido en un gato sedentario que no ponía una pata fuera de casa. Mala cosa. Pero pensé que, a pesar de todo, no había perdido su reputación de vagabundo, así que las autoridades no se preocuparían por él.

Sentado en casa, repetía palabras de un método de inglés que compré en tiempos, cuando quería marcharme con Růžena al extranjero. Era la primera vez que lo sacaba, para pasar el rato de alguna manera. Se trataba del manual de un curso. No se incluía la pronunciación, pero no me importaba: yo repetía las palabras a mi manera, me daba igual cómo se pronunciaran, porque ya no iría jamás a Inglaterra. Estudiaba aquellas palabras porque me resultaban ajenas, porque hablaban de otro mundo. Afuera llovía y el cerco de humedad en el techo iba adquiriendo de nuevo la forma de un navío. Navegaba ahora en un barco inglés y me paseaba por cubierta con Růžena. Nos sentamos en las tumbonas y contemplamos a las gaviotas revoloteando en torno al barco.

—Pronto atracaremos —dije—. Estamos cerca de tierra firme.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Růžena.

—Las gaviotas nunca vuelan lejos de tierra firme.

—Creo que no vamos a extraviarnos en este país, Pepík, dado que sabes tantas cosas. A mí jamás se me habría ocurrido.

—¿Es que no puede agenciarse un timbre de una vez por todas? Llevo aquí

plantado bajo la lluvia media hora, aporreando la puerta —gritó el individuo al que había ido a abrir la puerta cuando escuché los golpetazos. Lo conocía: era un recadero de la comunidad. Ni siquiera lo invité a pasar, pues no tenía la menor intención de mostrarle a Tomás. Nos quedamos en la puerta, que permaneció abierta. Un aire húmedo se coló desde el exterior. No entendía por qué se enfadaba tanto una persona que me traía una notificación que prescribía que me estaba permitido viajar en tren exclusivamente en el último vagón; notificación que, por cierto, no lograba entender, puesto que otras notificaciones me habían informado de que no me estaba permitido alejarme del radio urbano.

—No tengo dinero para un timbre y, además, nadie me puede vender hilo eléctrico. Lo leí en una de sus ordenanzas. Deme la nueva notificación.

—Esto es una citación —dijo el mensajero con aire de importancia—. Tiene que presentarse en la oficina de la comunidad.

No pregunté qué querían de mí. Me había acostumbrado a que los mensajeros se vistieran con un halo de misterio. Tal vez les generara cierto placer y goce recorrer las casas como heraldos de la desgracia y la perdición.

Arriba, en la buhardilla, eché un vistazo a la citación, que decía que debía presentarme en cierta agencia y, entre paréntesis, «servicio auxiliar». Me espanté ante aquellas palabras. Sabía que no pegaría ojo en toda la noche y que intentaría en vano deducir su significado. Sabía que las palabras ahora tenían otros significados. Significados aterradores. Me aterrorizaba la palabra «auxilio» desde el momento en que vi el cartel en la oficina de alistamiento.

—Un día tendremos que despedirnos —le expliqué a Tomás—. Debes estar preparado para cuando llegue el momento. Te legaría esta casa para que tuvieras un refugio y no te vieras obligado a vagabundear por jardines ajenos, pero no me pertenece. Intercederé por ti ante Josef Materna. Es un buen hombre. Tal vez te acepte, pero no puedo prometerte nada.

Cogí otra vez el método de inglés y me esforcé por repetir las palabras extranjeras. Pero estas se me escapaban, me eran hostiles, no me invitaban a ningún barco, así que me puse un viejo chubasquero de goma y salí bajo la lluvia. Pasé frente a los patios traseros y dejé atrás la casita de Materna. No entré porque no sabía qué hacer en su casa. Caminé bajo la lluvia para agotarme, para no tener que pensar en la palabra «auxilio». Caminé en el crepúsculo, dejando atrás ventanas ciegas, opacadas. Pasé a toda prisa por

delante del chalé de un delator. Tenía una ventana abierta y se podía oír cómo desde su armarito gritaba a pleno pulmón la rimbombante voz de un cómico: «Oy vay, oy vay, oy vayvay, en tranvía no podemos viajar». Estaba ya lejos del chalé, pero aún podía entreoír su voz. La conocía bien, pues de vez en cuando había ido con Růžena a divertirme a su teatro. Me constaba que era rico, que tenía un coche. ¿Por qué se reía entonces tanto de que yo tuviera que ir a pie, calzado con unos zapatos destrozados y la suela despegada?

Regresé con Tomáš empapado. Hice fuego en la estufilla para calentar la cena.

«Es *su* guerra, pero nosotros la ganaremos», había dicho Josef Materna. Recordaba aquellas palabras a la perfección. A mí no me iba nada en aquella guerra: no quería ganarla, lo único que quería era vivir. Esquivaba columnas de notificaciones, me tumbaba en el patio y acariciaba las briznas de hierba. Tampoco había necesidad de que el adinerado cómico se regodeara en la prohibición de viajar en tranvía. Que se diera esa alegría, porque incluso sin tranvía yo podía seguir viviendo...

—Una coraza... —me dije—. No, eso no es para mí. No lo concibo. Lo mejor para mí es ir al parque con Růžena y observar a los patitos nadar, guiados por mamá pata. Nadan en fila india y la pata los enseña a zambullirse. Lo mejor para mí es echarme en la orilla del río con Růžena, enlazar mi mano con la suya y soñar con el barco de vapor que nos conducirá al extranjero.

Recorrí las distintas agencias de la comunidad preguntando por la oficina en la que me habían citado. Indagué acerca del «servicio auxiliar», pero todos me miraban con cara de no entender. Nadie sabía qué era el «servicio auxiliar». La oficina, sin duda, debía llamarse de otro modo. Entré en diversos despachos, esperé frente a distintas puertas... Todo estaba lleno de gente y todos trabajaban con ahínco. Respondían displicentes, porque no les hacía ninguna gracia que interrumpieran su labor. Finalmente, en una oficina de la cuarta planta, me dijeron que el «servicio auxiliar» podría ser la oficina de empleo, pero que debía buscarla por el nombre de «asistencia social».

—Así que pese a todo me van a asignar un trabajo —me dije—. Ahora entiendo qué tipo de auxilio es este.

—Tenemos para usted un empleo sencillo —me espetó el funcionario frente a cuyo escritorio me presenté—. Vendrá a este edificio dos o tres veces por semana, en turno de noche, a lo que denominamos emergencias. Tendrá que

llegar antes de las ocho y podrá marcharse por la mañana, a las siete. Por supuesto, se trata de un empleo no remunerado. Pero como veo que vive lejos, recibirá para esos días una autorización para el tranvía.

—Querría pedirle una cosa —dije—. ¿Significa esto que, en cierto modo, estoy en plantilla?

—Sí.

—¿Podría entonces cortarme el pelo en su barbería? —Según las notificaciones que me había entregado el mensajero de la comunidad, se me prohibían todas las barberías. Mientras buscaba el «servicio auxiliar» por las oficinas, me había topado con un apartadizo con el rótulo «baño». Tras la puerta entreabierta vislumbré que había gente sentada en sillas y atendida por barberos vestidos con batas blancas.

Estaba de buen humor. Cuando salí del edificio de la comunidad tenía el pelo recién cortado y permiso para montar en tranvía.

—No soy barbero —me explicó el hombre que me cortó el pelo—. Yo tenía una tienda de discos de gramófono. El disco más popular era por aquel entonces *Ramona*: se vendía como rosquillas.

—¿Y cómo se vendía *Always*?

—También lo pedían mucho. Cortarle el pelo a la gente es un trabajo estúpido. Para eso debería existir una loción.

En las postrimerías de la tarde y su penumbra subí al cuarto piso del edificio de la comunidad. Había atravesado una ciudad contraída que se encorvaba como si le cayeran golpes encima de continuo; el ayuntamiento, enlutado, se revolvía entre dolorosos espasmos. La gente allí se pegaba a las paredes para evitar los impactos que a duras penas soportaban las casas. Me encontraba otra vez entre seres humanos, aunque fueran ancianos e inválidos. En el cuarto había catres con mantas mugrientas y harapientas. Las paredes estaban desconchadas y en un rincón había cubos y escobas tirados.

—¿Es que tenemos que apagar un incendio? —pregunté a la gente—. ¿Con eso?

—¡Qué va! —me dijo un tipo calvo semejante a un barril, que parecía un payaso de circo—. En los cubos hay pintura roja con la que tenemos que embadurnar y cubrir las pintadas que hicieron otros durante la noche. Pero solo cuando la policía no da abasto. Entonces suena el teléfono y salimos nosotros con las escobas y los cubos a las calles. No tema, que no ocurre a

menudo.

—Nos falta voluntad, pero aún tenemos la suficiente para soportar la voluntad de otros. Y si Kant... —decía un hombre con gafas sentado en el borde de la cama.

—¡Déjese de Kant! No tengo ni idea de quién es. Estoy la mar de contento de estar aquí. Soy feliz siempre y cuando no tenga que quedarme en casa escuchando a la pedigüeña de mi mujer. Caballeros, ¿saben lo que es quedarse en casa, mano sobre mano? Antes era viajante de comercio y no regresaba a mi hogar más que los domingos.

—No habrá viajeros de comercio cuando llegue la hora. Muéstreme dónde se habla en la Biblia de viajeros de comercio. Son todos impuros, pues en sus viajes no pueden observar los preceptos. ¿Cómo podrían en el tren ajustarse las correas al brazo?⁵ Jamás los llamará el Señor a nuestra tienda —dijo un individuo inclinado sobre un grueso libro escrito en caracteres hebreos.

—Todos serán salvados. Todos los que se arrepientan sinceramente, según dice nuestra Iglesia, la única y verdadera. Debería usted convertirse al unitarismo mientras aún esté a tiempo.

—¿Pero eso qué es? Sería un buen nombre para un licor. Es una pena que ya no esté en el negocio. Al viejo Lobosický sin duda le habría encantado. Lo que siempre nos daba más trabajo era inventar el nombre de los licores.

—La casa se me está desplomando encima —dije yo—, y tengo al gato Tomáš. Nunca nos sentamos juntos por la tarde en el jardín. Es peligroso.

—Yo viví en Bahía Blanca. En la espesura acechaban los indios con sus flechas envenenadas. La gente caía como moscas por la fiebre palúdica. Aquello sí que era peligroso de verdad.

Salí al balcón a respirar aire fresco. La cabeza me daba vueltas de tanta cháchara incomprensible en la que no podía intervenir. Contemplé a mis pies el centro de Praga sumido en un tenebroso y profundo abismo. Desde lo más profundo, clamaba en vano al Señor. Ahora era aún más menudo, se encorbaba todavía más bajo la bruna miseria de sus trastos. Ya no pertenecía a este mundo, era tolerado por clemencia. Parecía estar habitado únicamente por sombras de réprobos. Era una ciudad de sombras que no tenía nada que ver con ninguna otra ciudad. Contemplé los caballetes de los tejados para no tener que enfrentarme a las profundidades del abismo, pero incluso estos se retorcían espasmódicos.

—Mi miedo es insignificante —me dije—. Mi miedo se alza entre cuatro paredes desnudas y agrietadas, se recuesta junto a la estufilla rota. Sin embargo, aquí, desde tiempos inmemoriales, mora el terror. Aquí la Muerte siempre ha llamado a la puerta de todas y cada una de las casas, diez veces demolidas y de nuevo levantadas.

Aparté la mirada de aquella oscura fosa y miré el firmamento. Contemplé las estrellas, que refulgían claras en la noche estival. Eran frías, indiferentes, pero brillaban sobre toda la ciudad, incluso sobre aquel barrio encorvado bajo los golpes.

—Debo mirarlas solamente a ellas —dije—. Es una pena que no me haya acordado antes de ellas. Si pienso en ellas, ya no me sentiré solo. Me pertenecen. Siempre me han pertenecido. Nadie me las puede arrebatarse.

Regresé a la sala. Los hombres ya estaban echados en los catres, vestidos y arropados por las mantas hechas jirones. Yo también me tumbé en la cama, un catre de tijera con un jergón deformado por el uso. Tuve que dar muchas vueltas hasta encontrar la postura en la que no se me clavara el somier, lleno de bultos. Me dormí enseguida mientras los demás hablaban, consigo mismos o entre sí, o recitaban sus oraciones. Dormí en lo alto de un barrio corvado por el miedo y, sin embargo, dormí con certidumbre y seguridad. Y, antes de conciliar el sueño, pensé en las estrellas.

—¿Tiene usted el cupón del azúcar? —me preguntó el oficinista—. Tiene que tener el cupón del azúcar. Si no, no le entregamos la estrella.

La estrella de marras no me importaba demasiado. Era amarilla, con un rótulo en un idioma extranjero, escrito en caracteres negros y sinuosos. No era un gran trueque a cambio de un cupón de azúcar. Y lo necesitaba para endulzar mi aguachirle.

—No se preocupe por el cupón. Solo tiene que enseñármelo. Y desde este mismo instante no puede asomarse a la calle sin la estrella. No hace falta que le diga lo que le ocurriría. Debe coser las puntas de la estrella, llevarla en el lado izquierdo, justo sobre el corazón, ni un centímetro más abajo ni un centímetro más arriba. Las reglas son estrictas. Mañana debe salir ya con la estrella. —Me dio un pedazo de tela, imitación de seda—. No puede ensuciarla. Venga después de un tiempo por otra. Hoy solo hacemos entrega de una.

El oficinista tenía la expresión del empleado atareado que disfruta con su trabajo. Sin duda se trataba de un antiguo dependiente. ¡Qué alegría que su género se despachara tan rápido! Género de calidad, género barato. Gran ocasión: solo una corona cuesta esta estrella, de buen material, anterior a la guerra... ¡Pero si es casi gratis, hombre!

Me fui a casa y cosí las puntas de la estrella. Eran seis. Desde la estrella me hacía muecas el rótulo en un idioma desconocido. Estaba cabizbajo y agachado. Localicé la zona del corazón en mi abrigo y la marqué con alfileres. Latía de forma bastante regular. Me miré en un fragmento de espejo. La estrella negra y amarilla llamaba la atención, gritaba pidiendo ayuda o dando la voz de alarma.

—Debo acostumbrarme a andar con este distintivo —me dije—. Será difícil. No podré pasar inadvertido por las calles. La gente me señalará con el dedo.

Al día siguiente salí a la calle, pues debía ir a comprar. Me percaté de que la gente me miraba. Al principio me pareció que tenía un cordón desatado o algo desarreglado en mi atuendo. De algún modo alteraba el orden cotidiano e

inveterado. Constituía una especie de mancha que no tenía lugar en la estampa callejera, y todos lo percibían. Me encontraba solo en medio de la multitud, totalmente solo, porque ante mí la gente se apartaba, se detenía y me miraba de pies a cabeza. No era uno de ellos.

Entonces, no obstante, me enderecé. La cabeza me daba vueltas por la extraña sensación. Tenía la impresión de no ser ya un tal Josef Roubíček, un empleado de banca corriente y moliente que callejeaba como si tal cosa por la ciudad, sino una persona especial que era el centro de las miradas y a la cual cedían el paso. Ahora me enorgullecía cuando la gente me observaba. «Sí, aquí estoy yo. Mírenme bien: tengo manos y pies como los suyos, me visto como ustedes y, sin embargo, soy distinto.»

—¡Buenas, *sheriff*! —me gritó un muchacho. Todos se rieron. Sabía que no se reían de mí. Yo también me reí. Resultaba muy cómico andar con aquella insignia. Era una mascarada completamente ajena al mundo en el que la gente trabajaba. Encajaba en una romería, en una barraca de feria. Le cuadraban piruetas, rostros empolvados y puntapiés.

Por la noche tuve un sueño. Viajaba en un barco que surcaba el mar. Iba con Růžena. Oteábamos desde cubierta y en la lejanía se perfilaba una isla. Sabía que era la isla a la que llevaban a los leprosos. Sabía que Růžena me acompañaría hasta allí y que se despediría en cuanto atracáramos.

—No volveré a verte, Pepík, y te quiero tanto... No llores, por favor. Mira: yo tampoco estoy llorando. Sonríe. ¿Ves? —Se estiró con dos dedos las comisuras de los labios, pero me di cuenta de que tenía lágrimas en los ojos.

—No pasa nada, Růžena —dije—, me gustan las islas. Siempre nos peleábamos cuando tú decías que Kampa era una península y yo la consideraba una isla. Y además sabes que yo no tengo lepra. Estoy sano, he venido a parar aquí por error. En la isla lo comprobarán y me enviarán en el próximo barco a casa. O tal vez vengas tú a buscarme.

—Sí, estás sano, Pepík.

Desembarcamos y el barco partió de inmediato. Miré a Růžena, que estaba de pie en cubierta y agitaba un pañuelo a modo de despedida. Yo también saqué mi pañuelo y lo agité desde el embarcadero. Después el barco desapareció rápidamente, como si se esfumara. De repente me vi rodeado por los habitantes de la isla. Todos ellos estaban mutilados: a uno le faltaba una mano; a otro, un pie. Al tercero no quise ni mirarlo, pero de algún modo sabía

que había perdido la nariz.

Se me acercó una muchacha. No sabía bien qué aspecto tenía, porque no quería mirar a nadie a la cara.

—Tómeme por esposa. Aquí todos deben casarse. Hará usted bien. Soy rica, tengo escondido en los riscos un tarro de manteca.

—No haga locuras. No le prometa nada —resonó tras de mí. Reconocí la voz de Wiener—. Le esperan otras muchachas, más hermosas y pudientes, en la isla.

—¡No quiero casarme! —grité—. ¡Quiero a Ružena! Volveré a su lado, porque no soy un leproso. Estoy sano y me han traído aquí por error.

—Nadie regresa de esta isla. Debe permanecer aquí hasta que muera y debe casarse... Esas son las reglas en este lugar.

—¡Ayúdame, Ružena! ¡Ayúdame! —voceé. Los lisiados se reían de mí mientras me arrastraban al interior de la isla. Me resistí, grité. Aún estaba gritando cuando me desperté y Tomáš me recordó con un maullido que quería desayunar.

—No tengo nada —le dije—. Solo te puedo dar un trozo de pan duro. De todas formas, el aguachirle no lo bebes. Te abriré la ventana. Salta afuera en busca de un pajarillo o de un ratón. Si no se te da bien la caza, tendrás que comer pan duro.

Tomáš salió al tejado despacio, de mala gana. Yo me aseeé, me bebí el café solo y bajé al huerto a desenterrar unos pocos rábanos. Roncé un rábano mientras esperaba a Tomáš, que tardó un rato en volver. Finalmente regresó, todo cubierto de rocío.

—No ha habido suerte, ¿eh? Ya sabía yo... Pero pensé que no perdías nada por probar. Aquí tienes un trocito de pan. Lo he traído para ti.

No era verdad. Había estado comiendo pan con los rábanos, pero quería darle una alegría a Tomáš.

—Tomáš —dije—, debería contarte una historia para compensarte el escaso desayuno, pero mis historias no son alegres. En realidad, nunca me sentí a gusto en casa de mis tíos. Eran gente arisca y me toleraban solo por compasión. No me permitían leer en la cama. Me reprochaban que la electricidad salía cara. Tenía que ir con ellos de estancia estival al pequeño balneario en el que se trataban. Todo allí era terriblemente aburrido. Me obligaban a quedarme cerca del edificio del balneario y no me estaba

permitido poner un pie en el bosque. No había ningún otro muchacho con el que poder jugar. Únicamente ancianos, gente tediosa. Vivía allí la hija de la portera y jugaba con ella, pero me lo prohibieron y mi tío me pegó una paliza. Unas vacaciones, sin embargo, me enviaron a casa de unos parientes lejanos, a una granja, y allí estuve bien. Había un gran patio por el que se paseaban todo tipo de animales: gallinas, gansos, patos y pavos. Y a veces también conejos, cuando los dejaban salir de las jaulas. Hice buenas migas con algunos, les puse nombres. Pero siempre me los mataban y nunca conseguí clemencia para ninguno de ellos. Había dos patos que siempre andaban juntos, apartados del resto de la bandada. Agarraron a uno y lo encerraron para cebarlo antes de sacrificarlo. El otro iba a visitarlo, se pasaba el día plantado junto a la jaula y se graznaban. Incluso el último día, cuando a su amigo le rebanaron el cuello. Créeme, Tomáš, no me lo tomaba muy a pecho. Por aquel entonces era feliz, iba adonde se me antojaba, pescaba con los muchachos del pueblo y nadaba en el estanque, corría por el bosque y regresaba ya de noche. Recogía guijarros del río y hacía dibujos con ellos. Los había de distintos colores, aunque la mayoría eran grises. Pero había entre ellos vidrios bruñidos y aquilatados por el agua, vidrios de botellas verdes, cascos que meneaba el riachuelo hasta darles la forma de un huevo de paloma y el brillo de las piedras preciosas. Iba temprano al arroyo, vadeaba el rocío de la mañana en el prado, rodeaba las acequias, a lo largo de las cuales crecían las nomeolvides. Me sentaba a la orilla del riachuelo y seleccionaba guijarros y vidrios. Me llevé una bolsa entera a la ciudad, pero mi tío me los tiró.

Tomáš haraganeaba y no parecía escucharme en absoluto.

—Te contaré entonces una novedad. Si me prestaras más atención no tendría que decirte nada. Me han dado una estrella. No es nada bonita y hay en ella algo peculiar: no brilla por la noche, sino por el día. Ningún timonel podría guiar su barco con ella, pues naufragaría. Y está situada en el corazón.

Al atardecer me senté a mirar por la ventana. Me quedé ensimismado mirando la calle, esperando que afuera aparecieran las estrellas. La calle estaba desierta. Nadie andaba a esas horas entre las casitas de las afueras. Las ventanas permanecían cerradas. A través de ellas se podía escuchar música proveniente de la radio. Una marcha con acompañamiento de redobles de tambor y pitidos de pífanos anunciaba boletines especiales acerca de barcos que se hundían en mares lejanos. Era una música nefasta para noticias igualmente

nefastas; no me gustaba escucharlas. No deseaba que los barcos se fueran a pique. Tal vez hubiera entre ellos uno que finalmente me salvara, uno que navegara a América cuando me estuviera ahogando en un mar de muertos. Pudiera ser que ya hubieran hundido aquel orgulloso barco de vapor transatlántico llamado *Esperanza* que flotaba ligero sobre las olas y que mandaría un esquife ballenero a buscarme. No, no era cierto. No habían hundido ningún barco. Se inventaban las noticias para poder tamborilear.

Vi que alguien se detenía frente al portón. Estaba abierto, así que la figura se dirigió hacia la puerta de la casita. No fui capaz de identificarla. No me gustaban las visitas nocturnas. No podía ser nadie de la oficina de la comunidad, porque no solían andar por la calle tan tarde. Quizá alguien se hubiera equivocado de dirección. Bajé la escalera y abrí la puerta. Ante mí estaba Josef Materna.

—Pasaba por aquí y me he dicho: «Voy a verlo. Hace tiempo que no viene por casa».

—No puedo visitarle. Llevo la estrella.

—Bobadas. No se la ponga.

Conduje a Materna a mi cuarto.

—No tiene aquí gran cosa —dijo.

—Lo importante es que estoy solo.

—Yo no podría soportar no hablar con nadie. Preferiría que me encerraran en chirona.

—La cárcel no quiero ni verla. Querría que me dejaran en paz. Querría dormir y despertarme cuando todo haya terminado. Pero no hay manera. La radio me vocifera sus noticias a través de la ventana. Vienen mensajeros con citaciones y ordenanzas.

—No es nada malo, estar en la cárcel. Te encierran y después te sueltan. Yo ya he cumplido condena en la cárcel.

—Pero a mí no me soltarían.

—Dejémoslo. He venido por otra cosa. Tengo aquí estos garabatos. Queremos pegar carteles. Así que he venido a que nos los corrija.

Leí aquellas palabras escritas con letra torpe. Eran palabras corrientes, pero nunca antes las había escuchado.

—Los hemos escrito como buenamente hemos podido, ya sabe.

—Eso es lo de menos. Lo que pasa es que los van a pegar por las calles.

—Eso sí, vamos a pegarlos.

Corregí los errores de bulto, cambié el orden de palabras para que el significado quedara más claro. Me habría gustado hablar aquel idioma, pero ya no era capaz. Lo único que me quedaba era jugar con él.

Materna cogió el papel:

—Debería venir a casa otra vez. Le convendría socializar.

Lo vi irse a través de la ventana, cerrando el portón. Era una lástima que se hubiera marchado tan pronto. Me apetecía charlar porque me alegraba haberlo ayudado en su tarea.

Los barcos se hundían y los viajeros se ahogaban en el mar embravecido. Asomaría sobre la superficie solo la bandera, y después las olas se cerrarían. En el mar reinaría

el silencio y por las calles de la ciudad irían personas pegando carteles en los que también estarían mis palabras.

El hombre que parecía un tonel, con cara de payaso, me dijo:

—Siempre he interpretado papeles cómicos. Yo era actor, ¿sabe? Nunca me permitieron tener un papel serio. «¿Dónde se ha visto —me decían—, un Hamlet calvo con una panza como un tambor, un rey Lear como un borracho gordinflón?» Y ahora me toca actuar en un papel trágico, pero no me hace ninguna gracia. Querría representar otra vez a Falstaff y llenarme la panza de manjares, aunque estuviesen hechos de cartón.

Estábamos sentados en las camas de la sala del servicio de emergencias, preparándonos para dormir. El hombre semejante a un tonel era mi vecino.

—Yo iba poco al teatro. Era empleado de banca. Y a las tragedias ni me asomaba. Solamente asistía a comedias y operetas.

—Me gustaría actuar en una opereta. ¡Ojalá pudiera! Antaño no hacían más que intentar convencerme para que actuara en ellas. Me ofrecían una fortuna, pero yo me resistía. Pensaba que me contratarían en el teatro para un papel trágico. Lo peor es que ahora tengo que interpretar un papel trágico con mi propio nombre. Y eso no lo sabrá nadie.

—¿Y eso?

—Cuando empecé en el teatro y dije mi nombre, me aconsejaron que me librara de él cuanto antes. «¿Cuándo se ha visto —comentaban—, un actor que se llame Ludvík Porges?» Elegí un nombre bonito, de lo más corriente.

Me ha servido durante treinta años. Y ahora estoy viviendo un tormento como Porges, tiemblo de miedo como Porges, maldigo a mis asesinos como Porges, juro venganza como Porges. ¿No es terrible?

—No sé —respondí—. Yo me llamo Roubíček... Buenas noches.

Apagamos la luz y conciliamos el sueño, pero en mitad de la noche nos despertó el teléfono. Pensamos que era un error, pues nuestro servicio era ficticio e improbable. Únicamente dormíamos en lo alto de una ciudad encogida para que alguien pudiera tachar nombres y rellenar cuestionarios.

Llamaba la jefatura de policía. Debíamos presentarnos en la comisaría más cercana.

Salimos con las escobas y los cubos en ristre. Nos deslizamos por calles oscuras. No se veían nuestras estrellas. Éramos una procesión de ancianos encorvados. A la luz de las estrellas brillaba la calva de mi vecino, Ludvík Porges, en el trágico papel de capataz.

Nos detuvimos frente al edificio de la comisaría de policía. La ciudad estaba en absoluto silencio. Al rato regresó Porges con un agente. Bajo la luz azul de las linternas, fuimos caminando desde la esquina, mojando las escobas en pintura blanca y cubriendo con ella trozos de papel manuscrito colocados en las vallas de las empalizadas y en los carteleros. No había suficiente claridad para descifrar lo que habían escrito en ellos, pero a la trémula luz de la linterna del agente entreví una palabra. Era mía, la recordaba a la perfección. Desapareció de inmediato bajo la pintura blanca.

Regresamos de mañana, cansados y trasnochados, arrastrando las escobas y los cubos. La procesión se encorbaba y se arrimaba a las paredes de los edificios todavía más, porque ya había amanecido y nuestras estrellas refulgían al albor del día, topándose con los carros de los repartidores de verdura y con la gente que se apresuraba al trabajo.

No merecía la pena echarse a dormir. Nos sentamos en las camas desvencijadas a esperar que llegara la hora de terminar nuestro turno.

—¿Dónde está Solveig? —dijo Porges—. Peer Gynt, sin duda, ha regresado, calvo y barrigudo. Pero ¿ha regresado con su escoba y su cubo? Esa es la cuestión.

—¿Qué habría escrito en esos carteles? —pregunté.

—Estupideces. Esa es una comedia en la que nosotros no intervenimos, en la que no somos más que tramoyistas.

Me callé. Se me cerraban los ojos de cansancio. Adormecido, pensé en aquella palabra, mi palabra, que se traslumbró ante mis ojos a la luz azul de la linterna.

XI

Estaba rastrillando hojas. Las hojas crujían en el silencio. Las arrastraba hasta un montón. No teníamos prisa. Caminábamos despacio por el cementerio entre lápidas de mármol. Había muchas con nombres altisonantes, títulos. Eran de mármol negro con inscripciones doradas, se alzaban en las avenidas principales.

Me habían enviado al cementerio a realizar labores de jardinería, pero allí no había más trabajo que rastrillar hojas y contemplar las lápidas. Su gloria terminaba en la linde del camposanto, donde había nuevas tumbas, recién excavadas. La tierra amontonada se había desmoronado con la lluvia, de modo que no podía leer los nombres escritos en pequeños rótulos con letras extranjeras. Solo sabía los años, nuestros años postreros.

Pasar todo el día en el cementerio entre muertos era un buen empleo. Tenía una gran reputación y para conseguirlo hacían falta contactos. Yo, no obstante, había llegado allí por pura casualidad, porque era incapaz de desempeñar un trabajo pesado y porque había gran demanda de trabajo en oficinas.

Tenía que atravesar la ciudad hasta el otro extremo y pasar de pie todo el viaje en la plataforma del tranvía. No estaba tan mal. Peor era cuando los tranvías iban atestados y me veía obligado a esperar a que llegara uno medio vacío. Resultaba todavía peor cuando a mitad de camino debía apearme porque el tranvía se había llenado y uno de *ellos* así lo quería. Había entre *ellos* algunos que se deleitaban echándote del tranvía en marcha con patadas e improperios, que rastreaban estrellas para poder exhibir su poder. Nunca sabía si llegaría al trabajo o a casa. En el cementerio, sin embargo, reinaba la paz. No era posible ordenar a los difuntos que se apearan de sus sepulturas para hacer sitio. Lo único que se podía hacer era derribar lápidas, exhumar huesos y roturar el terreno del camposanto, pero para eso se habrían requerido muchas personas y tiempo, dado que el cementerio era inmenso.

Hablaba poco con la gente con la que trabajaba allí. No eran personas interesantes: no hacían más que perorar sobre los negocios de los que un día

fueron parte, sobre familias a las que no conocía. Señalaban las lápidas y se jactaban de su parentesco con el muerto en cuestión, remitiéndose a sus mutuos testimonios. No querían comentar los agravios durante los viajes en tranvía ni la odisea de buscar alimentos. Amaban a sus muertos de títulos dorados y rimbombantes.

Ahora, sin embargo, ya sabía dónde encontrarle compañía a Tomáš en caso de que me ocurriera algo. Sabía que debía traerlo al cementerio, porque vivían allí otros gatos que tenían fama de ariscos. Se habían hecho un hogar entre las tumbas y su compañía no parecía incomodar a los difuntos. Vagabundeaban libres por el camposanto y no se regían por ordenanza alguna. Seguro que Tomáš haría buenas migas con ellos.

Caminaba despacio, rastrillando hojas y pensando en Růžena. Le contaba la leyenda del rastrillo prodigioso. Al principio el rastrillo estaba apoyado en la pared de un oratorio. Miraba estólido por las ventanas. A través de ellas resonaba una oración por los difuntos. Eran miles los muertos. Muchos de ellos no descansaban bajo tierra, sino que se disputaban sus cadáveres los buitres y los cuervos picoteaban sus ojos. La oración era por *todos* los difuntos, incluso por los que habían muerto hacía millares de años. Era, sobre todo, por los mártires, por los justos que dieron la bienvenida a la Muerte como a una esposa y cuya sangre salpicó las paredes del templo, permaneciendo allí siempre fresca en su recuerdo. La oración se elevó a las alturas, hasta las puertas del cielo, hasta donde el Ángel de la Muerte anotaba los nombres de los justos. La oración descendió y como guijarros granizó sobre sus tumbas. Los ojos del Señor de la Vida y la Muerte se llenaron de lágrimas. Una de ellas cayó sobre el rastrillo apoyado en la pared. Y entonces sucedió el milagro. Entró en él el alma de un justo. Recorrió así las praderas llenas de muertos, revolviendo las hojas y convirtiéndolas en palabras. El viento otoñal sollevó las hojas y las esparció a lo largo y ancho de la región. Las palabras hablaban del silencioso dolor a la hora de entregarse a la Muerte, de las paredes salpicadas de sangre que jamás se secaría. Su murmullo al deslizarse por el suelo se convertía en una canción, en una sollozante plegaria que se alzaba hasta las puertas del cielo y descendía como guijarros. Cuando quiera que el rastrillo rozara las hojas, estas se transformaban en palabras. Y esas palabras vivirían, incluso cuando los huesos de los mártires se desperdigasen, incluso cuando sus cuerpos se descompusieran en polvo y ceniza.

—Dijo: «Ya te daré yo afidávit, cerdo asqueroso. Emigrarás solo con los pies por delante». Y rompió en pedazos todos mis documentos. ¡Con la de trabajo que le dio al primo Roberto! ¡Con lo que habré corrido de una oficina a otra! ¡Con la de gritos que me pegaron en todas partes! Así que he ahí mi América.

—¿Para qué rastrillamos estas hojas? —pregunté.

—Se convertirán en un buen abono. Aquí cultivamos verduras. En el cementerio todo crece de maravilla.

—¿Qué haremos cuando empiece a nevar y ya no haya hojas?

—Limpiaremos la nieve y entraremos en calor en la oficina. Beberemos tila, porque en el cementerio crecen tilos y hemos hecho acopio de flores de tila.

—No habrá tila que valga —espetó un hombre que rastrillaba desde el otro lado—. No habrá tila que valga, igual que no habrá América que valga.

—Habrá cementerio —dijo el que estaba a su lado.

—No habrá ni cementerio.

—¡Basta! —gritó un hombre que en tiempos vendía café—. No sean alarmistas. Habrá cementerio. ¿Qué opina usted, señor Roubíček?

—No lo sé —respondí—. Las lápidas pesan demasiado. Son de mármol y aplastan la hierba. Tal vez no sea necesario ponerlas en el suelo, tal vez deberían permanecer erguidas. Todo debería permanecer en su sitio. Si se trasladara todo, nadie sabría qué hacer. ¿Puede fumarse la tila?

—Sí, pero no es buena. Es mejor que recolecte unas hojas y que las escale con la cocción de una colilla.

—En verano se está bien aquí. Es una pena que no llegara usted antes. En verano viene a pasear la gente: madres con carrito y, los domingos, personas que se tumban en la hierba. Se esconden tras los panteones para jugar a las cartas. Un domingo hubo aquí una redada de la policía y la gente tiró todos los cigarrillos que llevaban encima. Entonces sí que nos hartamos a fumar, ¿verdad, Robert?

—¿Qué buscaban en el cementerio? —inquirí.

—Un tesoro. Alguien denunció que habíamos estado enterrando cosas en el camposanto. Así que seleccionaron a los más fuertes entre los que detuvieron y los pusieron a cavar de inmediato. Se plantaron delante de ellos con revólveres y los hostigaron como posesos. Al final encontraron lo que andaban buscando. Se trataba de rollos de torás viejas y rotas. Se pusieron como furias y soltaron bofetadas a diestro y siniestro.

—¿Por qué estaban enterradas?

—Pues porque esa es nuestra costumbre. ¿No lo sabía? Los rollos rotos no pueden ser incinerados ni destruidos de ninguna otra forma. Deben ser enterrados en tierra consagrada, como los seres humanos. La palabra de Dios es equiparable a un hombre.

—El ser humano no tiene ningún valor —replicó Robert— y, cuando lo entierras, menos aún. Las palabras tampoco tienen ningún valor.

—¿Ha reparado usted en esos carteles rojos? En ellos hay palabras, en ellos hay muerte.

—¿Qué más da? La muerte está en todas partes. La muerte sale barata.

—Según usted todo es barato —dije—, y todo es gratis. Pero a mí no me lo parece. Creo que existe también otra clase de palabras que no hay que enterrar.

—No se crea las habladurías ni las murmuraciones. Nosotros estamos en la recta final, como se suele decir. ¿Sabe que les pegaron un tiro a dos altos cargos de la comunidad?

—¿Por qué? —preguntó Robert.

—Porque sabían demasiado. Sabían lo que va a ocurrir y se fueron de la lengua. O lo largó uno de *ellos* y luego se lo endilgaron a esos dos de la comunidad.

—Tengo un tío —dije yo—. Tuvimos una desavenencia a cuenta de un gato. Le da miedo que el gato motive su muerte.

—Todo es posible. Hemos llegado al punto en el que todo puede significar tu muerte. Hasta una manzana o un cigarrillo, o cualquier otra cosa cotidiana, como una escoba o un tranvía. Saber significa la muerte y no saber también.

—¿Qué sabían exactamente aquellos dos? —inquirió Robert.

—No sé. Lo mismo no era nada. Pero corren rumores de todo tipo.

Me sentía bien paseándome con el rastrillo y amontonando las hojas. Me sentía bien al cargarlas en la carretilla y al conducirla entre las lápidas. La rueda dejaba un rastro en el sendero de arena. Yo iba tras ella. La rueda estaba contenta; chirriaba y ronroneaba. Escuchaba la cháchara y yo mismo participaba en ella. Sabía que aquellas conversaciones no iban a ningún lado, que la gente hablaba por hablar, para pasar el rato, para discutir porque sí o darse sustos de muerte o confortarse. Todo aquello daba igual aquel día de otoño. Había muchas hojas y seguían cayendo. Y era agradable sentarse en un montón de follaje seco y comer pan con queso magro. Era agradable coger

algo de agua de la oficina para prepararse un té.

—Růžena —dije—, no te he acabado de contar la leyenda del rastrillo. Primero fueron las sollozantes palabras de la canción, las sublimes palabras sobre la sangre de los mártires. Pero después, al volar lejos con las hojas, al hundirse las hojas en el barro y, cubiertas de rocío, ser de nuevo alzadas por el viento, al caer en el labrantío, rodar por los basureros, se convirtió en una manida cantinela. La tocaban al acordeón en las salas de baile, los borrachos lloraban al oírla. Luego descendió aún más, hasta las ferias y los carromatos de los comediantes, donde la oían monos calvos y un viejo león enjuto. Pero alguien que pasaba junto a las barracas de los comediantes la escuchó y la anotó. Entonces empezaron a tocarla en grandes salones, otra vez distinguida. No obstante, en ella siempre hubo lágrimas del Ángel de la Muerte granizando en forma de guijarros. El rastrillo siempre recogía las hojas, siempre volaba lejos con la sangre de los mártires.

—¿Conocía usted a Wiener? —preguntó Robert—. Cumple condena en la cárcel. Lo encerraron en Lípa. Recibía bajo mano paquetes que le enviaban de casa.

—Hablé con él antes de que se marchara. Decía que Lípa estaba bien.

—Estaba bien, pero al esbirro jefe le dio dolor de muelas. No soportan el dolor de muelas, y Wiener no lo sabía.

—Nadie sabe nada. Todo son chismorreos. Se está cociendo algo.

—Van a perder esta guerra —dije— y estarán lejos de sus cementerios. Ni los tilos crecerán en sus camposantos ni las hojas caerán en sus avenidas.

—¿Conocía usted a Ludvík Porges, el actor? —volvió a preguntar Robert—. Lo pillaron después de las ocho. Tenía salvoconducto, pero era válido para una calle distinta. Iba a visitar a no sé qué familia... Le daban té y él interpretaba a Hamlet.

—Hamlet no vale la muerte —opinó un antiguo vendedor de mercería—. Lo sé de buena tinta. En mi tienda compraban su lencería las mejores actrices. Me ofrecían entradas para el teatro, pero yo nunca fui. Si allí se encontrara carne de cerdo, lo entendería.

—El viejo Bondy, al parecer, ha conseguido cerdo. Cuesta un ojo de la cara, pero merece la pena. Tiene un montón de manteca.

—Tengo que pasarme por su casa.

—¿Conocía usted al doctor Bloch? —preguntó otra vez Robert—. Lo

pescaron con una barra de margarina en el maletín.

—¡Basta ya! —intervine—. No nos cuente más cómo detienen a la gente por Beethoven, Hamlet o el cerdo o el dolor de muelas. Nos encontramos en el cementerio, entre difuntos, rastrillando hojas, y queríamos tener al menos un instante de tranquilidad. Sería mejor que charláramos acerca de los viejos tiempos, cuando aún no detenían a nadie por la calle, cuando íbamos a partidos de fútbol y pedíamos café vienés en la cafetería. ¿Y si dijéramos que no hay nada más allá de este camposanto por el que nos paseamos pertrechados con rastrillos?

Pero los demás no me quisieron hacer caso. Deseaban escuchar relatos acerca de dónde, cómo y a quién apresaban. Puede que les diera una sensación de mayor seguridad, pues sus pies aún caminaban sobre el suelo y sus manos se aferraban al rastrillo mientras que otros eran atrapados y torturados en calabozos. Puede que los relatos que auguraban la muerte dieran cierta valía a sus vidas, tan poco valoradas.

—No voy a jugar a este juego —dije—. Es un juego de la gallina ciega en el que no tiene una ninguna expectativa. Esto es una carrera de obstáculos sin fin en la que el ganador ni siquiera recibe un premio.

—¿Y qué pretende hacer? —objetó Robert—. Nosotros no hemos inventado el juego.

—Perderlo —rezongó el vendedor de mercería.

—Eso es lo que escucho cada dos por tres. Pero lo que querría sería retirarme del juego para que jugaran sin mí. Primero probé encerrándome en una casa ruinoso, entre cuatro paredes agrietadas, en una habitación sin muebles. Sin embargo, me sacaron a rastras, como a un conejo de su jaula, por las orejas. Me arrojaron al exterior para tener más espacio para su desquiciada cacería. ¿Y si dijéramos que ya no vamos a tomar parte en el juego?

—Alguien sobreviviría —dijo Robert.

—Ya sé, la esperanza. Pero ustedes mismos dicen que no hay ninguna. Se espantan, se esperan, y pese a todo no se esperan, y así una y otra vez.

—No tiene nada que recriminarnos. También está usted metido en esto hasta el cuello.

—No se lo recrimino. Estoy en las mismas. Pero me gustaría encontrar una salida. Alguna en la que pudiera uno conservar su propia voluntad.

—Entonces lo único que queda es la muerte. Pero eso no será voluntad suya,

será de nuevo la de *ellos*.

Sabía que no me entenderían o que no me querrían entender. Sabía que aquella conversación les resultaba embarazosa, que les irritaba que les recordara su impotencia. Se sentían mejor cuando se consideraban víctimas que escapaban a los peligros cotidianos. Se sentían mejor cuando concluían que no tenían ninguna opción. En efecto, se sentían bien cuando imaginaban que no podían tomar decisiones. A pesar

de todo, continué hablando, porque aquel día tenía ganas de conversación. Estaba seguro de que me enemistaría con todos y de que no querrían prestarme ni azúcar para endulzar la tila cuando me olvidara de traerlo de casa.

—Eso no es una escapatoria —dije—. Tampoco estaba pensando en eso. Debe de haber otra salida.

Se rieron de mí. Les parecía que me daba aires de grandeza ante ellos, que yo, el empleado de banco Roubíček, me pavoneaba, que no estaba de su lado. Seguí rastrillando hojas en silencio.

—Růžena —dije—, te he contado la historia del rastrillo, pero la de la canción no cuadra mucho. En realidad, un montón de gente ni siquiera la escuchaba y el resto se tapaba los oídos cuando la tocaba el organillero. Yo preferiría no estar solo, pero tampoco querría estar con los demás en el matadero. He visto una ciudad que se achanta y se arrodilla ante sus enemigos con la esperanza de permanecer intacta, redimirse y salvar su vida. Incluso esta ciudad construida sobre ciénagas podía haber tomado una decisión. ¿Cómo es posible cantar una canción en una cacería en la que tiene uno los tirantes desabrochados y debe sujetarse los pantalones en la huida? ¿Cómo es posible cantar una canción cuando tu ataúd surca el aire y nunca tocará tierra consagrada? Antes yacíamos unos junto a otros y había alegría entre nosotros. Ha sido ahogada, ha sido humillada. No quise tomar una decisión, no quise marcharme, pero pude elegir. Siempre hubo una opción, y te digo, Růžena, que siempre debe haber una opción. Solo que yo no quise elegir, como estos de aquí.

Posé el rastrillo. Lo apoyé en el muro de la sala de oración y esperé el tranvía. Me fui antes que los demás. Me había hartado de su compañía. «¿De qué te quejas exactamente?», me dije. «Vives, y eso es lo importante. Tienes un trabajo decente y tranquilo entre difuntos, tienes qué comer, y puedes hipar y lloriquear por los viejos tiempos, y contar desgracias ajenas. Ellos ya están

muertos, pero tú aún estás vivo. Mira tus manos, cómo te obedecen cuando les das órdenes, cómo agarran el rastrillo sumisas, cómo sujetan el mango convulsas. Puedes viajar en tranvía. Eso es algo grande: viajar en tranvía y no tener que gastar suela con la canícula, la cellisca o una ventisca de nieve.» Recordé además que tenía libros en casa, libros nuevos. Bueno, no nuevos, sino libros que aún no había leído. Los había encontrado en el cementerio, perfectamente empaquetados. Alguien los había dejado allí tirados. Eran libros buenos, encuadernados en tela, pero eran libros prohibidos, así que quien se deshizo de ellos probablemente tuviera miedo. Me los llevé a casa para leerlos todas las noches. Economizaba para que me duraran mucho. Cada día, de buena mañana, estaba deseando llegar a casa, tumbarme y leer un par de páginas, páginas flamantes. Recordé cómo antaño solía leer hasta bien entrada la noche, hasta que me dolían los ojos, y cómo me dio conjuntivitis. Recordé cómo mi tío me prohibía leer porque consumía demasiada electricidad; cómo iba cada mañana a mirar el contador y calculaba cuánta había gastado; cómo me quitaba los libros que cogía prestados de la biblioteca municipal, los guardaba bajo llave por la noche y no me los entregaba hasta la mañana; cómo siempre escondía alguno debajo del colchón, apagaba la luz y la volvía a encender cuando mi tío y mi tía, en la habitación contigua, se dormían; cómo sigilosamente sacaba el libro de debajo del colchón y me enfrascaba en la lectura. Entonces no economizaba en libros. Pasaba páginas con rapidez y leía hasta que me lloraban los ojos.

—¡Abajo, cerdo inmundo! —me gritó en un idioma extranjero un individuo con una insignia en la solapa. Me empujó con tal brusquedad que me tambaleé. Eché un vistazo al tranvía. Iba bastante lleno. Los rostros de los viajeros estaban hieráticos, la gente miraba al suelo como buscando monedas que hubieran caído rodando bajo el entarimado. Ninguno de ellos dijo una palabra. No se escuchaba más que una voz estridente—: ¡Sal, puerco, o...!

El tranvía traqueteaba por la calle desierta en mitad del barrio del cementerio. La parada aún estaba demasiado lejos. Me volvió a dar un violento empujón cuando me encontraba ya en la escalerilla. Salté, volé unos cuantos segundos, luego me tropecé y me derrumbé en el adoquinado. Aún alcancé a ver cómo mis gafas salían volando del arco de mi nariz y aterrizaban lejos. Me levanté despacio. Me había ensuciado, tenía una rozadura en la mano, pero sentía que no me había ocurrido nada grave. Estaba palpando a mi alrededor en busca de

las gafas cuando me percaté de que alguien me las estaba entregando.

—Es una estupidez saltar aquí, junto al cementerio, del tranvía en marcha. ¿Es que se ha vuelto loco? Podía haberse matado.

No tenía ganas de cháchara. Le señalé la estrella. Estaba cubierta de mugre, pero el color amarillo aún seguía refulgiendo al anochecer de aquel día.

—Ajá —dijo el hombre—. Ya veo... Es la orden de la legión de honor. ¿Pueden hacer esto?

—No sé de nada que no puedan hacer —respondí—. Adiós.

—Espere. Le acompañaré al menos hasta la parada y por el camino le sacudiré un poco el polvo. Lo llevaría a mi casa para que se lavara, pero vivo lejos. Allí no vive nadie en absoluto.

—No puede hacer eso —expliqué—. Llevo la estrella.

—Como que voy a preguntarles qué puedo y qué no puedo hacer. Soy ferroviario.

—No creo que eso les influya mucho. Tampoco es que tengan especial debilidad por los ferroviarios.

—Entonces arránquesela.

—¿Tiene usted una navaja? —pregunté. Me la dio. Descosí la estrella. Me pareció que quedaba una marca en el abrigo, pero era absurdo.

—Ahí, en la esquina, hay una taberna —dijo—. Venga a tomarse una cerveza. Ahogaremos las penas. No se preocupe, yo pago todo. Y puede lavarse en el cuarto de baño para no ir con esas pintas en el tranvía. ¡No pertenece usted precisamente a la nobleza!

—Ahoguem las penas —dije. Ya me daba todo igual. Sin duda seguía teniendo miedo, pero estaba lleno de rabia y rasguños. Me apetecía beber. En la ventana de la taberna había un cartel, pero había carteles en todos los locales. Se trataba de largas tiras de papel adhesivo con letras negras impresas.

Había poca gente en la tasca. Pedimos cerveza, ensalada de patata y rollos de arenque marinado, la única comida que había. En aquella taberna caía roña del techo y flotaba un sofocante olor a cerveza pasada. Era la taberna de los enterradores, donde echaban el rato después de cavar sepulturas, y tal vez acudiera de cuando en cuando el cortejo fúnebre tras el sepelio para celebrar el ágape, para beber bítters a la salud del difunto y su gloria eterna.

No quedaba ya bítter en la tasca. Bebimos cerveza desbravada. No me encontraba a gusto en las cercanías del cementerio, pues debía controlarme

para no mirar alrededor. Me sentía como desnudo entre gente vestida. Encendí un cigarrillo de tabaco casero y observé la puerta. Podían entrar gendarmes o los de la oficina de empleo a controlar la documentación en cualquier momento. No quería que me pillaran en una taberna de sepultureros frente a medio litro de cerveza sin gas a una hora que me estaba además prohibida. De cualquier modo, era ya indiferente cuántas prohibiciones había infringido, una vez que no había cumplido la primera. Y debía planear también el viaje de regreso a casa, sin estrella en el tranvía, donde dos personas podían cerrar las salidas y pedir a todo el mundo el carné de identidad. Ni pensar en atravesar la ciudad a pie.

—No habla usted mucho —dijo mi acompañante.

—Hace tiempo que no socializo. Me he desacostumbrado a la conversación, excepto con la gente con la que trabajo y con la que lleva una estrella. Y esos solo hablan de la muerte.

—Déjese de muerte. Para eso hay tiempo de sobra. Tampoco nosotros andamos faltos de muerte, ya sabe. Ahora, con la guerra, va todo de mal en peor. ¡Quién querría hablar de ello!

—¿Sabe? Esos dicen que la muerte es nuestra mejor amiga. Puede que realmente sea su mejor amiga, y tal vez la única, pero amiga mía seguro que no es.

En la mesa de al lado jugaban a las cartas. Arrojabán los naipes a la mesa con vehemencia, voceaban palabras en jerga tahuresca. El tabernero cabeceaba medio dormido tras la barra. Tenía que pensar en el viaje a casa; no estaba escuchando lo que contaba el ferroviario. Pesqué solamente las últimas palabras:

—Lo partió en dos y se le salieron las tripas. Tenía la cabeza hecha puré. Ya le digo, no era una visión agradable. Pero, bueno, eso son gajes del oficio. ¿Dónde trabaja usted exactamente?

—En el cementerio —dije—. Rastrillo hojas.

—Es un buen trabajo: tranquilo, seguro.

—No consigo explicarme bien. No se trata solo de la muerte. Querría aceptar la muerte, pero no hay manera.

—Eso sí que no lo entiendo. En definitiva, cuando a uno le llega la hora, le ha llegado.

Pedimos medio litro más.

—Hacia adelante, siempre hacia adelante. Es una nación inquieta. ¿La empuja el miedo o qué? —decía despacio el ferroviario—. Va de un país a otro. En todos saquean y en todos asesinan. Arramplan con todos los bártulos, con todo tipo de baratijas, fotografías. Se montan en el tren y berrean a cuenta de retratos infantiles. Acarician en los andenes a niños desconocidos, pero estos los miran como si los hubiera mordido una serpiente. No puede ser, expedir trenes para individuos así, que no saben ni para qué sirve un tren. En tren viaja la gente a visitar a su tía, o cuando va de excursión. En tren van los niños a la escuela y los obreros al trabajo. Dígame para qué necesitan exactamente los trenes, por qué no les bastan sus enormes camiones recubiertos con lonas en las que la gente escribe con tiza: «Hemos rapiñado una tierra que no es nuestra». Algo así no se puede escribir en un vagón, si bien *ellos* mismos escriben en los vagones todo tipo de rótulos estúpidos.

—Tengo una notificación en la que dice que, primero, no se me permite viajar en tren bajo ninguna circunstancia y, segundo, que si viajo en tren, debo ir en el último vagón de un tren de pasajeros. Antes jamás contaba qué vagón era el último; siempre me montaba justo en el que estaba vacío. No sé qué bicho les ha picado con los trenes.

—No tienen ni idea de ferrocarriles, eso es lo que pasa. En la vía férrea tiene uno que ser bueno y prudente. El ferrocarril traslada a personas que le han confiado su vida. ¡Señor, menuda responsabilidad! En la vía férrea no puede haber tarados ni vándalos. Como ferroviario le digo que no importa un carajo si se trata del primer o del último vagón. Cada uno de ellos debe tener en condiciones el disco de choque y el freno. Inventan esas sandeces porque no saben más que de sus carromatos con toldo.

—De todas maneras no viajo a ninguna parte. Solamente miro cómo parten los trenes de las estaciones. Espero junto a las barreras del paso a nivel a que pase el tren y observo en las ventanillas a la gente que se asoma. Veo en sus ojos las ganas que tienen de llegar al bosque y al río, que dentro de una hora estarán sentados en un prado con la boca llena de fresas. Entonces se marcha el tren, y yo aguardo frente a la barrera hasta que la levantan, para poder cruzar al otro lado.

—Uno de estos días volverá a viajar en tren. No en vano para eso se inventó, para que en él pueda viajar todo el mundo. En el tren su política no tiene validez; el tren no la tolerará.

Aquel día llegué a casa perfectamente sin la estrella. Me puse cómodo en un banco, mirando al suelo. El tranvía viajaba a toda velocidad por las calles a oscuras. La gente dormitaba bajo la luz azulada y afuera caía la lluvia.

XII

Por la noche soñé que me encontraba ante un tribunal. Lo presidía un hombre con una calavera en la gorra, con botas altas. Se presentaba como demandante la Muerte, tal y como la pintan en las cromolitografías: con una capa agujereada y una guadaña. En casa de mi abuelo tenían colgado un cuadro así. Eran unas escaleras en cuyo primer peldaño había un niño; en el siguiente, un joven; en lo alto estaba, de pie con las piernas separadas, un hombre robusto con bigote; después las escaleras descendían, y en el último escalón estaba la Muerte con su guadaña, balanceándola sobre un anciano cheposo que bajaba con dificultad las escaleras. Era una muerte así.

—¡Ha agraviado mi majestad! —gritaba la Muerte—. Ha blasfemado y se ha mofado. Se ha sentado en una taberna en la que no tenía derecho a estar, se ha jactado de tomarme el pelo.

De repente comparecieron en la sala mi tío y mi tía.

—Señor presidente, nosotros no tenemos la culpa de nada —se interrumpían mutuamente—. No es nada nuestro, ni siquiera vive con nosotros. Lo criamos solo por compasión, pero es un desagradecido, una mala persona que no respeta a la familia. Del gato nos enteramos por él, y le prohibimos la entrada al piso en cuanto nos lo dijo.

—Este juicio no tiene nada que ver con ningún gato —los acalló de un grito el presidente—. Este pleito es con la Muerte. ¿Ha renegado ante ustedes de la Muerte?

—No sé, señor presidente. Delante de nosotros no ha hablado de ella. Somos gente corriente, ¿a santo de qué iba a mencionar ante nosotros la Muerte?

—¿Qué clase de testigos son estos? —prorrumpió en gritos el presidente—. Son embusteros e impostores que pretenden embrollar la querrela. Llévenselos y enciérrenlos por obstrucción al ejercicio de la justicia.

—Señor presidente —gimotearon mis tíos—, tenga clemencia. Somos inocentes, no sabíamos nada de nada acerca del gato.

—¡Llévenselos! —ordenó el presidente—. Traigan al siguiente testigo.

Ante el tribunal, de pronto, apareció Růžena. Iba vestida como si la hubieran sorprendido en la calle, con la bolsa de la compra en la mano.

—Dispénselo, señor presidente —dijo en una voz baja que, sin embargo, no traslucía ningún temor—. Es un don nadie. Solo fanfarroneaba, no hablaba en serio. Seguramente se le subió la cerveza a la cabeza. No está acostumbrado, nunca ha bebido. Lo dijo por decir, sin ninguna intención manifiesta.

—Este tribunal no concede indultos —la interrumpió a voces el presidente—. Este tribunal únicamente impone penas. ¡Llévensela!

El alguacil se llevó a Růžena, que me miró acongojada, como si se despidiera.

—El tribunal se retirará ahora a deliberar —anunció el presidente. Miré hacia la puerta; no hacia aquella por la que salía el tribunal, sino hacia aquella tras la que desapareció Růžena. Acaso albergaba la esperanza de que regresara a buscarme y liberarme. Sin embargo, en vez de Růžena, frente a la puerta estaba la Muerte, como de guardia para que nadie pudiera entrar.

—Oigan el veredicto —recitó el presidente con voz morosa, somnolienta—. Se condena al acusado, como pena por su blasfemia, a ser entregado a la Muerte. De ella dependerá su destino. A partir de ahora, se convierte en su propiedad.

Vi a la Muerte alargando su brazo hacia mí.

—¡No estoy en el último escalón de la escalinata! —grité—. ¡No soy un viejo encorvado! ¡Aún no he subido siquiera a la cima! ¡Socorro! ¡Socorro! —intenté gritar, pero mi voz se ahogaba y me resultaba imposible moverme.

Al despertarme me di cuenta de que el gato Tomáš se me había sentado sobre el pecho. No me apetecía levantarme. Estaba tiritando. Tenía frío, aunque me había arrebujado en el saco de dormir. Cuando al fin me desembaracé de él, la cabeza me daba vueltas y todo se me caía de las manos. Tardé mucho en prepararme el desayuno y afeitarme.

—Tengo fiebre —me dije—. No podía enfermar en peor momento. Si me quedo acostado en el colchón, nadie va a atenderme ni a traerme comida. Obviamente, no puedo mandar a Tomáš a comprar pan en el horario permitido.

Meforcé a vestirme y a salir a la calle. Todo me parecía distinto. Reparaba en cosas a las que nunca antes había prestado atención: un letrero con dos rótulos, un anuncio sobre la recogida de huevos, el enrejado de los canales. No

me fijaba en la gente. No la esquivaba en las aceras y en el tranvía esperaba sin impaciencia.

La parada del tranvía no quedaba lejos del ambulatorio, pero tuve que caminar hasta él un buen rato, porque confundía las calles y me quedaba mirando como pasmado ante mí. Equivoqué el camino, y eso que lo conocía bien.

En el pasillo del ambulatorio jugaban unos niños. Se gritaban alegres en medio de la peste a fenol. En la sala de espera del doctor había mucha gente. Me senté en un banco mirando al suelo. Me bullían en la cabeza palabras absurdas: «maizembargo», «doceducto». Intenté ahuyentarlas. Saqué un libro, pero las letras huían ante mis ojos. Quise obligarme a escuchar las conversaciones de la gente, pero ni siquiera sus palabras tenían sentido.

—Cera para el parqué —dijo uno de ellos. Después se explayó explicando alguna otra cosa, pero yo no capté más que esa única palabra, que emergía una y otra vez acompañada de las otras dos palabras sin sentido.

—Tiene usted fiebre —dijo el doctor cuando por fin me tocó el turno—. Es una gripe. En realidad habría hecho mejor quedándose en casa. Abajo le darán medicamentos. Pídale a alguien que llame a la oficina para avisar de que está enfermo.

—No tengo a nadie —respondí—. Si muriera, nadie se enteraría hasta pasado un tiempo. No tengo amigos. A las afueras, donde vivo, solo vienen a visitarme los mensajeros con las citaciones.

—No puedo ayudarle —contestó el médico—. No puedo ayudar a nadie. Pero puede telefonar desde la oficina.

Los empleados de la oficina eran displicentes, desalmados. No quisieron darme permiso para hacer llamadas. Mientras sus gritos me entraban por un oído y me salían por otro, esperé sumiso por si cambiaban de opinión. Una señorita que estaba sentada en la oficina tenía las uñas pintadas de rojo. Recuerdo que no miraba más que aquellas uñas. Ella no me prestaba atención; no intervino en absoluto en el altercado. Miraba la mesa ante sí, en la que había un jarrón con flores. Con las personas tras la ventanilla, que blandían tarjetas, trataban empleados en batas blancas. Parecían estar tan campantes, desahogados, y sin embargo no dejaban de dar voces a los solicitantes tras la ventanilla. Fue uno de ellos el que la tomó conmigo cuando le pregunté si podía telefonar al cementerio. Yo estaba ante la ventanilla, entre los

pedigüeños. Tras la ventanilla estaba la oficina, la todopoderosa oficina en la que los empleados escribían con ahínco, imaginándose doctores, puesto que vestían batas blancas.

—Estoy enfermo —dije despacio. Rebañé las palabras como a la fuerza, pero se me seguían escapando. Solo me venían a la lengua «cera para el parqué» y «doceducto».

—Todos estamos enfermos —dijo el oficinista haciendo un mohín de disgusto, como si la enfermedad fuera una cosa que se da por hecho, sobre la que no se habla entre personas bien educadas.

—¡Rabito! —gritaron los niños en el corredor. Se trataba de un juego infantil.

No tenía ganas de discutir con el empleado, y tampoco habría sido capaz. Preferí mirar las uñas rojas y las flores en la mesa.

Me puse a la cola en la sala del sótano y esperé a que me dieran la medicina. En ciertos momentos, de hecho, no sabía dónde me encontraba ni para qué esperaba. Debía sacudirme continuamente el sopor.

De algún modo (no recuerdo siquiera cómo) llegué a casa y me metí en el saco.

Tumbado, contemplé el techo. El cerco había crecido aún más. Ahora ya no tenía un contorno tan regular. Se había ido expandiendo en salientes puntiagudos. Intenté leer de nuevo, pero me resultó imposible.

En Gaza, yaciente y amarrado a una columna, Sansón derribó el edificio que era su prisión..., pero yo no era capaz de incorporarme y tocar el cerco de humedad para refrescarme la frente. ¿De dónde habían sacado aquellos jóvenes a las muchachas que dormían a su lado en las cabañas y que les preparaban la comida mientras ellos holgazaneaban en sus poltronas? ¿Con qué palabras las seducían para que se acostaran desnudas en duros jergones y se levantaran de madrugada para encender el fuego? Nunca había conocido a una muchacha así.

—¿Y yo? —dijo Růžena, sentándose en el borde del colchón.

—Tú no eres más que un sueño —dije yo—. Tú has salido de un libro de cuentos, de un país lejano, donde recogías hojas en el bosque, y has traído una bolsa de florines. Tú liberaste a la liebre del agujero, esta entonces te mostró el camino al castillo y te enseñó qué decir para que descendiera el puente de plata. Saliste victoriosa ante tu madrastra y sus hijas. Tus extremidades

volvieron a unirse cuando una ardilla te trajo el agua de la vida. Regresa a tu cuento. Aquí, entre paredes agrietadas, no se te ha perdido nada. Tu lugar está en el castillo, donde los pasos son silenciados en alfombras.

—Duerme —dijo Růžena—. Duerme y no pienses en nada. Nadie puede hacerte daño, nadie puede espantarte. He puesto como centinela a un animal fabuloso: el gato con botas que conoce las palabras mágicas «maizembargo» y «cera para el parqué». Él velará por ti y no te abandonará jamás.

—No me gustan las botas, Růžena —respondí.

—No tendrá entonces botas, solo patitas sedosas con las que te acariciará. Hace tiempo que nadie te acaricia, ¿verdad? Duerme. ¿Oyes cómo caen las hojas?

—Mejor quédate tú velando, Růžena. Aunque seas un sueño. Me hace bien estar contigo. ¿Recuerdas la de rato que pasamos bajo la lluvia aquella vez que tuvimos que esperar al autobús, cómo nos resbalaba el agua por la cara, cómo nos reímos?

—No puedo quedarme —contestó Růžena—. Debo hacer la compra y preparar la comida. Hace ya mucho que nos separamos.

Sabía que Růžena se marcharía, porque era otra vez otoño, en la calle arreciaba la cellisca, pronto llegaría la nieve y en mi cuarto haría frío, no tendría carbón ni leña, me volvería a congelar junto a la estufa rota. No habría ni risa ni llanto cuando llegara la hora.

—¿Qué le ocurre? Por más que grito y aporreo la puerta no me abre nadie, pero la gente me dice que está usted en casa. Así que le he pegado una patada a la puerta y... me lo encuentro ahí tirado mirando al techo.

Tardé un buen rato en regresar de la despedida con Růžena y en reconocer a Materna.

—Estoy enfermo —dije—, tumbado y mirando al techo... El cerco es cada vez más grande. Será porque es otoño. Caen las hojas y se rumorea que va a ocurrir algo horrible. Estoy enfermo. Me he resfriado, creo que por caminar bajo la lluvia.

—¿Qué desatinos son esos? ¿Quién le hace la comida?

—Nadie —respondí—. No tengo hambre, me encuentro bastante bien.

—Espere. Eso no puede ser. Enviaré a mi madre a que recoja un poco y le traiga sopa.

Quise decirle que no era posible, que alguien podía delatarlo, pero estaba

amodorrado y no me apetecía hablar. Quería regresar a mi letargo para hablar con Růžena.

No obstante, la sopa, espesa, de ternera, era buena. No podía discernir el sabor, pero sabía que estaba caliente, que me reconfortaba.

Al día siguiente volvió Materna. Ya tenía la cabeza despejada. Todo estaba en su sitio: la mesita de centro y los conductos torcidos de la estufa.

—Ya ha pasado lo peor —dije—, pero no me alivia. Me tiraron del tranvía en marcha. Un ferroviario me llevó a una taberna de sepultureros. Luego tuve que hacer un largo trayecto en tranvía bajo la lluvia. Al día siguiente me daba vueltas la cabeza y fui al ambulatorio. Había allí niños jugando y gritando: «¡Rabito!».

—Déjelo. Haciéndose el tonto no va a ningún lado. Un día le van a retorcer el cuello.

—Ya lo sé. Es que, ¿sabe?, no soy yo solo... Los demás no quieren. Dicen que estamos ya acabados. Están dispuestos a enfundarse el sudario y echarse en el ataúd. Les dije que afuera viven otras personas, distintas. Pero no sirvió de nada. No me entienden. Lo peor es que yo a ellos sí.

—No me venga con pamplinas. Voy a serle sincero: no sé para qué le doy tanto la tabarra. No soporto a los quejicas. Yo también me llevé unos cuantos bofetones cuando era aprendiz. Así es como funciona el asunto, por Dios santo... Bofetada va, bofetada viene. Aunque, obviamente, a mí aún no me ha tirado nadie del tranvía.

—No se trata de eso —respondí—. Mire, yo soy uno de ellos. Eso significa que debería ponerme de su lado. Porque es como si una oveja se quisiera convencer de que tiene garras. Si se me unieran, sería distinto. Pero no quieren. Dicen que ellos no pintan nada, que en esta función no son más que tramoyistas. A uno de ellos lo mataron por interpretar a Hamlet en secreto. Él decía lo mismo.

—Le digo, Pepík, que así no vamos a ponernos de acuerdo. Ya sé que las octavillas no son gran cosa. Como hacerles cosquillas. Pero no importa. Lo esencial es demostrar que estamos aquí. Uno va por la escalera y se encuentra al deshollinador. El deshollinador baja del desván, acaba de estar en el tejado. El deshollinador es como la suerte, pues cuando uno se lo encuentra, al menos sabe que está ahí. Pásese de nuevo a vernos. Nosotros le pondremos la cabeza en su sitio.

—Me pasaré —dije—. Me he arrancado la estrella, ya he estado en una tasca bebiendo cerveza del montón, he viajado en tranvía después de las ocho. Materna no me entendió.

XIII

Ya no era temporada de rastrillar hojas. Permanecían en el suelo, pisoteadas en el barro. No sabía qué era exactamente lo que teníamos que hacer. Algo haríamos, porque en la oficina los escribanos rellenaban impresos y los enviaban a la comunidad. Llegábamos puntuales al trabajo, nos sentábamos junto a la estufa y nos calentábamos. En el oratorio hacía frío. Bebíamos tisana de tila para entrar en calor, a veces también de escaramujo o de piel de manzana.

La gente se contaba los acontecimientos en el frente. Se sucedían ciudades de países desconocidos; sin embargo, nadie se tomaba verdadero interés por la guerra, pues cuanto ocurría en el frente ocurría en otro mundo. La gente hablaba solamente de una cosa: de sí mismos. Se relataban unos a otros noticias acerca de arrestos, de nuevas persecuciones, de prohibiciones, de expulsiones del tranvía. Siempre había alguien encargado de atemorizar a los demás, y siempre había alguien que le llevaba la contraria o contaba cosas aún peores. Cada día rotaban las tareas.

Tal vez hubiera sido bueno pasearse de vez en cuando bajo la lluvia y mirar las tiendas iluminadas. Tal vez hubiera sido bueno bajar al subterráneo y ver una película en la que abrasara el sol. Tal vez hubiera sido bueno repantigarse en la poltrona y escuchar a oscuras una comedia boba por la radio, mientras la lluvia azotaba las ventanas. Ya no conocía nada de aquello. Aquel mundo se me había esfumado. Ya no lo veía en colores vivos, ya no brillaba el sol. Se había desmenuzado en retazos que intentaba recomponer en vano.

Miré el cementerio a través de las ventanas del oratorio. La lluvia se deslizaba por el mármol negro, formando charcos en los senderos. La inútil, estúpida Muerte acechaba desde las hileras del camposanto. Era tan banal y absurda como aquellas lápidas.

Aquel día llegué de buena mañana al cementerio. Era un día otoñal despejado y bastante cálido. Estaba de buen humor porque el día anterior me había quedado en casa de Materna hasta bien entrada la noche y solo después

me había escabullido a casa. Me sentía como cuando me escapaba de la escuela y me imaginaba que los demás estaban sentados ante sus pupitres, temblando ante la idea de que les preguntaran en clase. Íbamos a jugar juegos de azar detrás del colegio, a una piscina abandonada. Arrojábamos con estrépito las cartas sobre la mesa de madera, como si el mundo nos perteneciera. Fingíamos ser jóvenes audaces. Sabíamos que si nos sorprendían o si nos delataban seríamos expulsados de la escuela.

Encendí un cigarrillo. Era de calidad, francés, relleno de tabaco negro, grueso.

No llegué ni el primero ni el último. Junto a la estufa había ya varias personas; los demás fueron llegando poco a poco. Ninguno de ellos, sin embargo, dijo ni palabra; ni siquiera respondieron a mi saludo. Estaban allí, plantados en las sillas, mirando al vacío. Algunos inclinaban la cabeza hasta el suelo.

Nunca los había visto así sentados. No creía que hubiera fallecido alguien cercano a ellos y que estuvieran velando al muerto. Pertenecían a familias distintas y la gente caía como moscas. No en vano los enterraban en nuestro cementerio. Siempre estaban lúgubres y se enarzaban en conversaciones repletas de aterradores augurios, pero siempre iban dirigidas, con pasión, a una pared invisible, para que rebotaran en ella.

Yo también permanecí en silencio. No obstante, resultaba difícil seguir sentado durante tanto tiempo mirando al frente. Si hubiera estado en casa, habría sido capaz, pero habría necesitado estar a solas.

—Afuera hace un tiempo magnífico —dije sin dirigirme a nadie en concreto—, como si quisiera volver el verano.

Continuaron callados. En otra ocasión sin duda habría habido quien me respondiera que afuera no hacía buen tiempo en absoluto, y que si hoy brillaba un poco el sol era solo porque por la tarde caería aguanieve, y que por lo demás daba lo mismo si hacía buen tiempo o llovía, porque a nosotros no nos iba a ser de gran ayuda, porque estábamos perdidos, porque habíamos perdido la guerra y Honduras no nos aceptaba en su territorio, pese a que se trataba de la Honduras británica, en cuyo sello había una efigie del rey inglés.

Algún otro porfiaría entonces acerca de Honduras y demostraría que, incluso si Honduras nos quisiera aceptar, jamás llegaríamos hasta allí, porque pronto nos asesinarían.

Un tercero diría que la guerra iba a terminar en dos meses (siempre eran dos meses: ni uno más, ni uno menos), que se lo había asegurado su cuñada, la cual se había enterado por la portera, que *los* había visto haciendo el equipaje y preparándose para huir.

Un cuarto argüiría que todo aquello era un disparate, porque iba a perecer todo el globo terráqueo, pájaros y peces incluidos, y solo sobrevivirían los insectos. Se acercaba el día del Juicio Final y nadie podría salvarse.

—¡Menuda ayuda! —se lamentaría un quinto—. Aunque muera todo el mundo, nosotros seremos los primeros.

Y el sexto sentenciaría que ya estaba bien de malos agüeros.

—Hablemos de otra cosa. Por ejemplo, de lo delicioso que está el pato con manzanas.

Y se explayarían hablando de comida. Celebrarían festines y redactarían menús hasta que la conversación derivara de nuevo hacia la angustia, hasta que el miedo los obligara otra vez a llorar sobre los ríos de Babilonia.

Sin embargo, callaban. Ninguno de ellos movió un dedo. Finalmente, Robert se arrancó. Dijo colérico:

—¿Es que no te enteras de nada? ¿No sabes lo que está ocurriendo? Están saliendo transportes.

No sabía nada. No sabía qué eran esos transportes, pero se trataba, con toda seguridad, de algo malo, puesto que los había abatido hasta el punto de hacerles perder el habla.

—Los dos que fueron asesinados —continuó Robert—, esos sabían lo que se estaba cocinando. —A todas luces estaba feliz de poder aterrorizar a alguien más, de que en breves instantes se uniera alguien nuevo al círculo que velaba a los muertos—. Como ganado, los meten en vagones y los transportan al Este. Dicen que se los llevan a trabajar. Pero transportan a ancianos, mujeres y niños. Cuando no pueden andar, los llevan en carrito. Mañana sale el primer transporte. Son todos pobres que recibían el subsidio. Solo les está permitido llevar consigo cincuenta kilogramos de equipaje.

—Yo no tendría ni esos cincuenta kilogramos —dije.

—No debería usted tenerlos —me respondió en lugar de Robert el hombre que estaba sentado a su lado—. Podría usted dirigirse ligero a la muerte.

—Uno no se dirige ligero a la muerte —dije—, porque sabe lo que es. Los animales no saben lo que es la muerte, y por eso pueden dirigirse ligeros a ella.

—A lo mejor no se trata aún de la muerte. A lo mejor de verdad necesitan mano de obra en el Este. Quieren construir allí una fortificación.

—Tienen gente de sobra. Tienen prisioneros y explotación total⁶ de toda Europa. La radio emite para ellos en todos los idiomas. Programas de diversión con tonadillas populares en los que cantantes de opereta cantan al amor o a una casita en la ladera.

—Los que subieron al primer transporte no cantaban. Se los llevaron de noche, fueron deteniéndolos piso por piso. Iban muy encorvados, porque eran ancianos y enfermos. Llevaban mochilas a la espalda y en las manos las maletas. Los azuzaban a gritos para que se dieran prisa, porque caminaban de noche. Estaban mudos, porque no se les permitía hablar entre ellos. Solamente se escuchaba el acompasado taconeo de las botas sobre la acera, pero a eso ya se ha acostumbrado la gente.

—¿No huyó nadie? —pregunté yo.

—Nadie —dijo Robert—. Algunos estaban enfermos; otros dijeron que lo estaban. A ninguno le sirvió de nada... Los metieron a todos en los vagones.

—Pero no están satisfechos —añadió el hombre sentado junto a Robert—. Les gustan el oro y las joyas. Codician las arañas de cristal y las sábanas de seda. Querrían pasearse por mullidas alfombras y beber té en porcelana de Sajonia. Esos pobres diablos no tenían ni oro ni pisos lujosamente amueblados. No han sacado de ellos ningún beneficio. Se sienten defraudados y furiosos. Ahora tendrán que entregarles un transporte de ricachones.

—He hablado con Fischel. En esta ocasión van a proceder de otra forma. Pretenden anotar todo para que no se les escape nada.

—¿Qué nos queda?

—Solo tiempo —sentenció Robert—, y no mucho.

Me resultaba imposible confiar en el tiempo. Siempre pasaba volando cuando estaba con Růžena y a paso de tortuga mientras contemplaba el cerco de humedad en el techo. Nunca había hecho buenas migas con el tiempo. No lo tenía en mucha consideración.

—No confío en el tiempo —dije—. Nadie ha conseguido aún burlarlo.

—Los ricos piensan que pueden comprar su libertad —continuó relatando Robert—, pero se han quedado con un palmo de narices. No pudieron redimirse. *Esos* son insaciables, lo quieren todo: casas, negocios, muebles, anillos, automóviles, juguetes. Ansían esas cosas. No se recatan en rapiñar y

asesinar por cosas. Ansían todas las cosas, incluso las cosas de los desarrapados: míseros armarios y zapatos gastados. Quieren instituir gigantescos almacenes (la comunidad ya está vaciando sinagogas) en los que depositarlo todo. Quieren contemplar los objetos, manosear las telas, hundir las manos en oro, olisquear el jabón de baño y escuchar el susurro de la seda. Muchos morirán a causa de su amor por las cosas.

—Los ricos también anhelaban cosas —dije yo—, pero no les han servido de nada. Las cosas no hablan, y es inútil pedirles ayuda. Están locos si confían en las cosas, porque eso no les ayudará en absoluto cuando tengan que ir desprendiéndose de ellas en la huida.

—No están huyendo —repuso uno de los plañideros.

—Huirán —respondí—. Los que se apegan a las cosas sucumbirán. También nosotros salimos derrotados cuando quisimos salvar los muebles.

—Esto no conduce a ninguna parte —concluyó Robert—. Les recomiendo que se agencien escudillas y macutos. Y encarguen que les cosan unas talegas.

Comenzaba así, con cincuenta kilogramos, la marcha hacia una tierra desconocida. Nadie quería conjeturar el final de aquel camino; preferían hablar de preparativos: dinero cosido en el dobladillo de la ropa, tarros de manteca camuflados como mermelada, falsos tubos de pasta de dientes con dinero oculto. Había cosas más valiosas que los gramófonos eléctricos, las alfombras y las neveras de antaño. Se volvería a desencadenar una contienda a causa de ellas. Intentarían esconderlas, atribuirían un valor desmedido a un lápiz o a un diente de ajo. Se amarrarían a esos objetos, los amarían y protegerían como amaban y protegían los pianos y los pendientes de oro.

—No pienso ocuparme de nada —dije—. No voy a ir arrastrando cincuenta kilos por los andurriales para arrojarlos luego a una fosa. No voy a hacer mi equipaje para *esos*, porque nunca puedes estar seguro de si te lo van a dejar. Son demasiado codiciosos y lo mismo echan mano a una sartén que a una máquina de escribir.

—Haga lo que le venga en gana —dijo alguien—, pero recuerde: nadie va a prestarle ni a darle nada, ni siquiera un peine o una corteza de pan.

—Cuando salga el transporte de ricachones nos dejarán en paz un par de semanas, hasta que organicen el nuevo sistema: primero el inventario, luego los transportes. Necesitarán a mucha gente y aquellos que se encarguen del proceso se irán los últimos.

—Expoliadores de cadáveres y sepultureros —dije yo.

—Ustedes no estarán entre ellos. No los envidien —observó entristecido Robert—. Será gente con contactos, primos y primas importantes. Nosotros nunca entraremos en ese grupo. Ya lo he intentado, pero todos los puestos están ocupados, incluso el de abrillantador de parqué de los pisos expropiados.

Después de eso hasta yo había pasado a formar parte del círculo de plañideros. No hacía falta que nos rasgáramos las vestiduras ni que nos echáramos ceniza por la cabeza: estábamos todos cenicientos. Como los demás, clavé la mirada en el suelo, en el piso polvoriento del oratorio. Vi caminando por el barro al convoy que trasladaban al tren. Los vi marchar con la cabeza gacha, acompañados por el repiqueteo de las botas herradas. Escuché el chirrido de los carritos sin engrasar, sollozos quedos y gemidos. Estaban agazapados en el polvo que yo contemplaba. Pavel estaría entre los que se iban en el transporte para ricos. Antaño era pudiente, era dueño de fincas. Deseé que muriera rápido.

Vi que la línea que se extendía por el polvo serpenteaba. Sabía que el camino no conduciría directamente a la muerte, que habría multitud de estaciones, dolorosas y humillantes. La comitiva avanzaba por este camino, hollando cada una de las estaciones.

Deseé que alguien me acariciara la cabeza, inclinada. Me imaginé una mano femenina, la mano de Ružena, callosa de la faena y, sin embargo, ligera y delicada. Aparté los ojos del polvo y me erguí. Miré a mi alrededor y sonreí a los árboles luctuosos, de los que pingaba el agua; a las losas de mármol, cubiertas de gotas de lluvia atrapadas en las inscripciones doradas.

—Una vez me contaron —dije— que querían hundirnos en barcos. Tal vez sea una muerte mejor que al final de un largo viaje en ferrocarril por páramos extraños. He oído que no saben nada de ferrocarriles, así que será un trayecto espantoso. Del mar seguro que tampoco saben nada. No quieren ni olerlo.

El hombre sentado al lado de Robert, saltó de repente, y empezó a gritar:

—¡Ya estoy harto! Dejen de hablar de la muerte. No puedo soportarlo. Voy a quitarme la vida.

Nos quedamos en silencio, mirando el polvo.

El día avanzó a cámara lenta. A nadie se le pasó por la cabeza marcharse más temprano. Era evidente que tenían todavía más miedo, ahora que habían empezado los transportes.

Más tarde me dirigí a casa de Pavel. Me pillaba de camino a la mía, aunque, claro está, era fácil que me pillara cualquier cosa de camino, dado que atravesaba la ciudad. Pavel vivía entonces en la Ciudad Vieja. Sabía su nueva dirección, pero nunca había estado en aquel piso. Temía que me fuera a considerar un remordimiento.

La casa en la que vivía entonces Pavel era antigua y oscura. Estaba llena de hornacinas y rincones. Subí despacio y con dificultad hasta el tercer piso por unas escaleras desgastadas por las pisadas y me detuve frente a un apartamento en cuya puerta había una tarjeta con varios nombres y su correspondiente número de timbrazos. Busqué entre ellos el nombre de Pavel.

Llamé al timbre el número de veces preceptivo y entré al vestíbulo cuando me vinieron a abrir. Sin duda se trataba de Pavel, porque el número de timbrazos era el correcto, pero no pude ver su cara. Muy pronto, sin embargo, llegué a escuchar su voz. Me dejé guiar por él, puesto que el camino era enrevesado. Tuvimos que zigzaguear entre armarios, cestas, maletas y todo tipo de cachivaches. El vestíbulo estaba colapsado, y para la gente no quedaba más que una angosta callejuela.

Entramos a un cuarto, amplio y lóbrego, decorado con un mobiliario viejo, tallado a mano, cuyas pesadas piezas nos observaban amenazantes. Aparte de los muebles, había allí un montón de cestos, maletas y cajas. Nos sentamos en unas incómodas sillas de respaldo alto, tapizadas en piel estampada con nenúfares, frente a una mesa de roble.

—Me marcho —dijo Pavel—. Nos han citado. Mi mujer y mi hija andan ahora a la carrera visitando a conocidos, consiguiendo cosas para el transporte. Seguro que estás cansado... No puedo ofrecerte ni un té... Ahora no es nuestro turno en la cocina.

—No hace falta —respondí—. Me he pasado solo un momento, para despedirme. Ya sabes que a las ocho tengo que estar en casa.

—Estoy contento de irme —dijo Pavel como si no me hubiera oído—. Nos están castigando y eso mortifica a la gente. Cinco horas discutiendo y peleando por el gas, por el espacio en la despensa, por la limpieza del baño. Se gritan todo el día, lloran y se lamentan. Es difícil vivir entre tantas personas.

—Tampoco allí estarás solo —repliqué—. Uno no puede estar solo. Pavel, ¿no se te ha pasado por la cabeza en alguna ocasión esfumarte, no subir al tren?

—No puedo desaparecer en los bosques con mi familia. Por otra parte, ni siquiera hay bosques: hay pisos, formularios policiales, documentos de afiliación, cartillas de empleo, documentos de identidad, partidas de bautismo y de empadronamiento. No me resta más que convertirme en un número.

—¿Cómo?

—Sí, un número colgado al cuello, prendido en la maleta, pegado a la mochila. Cargaré con mis cincuenta kilogramos y en marcha. ¿No quieres llevarte alguna cosa?

—No me importan las cosas. Me alegro de no tener nada.

—No puedo darte dinero, pero podrías vender algo.

—No quiero vender nada. Cobro algo por ir al cementerio y con eso me basta.

—Le he dicho a André que nos marchamos en tren. Está deseando viajar en tren. Le he contado que verá árboles, el ancho cielo y animalitos.

—Eso está bien. Cuando era niño siempre estaba deseando viajar en tren.

—Mira el papel pintado: flores, tulipanes, rosas y hojas de fresa. Ponían florecillas en todo: en los platos, en las sillas, hasta en los inodoros. En los jarrones tenían flores de papel y hojas de tela encerada. Nunca tocaron flores naturales, nunca se tumbaron en un prado ni corrieron bajo la lluvia por los caminos. Pepík, nosotros hemos montado en motocicleta y esquiado en las pendientes de las montañas. André quiere ver flores naturales.

—Adiós, Pavel. Debo marcharme. Tal vez me esté esperando en casa, junto al portón, un mensajero con una carta amarilla. Tal vez volvamos a vernos pronto.

—Nadie volverá a verse ya, pero no importa.

Bajé despacio. La escalinata estaba mal iluminada. Debía caminar con cuidado, pues descendía a oscuras. Pero abajo, en la puerta principal, había luz. Junto a ella estaba la portera. Se había colocado de manera que pudiera verme. Había abierto la puerta del bajo para que la claridad me iluminara justo la cara. Me miró de la cabeza a los pies, larga y concienzudamente, hasta que cerró la puerta tras de mí.

—Nadie debe llevarse nada del piso de un difunto —me dije—. Los cuervos graznan y los buitres se congregan. Y tras el tigre llega siempre la hiena. Solo que a veces llega la hiena antes que el tigre.

—Mánička, ¿no querías ir al cine? —le preguntaba un joven a una

muchacha. Estaba detrás de ellos en el tranvía. El tranvía iba medio vacío. Podía haberme sentado, pero preferí ir de pie, porque de todas formas tendría que ponerme en pie si se presentara alguien que me lo ordenara. Me disgustaba levantarme cuando estaba todo el tranvía observándome.

—Ponen una película estupenda. Lojza la ha visto y dice que es monumental —continuó el joven.

—Pues entonces vamos.

—Y después podríamos ir a la vinatería. Te sirven dos decilitros sin pedirte cupones. Ya sabes, solo para conocidos.

Se reían y charlaban de películas y de buena comida. Entonces Máña dijo:

—¿Y cuándo nos vamos a casar? Ya no quiero escuchar más excusas. Toda nuestra clase del liceo se ha casado ya. Solamente yo me he quedado para vestir santos. ¿Qué quieres? ¿Que me manden a trabajar? Si tú no me llevas al altar, hay muchos otros.

—No tenemos piso. Yo vivo de alquiler y tú con tus padres.

—Habrà pisos para dar y tomar. ¿No has oído hablar de los transportes?

—Pero esos pisos se los quedarán *ellos*. Ni aunque me metiera a Vlajka⁷ me concederían un piso. Si acaso, un antro entre cuatro paredes.

—¡Ya te he dicho que o te casas conmigo o me busco a otro, pero yo no voy a trabajar! —gritó Máña.

No quería escuchar más aquella trifulca, así que me fui a la plataforma.

—La gente sabe que salen transportes —me dije—. Puede que se los encuentren. Puede que vean la luz de las linternas cuando salen de la vinatería, que escuchen voces de mando tajantes, y el repiqueteo de las botas herradas, y los pasos de las personas que arrastran los pies, aplastadas bajo la carga.

—Vamos a comer, Tomáš —dije al llegar a casa—. Vamos a freír unos picatostes de pan duro en margarina. También eso es comida. Algunos mueren por la margarina y otros van a buscar la muerte en la oscuridad. Y a nuestros pies se extiende la ciudad. La gente allí va al cine a ver cómo se enredan y desenredan los destinos humanos de manera hilarante e ingeniosa, de un modo que nunca ocurre en la realidad. Y además riñen porque no les conceden un piso y tendrán que irse al extranjero a trabajar.

Tomáš y yo acabamos de comer. Entonces le dije:

—Espérame aquí. Voy a jugar un poco. Te traeré huesos a la vuelta. Es un juego de lo más divertido: me arranco la estrella y voy a visitar a Materna. Es

un buen juego, y razonable, porque solo tengo una vida, y encima irrepetible, mientras que tú tienes nueve. Aunque eso no me lo creo..., ¿qué ibas a hacer tú con nueve vidas?

En casa de Materna ya había gente. La casa estaba caldeada y la madre de Materna me dio té y un bollo. Bebía el té hirviendo y mordisqueaba el bollo. Se hablaba de la guerra. La guerra quedaba lejos. Me figuraba que estaba sentado a oscuras viendo una película. En ella se disparaban unos a otros, corrían por el campo de batalla, rodaban por las trincheras. Las ametralladoras ladraban y la artillería tronaba. Las ciudades ardían y en los edificios derruidos se alzaban banderas. Había muchas ciudades y muchas banderas. Pendían también en nuestra ciudad, pese a no estar arrasada. La música rugía por doquier. Sin embargo, no veía más que las manecillas del reloj, desplazándose lentamente. Podía escuchar su tictac, acompasado, incesante.

—¿Qué te sucede, Pepík? —preguntó Materna—. ¿Otra vez cabizbajo?

—Míralo de esta manera, Franta: la gente echa pestes de esto y de aquello, pero a la hora de jugarse el cuello... ¡De eso ni hablar! Por ejemplo...

Y volvían a hablar de fábricas, sabotajes, guardias y delatores.

—Bueno, ¿qué te pasa? —repitió Materna.

—Nada —respondí—. Están saliendo transportes.

—¿Qué es eso?

—Citan a la gente, les quitan la documentación, les cuelgan números al cuello. Luego se los llevan al Este.

—¡Ah, ya sé! Pasaba el otro día frente al mercado de radios⁸ y, según iba por la acera, me topo con un agente. Me dice: «Cruce a la otra acera. Está prohibido pasar por aquí». Y yo: «¿Es que ya no puede uno ni ir por la acera cuando vuelve a casa del tajo?». Me largué porque empezó a vociferar que me iba a enseñar él lo que estaba y lo que no estaba permitido. Así que seguramente en el mercado de radios están preparándolo todo para esos transportes.

—Sí —dije yo—. Son pabellones de madera contruidos solamente de tablones. No hay estufas porque podrían provocar un incendio. Han llevado paja de la comunidad. Los del lugar dicen que están montando un circo.

—Y a ti no te apetece ir al circo.

—Pues no.

Me imaginaba que tendríamos que acostarnos apiñados en la paja, cómo

temblaríamos de frío y aún más de miedo, porque estaríamos ya, completamente, en su poder. Sentado junto a la estufa, bebía té hirviendo y mordisqueaba el bollo relleno de mermelada. Estaba de maravilla al calor de la lumbre, entre aquellas personas que hablaban de la guerra y del trabajo en las fábricas. Me sentía bien a pesar de seguir escuchando el tictac del reloj, acompasado, incesante.

—¿Entonces eso significa que cogerás tus bártulos y te marcharás al Este?

—Cuando me toque el turno.

—Afortunadamente estás bastante al final de la lista alfabética.

—No siguen el orden alfabético. Tienen uno propio. No sé de dónde lo han sacado. O tal vez pretenden hacer como los pescadores y lanzar la red al agua. Ni siquiera puedo calcular cuándo me llegará la hora. Debo esperar a que me llamen, y eso puede ser mañana o dentro de un año. Hay gente de sobra.

—Y, cuando te llamen, ¿te subirás al tren?

—Claro, no concibo otra cosa.

—Bueno, espérate. Eso aún está por ver.

Materna se puso a charlar de nuevo con sus amigos. «Aún está por ver» eran palabras agradables que me reconfortaron. Era consciente de que se trataba de una idiotez, de que nadie podía ayudarme, pero constituían un cabo de esperanza, un pequeño cabo al que aferrarme. Era consciente, porque una vez leí en un libro, que devoré rápidamente para que no me sorprendiera mi tío, acerca de un hombre que entró en una cueva, se encontró allí con un pulpo y luchó con él hasta derrotarlo. Era una buena novela y llegué a temer por su protagonista. Por otra parte nunca había visto un pulpo, excepto en la imagen que reproducía la peripecia en el libro. Sabía que el hombre debía salir vencedor; lo deseaba y ansiaba que lo lograra. Fue muy agradable leer el libro confiando en la victoria. «Eso aún está por ver», me repetía. «Quizá pase mucho tiempo antes de que me citen. Entretanto comeré, leeré, dormiré, fumaré y me aferraré a este cabo de esperanza.»

Me dieron algunos restos de comida para Tomáš. No era nada especialmente sabroso, pero nadie podía acusar a Tomáš de escrupuloso.

XIV

Conocía bien el circo. Mi tío y mi tía me habían llevado unas cuantas veces. Tal vez pensarán que era lo apropiado, o que formaba parte de sus obligaciones. O tal vez se tratara de una excusa para poder asistir ellos mismos. Admiraba los uniformes de los acomodadores y seguía en tensión los números de la amazona y del equilibrista. También iba a observar a los animales exóticos durante el descanso. Eran animales que yo desconocía, que me miraban con desesperación y congoja. Nunca pensaba en ello, pues siempre eran arrojados a la pista. Yo creía que salían por propia voluntad. Todo parecía diferente. Era como si actuaran solo para mí, porque caminaban, danzaban, brincaban y hacían monerías bajo la luz artificial, en medio de músicas fragorosas y gritos de sus domadores. Nunca consideré lo difícil que resulta ser animal de circo, dado que yo estaba sentado en las gradas de madera y sobre mí se extendía una lona. Miraba el serrín con el que espolvoreaban el suelo y los braseros. No sabía lo penoso que es ser animal de circo. Cuando contemplaba a las focas impulsando un balón con el hocico nunca se me pasó por la cabeza que las focas normalmente no hacen eso. Tampoco había visto nunca que un perro caminara a dos patas con un gorrito de cazador en la cabeza y una escopeta al hombro. Pero resultaba divertido verlo caminar por la pista del circo. El circo era un espectáculo hermoso y sublime, puesto que en él acontecían cosas que jamás había presenciado. Era muy emocionante sentarse cómodamente abajo, en un banco de madera, y observar al equilibrista.

No obstante, cuando me tocó a mí actuar en el circo, no quise recordar el chasquido de los látigos y los gritos de los domadores. No quise recordar a los caballos galopando sin parar en círculo, ni al perro saltando un aro forrado de papel. No podía, sin embargo, girar la cabeza y mirar al techo, a la tramoya, puesto que era yo el que debía caminar por la cuerda floja y mirar hacia abajo, hacia las caras enfervorizadas.

No quería actuar en el circo con la cabeza afeitada del payaso y dejar que me

propinaran puntapiés. Ahora, de golpe, sabía infinidad de cosas sobre el circo, dado que me encontraba al otro lado de la barrera.

No creía que fueran a obligar a Tomáš o a Materna a actuar en el circo, a no ser que lo hicieran por propia voluntad, pero sabía que a mí sí me forzarían una vez que me colgaran un número al cuello.

Tenía que pasar junto al mercado de radios, por lo que veía todo tipo de cosas cuando viajaba de pie en el tranvía mientras los demás iban sentados. Pude vislumbrar a través de la valla una explanada en el medio. También atisé un portón por el que entraba gente con números colgados del cuello, encorvados bajo el peso de los macutos. Vi junto a la puerta a *su* guardián con las piernas extendidas. Y podía escuchar el silencio cuando pasaba el tranvía junto al mercado de radios. Sí, escuchaba el silencio, a pesar de que el tranvía chirriaba y las ruedas del vagón traqueteaban sobre el adoquinado. Era el mismo que se encontraba en los rostros de los espectadores cuando asistían expectantes al salto mortal en la cuerda floja. Rememoré aquel silencio y las miradas de horror, yertas en el suspenso.

Empezó a faltar gente en el cementerio. Unas veces se despedían y otras simplemente desaparecían. No cambió nada, excepto que se incrementó el frío.

Sentados junto a la estufa incandescente no pasábamos frío, pues en el cementerio siempre había leña a espuestas. También quemábamos bancos de la iglesia cuando nos daba pereza cortar árboles. Los bancos de la iglesia eran viejos y ardían bien. Me di cuenta de que el valor de las cosas había cambiado cuando Robert trocó una pequeña alfombra persa por dos ristras de ajo. Oímos historias sobre trueques de joyas por limones de camino al Este. Convenía agenciarse un saco de dormir, una escudilla, un jersey de manga larga, botas de esquí, comprimidos de vitaminas, una navaja suiza de bolsillo, una maquinilla de afeitar y cuchillas de recambio. Era necesario que el equipaje estuviera preparado a cualquier hora, porque a veces los transportes se convocaban de repente, para que la gente no tuviera oportunidad de prepararse a conciencia, para que se vieran obligados a abandonar muchas cosas en los pisos.

Me encontraba de nuevo ante la puerta del chalé y estaba nevando otra vez. Ya conocía todo el ritual; no hacía falta que me instruyeran. Reinaba el silencio, aunque en aquella ocasión había incluso críos, pues se registraba a

familias enteras. Las familias eran aherrojadas en macizos conjuntos mediante cadenas de formularios. Vi entre algunas familias el aguzado alambre de espino del odio, con el que irían al circo y al mismísimo infierno. Vi también cómo se apoyaban mutuamente matrimonios ancianos. No era una buena compañía. Todos estaban revueltos en aquel interminable, abrumador tiempo de espera. Las familias aguardaban de pie, apretando en sus manos unos papeles cuyo significado no entendían. En los documentos se hacía una relación de sus bienes, pero ya no se preocupaban por ellos, dado que singlaban a manos de desconocidos. Sus pertenencias eran más bien sus macutos, los sacos de dormir, los dientes de ajo y la manteca embutida en tubos de pasta de dientes. Me encontraba entre aquellas familias y en mis manos sujetaba idénticos papeles. Era imprescindible que todos tuviéramos un papel, aunque no poseyéramos bienes. Lo que sí poseía, no obstante, era un saco de dormir y una escudilla; los tenía hacía ya mucho tiempo, así que no me había visto obligado a buscarlos. Sí, mi situación era mejor que la de los demás, porque estaba solo y, aparte de eso, me había escondido un cabo de esperanza.

Pasé la mañana de pie en el chalé. Tuve que salir al mediodía y pasar el rato durante varias horas, puesto que nos echaron a la hora de la comida. Ya no nevaba, pero caía la lluvia. Las calles estaban cubiertas de un barro acuoso. Me marché a la vez que la persona que se encontraba delante de mí en la cola. Era un hombre mayor, fornido, con la cara curtida por el viento.

—¿También viene usted del campo y no puede irse a casa este par de horas?
—me preguntó al salir.

—Vivo lejos, en el otro extremo de la ciudad —contesté—. Tampoco sé qué podría hacer en casa. Hace frío y no me daría tiempo a encender el fuego.

—Venga conmigo. Encontraremos un lugar para comer.

Sin embargo, en aquel barrio se nos prohibía el paso a todos los restaurantes. Tampoco pudimos colarnos en una casa, puesto que todo eran chalés, cerrados a conciencia y bien vigilados. Y si hubiéramos caminado un trecho más allá, hacia el casco urbano, en el que había edificios de vecinos, nos habríamos topado con *sus* casas, donde nos habían azuzado a los guardias.

En la lejanía vislumbramos un tejear.

—¿Nos está permitido entrar a un tejear? —preguntó el hombre de campo.

—Quizá —respondí—. Nunca he leído nada acerca de tejares en ninguna

notificación. Pero tampoco he leído todas las notificaciones, de modo que no se lo puedo garantizar.

—En los tejares no suele haber más que mendigos y vagabundos. ¿Por qué iban a delatarnos?

—En los tejares también hay inspecciones, pero no creo que hoy por la tarde vaya a aparecer nadie, dado que todo el mundo se ha marchado y a los guardias también les apetecía irse a comer.

Teníamos frío; la lluvia caía incansable. Entramos al tejar, pero no fuimos muy lejos. No vimos a nadie; tal vez anduvieran por ahí mendigando o se hubieran colado dentro. Nos sentamos sobre nuestros bártulos. El hombre de campo me ofreció pan con manteca. Estuvimos un rato sentados en silencio, comiendo. Después me dijo:

—En la ciudad estáis mejor.

—¿Por qué? —pregunté. Resultaba absurdo discutir quién estaba mejor, pero era más sensato porfiar que hablar del chalé y de esperar al transporte—. Allí, en el campo, aún puede conseguir algo de comer. Y además el aire es más sano. Por más que quieran, eso no se lo pueden arrebatar.

—¿Por qué iban a quitarnos el aire? Les importa un bledo, solo van tras nuestras posesiones. Vinieron y echaron un vistazo a mis libros. «Nada. Eso es una porquería. Puede llevárselo.» ¿Qué podría hacer con los libros en las presentes circunstancias? Cuando se llevaron a Brúna, me eché a llorar. ¿Sabe?, la he criado con mis propias manos. Me la dieron siendo aún una potrilla. Cuando pienso que me la van a tundir con una fusta...

—No se preocupe, no son crueles con los animales. Hasta tienen leyes que se lo prohíben. No pueden ser crueles con los animales y con los seres humanos a la vez. Sería demasiado complicado.

—Si pudiera volver con Brúna... Créame que lloraría. ¿No me cree?

—Le creo. Si me dijera usted que las piedras de su tranquero han llorado, también me lo creería.

—El pan que está comiendo todavía está hecho con harina de mi molino. ¿Sabe?, yo era dueño de un molino. En nuestra familia se heredaba el oficio. También tenía tierras, un par de hermosas fanegas. Ahora han trasladado a todos los que estaban asentados en nuestra región a un castillo abandonado. Hay multitud de familias y todo son discusiones. Vivimos allí como en una prisión; nos vigilan a cada paso. Y eso no es lo peor, pues a eso puede uno

acostumbrarse. Pero en todo el tiempo que llevo en aquel lugar no he podido pegar ojo. Ya sabe cómo son las cosas en un molino, toda la noche con el tableteo. Pero lo que más echo en falta es la rueda del molino, cómo salpica el agua al salir del caz. Ustedes aquí en la ciudad aún pueden andar por las calles.

—Eso durará poco y, además, no puede uno elegir.

Ya no tenía humor para discutir. Había visto un molino de aldea. Era agradable estar tumbado junto a la acequia del molino y contemplar cómo el agua se abría paso atropelladamente por el caz. Era agradable escuchar el tableteo del molino.

Aún teníamos tiempo de sobra, pero nos quedamos sentados en silencio. Luego nos pusimos en pie para regresar al chalé.

Aguardamos de nuevo en la larga cola custodiada por los guardias. No hablábamos entre nosotros. Se nos había ordenado permanecer callados. Incluso al caminar debíamos hacerlo de puntillas. Ya en la gran sala, tuvimos que volver a contestar a las preguntas acerca de joyas, hipotecas, oro y documentos bursátiles. Las preguntas se musitaban en voz baja y las respuestas también. Una vez concluido el ritual, de nuevo en el patio, caí en la cuenta de que en el infierno debía reinar el mismo silencio. Seguro que allí no gemían los pecadores, puesto que si lo hicieran significaría que su dolor era ínfimo. Sin duda Brûna lloró cuando se despidió de su dueño; no quería la collera de un extraño. Puede que también hubiera relinchado, como si le estuvieran agujijando el ijar, aunque no me lo hubiera contado su dueño.

No sabía qué haría Brûna si se viera obligada a permanecer en silencio tantas horas. Aunque pasamos por el crujido de los papeles y por el turno de los números, aunque fuimos testigos de cómo nos convertíamos en números, no se nos permitió siquiera llorar, retorcernos convulsos, golpear nos la cabeza. No nos estaba permitido siquiera cantar salmos o tocar marchas fúnebres.

Me encontraba otra vez sentado en el cementerio, frente a la estufa incandescente. La gente se marchaba o desaparecía. La gente también se quitaba la vida con veneno o saltando de edificios elevados. O se colgaban con una soga, o se ahogaban en el río. De todos modos, no lograban descuadrar las cuentas: simplemente unos números eran sustituidos por otros. Las personas tenían números, los transportes tenían números, en las casetas de tablonos se congelaban números sobre la paja. Lo único extraño era que los números comieran, que les llevaran alimentos de la comunidad al mercado de radios.

Los trajinantes iban a aquel lugar muertos de miedo. En ocasiones ocurría que ellos mismos se convertían en números cuando no se alcanzaba la cantidad preestablecida en los libros de contabilidad. No obstante, para todos los trabajos se encontraban suficientes candidatos. Encontraron incluso vigilantes para controlar a los números, hombres de la limpieza para deshacerse de los despojos y cambiar la paja sobre la que dormían los números. Había personas que transportaban a los enfermos en carritos, personas encargadas de azuzar a los perros que rastreaban a los desaparecidos y que amedrentaban a los recalcitrantes.

Arrastrando los pies y sin saludar, salían a la arena los gladiadores. Aquel era el título que se les había asignado de oficio. Tenían sus propios puntos de encuentro y sus propios jefes. Eran los únicos que recibían raciones especiales, incluso carne, ya que debían estar fuertes para poder desempeñar en el circo aquel papel. Estaba bien ser gladiador, pero era un oficio difícil que requería gran fuerza. Estaba bien ser gladiador, pero era necesario tener piernas inquebrantables y un corazón duro para poder permanecer en el circo hasta la última función.

Ayudé a mis tíos a hacer el equipaje cuando recibieron la citación. Me mandaron recado de que fuera a su casa, pero luego mi tío me dijo:

—Mi sangre pesará sobre tu cabeza, desagradecido. Tú eres el que nos ha metido en este berenjenal. ¿Es que no podías compadecerte de unos ancianos? ¿Es que no podías habernos sacado y mandar a otro en nuestro lugar?

—Siempre fuiste una mala persona, perverso y envidioso. Si tu tía Klára levantara la cabeza... —dijo mi tía.

—Trabajo en el cementerio —respondí—. En verano plantamos verdura y en otoño rastrillamos las hojas. En invierno nos sentamos en el oratorio frente a la estufa y bebemos infusión de tila.

—¡Vaya, menudo trabajo te has buscado! ¿Y a tu propio tío no has sido capaz de conseguirle nada? Tú, a salvar el pellejo, y tu tío, que te vistió, alimentó y cuidó en la enfermedad, puede sin más estirar la pata, ¿verdad? —Lloraba mi tía.

Bajé la cabeza y eché un vistazo alrededor. Las cosas estaban desparramadas por el piso. Reparé en un remedo de saco de dormir cosido con poco arte a partir de unos cuantos harapos. Vi además objetos viejos, rotos, estropeados, gastados, destrozados, sacados del trastero para ser depositados en mochilas y

talegos. Se trataba de cosas absurdas. Había entre ellas moldes herrumbrosos para cortar masa de galletas, un viejo tintero con la tapadera partida, un cuchillo sin mango, botones de latón y palitos de madera. Todo era inútil y sin valor. Eran objetos que andaban por los rincones y que mi tío y mi tía seguían escondiendo. Conocía muchas de aquellas cosas desde mi infancia, cuando ya estaban rotas y eran obsoletas. Me resultaba extraño encontrármelas después de tantos años, cuando tenían que peregrinar al Este.

—¿Cómo vais a ir cargando con todo esto? —dije—. Si no os va a servir para nada. ¿Dónde están la comida, la ropa de abrigo, las escudillas, el calzado de trabajo y los calcetines gruesos?

—¡A ti que te importa, bribón, asesino! —me increpó mi tío—. Como no bastaba con meternos en el transporte, ¿encima vas a arrebatarnos nuestras pertenencias?

—¡A mí qué más me dan vuestras cosas! Solo os digo que tenéis que llevaros las mejores prendas de vestir y la mejor ropa interior para que os duren. Da lo mismo si no os lleváis todo esto... Os lo quitarán.

—¡Te equivocas otra vez! —chilló mi tío—. No se llevarán nada. He escondido todo lo que tiene valor en casa de buena gente, pero no te diré su dirección para que no vayas a reclamarlo.

—Ya te he dicho que no me interesan tus cosas. No me interesa ninguna cosa en absoluto. Me van a meter igual en un transporte, así que ¿para qué iba a necesitar tanto cachivache?

Mi tío y mi tía intercambiaron una mirada burlona. Para ellos era evidente que quería sonsacarles sus bienes, que fingía porque ya lo tenía todo planeado. No en vano tenía un empleo que me protegía. Fue inútil intentar convencerlos de que no escondieran las cosas en casa de gente que lloraba su destino. Sabía de buena tinta que por aquel desierto merodeaban chacales que derramaban lágrimas amargas. «¡Cómo lamentamos que la gente caiga rendida a causa de la sed y la extenuación junto a las rutas de caravanas! Maldecimos el sol que secó sus gargantas, maldecimos a los bandidos que acechan tras las dunas y asesinan a los rezagados. Somos una cofradía funeraria, misericordiosa, pero no tenemos ni palas ni picos para cavar tumbas. No tenemos siquiera agua para las abluciones de los difuntos, pero podemos prestarles un último servicio, un gran, inestimable servicio: rebañar sus huesos para que queden blancos como la nieve y el sol pueda secarlos.» Los chacales eran afables y gentiles, hábiles

lamentando y llorando. Conocían un montón de palabras hermosas. Prometían además un pronto regreso y un feliz desenlace. No, no me codeaba con chacales y me alegraba que no buscaran mi compañía.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —rezongó mi tío—. ¿Cómo es que te has librado, cuando se están llevando a familias enteras?

—Me dijiste que no podía declarar ni mencionar en parte alguna que era familiar tuyo, porque estaba contraviniendo la ley al dar cobijo al gato Tomás. Temías que os fuera a involucrar.

—De todas maneras, nos has metido en este lío con tu gato.

No contesté. No tenía sentido responder a reproches que quizá ni mi tío creyera. Simplemente tenía que recriminar algo y que echarle la culpa a alguien.

—Para que lo sepas: volveremos en dos meses. La señora en cuya casa he escondido los edredones nos ha dicho que seguro que en dos meses se ha acabado. Ella siempre tiene buenas noticias. No nos asusta, como tú.

—De acuerdo. Si eso es lo que creéis, ¿por qué no os lleváis al menos algo de comida?

—Eso sí que estaría bonito, que después tuviéramos que compartirla con los demás y que los demás tuvieran que compartirla con nosotros.

—Debo marcharme a casa —dije—. Pronto serán las ocho. Vendré a ayudaros cuando tengáis que subir al tren. Os acompañaré hasta el mercado de radios.

Debían presentarse el domingo, lo cual era un problema, porque los domingos ninguno de nosotros podía viajar en tranvía. La gente tenía que peregrinar desde todos los barrios, con las mochilas y el pesado equipaje, a pie.

Si yo también hubiera caminado hasta casa de mis tíos, habría tenido que atravesar la ciudad, pero descendí la colina y esperé allí al tranvía. Me tapé la estrella con la cartera. Ayudé a mi tío y a mi tía a cargar con los macutos y yo mismo me eché a la espalda un pesado talego. Mis tíos, con sus números colgados al cuello, avanzaban con dificultad encorvados bajo el peso del equipaje. Mi tía había amarrado a la mochila un molde para hornear bizcocho. Conocía bien aquel molde, porque yo siempre rebañaba la masa que se quedaba pegada cuando ella sacaba con golpecitos el bizcocho. Recordé cómo olía el bizcocho a ralladura de limón. Deseé estar otra vez sentado en la cocina en un taburete, esperando a que mi tía extrajera el bizcocho sobre una tablilla.

El molde para bizcochos se balanceaba sobre la mochila. Estaba mal sujeto, le golpeaba continuamente a mi tía en la espalda. Me dieron pena mi tío y mi tía, trafagando por las calles con un número colgado al cuello, zapatos rotos y ropas raídas.

—Volveremos, sin falta, en dos meses. Esa señora nos lo ha vuelto a decir hoy.

No me reprochaban nada, tan solo hipaban y lloraban en silencio, para sus adentros. Yo también les aseguré que regresarían en dos meses. ¿Qué otra cosa podía decirles? No les conté nada del circo, por más que en algunos momentos me reconviniera por no haberlos prevenido. Pero no me habrían creído. A lo mejor estaba bien que no supieran qué papel se les había adjudicado en el circo. A lo mejor era bueno que no supieran de la paja y el frío en los pabellones de tablas.

Al llegar al mercado de radios nos fuimos topando con riadas de gente. Vimos, así mismo, a enfermos trasladados en carritos, a niños colgados de valijas. También llevaban una estrella cosida y los números al cuello se les bamboleaban. Avanzábamos por la calzada porque éramos una multitud. Los transeúntes nos miraban desde la acera. No les prestábamos atención. No sabíamos si se compadecían o si se reían de nosotros. Pero sin duda para ellos ya no existíamos, porque deseaban que no estuviéramos allí para no tener que mirarnos, porque pasaban a nuestro lado a toda prisa y volvían el rostro. En efecto, era imprescindible olvidar todo rápidamente y no saber nunca nada.

Vi en la comitiva a unas cuantas personas conocidas, pero no quise saludarlas. Se habrían percatado de que yo no tenía número y de que no entraba por el portón con ellos. Puede que me hubieran envidiado. No podía poner una disculpa ni ofrecerles consuelo. De cualquier modo, no habrían prestado oídos a ninguna palabra de consuelo. Quizá ni me hubieran reconocido, pues sus ojos estaban ya vidriosos. Solo veían el portón abierto y al guardia, con las piernas abiertas, ante él.

—Hasta la vista —les dije a mi tío y a mi tía cuando nos encontrábamos cerca del portón y les di el talego. No podía ir hasta la misma puerta, porque ya había sucedido en numerosas ocasiones que el guardia había prendido a un acompañante para arrojarlo entre los demás, aun cuando no tenía número—. Vuelvan pronto, sanos y salvos.

—Adiós, Pepík —se despidió mi tío—. ¿Verdad que no te has enfadado

conmigo por todo lo que te he dicho?

—Adiós, Pepík. —Me besó mi tía—. Puede que al menos tú sobrevivas.

—Sobreviviremos, y nos volveremos a ver. Todo será hermoso cuando nos reunamos de nuevo —dije.

Los vi marchar desde la acera, entrando a duras penas por el portón, pero no pude quedarme mirando mucho tiempo, puesto que en las aceras hacían su ronda los guardias.

Me marché despacio a casa, cruzándome una y otra vez por el camino con gente cargada con macutos, sus números colgados al cuello. Escuché el chirriante sonido de los pífanos y el lóbrego estruendo de los tambores. Pensé que ante ellos caminaba la Muerte acompañada de flautistas y músicos, como era su costumbre. De un jardín cercano surgió una división de *su* ejército, a cuyo frente marchaba un hombre con un rabo de caballo sujeto a un bastón.

Hacía un frío moderado aquel año, pero a la gente del circo no les resultó de demasiada ayuda, pues de todas formas se congelaban sobre la paja en los pabellones de tablas. Algunos transportes fueron enviados al Este; otros, a una ciudad fortificada en la que se había instituido una casa de fieras.² Era una gran suerte convertirse en animal y que te metieran en el zoológico, pero pocas personas permanecían en la fortaleza. Los demás, igualmente, eran trasladados desde allí al Este. Incluso en aquella ciudad habían montado un circo. Incluso en aquella ciudad era ineluctable caminar por la cuerda floja sin red y saltar grandes obstáculos.

Pese a todo, era una ciudad situada en mitad de nuestra tierra natal. La atravesaba un río y la rodeaban prados. El viento llevaba hasta ella el aroma de las flores del albaricoquero y los pájaros se posaban en sus postes de telégrafos. Era bueno vivir en aquella ciudad, aun cuando se tratara de una casa de fieras, tras una alambrada. Era bueno ir al circo albergando cierta esperanza, pues había posibilidades de permanecer en aquella ciudad lavando cadáveres. Salían noticias de aquella ciudad, atravesaban la alambrada custodiada por guardias, viajaban en las bolsas de los ferroviarios y en las lecheras de las recoveras. Se decía que el dinero no perdía su poder en aquella ciudad, que incluso allí vencía al hambre y a la muerte. Se trataba, no obstante, de grandes sumas que ninguno de nosotros poseía. Se decía también que los objetos tenían en aquella ciudad cierto valor, que era posible afrontar con ellos la helada y la enfermedad. Se decía que los parentescos y las amistades ayudaban sobremanera en aquella ciudad. Se contaban historias sobre cartas de recomendación, sobre hijos que habían salvado a sus padres, sobre primos que te buscaban empleo como mozo de carga o de establo. Para los que no tenían dinero, objetos o familiares era una gran fortuna quedarse en aquella ciudad como trajinantes. Había allí muchos trajinantes y recibían poca comida. Arrastraban pesadas carretas, sembradoras y segadoras, capitonés y apisonadoras, pues en esta casa de fieras no estaban permitidos más animales

que los seres humanos.

Solíamos hablar acerca de la ciudad fortificada junto a la estufa. Tenía su propio sello, en el que aparecía recreada entre tilos. Tenía hasta su propia moneda, en la que estaba representado el creador del Decálogo. El Decálogo ahora solamente era válido para animales, pero no le había sido dado a los animales regir según esos preceptos su propia vida. Únicamente les era dado en la imagen en la que los sostenía el hombre de larga barba que antaño condujo a su pueblo a través del desierto.

En el cementerio la mayoría era ahora gente nueva. Los que se habían ido en transporte habían sido reemplazados por otros. No había ninguna diferencia. La estufa seguía igual. No se podía mirar a la cara a nadie que dirigiera su mirada al polvo, por el cual serpenteaba el mismo camino. No importaba demasiado que hubiera desaparecido Robert, el cual, al parecer, vivía en la ciudad fortificada. Siempre se encontraba a alguien con noticias a mansalva. Permanecía en el camposanto el vendedor de mercería, que hablaba de milagros. Era posible que sucedieran milagros ahora que la gente adquiría la flexibilidad y el aspecto de animales. Fieras bíblicas salían de sus guaridas y las muelas de molino en las tranqueras rezumaban sangre. Los cometas podían anunciar la peste negra y la profecía podía leerse como guía vital para los días venideros. Ocurrió por aquel entonces que fue conducido al mercado de radios un hombre anciano, parálítico, que durante veinte años había vivido por el día en una silla de ruedas y por la noche tendido en la cama. Resultaba difícil incitar a una persona así a que desempeñara la tarea que ahora le había sido adscrita. Ante todo era necesario que tuviera la cabeza afeitada al cero; de lo contrario no podía actuar en el circo. No se le permitía a nadie ser afeitado en el corralito en el que dormía. Cada cual debía dirigirse a la barbería que estaba en su correspondiente pabellón. Debía atravesar una gran explanada para alegrarles la vista con sus brincos y respingos. Solo que este hombre impedido no quiso saltar ni sentarse, no quiso bailar ni agitar los brazos.

Se quedó sentado en la silla, como había hecho durante los últimos veinte años. El barbero se vio obligado a dar parte de esta insubordinación al guardia. El guardia se dirigió al corral en el que estaba sentado el parálítico. No tenía ya silla de ruedas, permanecía sentado en una banqueta. Le ordenó que se levantara y anduviera, pero su orden no fue obedecida. Le disparó en el oído y repitió la orden. Y entonces sucedió un verdadero milagro: el parálítico, por

primera vez en veinte años, se puso en pie y dio unos cuantos pasos. A continuación se derrumbó sobre la paja y murió. Ni siquiera el siguiente disparo del revólver pudo devolverlo a la vida.

No teníamos razones para desconfiar de aquel milagro, puesto que el vendedor de mercería era el susodicho barbero que se vio obligado a llamar al guardia. Al vendedor, como castigo, se le afeitó la cabeza. Tuvo además que participar en unos cuantos números de circo. No obstante, fue afortunado, ya que en aquella ocasión había abundancia de números y por tanto no tuvo que viajar al Este. No resultó agradable, sin embargo, pasar el invierno con la cabeza afeitada, pero le reconfortó el hecho de haberse librado del oficio de barbero.

Sentados en taburetes frente a la estufa, meditábamos sobre el milagro. Antes todos soñábamos con milagros, pero ahora nos repugnaban cuando tenían lugar. Nos habría resultado más placentero poder vivir una vida rectilínea y uniforme, sin sobresaltos ni largas esperas. No hablábamos por eso de milagros, sino de cosas cotidianas y cercanas, de loción para piojos y comprimidos vitamínicos. Algunos hablaban también de suicidios y detenciones, pero en cualquier caso aquello se había convertido en algo cotidiano.

Y después, además, discutíamos si todo finalizaría en apenas dos meses.

Me dirigí cabizbajo a la parada de tranvía. No tenía sentido caminar con la cabeza erguida. Había que ir acostumbrándose a la carga.

Me detuvo una señora mayor.

—¿No conocerá usted a la señora Bejkovská? —preguntó.

—No la conozco —contesté.

—Era una buena mujer. Ahora está en la ciudad esa a la que van los suyos.

—Sí —dije—. Adiós, señora. Van a arrestarla.

—Jesucristo también está allí, ¿no? Él era de los suyos.

—Sí —dije—. Tal vez esté allí.

—Bien. Ya sabía yo que estaría allí. Muchas gracias por la información.

—No hay de qué —respondí.

—Cuando vaya allí, dígle que estoy rezando por él. Por favor, dele el mensaje. Me llamo Maňáková y mi marido trabaja en correos.

—Se lo diré —le aseguré—, pero me preocupa no llegar a coincidir con él allí.

—Seguro que se lo encuentra. Puede que esté allí de incógnito. Rezaré por usted. ¿Cuál es su nombre de pila?

—Josef —contesté.

No me apetecía para nada quedarme en casa. Fui a visitar a Materna. Solía pasarme a menudo por su casa en cuanto empezaba el frío. No tenía que arrancarme la estrella porque las noches eran oscuras y yo me colaba sin más por las eras. Ya se habían acostumbrado a que estuviera allí. También se habían acostumbrado a que no hablara apenas. Me sentía bien cuando me quedaba sentado, escuchando. Me sentía bien porque la casa de Materna estaba caldeada y yo no tenía que encender fuego en la mía. En una ocasión les conté el milagro.

—El revólver..., ¡qué gran idea! —dijo Materna—. ¿No sabrás de qué marca era?

—No —respondí yo—. Sin duda la pistola reglamentaria. Siempre la llevan consigo.

—Tienen buenas pistolas reglamentarias —añadió Franta—. Nos vendrían bien.

Comenzaron a hablar de armas. Me callé. Yo no sabía nada del tema.

—¿Aún no te han ido a buscar? —preguntó después de unos instantes Materna.

—Todavía no —dije—. Lo mismo echan números a un sombrero y luego los sacan. O bien miden las narices y computan las cifras. O bien observan las estrellas y estudian los horóscopos. No sé, puede que estén locos... Ahora quieren acabar con los animales.

—¿Qué animales?

—Nuestros animales. Todos y cada uno de los animales de nuestros hogares deben ser sacrificados. Menos mal que no saben nada de Tomáš... No lo he registrado.

—¿Qué crimen ha cometido Tomáš?

—Seguro que darían con algo. Desde luego, ha transgredido las leyes y los reglamentos. Ha estado saliendo frecuentemente después de las ocho y ha transitado calles prohibidas. Es además indudable que ha perturbado el sistema económico reglamentado: por una parte, ha estado comiendo mi pan y vuestras sobras de comida; por otra, él mismo se ha estado abasteciendo de carne de ratón y aves canoras, a pesar de no tener derecho a carne.

—Tienen grandes preocupaciones en esta guerra —comentó Franta.

—Son muy imaginativos —contesté—. La guerra no supone obstáculo alguno.

Luego todos empezaron a hablar largo y tendido sobre la guerra y sobre lugares en los mapas. Me escabullí a mi cubículo y me metí en el saco de dormir. Tomáš no estaba en casa. No tenía ni idea de qué iba a sacar en claro en una noche invernal, cuando todos los ratones estaban amadrigados y los pájaros habían volado al Sur.

Cierto día llegué al cementerio. Todavía era invierno, pero la primavera estaba ya a la vuelta de la esquina. El circo continuaba con intermedios: unas veces mayores, otras menores. Cuando los intermedios eran largos, la gente decía que la función se había cancelado, que no iban a citar a nadie a quien no le hubiera tocado ya el turno.

Pero se trataba de falsas esperanzas. Se reanudaron los transportes. Grandes camiones transportaban objetos y muebles a almacenes. Cada mañana salían de la comunidad grupos cuyas funciones variaban: algunos hacían relación del mobiliario; otros se lo llevaban; otros, por su parte, limpiaban los pisos, fregaban el suelo y abrillantaban el parqué para sus nuevos habitantes.

Los grupos salían ya de noche y de noche regresaban a casa. Nada podía interrumpir su tarea: ni las manos congeladas ni el agua gélida ni el peso de los gigantescos armarios. Hasta los objetos estaban numerados: una cuchara de palo rota recibía un número exactamente igual que una mullida alfombra. La gente peregrinaba al Este y a la ciudad fortificada y, tras ella, sus cosas peregrinaban de los pisos a los almacenes y de los almacenes a otros pisos. Daba la impresión de que nadie podía detener aquel flujo ligado a aglomeraciones de gente, a calles cortadas, al chirrido de ruedas, a gritos y rezos. De alguna otra parte, en la lejanía, provenían órdenes secretas que se entrecruzaban. A veces parecían absurdas. Por lo general la gente buscaba en ellas un significado oculto, y también lo encontraba. Todas las órdenes eran ejecutadas, aunque pareciera imposible lograrlo. Sucedió que la tarea de una semana se llevaba a cabo en un día, y la de un día en una hora. La gente trabajaba día y noche sin descanso, en ocasiones hasta sin comida, pues el miedo rondaba sus mesas y la Muerte pasaba frente a ellos escoltada por tamborileros y flautistas. Era la música que les marcaba el paso.

Estaba sentado en una banqueta cuando el comerciante de mercería dijo:

—Les toca a los Roubíček.

—¿Cómo es eso?

—Hace tres semanas les tocó a los Kohn, ahora les toca a los Roubíček. Ya los están citando. Es la mar de entretenido. El guardia grita «¡Roubíček!», y se congregan, por ejemplo, cincuenta Roubíčeks. Saben buscarse entretenimientos.

Sabía que eran capaces de buscarse entretenimientos para que la función de circo fuera cada vez distinta. Me sentía pesaroso y desanimado, no tenía ganas de hablar con nadie. Me quedé todo el día clavado al taburete, mirando el polvo por el que serpenteaba mi camino. Había llegado la hora de colgarme el número y, simplemente, esperar la citación amarilla en la que se me asignaría un turno. Siempre había sabido que llegaría la hora, pero la había estado ahuyentando: se empinaba y revolvía como un lobezno. Era como el bloquecito de madera del diábolo. Era un gran juego, porque cómo si no habría aguantado la espera, ir al cementerio, comer, dormir y charlar con gente. Habría tenido que gritar, llorar y darme cabezazos contra la pared, retorcerme por el suelo. Habría tenido que invocar a la Muerte mil veces al día para que se apresurara, porque ya no habría podido soportar durante tanto tiempo la incertidumbre. Habría tenido que incubar e insuflar aire a la esperanza de que iría a parar a la ciudad fortificada y de que allí me encomendarían la ilustre tarea de barrendero, o al menos la de ganapán. Habría tenido que correr de acá para allá un día sí y otro también, y conjurar a alguien para que tuviera clemencia conmigo, y aun así sabría que no serviría de nada, porque jamás habría hallado a la persona que iba a decidir mi suerte. Habría recorrido decenas de oficinas y en el umbral de cada una de ellas me habría quedado plantado como un pedigüeño. De todas partes me habrían echado y nunca me habría llegado a enterar de cuál era la oficina correcta. Y si me hubiera enterado, a través de un mensaje o en una conversación secreta que hubiera entreoído por casualidad, tampoco me habría servido de nada, porque jamás me habría atrevido a poner un pie en la oficina de marras sin una carta de recomendación.

Tenía, eso sí, mi cabo de esperanza. Materna había dicho que aún estaba por ver. Materna y sus amigos caminaban con la cabeza bien alta por la acera, mirando a los guardias a los ojos. Bebían té y se contaban anécdotas. También se reían y hablaban de marcas de armas. No se arrugaban, no se tenían que

abrir paso por casas provisionales, no tenían que levantarse en los tranvías ni pegarse al cristal de la plataforma delantera. ¿Podía ir a su casa a pedirle ayuda cuando no era uno de los suyos, cuando no me podía equiparar a ellos ni en la forma de caminar ni en la postura de mi cuerpo? No, nunca confié en su ayuda. Simplemente me recreaba en la esperanza, me confortaba con ella para mis adentros, para mi propio disfrute.

Esperé al mensajero de la comunidad. Sabía que, antes que nada, vendría el mensajero de la comunidad para comunicarme la noticia a modo de heraldo. Tras él vendrían después otros cuya labor sería hacer un listado de los muebles y darme instrucciones. Más tarde aparecería aún más gente, cuya tarea sería inspeccionar el equipaje para que estuviera correctamente pesado y empaquetado. Pero el mensajero de la comunidad no llegó nunca. Me enteré, no obstante, de que los nombres de aquellos que debían subirse al tren eran anunciados en una sala de oración. Fui hasta allí el día designado.

Era un oratorio tenebroso en el que todo el día ardían las velas. Estaba en un sótano, pues desde lo más profundo era desde donde había que invocar al Señor. No había en él más que paredes desnudas y bancos de iglesia. El sitio donde antes se alzaba el arca de la alianza estaba vacío. Desde aquel lugar se anunciaban los nombres, que estaban escritos en largos pliegos. Los leía un hombre vestido de paisano frente a una mesa. La gente, sentada en los bancos, escuchaba los nombres. Cada uno de ellos iba acompañado por suspiros. Los nombres se recitaban despacio, para que todo el mundo pudiera escucharlos.

Los nombres iban cayendo, gota a gota. Desde lo más profundo te llamamos a ti, Señor, en el día del dolor y la desesperación. Marcharon los Abeles, los Aškenazi, los Benda. Arrastraban los pies, despacio, Anna, Marie, Hedvika, Alžběta y Josefina. Avanzaron Josef, Robert, Egon, Jan y Pavel. Desde lo más profundo te llamamos a ti, Señor, porque ya desaparecieron, cayeron en las tinieblas, y ahora emergen nuevos nombres. No era posible discernir si estaban entre los presentes los mencionados, pues en la sala de oración había demasiada gente. No había niños, aunque también se leían nombres infantiles. Las mujeres se mezclaban con los hombres, aunque les había sido asignada una galería específica. En la pared había manchas sanguinolentas imposibles de blanquear. La sangre en la pared de aquella sala no se había secado nunca. En algunas ocasiones se ennegrecía, mientras que en otras, en los malos tiempos, adquiría un color rojizo. En la oscuridad y las sombras desaparecían

los nombres. Las espaldas de los asistentes tapaban la pared, por lo que nadie podía observar si la pared supuraba. Yo estaba de pie junto a ella porque no me había quedado sitio en los bancos. Por suerte, me podía apoyar en algo. Por suerte, la pared ensangrentada quedaba tras de mí, de modo que no podía verla. Solo tenía ojos para el lector. Quedaba aún un buen trecho hasta los Roubíček. Había en el camino muchas paradas: los Kohn, los Kraus, los Kopecký, los Langr y los Lederer. Era imprescindible leer los nombres despacio, para que no se produjeran confusiones. Era imprescindible prestar atención a las direcciones. En la sala había muchas personas que compartían los mismos nombres y apellidos: eran gente tanto emparentada como extraña. Había también nombres inusuales, tras los cuales no hacía falta leer despacio la dirección. Escuché cómo los nombres se transmutaban en palabras de una oración por los mártires. No eran más que nombres y direcciones en barrios y calles corrientes. Al caer del púlpito ascendían hasta la renegrida tracería del techo.

Esperé mi nombre. Esperé mucho tiempo porque estaba al final del alfabeto. Desde lo más profundo te llamamos a ti, Señor. Las listas, en las manos del lector, susurraban al pasar. El susurro de las listas al darse la vuelta se transformó en el crujido de las hojas volando al viento casi primaveral. Se elevaban a los cielos para caer luego al suelo. Serían pisoteadas en el barro, se mezclarían con la tierra y la ceniza. Salieron los Popper, los Porges y los Pražák. Pronto les tocaría el turno a los Roubíček. El primero fue Roubíček, Abraham. Me lo imaginé como un anciano de larga barba canosa que se apoyaba en muletas, rezagado en el convoy, agujoneado a base de puntapiés. Vi su cara sudorosa, su rostro inclinado hacia el suelo. Vi cómo mascullaba insultos, cómo caía a la fosa, cómo le rodaban las lágrimas por la barba. Roubíček, Abraham se esfumó en las tinieblas con su dirección y tras él pasaron otros Roubíček. Sus direcciones se leyeron según el orden de los barrios. Se leyeron muchos Roubíček y muchos Josef. Después saltaron de letra a los Salus, Stamic, Stein y Steiner. En el murmullo de las listas no volvió a aparecer ningún Roubíček. Suspiré con vehemencia. Me daba vueltas la cabeza. No podía aguantar en el oratorio ni un minuto más. Ya no era capaz de escuchar cómo, lentamente, goteaban los nombres. Me dije de nuevo para mis adentros las palabras absurdas «maizembargo», «doceducto» y «cera para parqué». Recorrí el oscuro pasillo que daba a la calle. De repente me cegó la

luz del día. Me tropecé, y con toda seguridad me habría caído si un hombre no me hubiera sujetado. Se trataba de un cargo bastante importante de la comunidad al que conocía superficialmente porque le correspondía la gestión del cementerio y de vez en cuando venía de inspección.

—He salido a la vez que usted —dijo—. Yo también estaba ahí dentro. Ha caído mi cuñado: se llama František Roubíček.

—Yo... —tartamudeé—, yo no estoy, ¿verdad?

—No está. Ha tenido usted una gran suerte. Una suerte inusitada, inconmensurable. Es una casualidad, una entre mil. Vi las listas en la comunidad: están todos los Josef Roubíček; solo falta usted. Será usted el único Josef Roubíček de la ciudad, aunque tal vez haya algún Josef Roubíček indispensable que vaya el último. Créame, ha tenido una gran suerte, ni se figura. Ahora le queda al menos medio año, puede que incluso un año.

—¿Cómo puede ser? —pregunté—. No entiendo nada.

—Es del siguiente modo: sacaron a todos los Roubíček del fichero. Pensaron que los habían enviado a todos, pero olvidaron allí su ficha. No volverán a buscar a ningún Roubíček durante una buena temporada. Se quedará usted tan ricamente en el archivo hasta que se produzca el sorteo final, durante el cual revisarán las fichas. Y eso será ya lo último.

Caminé por la calle. Iba absorto y cada dos por tres me metía en el barro. Como todos sabían que se marchaban los Roubíček, podía hacer cualquier cosa con aquel día. Sin embargo, no sabía qué hacer. Aquel día me había sido concedido igual que otros muchos, si el alto cargo de la comunidad tenía razón. Era consciente de que la tenía, porque los cargos de la comunidad sabían muchas cosas que no se atrevían a desvelar a la gente corriente. Guardaban el secreto porque temían ser delatados y enviados a un transporte. Sabía que no debía confiarle a nadie la prodigiosa fortuna que había tenido, pues abundaban los mezquinos que envidiarían mi suerte. Sin duda el resto de los Roubíček no se pondrían muy contentos si descubrieran que yo no estaba entre ellos por pura casualidad. Sin duda desearían que yo también renunciara a mi nombre y que adquiriera el rostro y la figura de un número. Los Roubíček jamás descubrirían que uno de ellos se había perdido, que era un error olvidado en un cajón de fichas. Quizá este Roubíček se arrugara cuando le fueron a echar mano, o se coló debajo de los demás Roubíček, al fondo del cajón, para pasar desapercibido. Era un alivio salir de las profundidades de la

desesperación, de las paredes ennegrecidas, nunca encaladas, con restos de sangre. Era un alivio salir a la calle aquel desapacible día casi primaveral y respirar aire fresco, libre del punzante humo de los cirios. Era un alivio alejarse de las puertas de la muerte, levantarse en el día de la resurrección, ascender de las profundidades a lo alto de la montaña y gritar al viento: «¡Aleluya!».

No grité «¡aleluya!» porque acababa de abandonar una sala de oración en la que se estaban leyendo nombres de hombres, mujeres y niños. Todos ellos, ahora, en este preciso instante, estarían disponiendo sus mortajas y preparándose para la muerte. Me miraban con ojos vacíos y me hacían gestos con la cabeza para que me uniera a ellos. No me uní a su comitiva. Era una suerte desmedida que no tuviera que unirme. Había salido del oratorio, el valle de las sombras iluminado por el resplandor de los titilantes cirios, a la calle embarrada. «Ya no habrá otros Roubíček», dijo el hombre de la comunidad. Los Roubíček ya no caminarían, comerían, dormirían ni harían el amor a sus esposas. Si alguno tenía que hacerlo, sería solamente yo, Josef Roubíček. Viviría un poco más, tal vez medio año, tal vez un año, porque alguien se confundió al sacar a los Roubíček del fichero. Nunca descubriría por qué no me leyeron entre los demás y, sin embargo, aquel error absurdo, increíble e imposible, me había dado aquel día.

—Růžena —volví a hablar con ella después de mucho tiempo—, debo decirte que me ha sido concedida la vida cuando ya estaba descendiendo al fondo del abismo. Una mano me ha agarrado al vuelo y me ha elevado a lo alto de la montaña en la que ahora me encuentro, y te lo cuento, porque sé que te alegrará. Quiero que estés aquí conmigo cuando camino por la calle metiéndome cada dos por tres en el barro, cuando contemplo cómo bajan los hielos por el río, cuando respiro aire fresco y meto las manos, protegidas por guantes rotos, en los bolsillos. Estas manos aún me pertenecen. Me pertenecen multitud de cosas, porque ocurrió un milagro cuando los Roubíček se marcharon en sus sudarios a las tinieblas bajo la luz de los cirios y yo permanecí en la calle a la intemperie.

Cuando me desperté después de una larga enfermedad, junto a la cama estaba Růžena. Me había traído un ramillete de violetas y se había sentado a mi lado.

—Růžena, los médicos me dijeron que no aguantaría la operación. Era una operación difícil en la que casi todo el mundo muere. Los médicos dijeron que

tenía un uno por ciento de posibilidades. ¡Qué bueno, Růžena, poder verte!

—Estás pálido —dijo Růžena—. No desperdicies fuerzas, aún no las tienes todas contigo.

—No voy a morirme, Růžena. Nos marcharemos a algún lugar lejos de la ciudad, nos tumbaremos en la hierba. Iremos a un sitio donde haya una gran montaña para poder contemplar la ciudad, y te mostraré el hospital en el que me estaba muriendo, en el que me operaron...

—No puedes hablar tanto —dijo Růžena—. Descansa y duerme. Debes dormir y comer mucho para recobrar las fuerzas.

—Dormiré, Růžena. Soñaré contigo, que atravesamos la espesa hierba y subimos a la cumbre. Veré las chimeneas alzándose desde lo más hondo de la ciudad, veremos la humareda elevándose al firmamento. No me he muerto, Růžena.

—Me marchó —dijo Růžena—. No puedes hablar tanto. Debes quedarte en silencio, porque te has escapado de la muerte.

Caminaba por la calle sin rumbo. Hablaba con Růžena y me metía en el barro. Se me congelaban las manos con aquellos guantes rotos. Cuando quise meterlas hasta el fondo de los bolsillos, mi mano derecha se topó con algo frío. Recordé que llevaba en el bolsillo una cebolla. Me la había dado el día anterior en el cementerio la persona que me había dicho que les tocaba a los Roubíček. Sabía que ahora no tenía derecho a aquella cebolla porque no me marcharía en el transporte. Intenté recordar si había escuchado algún nombre conocido en la sala de oración durante la lectura. Finalmente recordé el nombre de una persona con la que hacía tiempo pasaba las noches en el servicio de emergencias. Ahora ya tenía un destino para mi caminata: fui a entregarle la cebolla.

XVI

Froté la cebolla hasta que se calentó. La llevaba en la mano cuando entré a una casa oscura y cuando, con la otra mano, apreté unas cuantas veces el botón del timbre.

—¡Qué bueno que venga usted a despedirse! —dijo mi conocido—. Ha estado aquí un montón de gente y todos querían que les dejara algo de recuerdo. Algunos también se lo han llevado por su cuenta.

—Yo no quiero nada —contesté—. Le he traído una cosa. Es una menudencia, pero le será de utilidad. Se trata de una cebolla.

—No me servirá de nada. Yo no me voy a ningún transporte.

No sabía qué decirle. Tal vez no quisiera subir al tren. Tal vez quisiera huir, vivir con un nombre falso, esconderse. Eso, sin embargo, no se lo diría a nadie. Ni siquiera me conocía demasiado bien como para confiar en mí. Sin duda sabía que no iba a delatarlo, pero no podía saber si me iría de la lengua. Esas cosas debían hacerse en secreto y con gran cautela.

—¡Ah, no tiene que marcharse! Lo han reclamado a usted como indispensable.

Esos casos se daban. No obstante hacía falta que dicha persona tuviera muchos contactos en las más altas esferas de la comunidad. No creía que mi conocido fuera alguien tan relevante, puesto que trabajaba como calderero en las oficinas de la comunidad y no daba orden alguna. Resultaba difícil demostrar que su trabajo fuera imprescindible.

—¡Qué va! —respondió mi conocido—. Voy a suicidarme. Es algo de lo más estúpido... No logro encontrar ningún veneno. En el mercado negro hay gran demanda, y yo no tengo suficiente dinero para poder permitírmelo.

Voy a intentarlo con el gas, pero hasta eso es complicado, ya que a menudo lo cortan. Temo tener que acabar colgándome o saltando al río o cortándome las venas. Incluso eso a veces falla. Puede ocurrir que corten la cuerda o que me saquen del río o que no me encuentren las venas y que los médicos me recompongan. ¿Qué me aconsejaría usted?

—Nunca lo he intentado —dije—. Pero coja la cebolla. Es algo valioso tanto en la ciudad fortificada como en el Es-te. Los médicos dicen que es muy sana.

—Usted no me cree, pero lo digo en serio. Me da igual su cebolla.

—No se enfade conmigo. He escuchado ya a mucha gente hablar de suicidio. Yo también pienso en ello, pero si ocurriera lo peor probablemente no lo llevaría a cabo. Si tuviera veneno, entonces sí. Alguien me dijo que con el cianuro es una muerte fácil.

—No lo crea, no es cierto. Es una muerte indecorosa y abominable.

—Mire —dije yo—, tal vez aún haya esperanza. No morirán todos. A algunos, al parecer, les va bastante bien incluso en la ciudad fortificada.

—No pensé que fuera a intentar disuadirme. Es inútil. No sé si se lo ha dicho alguien, pues lo sabe mucha gente: mi mujer y yo nos hemos separado. Se ha unido a *ellos*, pero sigue molestándole que siga vivo. Se lo reprochan. Me ha mandado decir que lo mejor sería que me quitara la vida. Eso no me importaría. Pero también lo quiere mi hija. Me escribieron para decirme que soy un sucio egoísta, que no pienso en la familia. Pero, ya ve, el veneno no me lo enviaron.

—Puede que no quieran que tenga usted una muerte fácil. Puede que quieran castigarlo por su egoísmo.

—Sí, será eso. La gente se da ahora demasiados humos, quieren jugar a ser jueces. Me gustaría darle algo, si usted quisiera. ¿No quiere uno de esos gruesos cigarrillos Zuban?

—Va usted a necesitar todos y cada uno de esos cigarrillos cuando se decida.

—Tengo de sobra. Coja al menos tres.

—No puedo aceptar ningún regalo —insistí—, a menos que usted coja la cebolla. Le irá bien, aunque solo sea como última comida. Sería para mí un trueque muy ventajoso.

—A estas alturas no voy a intercambiar nada. Reconozca al menos que a eso tengo derecho. Su cebolla no me va a hacer ningún servicio cuando esté muerto. Llévesela usted, que estará aún vivo.

—¿Sabe? No puedo. Me la dieron porque pensaron que me iría en el transporte. Pero no me han citado. No estoy en la lista.

—Guárdese la. Un día tendrá que irse.

Encendí el cigarrillo Zuban. Era evidente que lo habían hecho con hierba, pero era grueso y yo tenía muchas ganas de fumar. Nos quedamos un rato

callados.

—Antes teníamos una vida muy feliz —explicó mi conocido—. Trabajaba en una empresa internacional de transportes y ganaba bastante dinero. Viajábamos al extranjero y también a la costa. Guardo aquí un montón de álbumes fotográficos. Ahí estamos, bañándonos en el mar. Luego ahí, con la alta sociedad, de pie en el agua y lanzando un balón. ¡Cómo podía saber que esto acabaría así! Lo de mi esposa no me extraña: vivíamos bien, y ahora quiere seguir haciéndolo. Cuando nos separamos me dijo que quería salvar el dinero y los muebles. Luego se unió a *ellos* y le entregaron todo a ella. Teníamos además un chalé en el campo, y también se lo dejaron a ella. No me extraña que le diera lástima perder nuestros bienes; siempre ha sido una mujer práctica. Si ahora piensa que debo suicidarme, seguramente tendrá sus buenas razones. No lo querría si fuera en vano. No lo crea, no la conoce bien. Pero lo que no puedo entender es que lo desee también mi hija. Siempre la he querido y nunca le he hecho daño. Desde pequeña ha tenido todo lo que deseaba.

—A lo mejor se avergüenza de usted —dije.

—Sí, puede que sea eso. Se avergüenza de mí. Se mueve entre la alta sociedad y se burlan de ella. Creo que siempre se ha avergonzado. Tampoco le hacía gracia mi apellido: Robitschek.

—Sin embargo, no tiene usted por qué suicidarse. No pueden obligarle a ello.

—No, está decidido: me voy a quitar la vida. Es solo que me parece que nada tiene sentido. He vivido como todo el mundo: tenía un hogar, íbamos al teatro y al cine, viajábamos al extranjero y nos codeábamos con gente con la que nos fotografiaban en la playa. Y ahora, de repente, estoy solo y tengo que suicidarme. Y los demás siguen viviendo igual. Se sobreentiende que un poco peor, por la guerra, pero después continuarán viviendo como antes. Solo yo debo morir. Dígame: ¿tiene esto algún sentido?

—No lo sé —respondí—. No hago más que darle vueltas. Tal vez un día lo comprenda. Una vez se me ocurrió que es porque amábamos demasiado las cosas. Pero *esos otros* las aman aún más. La verdad, no sabría qué decirle.

Me llevé la cebolla y la recalenté en la mano. Se había esfumado la alegría con la que me había ido tambaleando por las calles. Caminaba ahora como de costumbre, cabizbajo, clavando la mirada en el suelo. Otra vez escudriñaba a mi alrededor, en todas direcciones, por si acechaba el peligro.

Decidí ir al cementerio. El edificio estaba caldeado y yo no tenía a dónde ir.

Pero primero tenía que comer en algún sitio. No me apetecía ir a la fonda en la que una vez estuve con Wiener. No había estado allí desde entonces ni una sola vez. Pero había un comedor en el que era posible almorzar... Para ello hacía falta rellenar un montón de formularios y solicitar un permiso en unas cuantas oficinas. No obstante, esperaba que me permitieran comer allí si le daba al encargado un cigarrillo Zuban.

Frecuentaban el comedor los empleados de la comunidad. Comían sopa aguachinada y verdura hervida con patatas. Eran los únicos platos que el comedor podía ofrecer. La verdura provenía de nuestro cementerio. Cada uno debía recoger su comida en una ventanilla. Había unas toscas mesas de madera recubiertas de linóleo que, claramente, nadie limpiaba. Pero la comida estaba caliente y era agradable sentarse, seguro y tranquilo, en sillas de madera.

Los empleados de la comunidad sentados a mi mesa hablaban de los transportes y de los paquetes enviados a sus familiares a la ciudad fortificada. No me interesaban las conversaciones, puesto que no tenía a nadie en la fortificación. Ojeé el único periódico que estaba colgado en el comedor y que me estaba permitido leer. Se trataba de un boletín oficial en el que aparecían, en una de las páginas, las notificaciones y, en la otra, las esquelas de defunción. No era una lectura agradable. No sabía a qué dar prioridad. No iba a sacar nada en claro de las notificaciones, porque solo eran nuevas prohibiciones y apercibimientos para los que no entregaran sus bienes según las ordenanzas. Había también un aviso que amenazaba con la pena de muerte a cualquiera que ayudara a individuos que estuvieran escondiéndose de la persecución. Y una notificación más prometiendo la muerte a los que no se presentaran. Un tercer aviso era más moderado: establecía cómo debía emplearse el gas y las penalizaciones por exceder la cuota. Era el único válido también para todos los demás. En las esquelas no se mencionaba de qué moría la gente, pero tampoco hacía falta. No estaban las esquelas de las personas que se habían marchado en los transportes, pues ellos ya no tenían nombre. Únicamente podían morir con nombre los que aún vivían en pisos. Puede que fuera buena idea morir en un piso, porque entonces tu nombre era divulgado en el boletín y tu cuerpo enterrado en el cementerio.

No podía entretenerme demasiado en el comedor. Había nuevos comensales para cada uno de los sitios libres. Además, ya había terminado de leer el

boletín.

Al salir del comedor vi a unas personas con estrella transportando al interior del edificio unos trapos cuidadosamente prensados y atados con cuerdas. Me di cuenta de que no se desaprovechaba nada de las pertenencias de los muertos, que se podía usar hasta el último harapo. Sabía que eran unos administradores concienzudos. Tenían a buen recaudo su patrimonio, que hasta hace poco abrigaba los cuerpos de los difuntos.

Me subí al tranvía. Me pegué a la ventanilla de la plataforma delantera mientras cavilaba cómo responder a la pregunta de mi conocido, Robitschek, cuyo nombre aparecería en el boletín.

Seguía sin tener sentido, aun cuando los trapos prensados se trasladaban a los almacenes para transformarse en tela militar. No tenía sentido que el resultado tuviera que ser la muerte, aun cuando los objetos que tan baratos habían sido adquiridos reconfortaran el corazón y alegraran el alma. Era posible expoliar a la gente sin matarla, aunque el hambre de cosas fuera tan intensa.

Reflexioné luego acerca de las víctimas. Desplumadas, entraban con números al circo. Se entregaban a todo tipo de tribulaciones. Debían saltar, sentarse, escuchar cómo rehilaba el látigo. ¡Qué clase de mártires eran aquellos!

Se negaban a aceptar su tormento. Ni se les pasaba por la cabeza disputarse la corona de espinas. Se habrían conformado con unas rosquillas, ropa remendada y zapatos astrosos. Habían quemado los bancos de la iglesia y quemarían la mismísima arca de la alianza si la tuvieran a mano. Harían el pino si se lo ordenaran y se convertirían a otra religión tres veces por semana si hiciera falta. Deseaban, simplemente, vivir, lo cual no solía ser demasiado pedir hacía algún tiempo. Sin embargo, fueron los elegidos para convertirse en víctimas, para morir por un asunto que no era en absoluto el suyo. Yo mismo me encontraba entre ellos y no sabía bien por qué iba a morir exactamente. Habría sido más fácil si lo hubiera sabido. Me enorgullecería de mi muerte, me cubriría con un manto púrpura, la acompañaría de cantos o de gritos de despedida.

Ya no me asombraba que la gente del cementerio no quisiera escucharme. No me asombraba que no quisieran buscar una vía de escape. Contemplaban el terremoto. Observaban cómo se desplomaban sus casas y cómo los incendios consumían sus pertenencias. Miraban cómo el diluvio inundaba el suelo que pisaban. Estaban ya embotados por la espera, temblando un día sí y

otro también hasta que los llamaran. Era ridículo gritar a los muertos para que se pusieran en pie. No servía de nada.

Sin embargo, su sacrificio y el mío debían tener algún sentido. Era difícil imaginar que se pudiera metamorfosear a seres humanos en animales mediante el registro de sus bienes y la requisita de sus documentos personales. Ludvík Porges murió por recitar a Hamlet, no por agenciarse carne apetitosa. Otros murieron por Beethoven, no por un exquisito y cálido abrigo de piel. Algunos rezaban echados en la paja; otros repetían para sus adentros poemas de sus años de estudiante; otros, por su parte, estudiaban inglés; y algunos se tapaban los oídos con algodones. Seguía sin tener sentido, aun cuando habían sido degradados a la condición de animales.

Llegué por fin al cementerio. Me senté en una banqueta junto a los demás. Nadie me preguntó nada. Nadie hablaba. Después de un rato, el comerciante de mercería dijo:

—Ha tenido usted suerte. No está en el transporte.

—Sí —respondí—. He estado hoy en la sala de oración.

—No tema —dijo el hombre sentado a mi lado—, a todos nos llegará la hora.

—¿Cómo puede ser? —pregunté—. Si en realidad les solucionamos todo... Citamos a la gente para *ellos*, imprimimos los números, transportamos a los enfermos, llevamos las cosas a los almacenes. Y, sin embargo, está claro que todos los que lo hacen al final irán también a un transporte.

—¿Sabe? —explicó el comerciante de mercería—, cuando aún estaba en la escuela leí un libro. Decía que no sé qué tirano o caudillo capturaba prisioneros, les ordenaba cavar su tumba y después los mandaba asesinar. Siempre me he preguntado por qué demonios se afanaba aquella gente si sabían que los iban a matar de todas formas. Ahora lo entiendo.

—Si no albergáramos ninguna esperanza —dije—, tal vez entonces lucharíamos.

—Pero la gente siempre piensa que hay esperanza, incluso cuando está frente a su tumba, recién excavada —concluyó el comerciante.

—Déjense de cháchara —interrumpió el hombre sentado a mi lado—, no lleva a ninguna parte.

Nos pusimos de nuevo a hablar de cosas cotidianas y de comida. Nos entregamos a los naipes. Aquel día podíamos jugar a las cartas, porque

sabíamos que en temporada de transportes no había inspecciones. Bajamos las persianas. Arrojábamos los naipes con ímpetu sobre la mesa. Estaba bien jugar a las cartas cuando el oratorio estaba caldeado y no teníamos que preocuparnos de que nadie irrumpiera en la sala. Seguía guardando la cebolla en el bolsillo del gabán. Me acordé de ella al contrafallar una carta. Decidí que la partiría en rodajas finas sobre el pan. Era algo estupendo, aquella cebolla, aunque Tomáš seguramente no querría ni probarla.

Pese a todo, no podía salvar con mi cebolla a Robitschek. No podía salvarme siquiera a mí mismo. Sentado frente a la estufa, me esforcé por calentarme las manos. Tomáš estaba tumbado al pie de la estufilla. Se había apoltronado y adoraba el calor. Había dejado de callejear y me estaba esperando siempre que volvía del cementerio. Incluso había engordado y le había crecido un pelaje lustroso. No podía ser por una mejora en la alimentación, pues yo no podía darle más que restos de comida de los Materna y pan. No podía darle ni sangre, porque nunca me encontraba en casa cuando estaban vigentes mis horas de compra. Pero, de algún modo, junto a Tomáš no me torturaba el hambre. Puede que nos hubiéramos acostumbrado. Además, pasábamos tumbados horas y horas, sin hacer nada, para ahorrar carbón y pasar el rato.

No me apetecía comerme la cebolla. No podía dejar de pensar en Robitschek, sentado en una silla, con la cabeza apoyada en una mano y la otra acariciando la mesa cubierta por un tapete verde. Sin embargo, era absurdo pensar en Robitschek cuando el resto de los Roubíček se dirigía voluntariamente al circo y al Este.

De repente se me ocurrió que faltaría un Roubíček. En realidad no un Roubíček, sino un número. Y que como las cuentas debían cuadrar, iría en lugar de Robitschek algún otro, algún otro número. En cuanto Robitschek se quitara la vida, debería acudir un nuevo número. Como el difunto Robitschek aún no era un número, la muerte lo transformaría en ser humano y tendría derecho a que su nombre apareciera anunciado en el boletín.

Podía ser yo mismo quien dejara de ser Josef Roubíček si Robitschek se suicidara. Por un momento se apoderó de mí el miedo. No, no sería yo quien subiera al tren. No en vano ya me habían pasado por alto y, aparte de eso, sin duda ya se habría designado a los suplentes, puesto que siempre se contaba con la muerte voluntaria. Incluso se recompensaba con una esquila.

Así que estaba claro que el individuo que se suicidaba o que no se presentaba

cargaba con la culpa de arrastrar a otro. Estaba claro que el otro también quería vivir. No estaba bien quitarle la vida a otra persona, aun cuando se pudiera alegar que igualmente tendría que subir al tren. Si al menos no existiera cierta palabra...

Aquella palabra era esperanza. Mientras cavaban su propia tumba contaban cada minuto que los separaba de la muerte. Mientras la mano se agarrara al mango y los dedos se aferraran a él, mientras estos se entumecieran bajo las uñas y se lacerara la piel en la palma de las manos, mientras vivieran. Apagué la luz y levanté la persiana. Abrí la ventana y me asomé afuera. A mi alrededor reinaba la oscuridad: ni un rayo de luz, aunque la gente todavía estaba despierta. Cuando la comitiva avanzaba a oscuras y el repiqueteo de las botas herradas escoltaba los escurridizos pasos de los encorvados, las ventanas de las calles por las que transitaba la procesión quedaban ciegas y opacas. Las personas sentadas tras las ventanas en cuestión leían libros, acostaban a los niños y jugaban a las cartas. También bebían y se reían, se contaban anécdotas divertidas y escuchaban música de baile proveniente del gramófono o del armarito de la radio.

Contemplé las tinieblas. Sabía que por mi calle, una calle de las afueras, jamás pasaría la comitiva. No había estrellas en el cielo, chispeaba una ligera lluvia. La escuché, como un quedo rumor, como el pasar de las hojas de un libro. Puede que se tratara de la mano que acariciaba la superficie de la mesa cubierta por un tapete azul con estampado de hojas. Puede que las hojas susurraran cuando las tocaba. Puede también que la Muerte tuviera una voz suave y afable, que supiera acariciar el cabello con su dura, ajada mano.

No se leyó mi nombre en la sala de oración, mientras que los nombres de los demás fueron perdiéndose en las tinieblas y manchas rojas emergían de la pared encalada. De lo más profundo ascendí hasta un alto risco para que pudiera ver, bajo la lluvia y en el barro, la magnificencia del mundo.

Volví a bajar la persiana y a encender la luz. En el palanganero que me hacía las veces de mesa brillaba la cebolla.

XVII

Llamé al timbre de un edificio corriente. Era un edificio antiguo, ruinoso, que no se había revocado desde hacía ya tiempo, pero en aquella calle todos los edificios estaban deteriorados. Tenía el mismo aspecto que todos los demás. Podría haberse pensado que en él vivían inquilinos y que se asomarían por la ventana a la lóbrega calle. En el edificio no había ningún rótulo, pero yo sabía que era un hospital y que en él estaba ingresado Robitschek.

Me enteré de que el suicidio no le había salido bien. Tal vez hubiera logrado quitarse la vida si hubiera respirado suficiente gas. Sin embargo, por aquel entonces economizaban gas y lo escatimaban con rigor. A pesar de eso, Robitschek tal vez lo hubiera logrado, incluso con una cantidad tan insuficiente, si no hubieran irrumpido en el piso unos empleados de la comunidad cuya tarea consistía en hacer inventario del mobiliario y otros objetos. Disponían de llave del apartamento, y esa fue otra de las causas del fracaso de Robitschek, pues tal vez habría tenido alguna esperanza de morir mientras lograban encontrar a un cerrajero.

Vino a abrirme el portero. Lo primero que miró fue mi estrella. Después dijo en tono cortante, como hablan todos los porteros:

—¿Qué desea?

—¿Está aquí Robitschek?

—¿Qué Roubíček?

—No, Robitschek. Se escribe y se pronuncia así.

—Echaré un vistazo al listín —dijo el portero.

—No hace falta que mire. Es el que se intoxicó con gas.

—Los que se han intoxicado con gas son un montón.

—Lo trajeron anteayer —expliqué—. Lo encontraron los empleados de la comunidad.

—Hum —gruñó el portero—. Eso fue antes del transporte. A todos les da por envenenarse. Siempre preparamos camas extra cuando va a salir el transporte. Es un día movido.

Yo sabía que él sabía de qué Robitschek le estaba hablando. Y sabía que sabía en qué habitación estaba ingresado.

Sin embargo, era necesario que desempeñara alguna función oficial. Era necesario que revisara con atención todos los nombres de la lista antes de decir secamente:

—Habitación número treinta y cinco, en el tercer piso.

El tercer piso era el último. Desde luego, no resultaba cómodo trasladar tan arriba a un suicida, teniendo en cuenta que en el edificio no había montacargas y que la morgue estaba en el sótano. A lo mejor era necesario que estuvieran justo debajo del tejado. A lo mejor la muerte les era más dulce en el piso más alto. O a lo mejor era para que no los vieran morir los enfermos comunes. En cualquier caso, Robitschek seguía vivo y ya no corría peligro de que lo fueran a tener que bajar por las empinadas escaleras hasta la morgue.

Llamé a la puerta y entré al cuarto. No era una habitación grande, sino un cuarto que alguna vez formó parte de un piso (tal vez una despensa o un aseo); un piso que ya hacía tiempo se había desvanecido en el tufo del hospital y las paredes pintadas de blanco. Las camas estaban apiñadas. Entre los lechos no había siquiera espacio para una silla, así que tuve que sentarme en el borde de la cama. Robitschek estaba pálido, pero hablaba con coherencia.

—He tenido mala suerte —dijo—. Me han salvado. Tengo una suerte perra. No tenía que haberlo intentado con el gas. Debería haber sabido cómo iba a acabar, considerando cómo lo escatiman. Pero no quería saltar al agua con el frío que hace aún, ni tampoco colgarme: leí en alguna parte que a los ahorcados se les sale la lengua y se les pone la cara azul.

—Está usted vivo —dije yo—. Es bueno estar vivo, ¿no?

—¡Qué va! Está usted pero que muy equivocado: no es nada bueno. ¿Sabe?, el error fue confiar en la notificación. Según el aviso el gas tiene que funcionar durante la hora de la comida para que las amas de casa puedan cocinar, pero ya ve... No funcionaba. Aparte de eso, temo que me sancionen por sobrepasar la cuota. También está en la notificación.

—No pueden sancionarle, puesto que ahora es un número. ¿Qué iban a arrebatarle a un número que no tiene documentos ni propiedades?

—Tiene usted razón. ¡Me ha dado una verdadera alegría! Pero ese no es el peor de mis males. Lo más terrible es que ahora no puedo suicidarme. En este lugar me tienen vigilado. Se han responsabilizado de entregarme sano y salvo

al transporte. No puedo salir de aquí, ni a casa ni a la calle. Me van a retener hasta que salga el próximo transporte. Además, me han quitado la ropa, así que de todos modos no podría salir.

—Mire —dije—, no tiene usted que quitarse la vida. Se lo vuelvo a repetir: aún queda esperanza.

—No quiero ni su cebolla ni su esperanza. Ayer estuvo aquí mi mujer. No querían dejarla pasar, porque acababa de salir de lo peor y aún estaba aturdido, pero gritaba y amenazaba, de modo que tuvieron que hacerle caso. Estaba hecha una furia. Me reprochó que lo había hecho a propósito, que no tenía ninguna intención de suicidarme. Se lamentaba de que la hubiera puesto en un gran aprieto, porque le había costado mucho conseguir un vestido negro y había mandado teñir de negro sus mejores medias. Quizá me hubiera perdonado lo del vestido negro, porque puede ponérselo también en otras ocasiones, pero no me perdonaba lo de las medias.

—Pero si puede hacerse la viuda de todos modos cuando se marche usted con el transporte.

—Eso mismo le dije yo, pero no había manera de convencerla. Por lo visto necesita tener negro sobre blanco que estoy muerto... Un acta de defunción corroborada por un médico del distrito, etcétera.

—Será mejor que le hable del gato Tomáš, para que se saque todo eso de la cabeza. Estoy acogiendo en secreto al gato Tomáš. Una vez me trajo un ratón y me lo ofreció con toda seriedad. Pero aún no me he hecho a comer ratones, de modo que rechacé su regalo. Así que se lo comió él solito, pero sin duda con gran decepción. Solo que a Tomáš, por su carácter, nada lo aflige mucho tiempo. Le envidio el talante.

—A mí también me gustan los animales. Una vez traje a casa un perro, ¿sabe? Un scottie negro, así los llaman. Pero mi mujer dijo: «Saca de aquí a ese bicho. No hace más que zampar y destrozar». Así que tuve que devolverlo. ¿Sabe?, mi mujer cuidaba mucho el orden. Eso hay que reconocérselo: en casa todo resplandecía como en un escaparate. Pero tal vez pueda usted aconsejarme cómo quitarme la vida... Aquí me vigilan y si me metieran en el mercado de radios no serviría de nada, porque mi mujer no recibiría el certificado de defunción firmado por un médico del distrito.

—No sé qué decirle. No conozco esto, nunca me han ingresado. Solamente voy al ambulatorio y, aparte de eso, a las revisiones en las que comprueban si

estoy capacitado para trabajar. Me citan cada tres meses. Por lo visto piensan que en tres meses me voy a poner como un toro.

—No se extrañe. Tienen que demostrar que sirven para algo. Los despedirían de la oficina y los mandarían a cavar parapetos o algo así si no. O los podrían mandar a un transporte.

—¿Quién está aquí ingresado con usted? —pregunté en voz baja—. ¿Son todos suicidas?

—Solo uno —respondió Robitschek—. Se tragó unas veinte pastillas de Luminal, pero no iba en serio. Creo que solo quería posponer el transporte una semana. Además hay otros suicidas en la sala grande contigua. Pero ya le digo yo que no son suicidas de verdad. No creería la cantidad de tejemanejes que hay ahora con todo. Hay gente que se rompe una pierna o se corta dedos deliberadamente. Idean todo tipo de cosas solo para ganar unos cuantos días. Piensan que su transporte será el último, que podrían librarse si no fueran en él. A veces ocurre que no calculan bien y la palman de veras. Y yo, que iba en serio, debo permanecer con vida. Le aseguro que a mí pueden esperarme sentados. Me voy a suicidar de todas formas.

—Fin del horario de visitas —anunció la enfermera.

—Vendré a verle otro día —dije—. Me pilla de camino a casa.

—¡Dese prisa si quiere usted encontrarme aquí! —me respondió a voces Robitschek.

Me sentía a disgusto en el hospital, a pesar de que estaba caldeado: el aire estaba demasiado cargado. Allí se apoderaba de mí una especie de aborregamiento. Claramente, todos los pacientes ingresados estaban felices de estar enfermos y no querían recuperarse. Era mejor yacer en el hospital, con su atmósfera irrespirable y sus gachas de mijo, que andar por las calles con la estrella o actuar en el circo.

No obstante, sabía, igual que lo sabían los enfermos, que aquella huida hacia delante no conducía a ninguna parte. Se llevaban a enfermos terminales al transporte en carritos. Les daba igual sacar a alguien de su piso que del hospital. Había quienes fingían estar locos, o quienes estaban verdaderamente locos. También ellos debían subir al tren, aunque fuera con camisas de fuerza. Incluso se tenía especial preferencia por los dementes, pues sus números de circo eran extraordinariamente entretenidos y su actuación espontánea. Quizá, a pesar de todo, tuviera razón Robitschek y fuera mucho más ventajoso

ahorrarse el viaje y las maletas. Sin embargo, yo, de momento, estaba vivo y me resultaba agradable vivir y confiar en la esperanza de que pasaría mucho, mucho tiempo antes de que me citaran. Cualquier cosa podía ocurrir durante ese tiempo: podían perder la guerra o detener los transportes por falta de vagones. «Alguno se librará», solían decir los del cementerio. ¿Por qué no podía ser precisamente yo, Josef Roubíček, el que no había sido convocado cuando tuvieron que marcharse todos los demás Roubíček?

Pronto llegaría la primavera, plantaríamos verdura en el camposanto y nos calentaríamos bajo el sol primaveral. Ya no tendría que helarme en el piso ni angustiarme por la estufilla rota. Y tal vez aún llegara a ver el verano y entonces no sería tan horrible. Si me llamaran en verano, no tiritaría sobre la paja del mercado de radios. Todo sería distinto

si sobreviviera hasta la primavera y el verano. Y puede que encontrara el valor para huir. Tendría tiempo de sobra para superar el miedo y enfrentarme a todos los que se entregaban sumisos. Debía aprender el coraje de aceptar la culpa. Tenía que zafarme de las manos que se extendían hacia mí para arrastrarme a su comitiva de espaldas encorvadas.

Luego, más o menos una semana después, me enteré de que Robitschek, pese a todo, se había suicidado. De un modo estúpido y absurdo, pues saltó desde el tercer piso a la calle cuando vinieron a buscarlo para que subiera al siguiente transporte.

Acudí a su entierro. No tuve que ir lejos, puesto que se llevó a cabo en nuestro cementerio. Resultó tan estúpido y absurdo como su muerte. No se celebró ninguna ceremonia. Robitschek era católico pero no podía ser inhumado en un cementerio católico porque lo prohibía una de las normas. Y, además de eso, era un suicida. No estaba presente ningún familiar cuando el ataúd descendió al aguanosa tierra primaveral. No acudieron ni su mujer ni su hija. Solo nosotros estábamos allí, apoyados en las palas y los picos; un puñado de personas que acababan de trabajar en la huerta.

Estábamos revolviendo la tierra cuando apareció el ataúd de Robitschek por la avenida del camposanto. Caminamos detrás de él hasta la tumba recién cavada. Teníamos tiempo de sobra. No se nos hacía raro tomar parte en aquel entierro. Estábamos contentos de haber sido interrumpidos en el trabajo. Las personas que cargaban el féretro de Robitschek lo pusieron un momento en el suelo para descansar. Nos contaron que Robitschek no había tenido una

muerte fácil. Agonizó largo rato con los miembros partidos. Había sido una estupidez... El hospital solo tenía tres plantas. No había sido buena idea saltar a la calle; habría podido saltar al patio. Con su caída convirtió el hospital en el centro de atención y atrajo a un remolino de gente. Los médicos temían que el hospital fuera clausurado o trasladado a una de las casas de madera de la periferia. Miraban llenos de odio el cuerpo destrozado de Robitschek y le pinchaban con rencor inyecciones de morfina. Amenazaron a las enfermeras que tenían que haber estado vigilando a Robitschek con echarlas del hospital. Las enfermeras temblaban de miedo y arrancaban con aversión la ropa sanguinolenta de Robitschek; no en vano sabían que el despido significaba subir al transporte. Después, por la tarde, llegó la mujer de Robitschek insultando al médico que realizaba el turno de noche, el cual no sabía nada. Lo amenazó porque deseaba que su marido tuviera una muerte apacible y discreta. El médico la escuchó en silencio pero no respondió, porque hablaba en el idioma extranjero y era una de *ellos*. Solo comenzó a llevarle la contraria cuando ella le ordenó que liquidara a Robitschek de un modo expeditivo, puesto que no deseaba que sufriera mucho tiempo y puesto que quería que el asunto se finiquitara por la vía rápida. «Nosotros aquí no matamos a gente», dijo el doctor, mesurado. «Intentamos salvar...» «¡Salvar a su gente!», chilló la esposa de Robitschek. «¿Cuándo se ha oído semejante despropósito? Os iréis todos al diablo. Usted también, matasanos, charlatán.» El médico se quedó callado. Sabía perfectamente que ella estaba esperando que diera una respuesta cortante para poder llamar al guardia. El médico sabía que no podía contradecirla. Gritó hasta perder el aliento. Finalmente se marchó, no sin antes escupir en la garita de la portería. De modo que Robitschek murió con mala estrella. Su muerte fue igual que su vida durante aquellos últimos años.

Desde la tumba abierta, la cual ayudamos a cubrir, me rondaba sin cesar su pregunta. Solamente pude contestarla con una palada de tierra que cayó con un golpe sordo sobre el ataúd, sobre un mísero ataúd de madera, semejante a una caja, que habían fabricado nuestros artesanos. Se trataba de personas que previamente no sabían nada del oficio de hacer féretros, de modo que el ataúd era burdo y estaba mal medido. No es que fuera sencillo, como el ataúd de un carpintero de aldea fabricado a cuenta del municipio para un pobre del lugar. Era, en definitiva, una caja mal biselada en cuyo interior crujían las extremidades rotas de Robitschek. Las personas que la habían fabricado nunca

en su vida tuvieron intención de fabricar un ataúd; no amaban el oficio, lo desempeñaban por obligación. Había entre ellos directores de banco, dueños de negocios y un músico que en tiempos solía tocar en conjuntos de cuerda y que temía que el trabajo manual le estropeará las manos. Todos ellos maldecían el esfuerzo que les llevó el féretro de Robitschek. Llegó en mal momento y para acabarlo tuvieron que hacer horas extra que no les pagaron. Y en cualquier caso tenían trabajo de sobra, puesto que moría gente a espuestas. Puede que su enfado y su inquina se reflejaron en el ataúd de Robitschek.

Ahora Robitschek estaba muerto y, claro, le resultaba indiferente que su muerte provocara noches en vela a las enfermeras, la ira de los médicos y los fabricantes de ataúdes o el odio enconado de su esposa. Estaba claro que le era indiferente ser enterrado sin ceremonia en un rincón del camposanto, que los hombres que cargaron con su féretro semejante a una caja lo cubrieran de tierra, se fumarán un cigarrillo y chismorrearan sobre él junto a la tumba abierta. Ninguno de nosotros se quitó el sombrero o la gorra. Cuando la tumba quedó sepultada, nos fuimos a beber té y a entrar en calor a la sala de oración. Los que cargaban con el ataúd vinieron con nosotros. Se alegraban de poder descansar. No les gustaba aquel trabajo, igual que a los fabricantes de ataúdes. Ni siquiera se llevaban demasiado bien entre ellos, ya que cada cual había tenido una profesión distinta: uno de ellos había sido juez; otro, relojero; el tercero, corredor de apuestas; y el último, talmudista. Andaban de muy mal humor. Con toda certeza irían pronto al transporte, dado que el trabajo de acarrear ataúdes no tenía ninguna reputación. Era considerado un castigo para aquellos que no habían cuajado en otro departamento.

—Ha sido una irresponsabilidad por parte de Robitschek —dijo el vendedor de mercería cuando nos sentamos en las banquetas frente a la estufa—. Ha sido una irresponsabilidad saltar por la ventana del hospital. Todos en la comunidad estaban indignados. El consejo de ancianos convocó una sesión extraordinaria y su presidente tuvo que suplicar perdón humildemente, tuvo que aguantar una sarta de insultos, y tal vez también, de paso, lo golpearan. Podrían penalizarnos acelerando los transportes, quitándonos los cupones de racionamiento o limitando las horas en que podemos salir a la calle. Todo eso pudo provocar Robitschek con su estúpida muerte. ¿No era familiar suyo? —Se dirigía a mí.

—No —dije—. Era un conocido. Le ofrecí una cebolla e intenté disuadirlo

de suicidarse. No quiso aceptar la cebolla ni dejarse disuadir, porque amaba a su hija y quería complacerla, y ella deseaba su muerte. Dijo que había satisfecho todos sus deseos desde que era niña. Era su única hija. Tiene usted razón... Debería haber muerto sin tanto alboroto. Lo intentó pero no tuvo éxito, puesto que las autoridades no cumplen su propia normativa. Tuvo que quitarse la vida en el hospital; en el mercado de radios su muerte no le era de ninguna utilidad a su hija, porque no recibiría el acta de defunción firmado por un médico del distrito. No lo disculpo. Simplemente les explico que Robitschek no tenía mala intención y que no pretendía perjudicarnos. Era, en resumen, un pobre desgraciado.

—Todos lo somos. Eso no lo justifica —objetó el hombre sentado al lado del vendedor—. Tenía que haber mirado por los demás. Tenía que haber sido consciente de la desgracia que podía acarrear.

—Miren —dije—: hace no tanto estaban aquí diciendo que hay momentos en los que uno debe mirar solo por sí mismo. Sin duda me uniría a ustedes y también maldeciría a Robitschek si hubiera sufrido consecuencias por su causa, pero de poco serviría. Puede que Robitschek sea culpable, pero *ellos* lo son aún más. Robitschek era incapaz de comprender cómo había llegado a esta situación. Vivía una vida dichosa. Jamás se le ocurrió, ni en sueños, que algo que iba a llevar a término como una persona privada pudiera afectar a miles de personas. Si hubiera robado dinero y después se hubiera suicidado, solo habría afectado a su mujer y a su hija. Robitschek no estaba acostumbrado a razonar de otra manera.

—No, eso no lo disculpa —insistió uno de los que acarreaban el féretro, el talmudista—. El hombre es un lobo para el hombre. ¡Lo que me ha tocado afanarme con su ataúd! La cosa empezó cuando lo transportábamos en un carrito a través de la ciudad. Si tiraba del carro, entonces el que empujaba decía que yo no hacía nada, que tenía que trajinar por mí. Y cuando cambiamos de puesto, entonces echaba pestes porque decía que no hacía más que colgarme y dejarme arrastrar con el carro. ¿Es que tengo yo la culpa de no ser un gladiador? Nunca he desempeñado un trabajo físico.

—¡Cállese! —Tomó la palabra el corredor de apuestas. Era evidente que se trataba del trajinante con el que se había estado turnando—. Yo en su lugar no me quejaría tanto. ¡Es usted una mofeta y un haragán! Lo único que pretende es que otros apechuguen con su trabajo.

—Caballero —respondió airado el trajinante—, yo he sido talmudista. Se trata de una profesión ilustre. La persona que estudia el Talmud jamás hace trabajo sucio. Todos consideran un honor sustentarlo, pues sirve a un excelso fin. ¡Maldita rata de carreras, con tus caballitos...!

—¿Rata yo? —vociferó el corredor de apuestas—. Yo siempre me he ganado la vida honradamente, pero usted ha echado panza a costa de los demás. ¡Sanguijuela!

—¿Y quién mordió a Stern? —Saltó de su asiento el talmudista—. ¿A quién echaron por morder a Stern?

—Sí, yo le pegué un mordisco a Stern, para que lo sepa. —Saltó a su vez el corredor de apuestas—. No me echaron porque no quisiera currar. ¿Saben?, Stern era mi supervisor. La tenía tomada conmigo. Era un puerco que se mataba a trabajar y me traía con la lengua fuera. Así que un buen día me cabreé, empecé a hacerme el loco y acabé pegándole un mordisco. Pero no creyeron que estuviera demente, me echaron, y ahora tengo que trabajar con este parásito.

—¿Parásito yo? —bramó el talmudista.

Cuando parecía que iba a estallar una pelea, intervino el antiguo juez:

—¡Déjenlo! No monten aquí un numerito —dijo mesurado—. ¿Qué sentido tiene pelearse por quién fue qué? ¿Es que no saben el gusto que les da vernos discutir? Les encantaría que llegaran ustedes a las manos y se molieran a palos. ¡Qué espectáculo para *ellos*! Se ahorrarían el trabajo de tener que pegarnos una paliza. ¡Basta! Nos vamos a casa.

—Si me permite la osadía —preguntó respetuosamente el comerciante de mercería—, ¿cómo ha ido a parar usted a esta cuadrilla?

—Estaba en el registro —explicó con desgana el juez—. Emitíamos las partidas de nacimiento y organizábamos los árboles genealógicos. Es un trabajo estúpido y tedioso, pues hay que andar revolviendo entre documentos antiguos, llenos de polvo. Eso no me habría importado, estoy habituado a los papeles viejos. Pero está en un sótano vetusto, siempre a oscuras, incluso de día. No paraban de llorarme los ojos y temía quedarme ciego, ¿saben? Tengo mala vista. Así que pedí que me trasladaran. Me asignaron este puesto. Bueno, al menos paso tiempo al aire libre a menudo, no tengo que forzar la vista y al transporte iré de un modo u otro, así que lo mismo da. Adiós. Ha sido un placer, caballeros.

Los porteadores se marcharon. Nos quedamos otra vez solos en el oratorio. Salimos afuera, cogimos las herramientas y caminamos despacio por la avenida hasta la linde del cementerio, cerca de la tumba de Robitschek, donde roturábamos y limpiábamos la tierra para los bancales. Pasamos de largo altaneras lápidas de mármol negro y blanco. Las inscripciones doradas proclamaban la alcurnia de los difuntos. En ninguna de las sepulturas había siquiera unas flores marchitas. Al parecer, nadie se ocupaba de aquellas grandilocuentes tumbas. Sin embargo, no necesitaban cuidados. Habían sido erigidas para la eternidad, cabal y sólidamente. Podían alzarse y mirarnos impasibles mientras caminábamos hasta el fondo del cementerio, donde había montículos de tierra, reblandecida por el agua, sobre las sepulturas recientes, provistas solo de un cartel de madera con un rótulo en una lengua que nadie entendía. Lo único que sabíamos leer eran las fechas, pero también estas eran nuevas, las de los últimos años que habíamos vivido. No nos gustaban aquellos años y por eso pasábamos indiferentes ante aquellas míseras tumbas. Era mejor inclinarse sobre la tierra, inspirar su humedad, revolverla con la pala, antes que contemplar las tumbas. Era mejor cavar con el pico y cargar paletadas de barro que acarrear el tosco féretro con el cuerpo roto de Robitschek. La pala y el pico eran cosas sencillas, cosas corrientes a las que uno podía acostumbrarse, cogerles afecto. El barro no se resistía: cuando se esponjaba con la lluvia se dejaba roturar bien y te exhalaba su humedad en plena cara. No hacía falta bregar con el barro porque el trabajo no urgía. No era posible endosarle la tarea a otro, pues cada uno tenía acotado su bancel. Era un buen trabajo, un trabajo vulgar. No importaba la profesión de los que lo llevaban a cabo. Uno podía ser juez y hasta talmudista. Podía ser incluso Josef Roubíček.

No volvimos a hablar de Robitschek. Estaba enterrado y sepultado. Ya no habría más Robitschek. Tal vez nunca hubiera existido, pues mañana se fijaría sobre su tumba una tablilla de madera con un rótulo pintado con betún en el que se indicaría su nombre en un alfabeto que nadie sería capaz de leer. Nadie se percataría cuando la lluvia borrara el letrero y tampoco haría falta que nadie se percatara, puesto que los que conocieron a Robitschek ya no estarían en el cementerio. Se habrían marchado ya a la ciudad fortificada y al Este.

Era bueno roturar la tierra y limpiar los bancales, porque pronto plantaríamos las verduras y nadie pensaría ya en Robitschek. Todos habrían

olvidado que saltó del tercer piso y que fue necesario convocar una sesión extraordinaria del consejo de ancianos, dado que entretanto habrían salido nuevas ordenanzas y acecharían nuevos peligros. Era bueno trabajar con palas y picos, roturar la tierra, porque era un auténtico trabajo. La verdad era que no importaba que cerca de allí yaciera Robitschek, porque a Robitschek nadie lo conocería, mientras que la verdura que crecería la comeríamos nosotros u otros. *Ellos* no la probarían, porque les desagradaba la verdura de cementerio; no les gustaba la verdura que crecía junto a las tumbas. Les gustaba la muerte y la verdura, pero no la que se nutría de las sustancias vitales provenientes de cuerpos sepultados.

XVIII

Estábamos a gusto en el cementerio cuando brillaba el sol primaveral, plantábamos verduras y excavábamos hoyuelos con palitos de madera. Nos sentíamos bien cuando veíamos cómo la planta se abría paso a través del barro, con tanto ímpetu que rasgaba la tierra. Celebrábamos su vigor. Sabíamos que quería vivir. Era bueno poder contemplar algo que quería vivir. Regábamos las plantas. Nos alegraban los regueros de agua que esponjaban la tierra. Nos alegraba mirar las gotas atrapadas en las hojas. Nos sentíamos bien cuando salíamos al camposanto y comprobábamos que nuestras plantas seguían creciendo a lo alto. Éramos libres. Nos sentíamos bien por ser libres de elegir qué planta debía crecer. Arrancábamos la mala hierba y la quemábamos entre los bancales. Éramos felices cuando el terreno quedaba limpio y nuestras plantas no se veían obligadas a luchar con parásitos. Éramos poderosos porque tomábamos decisiones de vida o muerte, porque seguíamos inclinándonos sobre la tierra y porque el sol brillaba a nuestra espalda. No nos incomodaban en absoluto las lápidas con inscripciones doradas. No nos incomodaban siquiera las fosas recién cavadas con sus tablillas de madera. Nos sentíamos bien cuando olfateábamos el pesado hedor del abono. Nos sentíamos bien cuando teníamos las manos pringosas de barro.

Al mediodía nos tendíamos al sol, aunque el suelo estuviera húmedo y la hierba mojada. Tumbados junto a nuestros bancales, contemplábamos nuestra obra. Era un buen trabajo del que nos enorgullecíamos, pues las zanjas estaban bien alineadas y nuestras plantas medraban en el cementerio. No nos parábamos a pensar que el mérito era de los muertos. No teníamos a los muertos en la cabeza a pesar de que junto a nosotros pasaban a menudo cortejos fúnebres e incluso ayudábamos a los enterradores a sepultar las tumbas. No pensábamos en la muerte, aun cuando hablábamos de los transportes a la ciudad amurallada y al Este. No pensábamos en la muerte en las épocas en que no paraba de marchar gente para ingresar en el circo, aunque quedábamos solo tres de los que habíamos trabajado juntos en el otoño.

Conocimos a los nuevos sepultureros. No se encontraban entre ellos ni el juez ni el talmudista ni el relojero; solo quedaba el corredor de apuestas. Estaban ahora mucho más unidos. Lo pasábamos bien con ellos cuando nos sentábamos en la hierba y nos narraban anécdotas e historias de la comunidad. Siempre se enteraban de muchas novedades, dado que acudían a recoger cadáveres a todos los barrios y hospitales. Iban a recogerlos también al mercado de radios, donde a menudo moría gente que era enterrada en nuestro cementerio pero para la que no se expedía un certificado de defunción. No les gustaba su trabajo, pero cuando se sentaban y descansaban junto a nuestros bancales se reían con nosotros y nos contaban historias divertidas. Hablaban también de mujeres, propias y ajenas. Nos hacía bien escuchar aquellas historias, tumbados en la hierba, al lado de nuestros bancales.

Nos jactábamos de nuestro trabajo, porque los sepultureros no podían hacerlo del suyo. Como contrapartida alardeaban de sus vidas, que los conducían a distintos barrios y a emocionantes aventuras. Sí, se vanagloriaban de su cercanía a la muerte, pues de algo tenían que vanagloriarse. Sí, eran tipos intrépidos cuando, recostados en la hierba, comían pan untado en queso magro. Acudían a las morgues y a sótanos tenebrosos. Veían de todo. Sabían muchos secretos de los que no les estaba permitido hablar con nadie. Se enorgullecían de aquellos secretos que, de ser desvelados, te condenaban a la muerte. Eran gente de lo más poderosa cuando, tumbados en la hierba, contaban sus historias. Era, desde luego, una vida de lo más variopinta la que ellos llevaban, peregrinando con los cadáveres y sus féretros. Era una vida de lo más aventurera y emocionante, imposible de comparar con la vida de un hortelano, excavando la tierra todo el día.

Sí, nosotros éramos topos que no ponían un pie fuera del camposanto, mientras que ellos escoltaban a la Muerte y la servían como subalternos en criptas y andas fúnebres. No los envidiábamos, simplemente disfrutábamos escuchando sus historias. Nos sentíamos bien porque brillaba el sol y porque nos parecía que sus historias no eran más que inventos, que las habían leído en libros que alguien escribía en la clandestinidad. Estábamos contentos de pasar el día en el cementerio, porque allí jamás nos cruzábamos con *ellos*. Podíamos imaginar que no existían en absoluto, que no eran más que personajes del libro que alguien escribía. Podíamos imaginar que éramos buenos hortelanos que cuidaban de su verdura a conciencia y que extirpaban la cizaña, porque

éramos libres, porque tomábamos decisiones sobre la vida y la muerte, porque podíamos fumarnos un cigarrillo sin temor a que alguien nos lo arrancara de la boca, porque podíamos hablar en voz alta y no entre susurros, porque podíamos caminar a nuestro paso por las avenidas y contar historias alegres, porque podíamos amar la tierra sin importarnos un carajo que se tratara de tierra de cementerio, porque nos sentíamos como en casa en nuestro terreno, el cual habíamos cultivado con nuestras propias manos, porque sobre nuestras cabezas cantaban los pájaros en las copas de los árboles, árboles corrientes y molientes, castaños y tilos que florecían como cualquier otro árbol, como los que se alzaban en las plazas de las aldeas, tras las vallas de los huertos y junto a las cunetas de las carreteras.

Nos sentíamos como si estuviéramos echados junto a un río, mirando el agua brincar en los saltos. Nos sentíamos como si estuviéramos echados al lado de una cerca en el silencio de la siesta, escuchando el traqueteo del carro, el rechinar de las ruedas mal engrasadas, al acercarse mientras yacíamos sobre la hierba húmeda. Escuchábamos aquellos relatos, que eran historias terribles de crueldad y drama, emocionantes historias de aventuras. Estábamos cerca, muy cerquita de la muerte, sobre el césped mojado, en la tierra mojada de la que crecían el perejil, los colinabos y la col, a la que se agarraba la zanahoria, en la que trepaban por las guías las tomateras que habíamos plantado. Estábamos tras la valla, sobre el césped verde, y nos sentíamos bien porque aquella valla fueran las altas paredes de mampostería del cementerio. Estábamos cerca, muy cerquita de la muerte a la hora de la siesta, cuando el sol resplandecía, pero no nos preocupábamos por no cultivar espárragos. Nos alegrábamos de no tener que plantar espárragos, porque requerían mucho trabajo. Nos alegrábamos de que se nos prohibiera comer espárragos y de que, por ese motivo, no nos estuviera permitido cultivarlos. Nos alegraba que se nos permitiera comer únicamente verduras cultivadas en el cementerio y no otras, que no tuviéramos que comer la verdura que crecía en los campos y en los huertos de las afueras, regados por el río. No nos incomodaba en modo alguno que se tratara de verdura que se nutría de los tejidos de los allí inhumados. No pensábamos en los muertos, en los suicidas, en los envenenados con gas, Luminal, Veronal, en los atropellados por el tren, en los ahogados en el río y en los moribundos en la acera. Era una buena verdura, puede que mejor que la verdura que crecía en las huertas del extrarradio, en los campos. Estábamos

deseando comer aquella verdura que habíamos cultivado con nuestras propias manos en zanjas regulares, en bancales limpios de cizaña.

—Si tuviera un coche —dijo uno de los sepultureros—, me olvidaría de los cadáveres. Si pudiera conducir un coche por la carretera y contemplar a los dependientes levantando las persianas de sus tiendas, a los niños precipitándose a la escuela, a las mujeres tendiendo la colada y regando las plantas en las macetas. Mientras cruzo la ciudad, miro el tacómetro para no sobrepasar la velocidad permitida, y sin embargo puedo verlo todo: a la gente que va por la acera al trabajo, a los perros jugando al borde de la calzada, el humo de las chimeneas y al lechero colocando las botellas de leche en los portales, las ventanas que se abren para que alguien airee el edredón. Todo eso es lo que veía cuando atravesaba ciudades, ciudades ajenas, desconocidas, por la carretera. Nunca me había vuelto a acordar de ello, hasta ahora que tengo servicio con los cadáveres. Quizá también pasara al lado del cementerio. No recuerdo bien ningún cementerio, pero muchas veces tuve que esperar a que pasara un cortejo fúnebre. Sin embargo, en aquellos momentos nunca pensé en el cadáver, porque los cortejos fúnebres eran parte del paisaje. Primero iban los músicos y, tras el féretro, los familiares de luto: las mujeres con velos, mirando al suelo, y los hombres, yertos, obligándose a mantener un gesto adusto. Siempre observaba a la gente cuando tenía que aguardar un rato a que pasara la comitiva y jamás me percaté del ataúd. También solía encontrarme con convoys de la construcción y también tenía que esperar a que pasaran. Además tenía que aguardar a que pasaran procesiones del Corpus Christi y de la cosecha. No me hacían ninguna gracia las comitivas, en especial cuando abundaban los carros, porque sabía que tendría que esperar mucho tiempo a que se desbloqueara la carretera. Pero si ahora tuviera un coche y pudiera circular por la carretera, no pensaría jamás en los cadáveres, incluso si tuviera que esperar a que pasara un cortejo fúnebre, porque escucharía la música y no me pondría triste en absoluto.

—Yo también tenía un coche —repuso el corredor de apuestas—. Podía permitirme un coche. ¡Qué tiempos aquellos, señor! Y eso que tuve muchos contratiempos con los guardias, los carreteros y la gente que me insultaba desde la acera, pero era algo extraordinario disponer de un coche. Por ejemplo si se nos ocurría ya de noche ir a divertirnos a algún sitio en el campo, a un local de carretera. Eran unos locales estupendos, discretos. ¡Las cosas que

pasaban allí!

—Una vez íbamos en coche a no sé dónde —dije— y vimos en la calle a un motociclista muerto. Era algo horrible de ver. Las personas que se congregaban a su alrededor nos hacían señales para que paráramos, pero no lo hicimos porque los dueños del coche no querían que se les manchara de sangre. Y luego fuimos a sentarnos a la terraza de un restaurante y bebimos café vienés, sin acordarnos del motociclista tirado en el borde de la calzada en medio del polvo, hasta que, ya en casa, me acosté y apagué la luz. Cuando me estaba quedando dormido, todo emergió en mi cabeza: la motocicleta rota y el hombre con el cráneo hendido. Tuve que levantarme y fumarme un cigarrillo. Después tardé un buen rato en conciliar el sueño.

—Sí —intervino uno de los sepultureros—. Entonces no estábamos acostumbrados a los cadáveres. ¡Qué va! No podían haber conseguido que pusiera un pie en el hospital. En cuanto veía un poco de sangre, se me revolvía el estómago.

—Uno se habitúa —respondí—. Ahí radica el error. No deberíamos acostumbrarnos. ¿Es que es normal que tengamos que acarrear cadáveres? ¿Alguna vez se os pasó por la cabeza que tendríais que recorrer criptas y morgues?

—El ser humano hace lo que sea cuando se lo ordena alguien —contestó el comerciante de mercería—. Yo he visto con mis propios ojos a la gente hacer cosas aún peores.

—Un caballo también hace ciertas cosas cuando el hombre lo obliga —dijo el corredor de apuestas—, pero hay algunas que jamás haría, por más que lo azotarais de sol a sol. El ser humano es poderoso, es capaz de hacerlo todo.

No quisimos seguir hablando de lo que el ser humano se veía obligado a hacer. Era inútil hablar de ello. Preferimos pedir al corredor de apuestas que nos contara historias de las carreras y de la gente que apostaba, de las victorias y las derrotas, de los favoritos y los *outsiders*, de los fraudes y de las rectas finales disputadas. Porque brillaba el sol y nosotros estábamos tumbados en la hierba mojada. Porque nos separaba de la carretera una alta pared de piedra. Porque escuchábamos en la distancia las locomotoras ululando en los andenes y los tranvías chirriando en los cambios de vía. Porque ante nosotros se extendía el cielo y se alzaban los árboles, que comenzaban a florecer. Porque ninguno de nosotros quería pensar en que tenía que marcharse por la tarde, ni

en que su estrella refulgiría amarilla en las plazas y pasajes. Porque nos habíamos reunido con desconocidos a los que habían destinado a cargar con cadáveres y que, sin embargo, no amaban el oficio y preferirían conducir por la carretera y cerrar apuestas en los hipódromos. Y entonces los sepultureros se pusieron de nuevo en pie, en cuanto pasó la hora de la siesta. Nosotros nos quedamos recostados un rato más. No teníamos prisa porque lo único que nos estaba aguardando era la tierra. No había necesidad de apresurarse, porque la tierra era paciente. No teníamos que pelearnos demasiado con ella, porque era una tierra enjundiosa en la que germinaba todo. Crecía bien y en abundancia, tierra sin rocas ni escoria.

Cuando el sol comenzaba a calentar con más intensidad, venían o traían al cementerio a unas personas diferentes. Eran tísicos, casos graves. Se les había prescrito descansar al aire libre, en el bosque, pero comoquiera que les estaba prohibido tanto el aire libre como el bosque, tenían que descansar en el cementerio. No podían moverse ni estar tumbados al sol. Yacían en silencio. Algunos leían y otros contemplaban las lápidas de mármol con inscripciones doradas. No les incomodaba descansar en un camposanto. Se alegraban de no estar en la atmósfera cargada del hospital. Les gustaba mirarnos mientras, inclinados sobre la tierra, binábamos el barro. Venían con ellos doctores y enfermeras. A veces entablábamos conversación con ellos, que siempre sabían novedades que nosotros desconocíamos, aislados de la carretera por el alto muro, como estábamos en el cementerio. Los médicos y enfermeras disfrutaban yendo al cementerio, porque también echaban en falta el aire fresco y la luz del sol. Cuando llovía no venía nadie, pero entonces tampoco trabajábamos demasiado en el camposanto: sentados en el oratorio, bebíamos té. Cuando volvía a brillar el sol, nos traían a más enfermos. Los enfermos también se relevaban, dado que muchos morían y no dejaban de llegar otros nuevos. Igualmente, muchos se marchaban en los transportes cuando les tocaba. Íbamos a sentarnos junto a los enfermos durante el descanso del mediodía. Nos daban pena... Todo el día echados, sin poder moverse, sin más diversión que mirar al cielo, leer libros y charlar unos con otros. A algunos venían a verlos sus esposas o familiares, pero otros estaban solos. Entre ellos se encontraba Karel Kauders, al que solíamos ir a visitar. No había nada de particular en Karel Kauders; únicamente que era un anciano que se estaba muriendo. Por otra parte, a fin de cuentas, todos los que yacían en las

tumbonas de madera junto a las lápidas de mármol se estaban muriendo. Pero a él nadie venía a verlo. Estaba solo y sin duda se aburría mucho.

—¿Cómo le va el día? —pregunté—. Seguro que aquí, en el cementerio, se va a curar. Hay tranquilidad y aire puro. Aquí solo están los difuntos y *los otros* nunca se asoman por aquí.

—Nunca los he visto —contestó Kauders—. Se meten por todas partes, pero nunca van a vernos. Creo que no les gustan los tísicos en estado avanzado.

—Puede estar contento de no haberse encontrado con *ellos* aún —dije yo—. En realidad, es usted muy afortunado por no haberlos visto.

—Espero no hacerlo ya. Espero morir antes de que me citen en el mercado de radios. Allí adonde voy seguro que no están.

—Yo también lo creo. Su poder no alcanza tan lejos como para idear para nosotros una vida después de la muerte. Probablemente lo harían si pudieran. Pero son magnánimos, y se han conformado con idear una vida terrena para nosotros. No les saldrá bien jamás. Recuerdo que una vez mi tío me regaló un juego de construcción. Estaba fabricado en *su* país. Pero nunca logré construir con él nada realmente bueno. No eran más que cosas absurdas. Lo peor es tener que vivir esa vida que han ideado para nosotros. Es difícil vivir la vida que ha imaginado para ti otra persona.

—Sí —dijo Kauders—, soy afortunado. Antes habría envidiado a la gente sana. Tengo suerte de vivir la vida que la enfermedad ha ideado para mí. Era funcionario de recaudaciones y siempre he sido maniático con el orden. Ni siquiera me he casado, sin duda porque el matrimonio me habría estorbado. No habría podido soportar que mi esposa colocara las cosas según su criterio, que anduvieran rodando por el piso todo tipo de chucherías y cosméticos.

—¡Un momento! —interrumpí—. Ya me estoy cansando de vivir una vida inventada. No sé cómo librarme de ella, pero lo lograré de algún modo. Estuve en el oratorio cuando leyeron los nombres de los que debían subir al transporte. Pensé que leerían el mío, pero no lo hicieron. Y entonces recordé que en realidad debería vivir mi propia vida. En cierto modo aquello me despertó. Pero aún no he llegado a la conclusión de cómo hacerlo.

—Mi camino tampoco es el correcto.

Le contaba a Kauders nuevas anécdotas de las que me enteraba por los sepultureros, los doctores y las enfermeras, mientras que Kauders me contaba viejas anécdotas de su juventud. A menudo nos sentábamos juntos en el

jardín, cuando brillaba el sol y los enfermos podían estar tumbados a la sombra, cerca de las lápidas.

—Venga a vernos el domingo por la mañana al hospital —me propuso Kauders.

—Iré —respondí—, aunque no me hace demasiada gracia. Visité una vez el hospital, cuando estaba allí ingresado un conocido.

—Se alegrará de ir —contestó Kauders—. Se trata de un hospital distinto. *Ellos* nunca vienen. Tenemos allí algo extraordinario que no tiene nadie: un piano. Sí, un piano que no se han llevado. Temen que esté infestado de bacilos. Y cada domingo por la mañana se organizan conciertos solo para nosotros, que no tememos a la muerte porque nos estamos muriendo de todas formas. Pero a los demás no debe de salirles a cuenta el riesgo.

Aquel domingo tuve que atravesar la ciudad a pie. No me pesó caminar tanto tiempo, pues era domingo e igualmente no habría sabido qué hacer con todo aquel tiempo. Habría tenido que echarme y leer, después hacer la comida y volver a leer. Antes no solía ir a conciertos y nunca había tenido especial predilección por la música clásica, pero se trataba, en cualquier caso, de un entretenimiento. Estaba deseando ir a aquel concierto, porque al menos podría sentarme en una silla, observar y escuchar.

Cuando finalmente llegué al hospital, el comedor estaba de bote en bote. Los enfermos permanecían sentados frente a las mesas y el concierto estaba a punto de empezar. Escuché cómo afinaban los instrumentos. Era estupendo escuchar aquellos sonidos. Era estupendo estar deseando escuchar una música que no conocía.

Me senté junto a Kauders. Nadie se percató de mi presencia. Los que permanecían sentados a las mesas no parecían estar agonizando. Sabía, no obstante, que la tisis es engañosa y que nunca los habrían llevado a aquel hospital si no supieran que iban a morir.

—El programa incluye a Beethoven —explicó Kauders—. Los tres intérpretes son grandes músicos. Dos de ellos son concertistas. El del piano es *amateur*, pero me parece que es un músico estupendo que no tiene nada que envidiarles. Tenía un próspero bufete de abogados.

—Seguro que no les gustaría enterarse de que aquí se toca a Beethoven. Como lo tocan *ellos*... En el cementerio me contaron que mataron a un tal Utitz por querer escucharlo.

—Estas tres personas que lo están interpretando van a morir. Está documentado, negro sobre blanco. Pueden aportar placas de rayos X. No están tan locos como para matar a alguien que igualmente va a morir.

El comedor quedó en silencio. Comenzó el concierto. Estaba sentado en una silla, escuchando. Era estupendo quedarse sentado en silencio y escuchar. Era estupendo no pensar ni en la sala de oración ni en el circo ni en el viaje al Este. Era estupendo no pensar en pan untado con queso magro, ni en gachas cocidas en agua. Era estupendo no saber nada de ordenanzas, prohibiciones, expulsiones del tranvía ni comitivas escoltadas por el repiqueteo de las botas herradas. Ahora todo aquello había desaparecido. Sabía que todo aquello era intrascendente, absurdo. Sabía que no existían afrentas ni adversidades, que no existían ahorcamientos, palizas ni extracciones de dientes. Sabía que no existían respingos, saltos, ni bailes en tramoyas. Sabía que no existía el portón por el que entraban personas cargadas con macutos con números al cuello. Sabía que no existían siquiera los números, que nunca había habido números y que no volvería a haberlos hasta el fin del mundo. Sabía que las manchas sanguinolentas no volverían a aparecer en la pared del oratorio. Sabía que la gente no volvería a retorcerse cuando el terror los agarrara por el gáznate. Sabía que no existía, y que jamás había existido, aquella ciudad agazapada y pisoteada.

Escuché el viento embistiendo las banderas. Escuché las banderas restallando al viento. Vi sus colores, que eran diferentes a los de las banderas que ondeaban en los edificios a los que me estaba prohibido acceder. Escuché la conversación de los colores de las banderas. No había en sus palabras estridentes pífanos ni atronadores tambores. Hablaban de la tierra que yo había conocido. La había olvidado, verdaderamente la había olvidado. Me la recordaban ahora los colores.

Ahora sabía cómo llegaba la alegría. Sabía que era silenciosa, que se colaba por las rendijas, y que no era posible aniquilarla con gritos y chasquidos de látigo. ¡Qué ridícula me resultaba en ese instante la Muerte con su ropa ensangrentada! ¡Qué patética, qué nimia, ahora que, poco a poco y en silencio, se elevaba la alegría, emergía de lo profundo, cada vez más alto, obligando a la Muerte a achantarse con sus tambores y pífanos! ¡Qué grotescos resultaban su cola de caballo, su ufanía, sus galones y sus caireles! La vi allí plantada como un mamarracho, mientras todos nos burlábamos de ella. Vi a sus lacayos

temblar al caer su imperio. Nadie prestaba oídos a sus órdenes y notificaciones acompañadas de redobles de tambor. Vi a un ratón, un ratón gris de lo más corriente, pasar por delante de ella riéndose en su cara sin carne. No, no había ni asomo del mundo que había ideado la Muerte. No, jamás obligaría a nadie a inclinarse ante ella y a rendirle homenaje. Mientras sonara aquella música, mientras en ella avanzara la alegría a paso lento y quedo, nunca podría vencer. No podría ahuyentar a la alegría con tambores y pífanos, con ordenanzas, prohibiciones ni saqueos. No podría impedir que una brizna de hierba se abriera paso a través de la tierra agrietada. No podría impedir que el agua horudara las rocas. No podría obligar a los árboles a dejar de florecer. ¡Qué ridícula resultaba aquella Muerte suya, a la que tanto veneraban! No era más que un fante, un espantapájaros relleno de paja para infundir miedo a la gente. Ahora se podían oír las campanas, tañendo lentamente. Primero tocaban a difuntos pero, después, cada vez más fuerte, latían sus corazones. La sala estaba ya henchida de su sonido, que se elevaba, cada vez más alto, a los cielos.

—Gracias —le dije a Kauders cuando terminaron los músicos—. Esta música es algo magnífico. No podría siquiera haberlo imaginado.

Después nos quedamos sentados a la mesa esperando la comida. Comimos sopa aguachinada y guisantes hervidos, bebimos tisana de escaramujo y hablamos de cosas cotidianas hasta que llegó la hora en que los enfermos debían ir a echarse y yo debía caminar otra vez por las calles, caminar largo rato hasta mi arrabal, donde me estaría esperando Tomáš, para el que había mendigado al cocinero los pocos guisantes que habían quedado en el plato.

Era un día primaveral y en la calle había multitud de personas. Debía evitar las avenidas principales y las plazas, las cuales me estaban vedadas los domingos. Caminé dando rodeos por travesías, me colé en los pasajes. No miraba a la gente vestida de fiesta. No prestaba atención ni a los guardias, ni a las insignias. Seguía escuchando la música, que me acompañaba. Me acompañó mucho tiempo, hasta el río y el puente. Y cuando, despacio, estaba subiendo la colina, contemplé la ciudad que se extendía a mis pies aquel día de primavera, aquel día de fiesta en que no humeaban las chimeneas. Se extendía silenciosa, como si se encogiera ante un golpe. Reparé en que las palomas sobrevolaban la ciudad, tranquilas y sosegadas, como si no se percataran de lo que había bajo ellas. Se dirigían a un lugar lejano, desapareciendo allí donde

no alcanzaba la vista.

XIX

Un día le tocó el turno al comerciante de mercería.
—Me marcho —dijo—. Ya no voy a ser su capataz. Pondrán en mi lugar a un abogado.

Nos quedamos callados. No podíamos lamentarnos ni confortarlo. Resplandecía un sol primaveral y eso era bueno. Nos sentíamos mucho mejor cuando brillaba el sol, pero aquello no iba a consolar al comerciante.

—Le echaremos de menos —contesté yo—. No sé si el abogado será buen capataz. Usted conoce este trabajo a la perfección.

Naturalmente, era absurdo elogiar al comerciante por su labor. No se trataba en realidad de un trabajo especializado, pues lo único que hacía era cavar la tierra con nosotros y plantar la verdura. Ni siquiera hacía falta que supiera demasiado del asunto. Enviaba informes a la comunidad y la comunidad tal vez se los enviara a *ellos*, pero estaba claro que nadie los leía. *Ellos* no mostraban ningún interés por las tareas del cementerio, porque no había implicadas ni cosas ni propiedades. Y la verdura del cementerio les importaba un bledo. Tenían verdura de sobra procedente de los huertos de las afueras y de las colecturías. Pero estaba bien poder alabar al comerciante por algo. Le iban a hacer falta los elogios cuando se marchara. Podría darse importancia en el circo. Explicaría que sin él no habría verdura en nuestro comedor. Se alegraría de poder ufanarse frente a los escribanos y los asistentes de los vándalos. Era algo bueno alimentar a los hambrientos, era un acto de bondad que sería registrado en su libro de cuentas como un mérito. Era mucho mejor que hacer inventario de los muebles y trasladar enseres. Era mucho mejor que abrillantar los parkés de los pisos que les habían asignado a *ellos*. Era incluso mejor trabajo que ser cerrajero, fontanero o fabricante de ataúdes. Si bien los fabricantes de féretros y los sepultureros llevaban a cabo obras de caridad, no se sacaba ningún provecho de ellas. Es mucho mejor alimentar a los vivos. El comerciante de mercería se sintió adulado.

—Le regalo un molinillo de café —dijo.

—Gracias —respondí—, pero no lo necesito. Ya no recuerdo siquiera a qué sabe el auténtico café. Las bellotas que nos dan vienen molidas. No se me ocurre qué podría hacer con un molinillo de café.

—No puedo darle ninguna otra cosa de recuerdo. Lo inventariaron todo, pero se olvidaron del molinillo. Sería una pena dejárselo a *ellos*, porque es de calidad. También puede moler en él cereales, si no tiene usted café.

—No sé de dónde podría sacar cereales, como no fuera robando espigas en los campos. Pero los sembrados están vigilados y su hurto penado con la muerte. Me quedaré con el molinillo de café para tener un recuerdo suyo. Al menos podrán inventariar algo cuando me toque subir al tren.

Me llevé el molinillo a casa y lo accioné vacío. Pensé que le haría gracia a Tomáš, pero al gato el molinillo no le hizo ni fu ni fa. Era agradable dar vueltas al molinillo. Era un buen molinillo, imponente y vetusto. Recordé que mi tía tenía uno igual. Siempre la observaba cuando ponía dentro el café, midiéndolo en *lots*. Recordaba ahora el aroma del café, un olor verdaderamente agradable que se esparcía por toda la cocina. También me gustaba mirar cómo mi tía ponía el café en una gran cafetera de porcelana, y cómo caía, gota a gota, el agua y se podía percibir, aún más intenso, el aroma a café por toda la cocina.

Giré el molinillo vacío. Sabía por qué le daba vueltas: quería invocar a Růžena, que se había esfumado hacía tiempo y con la que no había hablado hacía mucho más. Růžena solía sentarse en una banqueta de la cocina cuando la iba a visitar. Solía llevar puesto un delantal; yo siempre lo observaba para poder adivinar bajo él sus pechos jóvenes, firmes. Pero el molinillo, vacío, rechinaba y yo no era capaz de invocar a Růžena. La había perdido para siempre. Ya nunca la llamaría para que me ayudara a ahuyentar la desesperación y a vencer el miedo.

De modo que estaba solo, y eso no era bueno. No me apetecía quedarme solo en casa cuando molía con el molinillo vacío y Růžena no venía.

Fui a visitar a Materna. No se extrañó de mi visita. Ninguno de sus invitados se sorprendió. Se habían acostumbrado a mí, como a una pieza del mobiliario o a la carbonera. Siempre me quedaba callado cuando discutían acaloradamente o cuando deliberaban acerca de sus planes. Nadie me preguntaba nada y nadie me pedía consejo. Sentado en silencio, bebía té y mordisqueaba el bollo que horneaba la madre de Materna. Me marchaba

antes que los demás. Algunas veces me llevaba restos de comida para Tomáš; otras, cigarrillos que Materna me conseguía. Aquella vez también me quedé callado, pero estaba inquieto. Esperé a que dejaran de hablar.

—No subiré al tren. No iré al circo.

—Está bien, Pepík. Pensaba que era usted un gallina. Solo tiene que ponerse a ello.

—Si dijera que no tengo miedo, mentiría —dije—. Tengo miedo. ¡No sabe cuánto! Pero me doy cuenta de que debo tomar una decisión. El molinillo me la ha facilitado.

—¿Qué molinillo?

—No es nada, una tontería. Me ha dado un molinillo de café una persona que va a irse en un transporte. Es absurdo, dado que no hay café.

—De acuerdo —dijo Materna—, pero ¿sabe en lo que se está metiendo?

—Lo sé —contesté—. Lo he pensado bien. Y ahora depende de lo que usted diga.

—No puede tomárselo a la ligera —me advirtió Franta—. Esconderse no es un juego. Tendrá que pasar el día sentado, por ejemplo, en un chiribitil sin poder siquiera toser. Tendrá que dormir en el suelo o quedarse tumbado en un sótano húmedo.

—No pasa nada —expliqué—. Últimamente me he hecho a cualquier cosa. Materna, aquí presente, sabe cómo vivo.

—¡Pues a ello! —dijo Franta.

Pero entonces recordé una cosa. Me vino a la cabeza de repente. Tenía que saberlo ya hacía tiempo; sin embargo, lo había estado negando en mi interior. Seguramente no quería pensar en ello.

—Hay algo más —continué—. Las personas que me oculten podrían morir si me pillaran, ¿verdad? Han promulgado una ley.

—Bueno, y ¿qué se le va a hacer? —preguntó Materna.

—Esto es así —expuso Franta—: a nadie le apetece morir, pero sin riesgo tampoco se logra nada. ¿Quién dice que van a pillarle? Anda que no se esconde gente... ¡Y durante cuánto tiempo!

—Esperen, aún debo meditarlo bien. ¿Cómo voy a pedirle a la gente que arriesgue el cuello por mí?

—Y si se lo ofrecemos, con total sinceridad, ¿tampoco?

—Esperen, aún hay tiempo de sobra. Aún no me han llamado. Tengo que

volver a pensármelo. He tomado la decisión mientras le daba vueltas al molinillo, pero ahora veo las cosas de forma distinta.

—Bueno, nadie le está obligando —dijo Materna.

Se pusieron otra vez a hablar de su trabajo y de la guerra. Yo volví a quedarme callado. Luego me marché a casa con un pisco para Tomás. No hacía más que dar vueltas en el saco de dormir sin poder conciliar el sueño.

Todo parecía tan fácil mientras escuchaba la música... Restallaban las banderas al viento y resonaban las campanas, la Muerte se escondía en las rendijas y un ratoncito se reía en su cara. Parecía tan fácil cuando giraba el molinillo... El molinillo, vacío, rechinaba como si moliera el pánico, como si lo redujera a un polvillo que se llevaría el viento. Parecía tan sencillo... Arrancarse la estrella y largarse de una casa que se caía a pedazos hacia el viento primaveral, despedirse del cerco de humedad en el techo y dejarles de recuerdo una mesita de centro inservible y un panzudo molinillo de café.

Era consciente de que no resultaría sencillo en absoluto. Si debía ingresar en el circo un suplente, si otro debía colgarse el número al cuello, entonces desaparecía toda esperanza. Era algo esencial, la esperanza, y algo horrible arrebatársela a otra persona. Era algo horrible hurtarle a un extraño, a un desconocido, puede que una semana, puede que un mes. No obstante, resultaba posible desentenderse de esa responsabilidad, pues la esperanza no pesaba tanto si la ponías en el platillo de la balanza, dado que era la esperanza de una persona ajena, desconocida, su esperanza particular, que en realidad no importaba, ya que jamás podría cumplirse. Y cuando pasara la muchedumbre frente a las ventanas a oscuras, escoltada por el repiqueteo de las botas herradas, podríamos taparnos los oídos, hacer oídos sordos a sus gemidos. Siempre atravesaba un barrio distinto en dirección a la estación de mercancías, donde esperaba listo el tren con vagones de ganado. Cuando abrías las ventanas en la oscura noche, no se escuchaba ni el chirrido de los vagones durante las maniobras ni el silbido de la locomotora; así de lejos quedaba el barrio, así de lejos quedaba la estación. Al partir el tren hacia la ciudad fortificada o hacia el Este, nadie reparaba en él, porque era un tren de carga normal que se arrastraba moroso por los raíles con vagones cerrados en los que lo mismo podía haber cemento que cureñas para la artillería. Tampoco yo tenía por qué reparar en ese tren en concreto, por qué pensar en mi sustituto, que viajaba en él al Este.

Sin embargo, el otro asunto no era nada fácil. No me sentía capaz de sacudírmelo de encima. Daba vueltas en el saco, sin dejar de pensar en ello. No me cuadraba de ninguna de las maneras, por más que lo considerara desde todos los puntos de vista. Antes hacía cosas corrientes: iba al banco, comía, dormía, hacía el amor con Růžena, la esperaba en la calle, frecuentaba también el cine y las cafeterías. No tenía que tomar ninguna decisión. Todo estaba claro y prescrito, pues había superiores a los que obedecer, había leyes y reglamentos, había taquillas en las que compraba entradas y *mâitres* a los que pagaba la cuenta. No era necesario asumir la responsabilidad de nada cuando colgaba mi sombrero en el banco o cuando me tumbaba sobre la hierba en la piscina. Estaba, claro, el asunto de Růžena, cuando, sentados en el restaurante en lo alto de la ciudad, me intentó convencer para que nos fugáramos al extranjero. Entonces eludí la decisión y huí de ella dirigiéndome de nuevo abajo, a la ciudad, a las cosas que me resultaban conocidas, al quiosco de la prensa, a la cafetería y al estanco. Escabullirse estuvo mal, pero en aquel momento yo no sabía que era algo malo.

Era necesario asumir la responsabilidad tal y como venía. Era necesario traspasar la frontera y caer rodando por la empinada colina, en la que no había ni un arbusto al que aferrarse. No, no me cuadraba de ninguna otra forma. Al final me dije que aún pasaría mucho tiempo hasta que me citaran, que me quedaba todavía bastante tiempo sin tener que pensar en decisiones, para así ahuyentarlas y librarme de ellas un poco más. Deseé que se me concediera el verano, poder enfrentarme a ellas ya en el otoño, cuando estuviera de nuevo rastrillando hojas en el cementerio. No, no me convenía ahora que empezaba a brillar el sol, ahora que ya no iba a congelarme junto a la estufilla rota.

Aún había demasiada humedad en la buhardilla. El sol todavía no había tenido tiempo de secarla. Me resultaba desagradable tener que andar dando vueltas con esa humedad, respirar el aire húmedo. Me resultaba desagradable tener que decidir sobre vidas ajenas. No quería jugar a eso. Había vivido una vida corriente y nunca antes me habían obligado a jugar a aquel juego. Desde luego, también temía por mi vida, pero eso no era determinante. De todas formas, estaba perdido. Aquel miedo no me ayudaba en modo alguno. No tenía intención de contagiárselo a otras personas. No podía colgar mis preocupaciones en un clavo ajeno. Tenía en mi buhardilla solamente tres clavos en los que colgaba mi ropa. Eran alcayatas que yo mismo clavé en la

pared tras quemar el armario. No resultaba difícil decidirse a abandonar un desván con tres alcayatas, pero no podía imaginar con qué pagar vidas ajenas.

Al día siguiente no acudí al cementerio. Tenía que ir a la comunidad a que me prorrogaran el permiso para montar en tranvía. Se trataba de un trámite complejo, porque todas y cada una de las veces medían la distancia de mi domicilio al cementerio. Eran necesarios cuatro empleados para determinar correctamente la distancia. Hacía falta abrir un expediente y adjuntar un plano. Mi domicilio estaba muy alejado del cementerio. No era posible que esa distancia se acortara. Sin embargo, debía renovar mi carné todos los meses. No me molestaba el procedimiento oficial. Podía quedarme la tarde entera en la comunidad, puesto que, además, eso era lo que el trámite duraba de todos modos. Debía esperar en el pasillo ante diferentes oficinas, se me sometía a un severo interrogatorio y tenía que firmar unas cuantas actas. Era distinto a mi cómodo trabajo en el camposanto. Solamente debía tener cuidado de firmar el documento correcto.

Cuando estaba saliendo del edificio de la comunidad, me topé en la calle con un carro de carga al que habían uncido dos caballos. Junto al carro avanzaba un conocido mío: el molinero de aldea con el que había coincidido cuando nos censaron.

—Me alegro de verle —dije—. Así que al final le han dado un empleo. Es una gran suerte que no lo hayan encerrado ya en el castillo en ruinas.

—No sé si soy tan afortunado —respondió el molinero—. Estoy al cuidado de los caballos. Eso es algo muy bueno... Poder cepillar, alimentar y abreviar a los caballos... Pero me he quedado solo, totalmente solo, pues se llevaron a mi familia a la ciudad amurallada. Todavía están allí, pero ¿y si los mandan al Este sin mí? ¿Y si no vuelvo a ver nunca más a mi mujer ni a mi hijo?

—¿Cómo ha sucedido? —pregunté—. No suelen separar a las familias.

—Ordenaron a todos que se quitaran los zapatos y les entregaron unos zuecos. Les arrebataron la ropa de abrigo y las pellizas. Fue justo después de las fiestas. Los azuzaron luego a pie hasta la cabeza de partido y allí los encerraron tres días en la escuela. Fue justo después de las fiestas. La carretera estaba nevada y en la escuela no había calefacción. Más tarde los metieron en vagones y se los llevaron. El tren se detuvo en la ciudad fortificada. Enviaron a unas cuantas personas adentro y luego continuó su camino hacia el Este. Mi esposa y mi hijo permanecieron en la fortificación. Quisieron enviarlos al Este,

pero no cuadraban los papeles, dado que según el reglamento no debe separarse a las familias. Los del lugar no lograron ponerse de acuerdo con el supervisor del transporte, así que dejaron de momento a mi mujer y a mi hijo en la ciudad fortificada.

—Sigo sin comprender. ¿Por qué no se fue usted con ellos, exactamente?

—Enseguida se lo explico. Una vez, cuando estaba rellenando creo que el décimo formulario, surgió la pregunta de si sabía manejar caballos. Y yo sé. Lo anoté sin pensar demasiado, porque quedaban aún un montón de preguntas, por ejemplo si en mi oficio empleaba la fuerza del viento. Ya no tenía ningún oficio y el viento no me servía para nada, aunque soplaba de lo lindo a través de las ventanas rotas del castillo. Pero los caballos sí que me gustaban. Siempre que me acuerdo de Brûna, de cómo se despidió de mí, me echaría a llorar al instante. Y de golpe, cuando vino el transporte, a los míos les dieron zuecos y los empujaron en medio de la nieve por la carretera, y yo me quedé solo en el castillo. Me dijeron que debía presentarme en la capital porque necesitaban a personas que entiendan de caballos. Escasean, ¿sabe? Los nuestros rara vez se iniciaban en el oficio. Tuve que quedarme a solas en el castillo una semana más. Era horrible de veras, no había un alma. Con una fotografía de mi esposa y mi hijo en la mano, iba de una sala a otra llorando. Se lo aseguro: esta vez era yo el que lloraba, y no Brûna. Si se le disculpa a un animal que llore, debe también disculpárseme a mí porque, ya le digo, en aquellas habitaciones había aún cacerolas, potes y jergones. Quedaron allí trastos de toda ralea tal y como los habían dejado, porque la gente no sabía que iban a trasladarlos con los zuecos por la carretera. Y, aunque lo hubieran sabido, igualmente habrían tenido que dejar sus cachivaches en el castillo. Así que iba penando entre todas aquellas cosas, recordando a mi mujer y a mi hijo. ¿Qué iba a pasar con ellos? ¿Sabe?, nos habían llegado todo tipo de noticias al castillo. Las malas noticias no tienen que pedir permiso para entrar en los castillos ni para abrir las puertas. Pensé que iba a enloquecer. ¡Cuántas veces quise abrimme la cabeza contra la pared! Pero entonces mandaron a buscarme, y aquí estoy ahora, transportando enseres al almacén con los caballos.

—¿Qué transporta? —pregunté.

—Véalo usted mismo —dijo el molinero—. No me hace ninguna gracia.

Miré dentro del carro. Iba cargado hasta los topes y no me sorprendió que al molinero no le hiciera ninguna gracia transportar aquellos objetos. Eran

juguets. Había muñecos de distintos tamaños: desde muñecas de trapo, mugrientas y raídas, hasta las más fastuosas a tamaño natural, que cerraban los ojos. Había juegos de construcción, ábacos infantiles, casitas y cocinitas, locomotoras y vagones con raíles, túneles y puentes. Había soldaditos de plomo de todas las épocas y naciones del mundo. Había juegos de mesa, pelotas de pimpón, cuentos y animalitos. Los borreguitos estaban tendidos junto a los leoncillos. Había jirafas de goma, antílopes y lagartos. Los caballitos de madera que tiraban de carros se mezclaban con caballitos de balancín con opulentos aparejos. Y había además ángeles de la guarda. ¡Cómo no iba a haberlos, si habían estado adornando los árboles de Navidad! Había incluso estrellas de cristal titilante.

—No me gusta transportar estas cosas —repitió el molinero—. Preferiría transportar muebles o alfombras. Estos objetos están vivos. No dejan de hablar, no dejan de quejarse. Cuando no chilla un osito, una muñeca dice «ma-má». Le aseguro que incluso a los caballos les da reparo transportarlos. No están nada alegres, por más que los cuido lo mejor que puedo. Les doy hasta avena, y ya sabe lo difícil que es conseguirla en los tiempos que corren. Me la trae a escondidas un antiguo vecino. Le he dicho que la necesito para mí, que la muelo, pero creo que sabe de sobra que se la doy a los caballos. Deberían estar contentos con la avena. Deberían relinchar de alegría. Pero son caballos tristes. Roncean, no les gusta tirar del carro. Creo que saben perfectamente lo que transportan. Sí, señor... A los caballos no se les puede tomar el pelo. No me va a convencer nadie. No en vano he visto cómo se ponían en marcha cuando transportaban el cereal al molino. Les digo que no tenemos la culpa, ni yo ni estos pobres caballos, pero ¿qué conversación se puede entablar con unos objetos?

—Son objetos —dije—, cosas inertes. No pueden hablar. Y tampoco pueden reprocharle nada. No tiene usted la culpa de que le hayan encomendado esta tarea.

—Eso sí que no... Está usted muy equivocado. Estas cosas gimen. Le aseguro que me echan en cara que los esté ayudando. Estos caballos son inocentes, no tienen ni voz ni voto, pero yo no debería hacer este trabajo. Debería mandarlo a hacer puñetas. Debería dejarme matar antes que trasladar los juguetes que les arrancaron a los niños de las manos.

—Nos obligan a cosas peores. Hace poco, en el cementerio, un tipo nos

decía que el hombre era poderoso, que se le podía obligar a cualquier cosa, pero que a los caballos nadie podía forzarlos. Y, ya ve, han obligado incluso a los caballos. ¿Para qué hacerse reproches?

Pero no hubo manera de convencer al molinero. Nos despedimos. Lo miré al marcharse, acompañando con paso desganado a los caballos. Vi que, ciertamente, avanzaban de mala gana. Todos, los caballos y el hombre.

Aquel verano falleció Kauders. Ya no vino más a descansar al cementerio. Efectivamente, consiguió no encontrarse con ellos. Lo trajeron los sepultureros y cavaron una nueva tumba. No hubo más cortejo fúnebre que nosotros, que estábamos otra vez de pie junto a la sepultura, pero en esta ocasión sin palas, puesto que ya no estábamos binando ni escarbando en la tierra. Recolectábamos nuestra cosecha. Nos habíamos convertido en grandes hacendados. Podíamos permitirnos el lujo de comer verdura hasta la saciedad. Podíamos incluso regalarla o cambiársela por cigarrillos a los enterradores.

Tumbados en la hierba, los sepultureros nos contaban de nuevo aventuras de sus azarosas vidas, historias terribles y misteriosas de las que presumían. Como de costumbre, el corredor de apuestas era el más locuaz:

—Nos mandaron a recoger un cadáver a una colonia de casas. Nos resultó extraño, porque allí jamás había vivido ninguno de los nuestros. Ni siquiera le habrían permitido asentarse en aquel lugar, aunque lo hubiera hecho desde antes de la guerra, puesto que en esas colonias vive gente que no sale precisamente a la luz del día.¹⁰ Allí desaparecería hasta un chino, cuanto más uno de los nuestros. Pero si nos habían dicho que fuéramos, debían saber de qué estaban hablando. No pueden ni figurarse el tiberio cuando llegamos allí... Todos salieron de sus casas a mirarnos. Llevábamos las estrellas, claro está, y esa gente, evidentemente, no estaba acostumbrada a verlas. Debió de parecerles raro. ¿Qué andábamos haciendo entre ellos, si no éramos guardias ni empleados del ayuntamiento? Preguntamos por la casa a la que íbamos a recoger el cadáver. Tenía un nombre bonito: El Rosal. Y es que en aquella colonia no tenían números, solo nombres. «Ajá», nos dice una mujer, «es esa casa en la que se liaron a tiros». «Cállate, vieja», le gritó un hombre. «¿Es que no sabes que no se puede hablar de eso?» Llegamos a la casa, que era una caja de cerillas malograda. Ni rastro de rosales, solamente latas de conserva y todo tipo de basura. La puerta estaba arrancada, el edredón destripado, el suelo lleno de sangre y de cosas desparramadas, las ventanas hechas pedazos y en las

paredes agujeros de bala.

«¡Dios bendito!», le dije a Egon, aquí presente. «Menuda historia. ¿Qué habrá pasado?» En un escaño yacía un cadáver, agujereado como un colador. Y no tenía estrella. «Chicos», les dije, «esto me da mala espina. Hemos visto ya de todo, pero que un cadáver no tenga estrella..., eso aquí aún no se ha visto. Ni siquiera nos está permitido tocar a nadie que no sea de los nuestros». Entonces miré al muerto a la cara, que estaba bastante entera. «Es de los nuestros», dije. «Agarradlo. No os preocupéis, siempre tenemos la opción de coserle la estrella, o puede ir al ataúd sin ella. ¿A quién va a importarle?» Así que lo sacamos de la casa, lo cargamos en el carrito, lo cubrimos con una sábana y nos pusimos en marcha. Pero yo no estaba conforme. «Muchachos», dije, «id yendo. Voy a preguntarle a alguien qué ha ocurrido aquí exactamente». Afuera, claro está, de nuevo una multitud de gente. Yo me giré desde atrás hacia la mujer que nos había mostrado antes el camino. No estaba con ella el marido, debía de haberse ido a algún lado. «Señora», dije, «¿qué ha pasado aquí exactamente? Aquello parece el matadero». «¿Qué ha de pasar?», dijo la mujer. «En aquella casa estaba oculto uno de los suyos con los Sejkora. Ellos lo encubrían y parece que alguien lo delató... La gente es hoy en día mezquina. El tal Sejkora cobraba algún dinero en compensación y criaba conejos. Ya sabe, la envidia... Y cuando vinieron a buscarlo, Sejkora, al verlos, quiso tomar las de Villadiego, pero lo atraparon, estaba claro. La señora Sejkora andaba dándole por ahí a la húmeda, así que el vuestro quedó solo. Atrancó la puerta, que no salía, y *ellos* le gritaban en ese idioma suyo. Entonces, de repente, saca una pipa, y se lía. No sé si mató a alguno de *ellos*. Dicen que a dos, pero nadie está seguro, porque enseguida nos echaron y tuvimos que quedarnos sentados con la puerta cerrada hasta que se acabó todo. En fin, después se largaron y nos ordenaron estarnos callados, porque si no nos encerrarían a todos. Y al Sejkora se lo llevaron y ya no ha vuelto. La Sejkora tampoco ha aparecido. Dicen que la pillaron en el centro. Luego volvieron, pero ya eran otros, a buscar a los conejos, y dejaron ahí el cadáver. La gente dice que al Sejkora y a la Sejkora los van a colgar. Seguramente sea así. Tienen el poder para hacerlo, ya se sabe.» La mujer no sabía más, pero con eso me bastaba. Después me enteré en la comunidad de que se trataba de un tal Froehlich que había huido del transporte hacía medio año y que se escondía en casa de ese Sejkora. Había sido trabajador suyo cuando aún era dueño del

tejar.

Nos quedamos callados. Era una historia demasiado terrible, por mucho que el corredor de apuestas la hubiera contado con total coherencia y soltura. Los sepultureros estaban habituados a la muerte, para ellos no significaba demasiado, pues su obligación era acarrear los cadáveres. Entonces habló el abogado que era ahora nuestro capataz en lugar del comerciante de mercería:

—Yo diría que fue una canallada por parte de ese tal Froehlich, dado que otras personas van a sufrir por su culpa. ¿Qué va a pensar la gente de nosotros? ¿Cómo se van a compadecer de nosotros cuando semejante rufián les arrebató la vida a dos personas para salvar el pellejo?

—¡Alto ahí! —dijo el corredor de apuestas—. No debe interpretarlo así. Después de todo, el tal Froehlich pagaba a los Sejkora. Era un negocio, como cuando alguien apuesta por un caballo.

—Está usted muy equivocado —respondió el abogado—. ¿Es que se puede pagar con dinero un servicio así? Esa excusa es contraria a las buenas costumbres y no es válida.

—¡Bah! ¿Qué buenas costumbres ni qué niño muerto? Eso hoy en día ya no sale a cuenta —intervino uno de los sepultureros, al que el corredor de apuestas había llamado Egon hacía unos instantes—. Pero no tenía que haberlo hecho. Nadie tiene derecho a pedirle a otra persona que arriesgue el cuello por él.

—¿Incluso si esa otra persona se lo ofrece? —dije yo.

—Ni por esas —contestó Egon.

—Por dinero cualquier cosa —añadió el corredor—. Eso es harina de otro costal.

Pero entonces se sumaron a Egon los nuestros del cementerio. Todos lo pusieron a caer de un burro, porque ahora ya no se valoraba de esa forma el dinero. La gente no quería aceptar que pesara tanto como la vida. Yo guardé silencio. No podía unirme al corredor de apuestas, porque tampoco confiaba en el poder del dinero. No confiaba en el dinero ni en las cosas y, sin embargo, me disponía a hacer lo mismo que había hecho Froehlich. No obstante, al escuchar la disputa, supe que me encontraba de nuevo en un atolladero del que me resultaba imposible salir. Puede que no fuera así; puede que fuera, tal vez, de otro modo. Aquellas personas quizá tuvieran miedo. Quizá cada uno de ellos deseara llevar a cabo lo que había hecho Froehlich. Quizá le envidiaran

por no tener la oportunidad. Quizá temieran tener que enfrentarse un día, con pistola o sin pistola, cara a cara con la Muerte. Y por eso decían: «Es contrario a las buenas costumbres. Si alguien se va a jugar el cuello por nosotros, preferimos morir antes que hacer uso de ese servicio. La gente dejaría de compadecernos». Era muy bonito disimular el miedo con magnanimidad. Podíamos decirnos que íbamos a morir porque éramos nobles, porque éramos decentes. ¿Por qué, Josef Roubíček? ¿Por qué moríamos?

Y, sin embargo, la cosa no era tan sencilla. Estábamos tumbados en la hierba, tan a gusto, escuchando el relato del corredor de apuestas. Era un relato horroroso, de sangre y muerte. Pero ¿cómo iba a existir una colonia de casuchas llamada Oklahoma? Eso estaba en un lugar lejano, escrito en libros. Se había inventado para que la gente se pudiera tostar al sol mientras escuchaba la historia de un pistolero. Nos obligaban a pensar que todo era una ficción y un sueño, porque ¿cómo si no podríamos vivir? Tendríamos que rodar con Froehlich sobre el escaño ensangrentado si aceptáramos que había huido del transporte. Desaparecía tanta gente cada dos por tres que era mejor pensar que jamás habían existido. Era mejor creerlo para poder así comer, trabajar y dormir.

Pero la cosa no era tan sencilla. No resultaba fácil cargar con el peso de la sangre ajena, y ahora ya sabía por qué: porque nuestra muerte era baladí. No cambiaba nada. Cuando la gente marchaba a millares a la ciudad fortificada o al Este, no se convertía en un escarmiento ni en un ejemplo. Iban encorvados bajo el peso de cosas inútiles, arrastraban los pies ante el portón del circo, sus saltos y respingos servían solo para el regocijo de *aquellos*. Y como su muerte era fútil, también lo era su vida.

Solo que (decía Robitschek) la vida de los otros era también así. Robitschek no quería nada diferente a los demás, solamente quería vivir. No le importaba que su vida no tuviera valor. Sabía que era única e irrepetible. Todos lo sabían, porque había pocos que creyeran en la vida ultraterrena y en la justicia celestial.

Teníamos zanahorias, coles, guisantes. Vivíamos bien en el cementerio. Gozábamos del aire libre y de un trabajo que era fácil y que disfrutábamos. Éramos ricos y todos nos envidiaban, incluso los que trabajaban en los sótanos, incluso los que transportaban enseres a los almacenes. Hasta los sepultureros nos envidiaban, aunque se vanagloriaran de su vida aventurera. No habríamos admitido por nada del mundo que nuestra vida era baladí,

porque esa vida era nuestra, única, irrepetible.

Estaba claro que todos coincidían con el abogado: los nuestros del cementerio y los enterradores. La única excepción era el corredor de apuestas. ¿Pero cómo podía tener valor su palabra, cuando no hacía más que hablar de dinero, de apuestas y de épocas doradas en las que era posible comprar con dinero hasta la conciencia? Froehlich había sido sepultado y condenado. No quedaba sino acatar esa decisión. A Robitschek también lo juzgaron y condenaron en su momento.

Pero no, no podía ser de esa manera. Eso significaría darles a *ellos* la razón. Eso significaría convertir una vida sin valor en otra aún más fútil.

Sí, lo sabía, pero no quería admitir que casi todos les daban la razón a *ellos*, que se sometían a sus leyes, no solo cuando al ordenarlo ingresaban en el circo y les servían como asistentes en el saqueo, sino también cuando reprobaban a aquellos que ya no querían servir, brincar ni caminar por la cuerda floja sin red. Tal vez creyeran que tenían razón cuando los enviaban a morir a la ciudad amurallada. Tal vez los maldecían solo a causa de la impotencia y de una furia inane.

Resultaba mucho más cómodo creer en la impotencia y someterse a ellos, dejarse azuzar hasta la muerte, antes que plantarles cara, con revólver o sin él. Era correcto decir que no había nada por lo que morir, pero también era correcto decir que no había nada por lo que vivir. «Si no fuera por Růžena», me decía, «puede que todo fuera diferente. Sería igual que los del cementerio o que los sepultureros. No tendría con quién hablar ni con quién sincerarme». Pero ahora ni siquiera existía Růžena. No me había servido ni el molinillo de café. Y, sin embargo, me había salido de la fila y ya no podía regresar.

Solía encontrarme a menudo con *ellos*, por más que los rehuyera, por más que transitara por pasajes y calles secundarias. No lograba evitarlos, porque estaban por todas partes, hasta en la sopa. Caminaban por calles y plazas, salían de todos lados, hablaban a voces. Nunca pensé que también pudieran tener miedo, pero tal vez, después de todo, lo tuvieran, de lo contrario no vocearían. En su idioma, extranjero y cortante, estaba el rótulo de nuestra estrella, para que pudieran comprender el sinuoso alfabeto. Era seguro que a nosotros no nos tenían miedo. También era seguro que no tenían miedo a la Muerte, puesto que la glorificaban y amaban. Pero temían a la ciudad, a una ciudad ajena, hostil, que no habían logrado subyugar. Amaban las cosas, eran

capaces de llenar con ellas almacenes y pisos expoliados, pero yo sabía que no se encontraban a gusto entre objetos y gente extraños.

Continuamente ideaban nuevas leyes y reglas para nosotros. Quizá el miedo los empujaba a ser así de industriosos. Sin embargo, no lograba comprender su miedo, pues nosotros éramos pocos y, al fin y al cabo, no nos estábamos defendiendo. Puede que hubieran inventado esta vida para nosotros solo para que nos dejáramos llevar al exterminio en silencio y sin resistencia, para no tener dificultades cuando nos convocaban al circo. Tal vez lo hicieran para que, como ellos, amáramos la Muerte después de una vida llena de adversidades.

A veces también aparecían en nuestro barrio. Jamás nos dirigían la palabra y tampoco nosotros teníamos intención de hablar con ellos. Únicamente hablaban con nosotros allí, en el circo, cuando nos encontrábamos ya en el umbral de la Muerte. Podían hablar con nosotros solo entonces, estando la Muerte presente como testigo; de lo contrario, no se les pasaba por la cabeza.

«Si pudiera estar en algún sitio cerca del agua», me decía, «me sentiría bien». Sabía que el agua anularía sus hechizos. Habría preferido estar a la orilla del río, pero me habría bastado un arroyo, hasta un reguerillo insignificante. Pero si me tumbara en una corriente de agua que fluyera sin parar, si nadara en un agua que brincara en los saltos y desbordara una y otra vez la orilla, que se secase para colmar de nuevo el cauce del río, me sentiría bien.

No les gustaba el agua. Sabían que no cumpliríamos ninguna de sus leyes y estatutos si tuviéramos agua. Recorrían la ribera dando caza a la gente, pescándolos con lanchas motoras en el río y pidiéndoles el documento de identidad. Nos prohibían el malecón, porque creían que no los temeríamos si contempláramos el agua. Nos prohibían los vapores, las lanchas y las barcas para que no pudiéramos navegar las aguas ni sumergir en ellas los remos. Nos permitían mirar el fuego, caminar por la tierra, pero no el agua. «Temen el agua», me decía.

Aquel día llegué a casa de Materna temprano. No era una gran idea, porque ahora que ya era verano aún había luz en la calle y los vecinos de Materna se sentaban en los jardines o en los porches. Sin duda me verían llegar, pero ya me daba lo mismo. Tenía que hablar con Materna, aunque sabía que probablemente no me entendería.

Lo encontré a solas. Sus amigos todavía no habían llegado.

—¿En qué estaba usted pensando —pregunté—, cuando me dijo que, si no quisiera subir al transporte, me ayudaría a esconderme?

—Pero si se lo prometí hace tiempo —dijo Materna—. Eso está hecho. Aquí no se podría hacer, eso ya lo sabe. Vive aquí gente que sabe que nos conocemos. Pero tengo bastantes conocidos en otros barrios. Claro está, no sería ninguna broma, pero se puede hacer.

—¿Y sabe esa gente lo que les ocurriría si me capturaran?

—Yo diría que lo saben. En este asunto hay que ir con la verdad por delante.

—Y, sin embargo, ¿lo harían? ¿Por qué?

—¡Vaya tonterías pregunta! En cuanto les diga que hace falta, lo harán. ¡Aquí ya ha habido gente escondida! Si es evidente...

—Pero si no me conocen de nada. ¿Qué les importa a ellos un tal Roubíček? No puedo pagárselo de ningún modo, no tengo nada...

—¡Cómo si esas cosas se hicieran por dinero o a cambio de algo!

Le conté la historia de Froehlich y los Sejkora.

—¡Qué horror! —dijo Materna—. Un horror de principio a fin. Excepto la pipa: eso fue una gran idea. Es una estupidez pensar que puede uno esconderse en una colonia de casuchas así. En esos sitios la gente se conoce del derecho y del revés. Y eso no es lo peor: vive allí una chusma que vendería a su propio hermano. No digo que haya también personas decentes, pero la gentuza abunda más. Una casa de vecinos, eso es lo que necesitas tú. Un sitio donde viva mucha gente y las puertas de los pisos no puedan sacarse de cuajo.

—No es eso exactamente lo que quería preguntarle. No sé cómo podría pesar sobre mi conciencia la vida de unos desconocidos.

—¡Por el amor de Dios, cómo es usted así! Yo le estoy ofreciendo la posibilidad de salir del atolladero y usted se pone a perorar sobre la conciencia.

No, con Materna no me iba a poder entender.

—En el cementerio todos decían que no tenemos derecho a ello. Condenaron lo que hizo Froehlich.

—No haga ni caso a los sermones de los de allí. Son personas que vivían a costa del trabajo ajeno. ¿Cómo van a entender nada?

—No sé —respondí—. Soy uno de ellos, aunque nunca haya vivido del trabajo ajeno.

—Veo que aún voy a tener que aclararle bastante las ideas —dijo Materna—. Cuando llegue el momento, no podrá pensárselo demasiado.

Le prometí a Materna que no lo haría. Luego me marché a casa de mal humor, pues sabía que mi visita a Materna no había resultado como esperaba.

Eran buenos tiempos para Tomáš cuando llegaba el verano. Volvía a salir a dar largos paseos, pero, cuando regresaba a casa por la tarde, siempre me estaba esperando en la puerta. Cenaba conmigo y después aún salía un rato por

la noche. No me preocupaba por él, porque siempre estaba de vuelta de madrugada. Yo dejaba la ventana abierta y él se las apañaba para trepar hasta la buhardilla. No temía por Tomáš, porque sabía que tenía mucha calle y poco miedo. Siempre le había envidiado su despreocupación y su coraje.

Sin embargo, un día, al regresar del cementerio, no estaba junto a la puerta. Aquel día había llegado tarde, porque había sido un día desafortunado: los tranvías circulaban hasta los topes y a mí no me estaba permitido subir cuando iban llenos. Luego, cuando logré entrar en uno, se llenó por el camino y el revisor, que o era de los de Vlajka o les tenía miedo, me echó. Tuve que aguardar un buen rato hasta que llegó un tranvía más desahogado.

Esperé y esperé en el andén. Los tranvías pasaban y todos iban a reventar. Tenía hambre y ganas de llegar a casa, porque era una tarde estival y podría leer junto a la ventana abierta hasta que se hiciera de noche. Después tendría que cerrarla para bajar la persiana y luego, cuando fuera ya tarde, tendría que apagar la luz, dar vueltas en el saco de dormir, levantar la persiana y volver a abrir la ventana. No resultaba nada agradable acostarse con la ventana cerrada en la buhardilla, recalentada todo el día por un sol de justicia, pero se estaba bien cuando la abría otra vez y en el desván empezaba a circular el fresco aire nocturno. Era aún mejor cuando afuera corría el viento y yo, tumbado en silencio dentro del saco de dormir, escuchaba cómo susurraban los árboles en los jardines vecinos. Era aún mejor cuando el viento traía de jardines lejanos el aroma de las flores y, a veces (sucedió en raras ocasiones), escuchaba en lontananza el silbido del tren. Y, con el albor de la mañana, siempre regresaba Tomáš. Me despertaba, porque saltaba directo al saco de dormir, y yo me asomaba a la ventana, veía el amanecer y sabía que comenzaba el día. Me daba pena que empezara, tener que salir a la calle y esperar al tranvía, tener que hacer de pie todo el trayecto a través de la ciudad, pero me alegraba que saliera el sol, porque afuera hacía fresco y el aire estaba húmedo. Entonces venía a calentarse a mi lado Tomáš, que estaba helado después del vagabundeo y el

acecho nocturnos. Se metía en mi saco. El pelaje le olía a aire fresco. Empezaba a ronronear satisfecho y así nos volvíamos a dormir con la luz del amanecer y el aire frío junto a la ventana abierta. No dormíamos mucho, porque yo debía levantarme temprano y tenía que recorrer un buen trecho hasta el trabajo. Además, tenía que prepararme el desayuno en el viejo hornillo eléctrico que le había comprado a los electricistas de la comunidad y que tenía que reparar una y otra vez porque los cables no hacían más que romperse. Estábamos calentitos Tomáš y yo en el saco; el pelaje de Tomáš me abrigaba. Era estupendo tener como compañero a Tomáš, que me escuchaba con paciencia y nunca discutía conmigo. Era estupendo que se tumbara a mi lado, porque me daba calor y ronroneaba bajito. En realidad, Tomáš nunca aprendió a ronronear en condiciones, pues temía delatarse si lo hacía demasiado alto.

Aquel día se hizo tarde. Llegué después de la hora a la que debía estar ya en casa. Cuando me bajé del tranvía me cubrí la estrella, pues temía que me descubriera un delator. Por suerte, no vivía lejos de la parada del tranvía. Me alegré de estar al fin en casa. Me sentía agotado de tanto esperar y caminar en vano, arriba y abajo, por la acera. Tomáš no me dio aquel día la bienvenida. No me lo tomé a mal. Evidentemente me estuvo esperando a la hora acostumbrada, a la que solía volver del trabajo, pero luego tal vez perdiera la paciencia y se pusiera de nuevo en marcha, porque hacía una tarde maravillosa. Era absurdo exigirle a Tomáš que perdiera un tiempo tanpreciado. Fui entonces a la buhardilla y cené sin Tomáš. Luego tuve que cerrar la ventana para poder bajar la persiana. Esto, no obstante, significaba que Tomáš no podría entrar en casa, pero sin duda maullaría, yo escucharía sus maullidos y le abriría el portal, puesto que no podía saltar por la ventana.

Sin embargo, no escuché ningún maullido, a pesar de que reinaba el silencio. Por tanto, me acosté, apagué la luz y abrí la ventana. Pensé que Tomáš se habría entretenido en alguna parte y que vendría al alba. Pero Tomáš no vino ni al amanecer ni por la mañana, antes de marcharme al trabajo. Me dije entonces que seguramente se habría cansado demasiado y que probablemente habría dormido al raso, como era su costumbre, y que ahora, con la luz del día, no se aventuraba a venir a casa por temor a que la gente le arrojara piedras. En el cementerio me acordé de Tomáš unas cuantas veces. De cuando en cuando me entraba el pánico de que le hubiera podido ocurrir algo, pero luego pensaba que era un vagabundo experimentado, que sabía cuidar de sí

mismo y que con toda seguridad lo vería por la tarde, cuando regresara a casa.

Pero, cuando volví a casa, no había ni rastro de Tomáš por ninguna parte, por más que lo llamara. En ocasiones ocurría que Tomáš me gastaba bromas y se escondía adrede entre la maleza, pero siempre acababa asomándose cuando lo llamaba.

Empecé a tener miedo de veras. No era propio de Tomáš quedarse fuera tanto tiempo.

Tenía que ir al surtidor a buscar agua para cocinar y lavar. Me encontré allí con una vecina. Era la que en tiempos me estuvo preguntando por la casa. La evitaba en la medida de lo posible porque temía que se acordara de mí y que me denunciara por el ansia de que la casa quedara vacía de una vez.

Aquella vez, por el contrario, no le presté atención, pues andaba cavilando dónde se habría metido Tomáš y qué le habría pasado.

—Le oí hace un rato dando voces —dijo—. ¿Anda buscando a su gato?

—No es mi gato —respondí—. Ya sabe que no nos está permitido tener mascotas. Pero me visita a esta hora y ya me había acostumbrado.

—Bueno, ahora ya da lo mismo si era su gato o no lo era, porque está muerto, muerto del todo, y el viejo Buriánek, el del tejar, se lo llevó para despellejarlo y asarlo con ajo. Es un aficionado a los gatos, y hasta dice que el gato al ajillo es mejor que el conejo.

—Entonces, ¿lo mató el viejo Buriánek? —pregunté. Tuve que contenerme para hablar con calma. No quería dejar entrever a la vecina lo mucho que me dolía que hubieran matado a Tomáš.

—¿Cómo iba a pillar él a un gato tan espabilado! Estuvo acechándolo durante años, pero nunca lo consiguió. Se lo llevó del jardín en el que le dispararon. Fue a recogerlo.

—Y ¿quién le disparó?

—Pues ese señor con insignia que vive allí, junto al tranvía, en aquel chalé tan bonito. El que lleva uniforme. ¿A quién le está permitido disparar sino a ellos?

—Gracias, señora —dije—. Debo marcharme a casa... Buenas tardes y buenas noches.

Arrastré despacio la cubeta. El agua salpicaba el suelo, que la absorbía de inmediato. No estaba prestando atención al agua porque habían matado a Tomáš. Lo habían matado *ellos*, del mismo modo que querían matarme a mí.

No era relevante en absoluto si Tomáš era culpable o inocente. Lo habían matado porque tenían derecho a disparar, porque tenían rifles y se aburrían si no tenían a quién asesinar. Puede que Tomáš pasara por aquel jardín para cazar pájaros y que por eso lo mataran. Sin duda preferían los pájaros a los gatos. No obstante, Tomáš no podía saber que allí vivían *ellos*. No había aprendido aún a distinguir a las personas por sus insignias o uniformes. Tampoco sabía que yo llevaba una estrella, porque en tal caso, desde luego, no habría buscado refugio bajo mi techo.

Me encontraba otra vez solo y con un gran pesar por estar sin Růžena y sin Tomáš. Quería a Tomáš, y Tomáš también me quería a mí. No en vano había decidido alojarse en mi casa, a pesar de que lo alimentaba a base de cortezas y restos de comida que me daban en casa de Materna. Aunque no tenía que llevar la estrella, había sufrido en sus propias carnes muchos agravios, había sido perseguido y le había arrojado piedras gente a la que nunca había hecho mal. Tenía mucho en común con Tomáš, y nos entendíamos bien. Me dio lástima Tomáš, al que ahora se estaría comiendo asado al ajillo el viejo Buriánek. Sin duda se quedaría con un palmo de narices, porque la carne de Tomáš estaría tiesa y tendría más o menos la misma cantidad de grasa que la mía. Pero el pelaje de Tomáš, era muy bonito, suave y caliente, mucho mejor que mi piel. Siempre olía a aire fresco cuando regresaba por la mañana para entrar en calor en mi saco de dormir, y ronroneaba por lo bajini para no delatarse, porque temía hacer demasiado ruido. Había aprendido que jamás debía llamar la atención y que no debía confiar en nadie. Al final dio igual, lo mataron sin lástima ni piedad. No sabían nada de él y, pese a todo, lo mataron. No le sirvió de nada saber arrastrarse, esconderse entre la maleza, subirse a los tejados y trepar por los árboles. Tenían rifles y derecho a disparar a todo lo que se movía y vivía.

Tardé mucho en conciliar el sueño e intenté leer en vano. Todo en el piso me resultaba aborrecible y repugnante, incluso el cerco de humedad, que en verano se había encogido.

Entonces apagué la luz, bajé la persiana y lloré por Tomáš, de pena, rabia e impotencia.

Nada me consolaba ya, ahora que había perdido a Tomáš. No lo pasaba tan mal mientras estaba trabajando en el cementerio; lo peor era cuando estaba sentado en casa por la tarde junto a la ventana abierta o cuando me tumbaba los domingos en el jardincillo. Algunas veces llegaba a desear que me citaran por fin para el transporte; otras, me entraban ganas de abandonarlo todo, de meterme en un agujero y esconderme allí hasta el final de la guerra.

Me dije entonces que lo único que podía ayudarme en mi situación era el agua. Me estaba prohibida y junto al río vigilaban sus patrullas, pero eso era en la ciudad y sus afueras, donde el agua todavía estaba limpia, antes de llegar a los asentamientos humanos. Al otro extremo de la ciudad, en los arrabales en los que yo vivía, el agua corría ya sucia. Nadie se bañaba allí, excepto unos cuantos niños, y no había patrulleros.

—Esa agua me bastará —me dije—. No importa que hayan vertido en ella la inmundicia de la ciudad. Nada puede alterarla. Pronto se purgará de la mugre, en cuanto se aleje de la ciudad. Sigue siendo el mismo río que mana de las montañas, se abre paso a través de las rocas y los bosques, bebe de los arroyos y riachuelos, y crece hasta llegar a otra ciudad en la que la inunda la suciedad. La suciedad no importa, se puede limpiar con agua del surtidor y el jabón que no me venden, en lugar del cual compro un sucedáneo de arcilla. Esa suciedad no permanecerá en mí, aunque tuviera que restregarme arena, igual que no permanecerá la suciedad en el río cuando alcance de nuevo los campos y los bosques. Se hundirá hasta el fondo y el río volverá a estar limpio. Se mofará de quienes lo odian.

Me puse en camino el domingo. Anduve por la ribera. En aquel barrio podía caminar junto al río, porque en aquella zona estaba turbio y sucio y en la orilla abundaban los almacenes, que debía rodear.

En algunos puntos, allí donde desembocaban los canales o donde había fábricas en la orilla, el río apestaba. No había ni rastro de pescadores; sin duda los peces evitaban ese tramo del río. Caminé largo rato. El camino no tenía fin.

Dejé de encontrarme con gente, pues a nadie se le ocurría pasearse por ese distrito de la ciudad, inmundo y sórdido, junto a las factorías y las tapias. Seguro que allí vivía gente, pero irían a la colina o al extremo opuesto de la ciudad, donde el agua era pura y las orillas rebosaban bañistas porque el día era hermoso, uno de esos que saca a la gente de casa para ir al río o a las arboledas. Sin duda aquel día nuestro cementerio sería un hervidero. Sin embargo, no me apetecía ir. Me alegraba, una vez por semana, no tener que mirar las lápidas de mármol con inscripciones doradas ni las tumbas recién excavadas con carteles de madera. Me acordé de Tomáš durante el camino; lo habría traído conmigo. Seguramente nunca en su vida habría estado tan lejos y habría encontrado muchas cosas interesantes allí donde yo no veía más que vallas de madera, polvo y vertederos de basura. Sin embargo, Tomáš estaba muerto y a mí no me quedaba más remedio que buscar un agua algo menos sucia y turbia, una orilla en la que hubiera algo de hierba aún no asfixiada por el polvo ni pastada por las cabras.

Me encontraba ya en el límite de la ciudad. Detrás de aquella linde se extendía una región en la que no me estaba permitido internarme. Allí ya no había calles, sino caminos por los que se paseaban los carabineros. Era posible que detuvieran a los transeúntes. Me dio miedo cruzar aquella frontera.

En cualquier caso, no encontré hierba. Tuve que conformarme con lastras y arena sucia. El agua aún no estaba limpia, pero en la orilla no había ninguna fábrica ni ningún canal que desembocara en el río. Me desnudé y me adentré en el agua. Pese a todo, había unas cuantas personas bañándose. No tenía miedo ni de ellas ni de que me pudieran robar la ropa, pues no había nada en ella y además estaba raída. Me alegré de tener el cuerpo bronceado y de no diferenciarme del resto de los bañistas. Tan solo tenía una mancha blanca en el pecho porque en el camposanto trabajábamos solo con el pantalón y nos colgábamos la estrella al cuello. Solo en ese caso se nos permitía hacer una excepción, pues no podíamos cosernos la estrella a la piel.

Me sentí bien estando de nuevo en el agua después de tantos años. Volví a acordarme de Růžena, de cuando cruzamos nadando juntos el río. Růžena era, de lejos, mejor nadadora que yo, y a mí no me seducía cruzarlo porque en aquel punto era ancho y yo temía que no me alcanzara el aliento. Růžena, riéndose de mí, me prometió que me auxiliaría si llegaba a hundirme. Me sentí muy bien cuando alcancé la otra orilla del río y me tumbé luego con

Růžena en la hierba, muy juntos, mientras nos goteaban los bañadores. Nos sentimos bien cuando, agotados, nos secamos al sol.

Esta vez no atravesé a nado el río. Tampoco tenía la más mínima intención, ya que la orilla opuesta estaba aún más sucia y carecía de hierba. Preferí dejarme llevar por la corriente, flotando de espaldas y mirando al cielo. Me sentía bien flotando en el agua y contemplando el cielo. Ni siquiera me percaté de que el agua estaba negra y turbia, de que apestaba a petróleo.

Me sentí bien cuando me calenté al sol, aunque no estuviera echado en la hierba, cuando después volví a nadar en el río y cuando me vestí. Regresé a casa despacio, sintiendo una dulce fatiga. Me sentía como si volviera de la piscina a la ciudad una tarde de verano. Si hubiera podido, con toda seguridad habría culminado aquel día quizá con una buena película o una buena cena, o quizá con una cafetería o con música. Pero tuve que ponerle fin junto al portón en el que ya no me daba la bienvenida Tomáš.

Era un sinsentido llorar a Tomáš cuando estaba muriendo tanta gente. Me lo repetía pero no servía de nada. Me decía que Tomáš habría estado criando malvas desde hacía tiempo a causa del hielo y el frío si no hubiera encontrado abrigo en mi casa. En efecto, no habría podido aguantar durante tanto tiempo una vida de vagabundo. Podía haberlo matado una piedra o haberla palmado de hambre. Había sido pura casualidad que lo matara un arma. Jamás me habría ocupado de un gato callejero si aún fuera empleado de banca. No se me habría pasado por la cabeza compartir con él la comida o dormir en la misma cama. Sin embargo, resultaba inútil consolarme con semejantes pretextos. Lamentaba la muerte de Tomáš más que la de Robitschek.

Aquella noche, afuera, aullaba el viento. Estaba tan a gusto durmiendo junto a la ventana abierta. Soñé con Tomáš. Se encontraba en el paraíso de los animales, un verdadero paraíso en el que balanceaba a ratones sentados en columpios. Los columpiaba y les sonreía. Era dichoso y yo me alegraba de que lo fuera. Me alegraba de que existiera un paraíso al que pudieran ir los animales. No, no estaba triste, y en su pelaje no había rastro de heridas. Parecía más contento y entretenido de lo que jamás lo hubiera visto en vida. Ya no era precavido, desconfiado ni huidizo. Era el Tomáš de un libro de cuentos, el Tomáš de un cuento para niños, el Tomáš de la infancia, con tiosos bigotes bonachones y rostro alegre. Sabía que se hallaba en el paraíso porque incluso en mi sueño era consciente de que estaba muerto.

«¿Cómo es», me dije, «que a todos logran inocularnos el miedo? ¿Cómo es que todos obedecemos cuando la muerte es tan fácil? Solo podemos morir una vez. Nosotros, sin embargo, morimos mil muertes. Nos han enseñado a temer a la muerte porque nos hemos enredado en leyes y ordenanzas, porque las hemos empleado como conjuro para ahuyentar a la muerte. Tomáš se reía de sus leyes, y está muerto. Materna no se ríe de ellas, pero está vivo. No han logrado obligarlo a temer a la muerte».

Me levanté amodorrado a la mañana siguiente. No tenía ganas de ir a trabajar. A pesar de ser un día de verano, me costó conciliar el sueño y escuché disparos durante la noche. Antes también escuchaba disparos a menudo, pero no me percataba de ellos. Ni me iban ni me venían sus tiroteos. Sabía que a nosotros no nos fusilaban, puesto que consideraban que esa muerte era demasiado honorable. Lucían insignias en forma de calavera porque tenían a la Muerte en alta estima: la veneraban y la amaban. Cerca de mi casa había un campo de tiro y todos nos habíamos habituado ya a los disparos.¹¹ Nadie les prestaba atención. La gente de las casas circundantes alimentaba a los conejos, cavaba en los huertos, echaba grano a las gallinas y parloteaba en los porches. Algunas veces me topaba con soldados que subían al tranvía. No viajaba nunca con ellos porque una vez me echaron. Fue, no obstante, en la parada y pude esperar a otro. Estaban alegres y animados. Parecía que disfrutaban mucho disparando. Ni siquiera me empujaron del estribo; tan solo golpearon el suelo con las culatas mientras gritaban en su idioma: «¡Fuera!». No me produjo ninguna pena que me echaran. Me alivió librarme de su compañía. No me daba buena espina que estuvieran tan alegres. Sabía cómo se manifestaba su alegría. Quizá también estuvieran ebrios, porque voceaban y se gritaban en su lengua.

Sin embargo, esta vez escuché los tiros y no pude conciliar el sueño. Ya no estaban disparando a Tomáš, puesto que estaba muerto, pero tal vez estuvieran disparando a otros Tomáš. No nos disparaban a ninguno de nosotros porque era una muerte demasiado noble, pero me sentía como si me estuvieran disparando a mí. Era incapaz de dormir. Yo no tenía nada que ver con los tiros dispersos en la noche. No debía preocuparme por ellos en absoluto, del mismo modo que no se preocupaban por ellos los que alimentaban a los conejos, los que limpiaban sus conejeras, los que iban al cine y a tomar dos decilitros de vino de estraperlo con la cena. No obstante, ahora

que Tomáš había muerto, sabía que los disparos me apuntaban a mí. Me veía obligado a pensar en ellos, aun cuando pudiera criar conejos o ir al cine.

Ese día transportamos la verdura en carrito hasta nuestro comedor. Aquel trabajo no era tenido por malo, ya que te permitía atravesar la ciudad y perder el día entero. Era divertido empujar o tirar del carrito, parar en la esquina y esperar a la señal del guardia para sumarse al torrente de vehículos. Nos turnábamos, y aquella vez nos tocó al antiguo dependiente y a mí. Yo empujaba el carrito porque el dependiente estaba encantado de poder tirar. Decía que le recordaba los viejos tiempos, cuando conducía la carretilla como aprendiz. No llevábamos prisa, aún nos quedaba el día entero, porque el día apenas acababa de empezar y porque íbamos la mar de a gusto cuesta abajo. Era estupendo empujar el carrito de la verdura, un trabajo corriente. Nos sentíamos bien cuando transitábamos por la calzada esquivando tranvías y coches. Circulaban muchos vehículos por la calzada y nosotros íbamos tras ellos despacito. Nos adelantaban sus automóviles con banderitas, coches negros, lujosos, de los que se asomaban sus caras, satisfechas y altivas. No prestábamos atención a aquellos coches. Nos importaban un bledo porque nosotros transportábamos verdura que iba a alimentar a gente, la única verdura que se nos permitía comer, verdura de camposanto que cultivábamos con nuestras propias manos. No les prestábamos atención. No teníamos nada que ver con ellos. Estábamos trabajando y tirando del carrito mientras *ellos* iban a asesinar a alguna parte. No admirábamos su oficio, igual que *ellos* no admiraban el nuestro. Teníamos que obedecerles y actuar para su entretenimiento en el circo, pero no éramos sus esclavos, puesto que jamás los reconocimos como amos. Nos eran ajenos. Se nos habían impuesto. No entendíamos sus insignias, sus galones, sus caireles ni sus banderas. Íbamos por la calzada y transportábamos verdura, rica verdura que *ellos* jamás probarían. Podían hartarse de espárragos, los cuales no podíamos cultivar ni comer. Nos daban igual los espárragos, lo mismo que nos daban igual sus coches, porque ya nos habían desacostumbrado a amar las cosas. Y era bueno que en vez de cosas tuviéramos verduras que habíamos visto crecer con nuestros propios ojos.

Debíamos hacer un tramo del viaje por una calle principal llena de tiendas fastuosas, restaurantes y cafeterías. Debíamos atravesar un trecho de esa calle para acceder a una calle lateral, no había otra ruta. Avanzamos sin mirar a la

acera. Sabíamos que por esa calle transitaban *ellos*, que se hinchaban a comer tras las ventanas abiertas de los restaurantes y los cafés. Solo llevábamos verdura, pero sabíamos que podían envidiarnos incluso eso, puesto que eran codiciosos y ansiosos, y no sabían que la traíamos del cementerio. Pero no se percataron de nuestra presencia. Estaban demasiado enfrascados en los escaparates de las tiendas y en la buena comida. Dejaríamos atrás la calle pasando inad-

vertidos. Llevábamos las estrellas, claro, estrellas amarillas con un sinuoso letrero en una lengua extranjera, pero caminábamos por la calzada, en mitad del ruido de los cláxones y del traqueteo del tranvía. ¿Quién iba a mirar la calzada y nuestro carrito?

Sin embargo, al doblar la esquina, salió en tromba de un restaurante un grupo muy animado. Era exactamente mediodía, pero aquellas personas ya iban achispadas. Gritaban y se reían, seguramente por la comilona y la cantidad de vino que se habían echado al cuerpo. No eran de los suyos, porque no vi a ninguno de ellos con insignia ni uniforme y porque había entre ellos una señorita a la que conocía de una fotografía: la señorita entrada en carnes que actuaba en la película que pensé que vería Růžena, la señorita cuyo retrato vi en un escaparate.¹² Se rio junto con los demás al mirar a los dos toscos ganapanes con estrellas que brillaban impolutas sobre sus mugrientos abrigos. Era de veras un espectáculo gracioso, pues nuestro carrito era deplorable, estaba destartado y atado con alambre, y chirriaba con cualquier movimiento. Estaba siempre de servicio y no descansaba. Llevaban en él enfermos al mercado de radios y cadáveres al cementerio, cajas con objetos requisados a los almacenes y Dios sabría qué más. No podíamos engrasarlo porque teníamos prohibido comprar lubricante para ruedas. Constituía un espectáculo divertido para aquellas personas que salían del restaurante y, obviamente, se disponían a ir a nadar al río. Todo un divertido espectáculo para la rechoncha señorita, desenfadada y dichosa aquel día estival en el bordillo de la acera. No prestamos atención a sus risas, pues debíamos tirar del carro de verdura. No podíamos quedarnos mirándolos como ellos nos miraban a nosotros. No prestamos atención a sus palabras, fatuas y algo embriagadas. Eran personas bien vestidas que tenían mucho dinero, y por eso podían reírse de nosotros, que éramos pobres y estábamos escuálidos y solos.

—Hay gente a quien le van bien las cosas —dijo el dependiente al doblar la

calle—. No tienen preocupación alguna y nunca les falta un espectáculo divertido.

—Actúan en el cine —respondí—. Conozco a esa señorita. Proporcionan diversión a la gente y también ellos deben divertirse. En sus películas aparecen solo personas adineradas y felices, y ellos mismos deben vivir bien para poder interpretarlas. Y también tienen que reírse de los ganapanes con inmaculadas estrellas amarillas... La verdad es que somos unos adefesios.

—Jamás me he reído de personas que estuvieran pasando infortunios.

—Yo tampoco —dije—, pero en el cine eso sí pasa. Esa gente debe divertirse y reírse. Hoy se ríen de nosotros y luego se reirán de otros.

No conducía a ninguna parte explayarse acerca del animado grupo. Debíamos tirar del carro y no podíamos remolonear eternamente. Además, teníamos hambre y estábamos deseando comer.

No obstante, nos llevó un buen rato colocar la verdura en la bodega del comedor. Solo entonces fuimos a comer a la cocina. Como era tarde, el comedor estaba ya cerrado. En la cocina hacía bochorno, pero estábamos a gusto allí porque el cocinero jefe era conocido nuestro, un antiguo fabricante de corpiños que también había trabajado en tiempos en el cementerio hasta que ascendió a cocinero. Se trataba de un trabajo que todos le envidiaban, porque el cocinero nunca pasa hambre, aunque tenga que cocinar con raciones misérrimas. Nos quitamos los abrigos y nos sentamos sin estrellas a una mesa de madera. Comimos con los cocineros y los camareros. Nos sentíamos bien comiendo la verdura que habíamos cultivado. No podíamos empacharnos ni achisparnos, pero nos sentíamos bien, como si estuviéramos en casa, sentados frente a la cocina de leña en banquetas de madera, porque observábamos las ollas, las sartenes y las cacerolas, porque nos servíamos agua del grifo, porque podíamos coger cuanto quisiéramos de la fuente, aunque la comida fuera miserable y como de sopa boba.

Y después nos quedó toda la tarde libre, dado que habíamos cumplido ya con nuestra obligación. No teníamos que volver al cementerio. No sabía qué hacer con aquel día veraniego, pues no podía ir a nadar al río ni sentarme en un parque. Antes me habría alegrado ir a casa, tumbarme sobre la hierba y leer. Pero nada me confortaba en casa desde que dispararon a Tomás. Siempre me acordaba de él cuando buscaba en los bolsillos la llave del portal. Me ponía nervioso cuando estaba echado en la hierba, como si esperara que en cualquier

momento fuera a emerger Tomáš de los matorrales para darme la bienvenida. Y, sin embargo, no sabía qué otra cosa hacer. Como no quería volver al camposanto, caminé moroso por las calles. Me dije que esperaría al tranvía cuando me sintiera muy cansado. Avancé despacio por las calles de nuestro barrio. Tenía un aspecto lamentable, decrepito, bajo la luz del sol de la tarde. Parecía gris e indolente, estólido y ensimismado. Frente al edificio de la comunidad había corrillos de gente con estrellas. Las personas corrían enervadas de un corrillo a otro. Sin duda se estaba preparando un transporte. Siempre había corrillos en nuestra calle cuando se preparaba un transporte. Estaba claro que la gente andaba buscando la forma de salvarse en el último momento. Se daban consuelo, se contaban fantásticas noticias o iban de un lado a otro en busca de comida y enseres.

Recordé todas las flores que pasamos de largo cuando tirábamos del carro de verdura. Había montañas de flores, enormes montones de flores cuyo nombre ni siquiera conocía, flores atadas en ramos embutidos en jarrones, flores en maceteros y dispuestas en coronas con cintas. Gotas de agua resbalaban por las flores y sus tallos. Estaban tan frescas, tan alegres y caprichosas, como si crecieran en las aceras. Eran todas flores destinadas a los cementerios. No a nuestro cementerio, sino a los colindantes, a los que sí estaba permitido llevarlas. Todas debían adornar las tumbas y, allí, marchitarse. Debían celebrar la Muerte, redentora y consoladora. Aquellas flores arrancadas de los jardines eran un instrumento más para sobornarla, para adornarla con hermosos ropajes, para halagarla. Tenía que conformarse con aquellas flores traídas como sacrificio para que estuviera risueña y afable.

Me estaba acordando de aquellas flores tan pródigamente recolectadas para lisonjear a la Muerte, cuando avisté los corrillos: detenidos, en desbandada, en oleada por el barrio ceniciento, polvoriento. Aquella Muerte hacía oídos sordos a las súplicas. No había manera de sobornarla con flores; no había manera de lograr que fuera amable y risueña. Tampoco había manera alguna de cubrir sus andrajos. Pobre, pordiosera, tan solo el hecho de no tener más que huesos impedía que se pusiera una estrella en el lugar en el que debía estar su corazón.

Atravesé el barrio hasta su límite, allí donde comenzaba un barrio corriente del resto de la ciudad. Tuve que cruzar una de las calles principales, la cual

hacía las veces de frontera y había recibido un nombre ignominioso para recordar a todo el mundo que custodiaba nuestro barrio.

En las columnas de las farolas eléctricas se habían colocado altavoces. Nunca les prestaba atención y me esforzaba por pasar de largo a su lado. Siempre emitían marchas estridentes y noticias vociferantes acompañadas de estática y redobles. Aquel día se habían reunido bajo las farolas corrillos de gente que no se parecían en absoluto a los corrillos de los edificios de la comunidad. Estaban allí de pie en silencio, callados. No salían en desbandada ni se fundían. Parecían esperar una noticia que debía ser anunciada a través de los altavoces. Seguramente se trataba de una noticia importante, de lo contrario la gente no estaría perdiendo el tiempo de aquella tarde veraniega, tan fastidiosa en medio del polvo gris de aquella calle de nombre deshonroso.

Yo también me detuve, pero no me uní al grupo. Fingí mirar el escaparate de un anticuario. No era un escaparate lujoso. Había en él unas cuantas figuritas de porcelana de Sajonia, la talla de madera de un santo y muebles vetustos, pesados. Recorrí los rostros de las figuritas: no decían nada, tan solo sonreían, afectadas y obtusas, como correspondía a unas damas con peluca. No me gustaban sus caras, pero no me quedaba más remedio que mirarlas. No quería girarme hacia la calle para que no se viera la estrella, para que no fuera evidente que estaba aguardando la noticia, igual que el corrillo junto a la farola. No sabía a ciencia cierta por qué estaba esperando, pero tenía tiempo de sobra. No me apetecía irme a casa y tal vez se tratara, al fin y al cabo, de algo muy importante, aunque fuera sin duda una noticia que no me iba a hacer gracia, puesto que solían trompetear a través de los altavoces sus victorias, acompañándolas de marchas.

Me daban igual sus marchas y sus canciones, atronadoras y estruendosas, como su idioma. Solían emplearlas en las celebraciones durante las que se apoderaban de diversas cosas: ciudades, países o muebles. Ahora les prestaba oídos, plantado frente al escaparate de la tienda y mirando las rígidas sonrisas de las damas de porcelana. Ellas no reparaban ni en la música ni en mí. Era bueno que no repararan en mis penosas muecas ante las marchas.

Entonces resonaron unas palabras, pero no en su idioma. Era la noticia que estaban esperando los corrillos. El locutor hablaba con el acento que solían tener *ellos*. Ahora sabía lo que sabían los que estaban en los corrillos. Sabía que iba a celebrar la Muerte, pues aquella era la voz que *ellos* empleaban siempre

que se disponían a hablar de ella. Acerca de las cosas, de las ciudades, de las joyas de oro, hablaban en tono dulce y zalamero, pero homenajearon a la Muerte con voz dura y cortante.

«Fusilado», dijo el locutor, altivo y exultante, como si pronunciara una oración de acción de gracias. «Fusilado», repitió con brusquedad y afectación, y añadió unas palabras a modo de justificación. Aquellos nombres no caían gota a gota, como nuestros nombres al ser leídos en el oratorio. Se sucedían con rapidez, se vociferaban entrecortados y tras ellos sonaba siempre, lentamente, solemne, estridente, «fusilado». Eran multitud de nombres. Ninguno me resultaba familiar y tampoco estaba esperando ninguno en concreto. Contemplaba las figurillas de porcelana y escuchaba la voz chirriante del altavoz. En la calle reinaba el silencio aunque siguieran circulando tranvías y automóviles, aunque muchas personas pasaran de largo las farolas sin frenar para escuchar las noticias. Me pareció que todo se detenía, que incluso el agua se estancaba en el río cercano, que incluso las nubes habían dejado de navegar, porque el silencio se había aposentado en los rostros y en las extremidades de las gentes, hieráticas, yertas, mientras escuchaban junto a las farolas. «Jaroslav Pospíchal», dijo la voz. «Růžena Pospíchalová», continuó entrecortada, como si pronunciara nombres extranjeros. Y, después, como el sonido de fanfarrias victoriosas, sonó: «Fusilados». A continuación, otra vez, algunas palabras indiferentes.

Miré las figuritas con pelucas, de pie frente al escaparate. Me había aprendido ya de memoria cada rasgo de sus rostros. Aunque cerrara los ojos, no serviría de nada, pues seguiría viendo sus caras inmóviles, sonriendo estultas e impasibles.

«Růžena», me dije, «¿cómo es posible, Růžena? No tiene sentido. Hay cientos de Růženas Pospíchalovás, igual que antes había un montón de Josefs Roubíčeks, antes de que

se mencionaran sus nombres en la sala de oración. Todo se me mezcla en la cabeza porque por la mañana he estado tirando del carro, luego se ha reído de nosotros una señorita entrada en carnes que trabaja en el cine, después he visto corrillos de gente a la puerta de la comunidad, esperando al transporte, y ahora he estado mirando tanto tiempo las caras vacías de las figuritas de porcelana... Todo se debe a que no hago más que mirar cosas que no están vivas, que no se mueven. Tenía que haber prestado más atención a aquellas personas que

estaban en la acera riéndose, felices y achispadas a causa del exceso de buena comida y vino. Tenía que haberlas visto disfrutar del hermoso día y de la vida fervorosa. Růžena tenía que haber estado entre aquellas personas en la acera. No, jamás se habría reído si me hubiera visto tirando del carro. Me escolta la Muerte con sus tambores y pífanos, ante mí se abren las puertas del mercado de radios. ¿Qué tiene que ver Růžena con todo eso?».

No podía apartarme del escaparate. No me quedaba más remedio que seguir mirando los rostros inertes de las huecas estatuillas. No podía marcharme, tenía que continuar escuchando la voz cortante que provenía de los altavoces, que había pasado ya a una apática salmodia, porque ahora se repetía únicamente la palabra «ahorcado». Éramos nosotros los que quedábamos al final de la lista y en la indiferencia de la voz. Éramos nosotros, anónimos, cuyos nombres no merecían ser mencionados, dado que en cualquier caso éramos nombres condenados a muerte. Entonces la voz se detuvo y los corrillos se fueron dispersando. La gente se iba apartando de las columnas, arrastraba los pies en silencio por la acera. En los altavoces resonaban de nuevo las estridentes marchas, jubilosas sobre las ciudades y las cosas; de nuevo los tambores y los pífanos invitaban a su pueblo a irrumpir en otras tierras y ciudades en pos de más telas de seda, exquisitos vinos y enjundiosos manjares.

Al dejar atrás las farolas tuve que escuchar las marchas. Me acompañaron hasta el puente, donde ya no había altavoces. Caminé rápido para adelantar a las personas del corrillo. No se percataron de mi estrella. Me uní a ellas y mantuve el mismo paso cuando estaba cruzando el puente, ya que la acera era estrecha y no podía tomar la delantera.

Ahora sí deseaba estar en casa. No había allí ni una banqueta para sentarme y mirar el suelo. Polvo, sin embargo, tenía a espuestas, y no tenía que rasgarme las vestiduras porque estaban ya bastante harapientas.

Sabía que era Růžena de quien hablaba la voz de los altavoces. Era inútil intentar convencerse de lo contrario. Pero ¿qué era yo ahora, Josef Roubíček? ¿Por qué tenía que recostarme en la hierba contra la tapia del cementerio y escuchar cómo al pasar chirriaban los tranvías y traqueteaban los coches por la carretera? ¿Por qué debía coger la sopa con la cuchara y contar cuántos eran los anillos de grasa? Hacía tiempo que había perdido a Růžena y aquí estaba de nuevo para intercambiarlos los papeles. Ahora era Růžena la que estaba muerta y yo caminaba por el puente, con el río bajo mis pies.

Estaba vivo. Sabía que estaba vivo porque me obedecían las piernas, porque caminaba junto a otras personas al mismo paso y no me diferenciaba de ellas pese a llevar la estrella. No las miraba y ellas tampoco me dirigían la mirada, pero sabía que era uno de ellos. Habían estado escuchando, igual que yo, la voz del altavoz aunque en vez de las figuritas de porcelana miraban al suelo. Se encogieron ante la voz tajante y las marchas estruendosas.

Empezaba a comprender a Materna.

No sé cómo llegué aquel día a casa. Sin duda tardé un buen rato, porque fui todo el camino a pie. Estaba empapado, pero no recordaba que hubiera llovido. Me asomé entonces a la ventana abierta y vi que, poco a poco, dejaba de llover. Escuché el chorro de la lluvia al caer por el canalón, correr en un reguero por el jardín y marcharse a toda prisa hacia otra parte. Lamenté que no empapara la tierra. En aquel momento recordé la voz del altavoz, pero no lloré por Růžena. No podía llorar por ella como había llorado por Tomáš. Me quedé simplemente sentado en el marco de la ventana, respirando el aire húmedo. Me quedé allí como atontado, sin pensar en nada. Me pareció oír disparos otra vez, pero no pensé en ellos, no les presté atención. No hacía más que repetir para mis adentros las palabras «maizembargo» y «doceducto»: eran las palabras a las que me aferraba. Y entonces arremetí contra la pared y comencé a darme cabezazos contra ella. Quería sentir dolor. ¡Cómo deseaba sentir dolor! ¡Cómo deseaba tener la cabeza ensangrentada, herirme en la frente para despertarme! Me golpeé con los puños para que el dolor llegara más rápido. Luego, sin embargo, me serené. Me lavé y fui a casa de Materna.

Aún tenía la ropa mojada. Me la había manchado de blanco con la cal. Incluso la estrella estaba blanca. Aunque debía permanecer limpia, me daba igual. No me fijé en la estrella cuando salí del portal y me dirigí, de memoria, a casa de Materna. Me senté, como de costumbre, en una banqueta y me dieron mi té. Me quedé en silencio. Materna estaba enfrascado en la conversación con sus amigos y solamente me hizo un gesto con la cabeza. Luego, sin embargo, le pareció

que me pasaba algo, porque la ropa me pingaba y comenzaba a echar vaho en la bochornosa habitación, que permanecía a oscuras.

—¿Dónde ha andado? —dijo Materna—. Parece un adefesio y está chorreando. ¿Acaso no le han renovado el permiso?

—No —respondí—. Pasaba al lado de las torres eléctricas... y escuché que leían una lista de fusilados. Se encontraba entre ellos una conocida mía.

—Pero ¿en qué planeta vive? —exclamó Materna—. ¿En la Luna? Pero si lo anuncian un día sí y otro también. ¿Es que no lee el periódico?

—No —dije—. Tampoco escucho sus programas de radio. Paso el día entero en el camposanto y allí no hay columnas con altavoces. Al lado hay otros cementerios, pero tampoco allí los han instalado. En nuestro cementerio reina el silencio y nadie habla de estos asuntos. La gente solo está preocupada por los transportes, no les interesa otra cosa. A veces entierran allí a los nuestros, y entonces vienen los sepultureros y nos cuentan historias terroríficas. Ya mencionaron algo de los ahorcados, pero cuentan tantas historias y tan extrañas que no puede uno acordarse de todas. En el camposanto decimos que son relatos de ficción que han leído en libros y con los que bravuconean ante nosotros.

—No —contestó Materna—. Ya va siendo hora de que salga de ese cementerio suyo. Vive usted como un caballo con anteojeras. ¿Va a decidirse a ello, con todas las consecuencias, como Dios manda, o pretende rajarse de nuevo y esperar a que vengan a por usted?

—No —dije—. Ahora la cosa está clara. Entiendo que no puede ser de otra manera.

—Entonces no hablemos de ello.

Me fui a casa. Me acosté. Ya no tenía que seguir dándome cabezazos contra la pared. Se me hacía raro haberme decidido tan fácilmente, casi a la ligera, ahora que Růžena estaba muerta y no tenía por qué vivir. Jamás volvería a ver a Růžena cuando acabara la guerra, si sobrevivía. Pese a todo, había tomado la decisión de intentar seguir con vida. Ahora sonreía: ya no tenían poder sobre mí, pues mi vida no tenía ningún valor para mí. Me reí también de mí mismo por tomarme en serio sus leyes, por someterme a sus reglamentos. Me reí por primera vez desde la época en que destrocé el mobiliario y la casa, cuando sabía que no podían arrebatarme nada. Entonces los gané por la mano: podía reírme imaginando lo sorprendidos que se quedarían cuando no me sacaran más que la mesita de café y una casa en ruinas en la que no podrían alojarse. Igualmente me reía ahora de ellos al imaginar que nada más me arrebatarían, si me atrapaban, una vida que ya no tenía para mí ningún valor. Podía reírme de sus calaveras, de sus tambores y pífanos, de su circo y sus botas herradas. ¡Qué ridículos resultaban ahora que intentaban quitarle la vida a Josef Roubíček, empleando tanto esfuerzo, papeleos y formularios! No iba a salirles a cuenta

Josef Roubíček. Estaban malgastando su trabajo. Me imaginé lo que ocurriría si volviera a encontrarme con la rechoncha damisela de la película y sus acompañantes. Ahora sería yo el que se riera de ellos. Dejaría el carro.

«Qué ridículos sois, ahí plantados en el bordillo de la acera, con vuestros trajes planchados, vuestros rostros satisfechos, vuestras panzas repletas. Teméis que os quiten todo eso y, sin embargo, no está tan claro que no vayan a sonar también vuestros nombres por el altavoz. Yo ya no tengo miedo de nada. No tengo ya ni nombre ni vida. No me cambiaría por vosotros, ahí en la acera, porque soy libre en la calzada.» No me comprenderían. Me tendrían por loco. Pero dejarían de reírse porque nunca se les habría ocurrido que pudiera incorporarme y mirarlos con una sonrisa a los ojos. De todas formas sería una pérdida de tiempo. ¿Por qué habría de dirigirles la palabra a unos lacayos que eran capaces de reírse aun cuando desde las columnas resonaban los nombres de sus conocidos? ¿Eran capaces de reírse simplemente por conseguir buena comida, por poder vestirse con elegancia y dormir en pisos bien amueblados?

A pesar de todo, me sentía bien, metido en mi saco de dormir, sin tener que pensar ya si sacarían mi número del fondo del cajón del archivo. Sin tener que pensar en cómo leerían mi nombre en el oratorio. Sin tener que pensar en cómo conseguiría las cosas para el transporte. No necesitaba preocuparme ni de la escudilla ni de las pastillas de vitaminas. No tenía que envidiar a nadie por llevar en su macuto un limón y algodón en los oídos. Me sentía bien por no tener ya que preocuparme, por no tener ya ni la esperanza de quedarme milagrosamente en la ciudad fortificada. Recordé una vez que caminaba por una carretera y el viento primaveral me azotaba las sienes. Recordé que entonces tampoco sabía a dónde me dirigía porque me había confundido de camino al querer tomar un atajo y luego me pareció que volvía por donde había venido. En aquel instante, caminando por la carretera, me dio igual porque caminaba contra el viento, porque notaba que iba a arrancarme la gorra de la cabeza, que me quería derrotar. No me importó porque iba bien vestido y al costado llevaba un morral con todo lo que necesitaba. No, no podía pasarme nada en aquella carretera, fuera en la dirección que fuera. Al fin y al cabo, a algún sitio llegaría. No estaba nada cansado, no tenía que preocuparme por el viento ni por el camino ni por la dirección.

Cuando me levanté por la mañana, empecé a silbar. Hacía siglos que no silbaba, porque hacía también siglos que no tenía baño. Estaba silbando pese a

no tener baño. Estaba deseando salir a la calle y esperar el tranvía. Ahora podía mirar a la gente a los ojos y subir tranquilamente al tranvía, aunque fueran a echarme al rato, porque ya no me incomodaba la estrella. En efecto, estaba sonriendo cuando, de hecho, fui expulsado en mitad de la ciudad al andén y tuve que aguardar largo rato a que viniera un tranvía en el que hubiera suficiente espacio. No me importó ni el desdén ni la lástima con los que me miraban las personas que estaban esperando.

—Era un piso precioso —relataba el corredor de apuestas cuando nos tumbamos otra vez en la hierba con los enterradores—. Había una gran mesa de comedor que estaba preparada para la comida. Todo como Dios manda: sobre la mesa un jarrón con flores, platos de porcelana de Karlovy Vary, bonitos cubiertos y servilletas. En la mesa había quedado una botella de vino medio llena y bajo la mesa había unas cuantas botellas vacías. En un plato quedaban restos de comida. Era evidente que había sido un festín. Y en las sillas estaba sentada toda la familia. Todos perfectamente vestidos de fiesta y tiesos como estatuas. En vez de tarjetones tenían en sus puestos los números del transporte. Estaba claro que eran personas acostumbradas a vivir la buena vida y a nadar en la abundancia, que tenían debilidad por las buenas maneras, y que por eso habían tomado la decisión de morir con buen gusto. Ciertamente eran tan educados que dejaron una carta pidiéndonos disculpas, a nosotros, a los sepultureros. Y lo más terrible es que aquellas personas sentadas a la mesa estaban sonriendo. Sí, tenían en la cara una sonrisa que solo desapareció cuando se les descolgaron las mandíbulas. Así que me dice Egon, aquí presente: «Voy a beberme esto, muchachos. No vamos a dejar aquí este vino. Mirad, si es Aszú de Tocaji y, además, una buena cosecha. Yo entiendo de esto... Era viajante». Y nosotros le respondemos que estará envenenado, pero Egon insiste en que no, que seguro que no porque eran gente decente. «Vertieron el veneno en las copas. ¿Para qué iban a echarlo en la botella y estropear un buen vino?» Así que nos lo bebimos y era de veras un vino maravilloso. Nos reconfortó el estómago y después todo se nos dio mejor. Los arreglamos que daba gusto verlos, solo que resultó muy difícil porque no podíamos ponerlos rectos, dado que se habían quedado rígidos sentados en aquellas sillas.

—¿Tenían cosidas las estrellas? —preguntó el abogado.

—Las tenían, y les quedaban muy bien sobre la ropa oscura. Eran las estrellas

nuevas que les habían sido asignadas para el transporte y tenían un respunte muy bonito.

—¿Y dice usted que sonreían? —pregunté yo.

—Sí, sonreían. Y eso era precisamente lo más horrible. No, no era una mueca, eran sonrisas, como cuando uno está satisfecho porque algo le ha salido bien. Puede que fueran los efectos del veneno, aunque el médico dijo que no se trataba de ningún veneno especial, aparte de que ahora se haya encarecido porque escasea.

—Les envidio el coraje —dijo el abogado—. Yo no sería capaz. Envenenarme yo, pase, pero ¿a mi mujer y a mis hijos? ¿Cómo podían sonreír ante eso?

—No lo sé —dijo el corredor—. En nuestra profesión ve uno de todo. Todavía hay en el mundo gente que es capaz de reírse. Teníamos en nuestra cuadrilla a un tipo que se reía al recordar que aún vivía en un piso con calefacción central y que no lo habían descubierto. Y cuando se dirigía al transporte seguía riéndose al recordarlo. Cada cual es de su padre y de su madre... Eso es algo de lo que uno se da cuenta perfectamente en las carreras.

—Pues sí. Yo también tenía que reírme a veces —dijo Egon—. Ya saben, cuando viaja uno con artículos que se venden mal, tiene que convencer al cliente como sea... Yo me sabía chistes que me envidiaban todos los viajantes. Pero con los cadáveres se me han olvidado. Es un negocio distinto.

—Quedamos cada vez menos —dijo el abogado—, de los suyos y de los nuestros.

—Era un mal transporte —explicó el corredor de apuestas—. No me extraña nada lo que hizo aquella gente. Igual tenían razón en reírse. Aquel transporte iba derecho al Este, sin hacer ninguna parada. Dicen que tiene que ver con los fusilamientos que están llevando a cabo.

—A nosotros no nos fusilan —replicó el abogado.

—No, pero deben compensarlo de algún modo. A esos transportes los llaman «de castigo».

Todos se quedaron en silencio. Cuando el miedo volvía a llevar la voz cantante, los seres humanos eran incapaces de hablar. Sin embargo, en aquella ocasión yo no tenía miedo. Por primera vez en todo aquel tiempo no tenía miedo. No obstante, era incapaz de hablar. Tampoco sabía qué decir. Sabía que estaba solo y que ya no podía entenderme con nadie.

Sabía que pronto volverían a caer las hojas y que nosotros volveríamos a rastrillarlas. Sabía que volvería a expandirse el cerco de humedad de mi buhardilla. Sabía que en el camposanto habría otras personas, pero que hablarían igualmente del circo, de los transportes, y de las detenciones, y de comida. Y en invierno volvería a sentarme con ellos frente a la estufa y a beber tisana de flor de tilo o de escaramujo. O no me sentaría ya con nadie, puesto que la gente escaseaba hasta tal punto que al final le llegaría el turno a la ficha traspapelada en el archivo. Para cuando le llegara, yo ya no iría al circo. No haría el payaso para nadie. Me reiría de *ellos*.

Una vez en la calle, mientras estaba riéndome para mí mismo, volví en mí al darme cuenta de que la gente me miraba confusa. Sin duda les resultaba raro que se riera una persona con estrella, así, para sí mismo, sin motivo. Tal vez me tuvieran también por loco.

Por la noche vino Růžena a visitarme. Me percaté de que iba vestida de forma algo inadecuada, pues llevaba puesto un traje de chaqueta de vestir y de entretiempo, aunque estábamos en verano. Seguro que estaba pasando calor con ese traje. Lo conocía bien: era de un sólido paño inglés y a Růžena le gustaba mucho. Siempre había sentido debilidad por las cosas duraderas, bien hechas y sencillas.

—He venido a ver qué haces —dijo.

—He aprendido a reír de nuevo —expliqué—. Es lo único que me queda.

—¿Ya no tienes miedo? —preguntó Růžena.

—No —respondí—. Estaba frente al escaparate de una tienda de antigüedades y escuché tu nombre por un altavoz. Y luego me di cabezazos contra la pared. Todo va bien, Růžena. Ya te entiendo. Ya puedo hablar contigo tranquilamente. No hay nada que pueda cambiar. Son dementes y no lo comprenderían. Son mamarrachos que aman la Muerte y las cosas. Están tan muertos como sus objetos. Pero nosotros estamos vivos, Růžena. Al menos tú estás viva.

—Sí, estoy viva, Pepík —dijo Růžena—. No sé cómo lo has descubierto, pero es verdad. Había venido a decírtelo, pero ya lo sabías. Eso está bien, Pepík. Ahora te sentirás mejor.

Y entonces se fue. Desapareció sin que yo supiera cómo. Me desperté y miré a través de la ventana abierta la mañana en calma.

Recordé que aquel día era mi cumpleaños. Al parecer, Růžena había venido a

felicitarme, pero luego se le pasó. Nos ocurría bastante a menudo que se nos olvidaban las cosas importantes cuando nos veíamos, porque teníamos poco tiempo, pero no nos importaba, dado que ya lo sabíamos. Ahora alguien debería traerme a la cama una gran taza de café y un buen trozo de tarta, como solía hacer antaño mi tía, cuando era pequeño. Yo siempre fingía que no sabía que era mi cumpleaños, que lo había olvidado, a pesar de haber estado esperando aquel desayuno desde la noche anterior. Mi tía se llevaba una alegría, pero enseguida pasaba a un tono lastimero y empezaba a hablar de la tía Klára, su hermana menor, a la que más quería, la cual había muerto a los dieciséis años. Yo no conocía a la tía Klára, pero ahora ya sabía que no volvería de la tumba. Con todo, mi tía me lo repetía últimamente a la mínima ocasión.

Tampoco sabía dónde se encontraba la tumba de mis tíos, si es que la tenían. No había recibido noticias de ellos, aunque ya había pasado mucho tiempo desde su partida. Pregunté por su transporte, anoté sus números, pero nadie supo decirme nada de su tren. Averigüé que su suerte estuvo parado unos tres días en una estación secundaria para partir luego otra vez al Este. Nadie se preocupó por saber a dónde había ido el transporte. Llevaba a ancianos y enfermos. Nadie quería hablar de él, tal vez para que no emergieran las manchas sanguinolentas de la sala de oración. A nadie le importaban las manchas sanguinolentas cuando costaba tanto trabajo agenciarse manteca. Solo quedaron tras ellos los números que apunté en mi libreta, pero no sabía qué hacer con aquellos números que me observaban como vacíos de entendimiento. Deseé que al menos se hubieran transformado en lápidas, probablemente sin inscripciones doradas, pero ni siquiera eso era posible. Me habría conformado con unas tablillas de madera al fondo de un camposanto. Me habría conformado hasta con un diente de león. No, no debía preocuparme ni por Růžena ni por Tomáš, que seguían vivos, pero necesitaba un recuerdo de mi tío y de mi tía para poder mostrarles mis respetos. No podía mostrarles mis respetos a unos números.

Salí al jardín, agarré la pala y me puse a cavar un hoyo. Me dije que plantaría en recuerdo suyo una flor, pero luego caí en que una flor no sobrevive al invierno. Me quedé frente al hoyo sin saber qué poner dentro, y entonces me di cuenta de que rodaba por la calle una castaña que se debía de haber dejado olvidada un niño. Cogí la castaña y la planté en el hoyo. Imaginé que un día crecería. No importaba en absoluto si yo lo vería alguna vez. No importaba

que nadie supiera en recuerdo de quién lo había plantado. Lo importante era que germinaría un árbol nuevo, que había transformado los números en algo vivo que crecería según sus propias leyes.

Y entonces volví a acordarme de que era mi cumpleaños y de que nadie me había regalado nada. Necesitaba que alguien me regalara algo, porque siempre había recibido presentes por mi cumpleaños, excepto los años en los que *ellos* me habían gobernado, pero esos no contaban. Ahora que me había desembarazado de *ellos*, ahora que para mí ya no estaban sobre la faz de la tierra y que yo me sentía otra vez vivo, tenía que recibir un regalo, pues el cumpleaños es una vez al año y con él se mide cómo avanza el tiempo. Y como era consciente de que nadie sabía que era mi cumpleaños y que, aunque lo supiera, de todas formas no me regalaría nada, tuve que regalarme algo yo mismo.

No podía regalarme nada para comer. Aunque lograra conseguir algún manjar de estraperlo, no sería un regalo, dado que siempre andaba hambriento y habría devorado cualquier cosa sin espíritu festivo. Tampoco me hacía ilusión ninguna cosa. No necesitaba nada. Me había vuelto demasiado exigente. No sabía qué podía hacerme ilusión, qué me alegraría. Había visto cómo transportaban a los almacenes álbumes familiares, chucherías que adornaban los pisos. Había entre ellas figuritas de porcelana y cornamentas de ciervo. Había entre ellas edredones bordados y castillos tallados en madera. Ahora esos objetos rodaban por los carromatos, apelotonados e inútiles, y eran arrojados con desdén a los almacenes para ser clasificados como desechos industriales. No, no me importaban ese tipo de cosas.

Así que decidí que me regalaría un espejo de bolsillo. Tenía únicamente un fragmento en el que me miraba solo cuando me afeitaba. Aquel pedazo no reflejaba demasiado, estaba ya opaco y lleno de arañazos, pero eso no me incomodaba. Habría podido afeitarme incluso sin él. Era solo por costumbre que necesitaba para el afeitado un espejo. Pero si tuviera un espejo de bolsillo, podría mirarme. Ahora quería ver qué aspecto tenía. Y además era posible comprar un espejito en cualquier puesto callejero. No resultaba imprescindible ir a buscarlo a una tienda. Decidí entonces comprármelo. Me puse contento de inmediato por tener un regalo de cumpleaños, divertido y simpático. Me compré el espejito al cambiar de tranvía. Comprar lo fue de lo

más sencillo: me acerqué al quiosco, me tapé la estrella con la cartera, elegí uno en el mostrador y pagué. El espejo era poca cosa, pequeño y redondo, forrado con papel negro, pero cabía en la mano y podía metérmelo perfectamente en el bolsillo. Estaba impaciente por mirarme en él. Quería tener tantas ganas de verlo como siempre había tenido ante la perspectiva de un regalo de cumpleaños.

Entré al portal de una casa y me miré la cara. Y entonces me di cuenta de que no tenía que haberlo hecho. Aquel espejo no tenía que haber servido para mostrar mi imagen. Tenía que haberlo usado para reflejar la luz sobre la desconchada pared de mi buhardilla. Porque entonces vi por primera vez qué aspecto tenía Josef Roubíček, y no era agradable de ver. Vi un rostro demacrado en el que sobresalía una gigantesca nariz. Vi dos líneas que constreñían una boca lastimosa. Vi una piel cenicienta, arrugas en la frente y unos ojos hundidos tras las gafas. No conducía a ninguna parte mirarme a la cara el día de mi cumpleaños. Allí no había nada de interés. Me había ilusionado en vano y en vano había comprado el espejito. No iba a necesitarlo. Se me escurrió de la mano y se rompió en mil pedazos contra el suelo de azulejos. Salí de la casa sin mirar siquiera los añicos y volví a reírme de mí mismo, de mi vanidad y mi empeño. No, así no podía volver a la vida.

Sin embargo, estaba contento por haber logrado reírme. Era bueno reírse el día de tu cumpleaños. No necesitaba una tarta ni un regalo por mi aniversario. Era tan inconmensurablemente rico que ya no podía regalarme nada. No podía parar de reírme para mí mismo mientras arrancaba zanahorias de la zanja en el cementerio.

—¿Es que le ha pasado algo divertido? —preguntó el abogado—. ¿O es que tiene noticia de que han detenido los transportes?

—No sé nada de eso —contesté—. No ha pasado nada. Es que hoy es mi cumpleaños.

—Pero eso no es divertido —me espetó desdeñoso el abogado.

—No —respondí—, pero ¿por qué no debería reírme de ello?

El abogado me dio la espalda. Yo volví a inclinarme sobre la tierra y a arrancar zanahorias del barro seco que se desmenuzaba. No podía parar de reír.

XXIII

Ahora me parecía que los días pasaban monótonos. Ahora que no tenía miedo era un mal oyente para las historias sobre la ciudad fortificada y los viajes al Este. No obstante, observaba más la ciudad. Contemplaba sus edificios y pasajes. Imaginaba que me perdía por sus calles. Miraba los barquitos sujetos con cadenas al embarcadero e imaginaba qué piedra haría falta para romper el candado. Soñaba con corredores subterráneos y grutas. Recordé el tejatzo pero lo descarté, pues, aunque estaba resguardado, allí seguro que me encontrarían y me delatarían. Prefería imaginarme un agujero excavado en una ladera, en algún lugar junto al río, perfectamente camuflado entre la maleza, desde donde podría mirar a la gente tomando el sol en las piscinas. Pero allí sin duda me rastrearían los perros que se cuelan entre los matorrales. No quería pensar en una cabaña en los bosques. Materna me había dicho que era una mala idea, porque todos se darían cuenta de que la cabaña estaba habitada cuando saliera humo de su chimenea.

Sabía que al principio no podría salir. Me había acostumbrado a la esclavitud. Mis movimientos eran inseguros, miraba constantemente al suelo y me sentía incapaz de mirar a la gente a los ojos. Ahora sabía qué me diferenciaba de los demás. Sabía que no hacía falta la estrella para reconocernos. Tenía que aprender a caminar con paso firme, a abrirme paso en el tranvía, a avanzar con la cabeza bien alta por la acera. No podía sobresaltarme ni por los uniformes ni por las insignias. Debía rememorar mi antigua forma de andar. Creía que lo lograría. Recordaba cómo tras una grave enfermedad había aprendido de nuevo a caminar y lo pronto que lo hice. Ahora tenía que regresar a casa, a épocas pasadas, pero resultaba difícil, ya que debía despedirme de los hábitos de estos últimos años. Y ya no era Josef Roubíček, empleado de banco, y no sabía exactamente qué era ahora ni qué sería en el futuro.

—No aguantaré —me decía—. Tendré que escurrir el bulto porque ya no habrá horas de oficina, no saldré cada día con mi cartera bajo el brazo ni

compraré el periódico en la esquina. Seré un fantasma con un nombre prestado.

—Aguantaré —me decía—. Todo el mundo es ahora un fantasma. ¡Qué importa uno más! No hay ninguna certeza cuando graznan los altavoces y, sin embargo, la gente camina por la calle y empuja carritos por la calzada.

Había empezado a llover y nosotros pasábamos cada vez más tiempo sentados en la sala de oración. Había ya poca gente en el cementerio, porque no quedaba más y porque la que quedaba debía transportar los objetos expoliados a los almacenes. Los sepultureros seguían siendo los mismos, dado que hacían más falta que nunca. Volvimos a rastrillar las hojas, pero a sabiendas de que ya no las emplearíamos como abono; a sabiendas de que en primavera ya no quedaría nadie en el camposanto. Pese a todo, íbamos allí cada mañana y nos marchábamos al finalizar nuestro horario laboral. Pese a todo, venían a hacer inspecciones, aunque no había qué inspeccionar. Pese a todo, debíamos ir a la comunidad a buscar el permiso para viajar en tranvía. Pese a todo, rellenábamos formularios e íbamos a las revisiones de la oficina de empleo. Seguía habiendo demanda de personas fuertes y bien nutridas, pero escaseaban y hubo que fabricarlas de forma artificial a partir de individuos incapacitados, mediante el método de cambiar las cifras de su aptitud laboral. Las personas que habían sido declaradas fuertes construían carreteras, cavaban zanjas, partían piedra en las canteras, mezclaban cemento y acarreaban ladrillos. Pero igualmente los llamaban a los transportes; el trabajo duro no los protegía, ya que en su lugar incorporaban a otros aún más débiles. Todo se podía con los números. Con un número era posible convertir a una persona débil en un forzudo. Con un número era posible convertir a un ser humano en una fiera de circo.

Sin embargo, yo ya no me preocupaba por los números. Sabía que nadie me transformaría en número. Tampoco los médicos de la revisión pudieron metamorfosearme en forzudo, aunque lo intentaron seriamente. Así que permanecí en el cementerio entre ancianos e inválidos. No me sentía a gusto con ellos porque no hacían más que recordar los viejos tiempos y hablar de sus achaques. Eran enfermedades de excepcional trascendencia ante las que meneaban la cabeza doctos catedráticos, famosas enfermedades sobre las que versaban revistas médicas. Ahora habría preferido las conversaciones sobre comida, pero los ancianos e inválidos no hablaban de eso. Ellos tenían la

dentadura y el estómago estropeados. No les habría sido de ninguna ayuda que les organizaran el banquete de sus sueños, pues no podían hincarle el diente a tan exquisitas viandas. Tampoco había nada de interés en sus conversaciones sobre los viejos tiempos, ya que todos habían vivido vidas corrientes y molientes en las que solo ellos veían destinos extraordinarios y excepcionalmente amenos. Hablaban mucho de la Primera Guerra. Sonreían al recordar los desfiles y los permisos. Lo único animado eran los relatos de los sepultureros, pero estos no podían entretenerse mucho en el camposanto, puesto que tenían demasiado trabajo.

Empezó a nevar y ya no pudimos rastrillar hojas. Sentados de nuevo frente a la estufa, bebíamos infusión de tila, cabizbajos. Ya no había nada que me atara al cementerio. No tenía nada en común con los ancianos y los inválidos encogidos junto a la estufa. Me encontraba en otra parte: en los pasajes, las grutas y los corredores. Vivía con otras personas. Pasaba mucho tiempo tumbado dentro del saco de dormir y leyendo libros. Ahora que no tenía a Tomáš, no tenía de quién cuidar ni con quién hablar. Iba más a menudo a casa de Materna y escuchaba con más atención las conversaciones que allí tenían lugar. Empecé a interesarme por la guerra y a intentar adivinar cuánto duraría. Puesto que la guerra y su duración eran importantes para mí, seguía las batallas marcadas con cruces en el mapa, porque sabía que en ella se luchaba también por mi vida. Ahora que había vuelto a integrarme en el género humano y que había unido mi destino al suyo, se trataba también de mi guerra. No obstante, se me hacía pesado vivir en el cementerio, se me hacía pesado hablar allí con la gente, pedir prestada la cucharilla para revolver el té y escuchar su cháchara sobre los viejos tiempos. Me sentía bien al salir, aunque sabía que me esperaba una gélida buhardilla y que tardaría un buen rato en encender la estufa. Me llevaba en secreto madera que astillábamos de los bancos de la iglesia. No había ninguna ordenanza que nos prohibiera acarrear leña y, aunque la hubiera habido, me habría dado lo mismo. Pedía prestado el periódico a Materna y buscaba noticias importantes entre líneas. Observaba los rostros de la gente en los tranvías, por si revelaban alegría por alguna buena noticia.

Era imprescindible habituarme a esa vida. Era imprescindible convencerme de que era otro Josef Roubíček que ni siquiera respondía a ese nombre. Era imprescindible obligarlo a que sus pies no salieran corriendo al pasar un

hombre de uniforme. Era imprescindible obligarlo a que caminara impasible ante las tiendas de los miembros de Vljaka, en las que se exhibían fotografías y lemas ultrajantes. De momento había aprendido a reírme, y el mérito era de Růžena. En cualquier caso, no era una verdadera risa. Al parecer era necesario que estirara las comisuras de los labios. Era una risa forzada y desesperada. No había en ella ni pizca de alegría.

Entre los ancianos e inválidos hasta la Muerte perdía su esplendor. Se aferraban a la vida, pero no podían sostenerla con sus manos endebles. Nunca hablaban de ella; temían incluso pronunciar su nombre. Los que se sentaban antaño frente a la estufa, antes de marchar al Este o a la ciudad fortificada, decían su nombre a menudo, con reparos, con burlas inútiles o con pena. Estas personas, por el contrario, nunca hablaban de ella. Ni siquiera yo hablaba de ella. La aceptaba con estoicismo, no era uno de sus súbditos.

Ya no tenía que esperar siquiera al mensajero. No había mensajeros, porque todos se habían marchado. Debía ser mi propio mensajero. Debía recoger y hacer entrega de la citación yo mismo. Debía ejecutar el ritual completo yo mismo. Ya no había ningún timbre secreto ni ningún golpe en la puerta cerrando la escena. El humo salía de las chimeneas cuando llevé la citación a casa, cuando la llevé conmigo en el tranvía, en el bolsillo de la pechera, el humo de las estufas en las que se cocinaban las cenas frente a las cuales se sentaría en breve la gente para comerlas con calma, paz y tranquilidad. Era un día de invierno. Las calles no estaban iluminadas. En el tranvía solo titilaba la luz azul de seguridad. Los rostros de la gente eran cadavéricos. Con aquella luz no podía leer bien la citación, pero tampoco hacía falta, porque me sabía al dedillo su contenido. No se diferenciaba en nada de otras citaciones entregadas en mano a centenares de personas por mensajería especial. Era bueno ser tu propio mensajero, no tener que mirar a la cara al heraldo. Era bueno poder prescindir de la comitiva. Tampoco vendría nadie a traerme una estrella o a ayudarme a hacer el equipaje. Vendrían solo los que inventariaban los muebles y los que los trasladaban, pero yo ya no estaría en el piso para ver sus rostros atónitos cuando se llevaran en su enorme camión una mesita de café.

En cuanto llegué a casa, bajé las persianas y puse la citación en el palanganero. Entonces, cuando estaba intentando decidir si debía encender la estufa, puesto que ya no haría ni frío ni calor; entonces, cuando eché un vistazo a mi alrededor, a las paredes desnudas, buscando algo que destruir o

que llevarme, empecé a dudar. Sabía que debía encender el fuego, no porque necesitara calentarme, sino para quemar las míseras cuartillas en las que estaban mis garabatos, las palabras en inglés, las absurdas invitaciones de tiempos remotos, los permisos para viajar en tranvía caducados. No había cartas de Růžena, pues las había incinerado hace tiempo. Empecé a dudar porque se estaba apoderando de mí el cansancio. Ya no tenía miedo, pero estaba exhausto. Habría sido más cómodo subirme al transporte con los demás.

Habría sido mejor rendirse, desaparecer, sumergirse entre centenares de personas anónimas que iban a su encuentro con la Muerte. Me habría sentido bien porque habría encontrado paz. Resignación y extinción sin temor ni oprobio. Era demasiado difícil la libertad que tendría que soportar. Era una carga demasiado pesada ser otro Josef Roubíček, un insurrecto a cuya cabeza se pondría precio, que se vería obligado a esconderse y callejear por las noches. Tal vez, al fin y a la postre, fuera mejor ser un número, una hoja que se lleva el viento hasta caer en el suelo y ser pisoteada en el barro.

Sin embargo, logré sobreponerme a las dudas y ahuyenté la tentación. Sabía que aquel era un momento que no regresaría jamás y en aquel instante, en aquel único instante en la encrucijada, tuve claro que debía tomar una decisión. Habría sido más cómodo dejársela a otros, pero no había ningún otro. Estaba yo solo entre cuatro frías paredes desnudas cuando eché a la estufa aquellas míseras cuartillas que en tanta estima había tenido. No podía pedir consejo ni rezar a nadie, dado que ahora iba a cruzar el límite.

Entonces ya sabía que lo cruzaría. Puesto que ya había trascendido la muerte, y era bueno trascenderla, pues ya sabía a quién pedirle consejo. Era Růžena, quien había venido aquella noche a aconsejarme. Růžena, cuyo consejo no había escuchado en el pasado. Sabía que ahora lo escucharía. Sabía que sería un buen consejo, como el de entonces. Sabía que dependía de mí, igual que había dependido de mí entonces; que ahora, en ese instante que no se repetiría jamás, en aquel único instante en la encrucijada, no podía echarme atrás. Ahora debía seguir a Růžena, igual que tenía que haber hecho entonces. Ya nunca volveríamos a estar en la ribera ni a despedirnos en la parada del tranvía. Ahora, cuando me decidiera, nos iríamos juntos. Siempre me acompañaría Růžena, y con Růžena no tenía nada que temer.

Entonces, cuando se estaban extinguiendo en la estufa las últimas hojas

cubiertas de garabatos, con las que debía borrarse el nombre de Josef Roubíček, comprendí que no existía y que ya nunca existiría Josef Roubíček, el cual ponía excusas, escurría el bulto, se escaqueaba, únicamente para poder eludir la libertad.

—Růžena —dije—, ahora puedes confiar en mí.

NOTAS

1. Se refiere al *qahal* o *kehilla*, la Comunidad Religiosa Judía, que en Bohemia y Moravia, convertida en órgano de autogobierno de los ciudadanos judíos, fue obligada a implementar las ordenanzas impuestas por el Protectorado nazi según las leyes raciales de Núremberg. (*Todas las notas son de la traductora.*)
2. Se refiere a la casa situada en el distrito de Střešovice en la que en junio de 1939 se estableció la Zentralamt für Jüdische Auswanderung (Oficina Central para la Emigración Judía), subordinada a la Gestapo.
3. Se refiere al Umschulungslager Linden bei Deutsch-Brod, establecido en Havlíčkův Brod en 1940 por la Oficina Central para la Emigración Judía como un «centro de retención» en el que los ciudadanos judíos desempeñaban labores agrícolas, teóricamente hasta ser trasladados a Palestina.
4. En alemán, «listo».
5. Se refiere a las filacterias.
6. Se refiere al programa de trabajos forzados instaurado en Chequia bajo el dominio alemán, llamado Totaleinsatz. Se trata de una variante del sistema de explotación del trabajo o Arbeitseinsatz existente en todos los territorios ocupados por la Alemania nazi.
7. Vlajka (1928-1943) fue una agrupación nacionalista y fascista checoslovaca que, durante la ocupación alemana, colaboró con el Protectorado nazi.
8. Anexo del Palacio de Exposiciones empleado para la exposición de radios.
A partir de septiembre de 1941, poco después de la llegada del Reichsprotektor Reinhard Heydrich, se convirtió en el principal centro de deportación de judíos de Bohemia y Moravia a otros guetos europeos y, principalmente, a Terezín.
9. Se refiere a la fortaleza de Theresienstadt o Terezín, convertida en 1941 en un gueto amurallado y utilizada por el régimen nazi con fines propagandísticos, al presentarla como modelo de ciudad judía autogestionada a organizaciones humanitarias y medios internacionales. En realidad, se trataba de un lugar de tránsito hacia otros campos de concentración.
10. Se refiere a uno de los asentamientos ilegales establecidos a comienzos del siglo xx al este y sureste de Praga, en las áreas de Libeň, Michle, Záběhlice y Strašnice, los cuales florecieron entre las décadas de los años 30 y 50.
11. El campo de tiro de Kobylysy, al norte de Praga, fue empleado para llevar a cabo entre mayo y julio de 1942 las ejecuciones en masa que sirvieron, entre otras muchas medidas, como represalia tras el asesinato de Reinhard Heydrich en la Operación Antropoide (27 de mayo de 1942).
12. Numerosas actrices checas fueron acusadas de colaboracionismo con los nazis. Entre ellas, el caso más famoso fue el de Lída Baarová (1914-2000), amante de Joseph Goebbels, pero también Adina Mandlová (1910-1991), Nataša Gollová (1912-1988), Zita Kabátová (1913-2012) o Hana Vítová (1914-1987) debieron afrontar las consecuencias de continuar sus carreras durante el Protectorado en mayor o menor connivencia con el régimen.

CRÉDITOS

Título original: *Život s hvězdou*

Primera edición en Impedimenta: mayo de 2017

Život s hvězdou, 1949

© Jiří Weil - heir c/o DILIA

Copyright de la traducción © Patricia Gonzalo de Jesús, 2017

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2017

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Corrección: Susana Rodríguez

Maquetación: Nerea Aguilera

ISBN: 978-84-17115-06-7

IBIC: FA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.